

DAVID BENIOFF

CIUDAD DE
LADRONES



Lectulandia

Todo empieza la gélida Nochevieja de 1941, cuando, atravesando el cielo de una Leningrado que empieza a sufrir las consecuencias de lo que se convertirá en un largo e implacable asedio por parte del ejército nazi, un paracaidista alemán cae frente al edificio Kirov. Junto con sus amigos y empujado por la curiosidad, Lev, un esmirriado muchacho huérfano de padre que, a pesar de los ruegos de su madre y su hermana, ha decidido permanecer en la ciudad, decide verlo más de cerca... y acaba dando con sus huesos en un calabozo de la NKDV.

A la mañana siguiente, un general les ofrece a él y a su compañero de celda, un desertor llamado Kolya, de humor irreductible e irrefrenable lengua, la más inverosímil posibilidad de salvar la vida: conseguir una docena de huevos que servirán para preparar el pastel de bodas de su hija. En una ciudad pasto de la hambruna, aquella misión se antoja poco menos que imposible, y se convertirá para ambos compañeros en el inicio de una insólita odisea en la que caníbales, partisanos o nazis serán sólo algunos de los peligros a los que deberán hacer frente para cumplir su cometido.

Lectulandia

David Benioff

Ciudad de ladrones

ePub r1.2

lezer 11.06.14

Título original: *City of Thieves*

David Benioff, 2008

Traducción: Francisco Lacruz

Editor digital: lezer

Corrección de erratas: Cicnomx, karpanta

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Amanda y Frankie

... y si la Ciudad cae pero un solo hombre escapa
llevará la Ciudad dentro de sí mismo en las rutas del exilio
él será la Ciudad.

ZBIGNIEW HERBERT

Finalmente Schenk pensó que comprendía y empezó a reír con más fuerza.

Luego, de repente, preguntó en un tono más serio:

—¿Cree usted que los rusos son homosexuales?

—Lo averiguará usted al final de la guerra —repliqué.

CURZIO MALAPARTE

Mi abuelo, el luchador del cuchillo, mató a dos alemanes antes de cumplir dieciocho años. No recuerdo que nadie me lo contara... Era algo que, al parecer, siempre supe, de la misma forma como sabía que los Yanquis llevaban uniforme a rayas en los partidos jugados en casa y grises cuando iban de gira. Pero yo no había nacido con ese conocimiento. ¿Quién me lo dijo? Desde luego, no mi padre, que nunca compartía secretos, ni mi madre, que siempre se negaba a mencionar lo desagradable, todas las cosas sangrientas, cancerosas o deformes. Y tampoco mi abuela, que conocía todos los cuentos populares de mi tierra —la mayor parte de ellos espantosos; niños devorados por lobos y degollados por brujas—, pero nunca hablaba de la guerra en mi presencia. Y ciertamente no mi propio abuelo, el sonriente vigilante de mis más tempranos recuerdos, el delgado y tranquilo personaje de negros ojos que me cogía de la mano cuando cruzábamos las avenidas, que se sentaba en un banco del parque leyendo su periódico ruso mientras yo perseguía a las palomas y hostigaba a las hormigas del azúcar con ramitas.

Yo crecí a dos manzanas de distancia de mis abuelos y los veía casi a diario. Tenían su propia, y pequeña, compañía de seguros, trabajando desde su apartamento situado al lado de la vía férrea en Bay Ridge, atendiendo en primer lugar a los otros inmigrantes rusos. Mi abuela estaba siempre al teléfono, vendiendo. Nadie podía resistirse a ella. O los encandilaba, o los asustaba, y en ambos casos, compraban. Mi abuelo se encargaba del despacho, ocupándose de todo el papeleo. Cuando yo era pequeño, me sentaba en su regazo y me dedicaba a contemplar fijamente el muñón del dedo índice de su mano izquierda, redondeado y suave, los dos nudillos superiores tan limpiamente cortados que parecía haber nacido sin ellos. Era verano y jugaban los Yanquis; una radio (por su setenta cumpleaños, mi papá le compró una televisión en color) estaba emitiendo el partido. Él nunca perdió su acento ruso, nunca votó en unas elecciones o escuchó música americana, pero se convirtió en un devoto fan de los Yanquis.

A finales de los noventa, un conglomerado de empresas les hizo una oferta a mis abuelos por su compañía. Se trataba, en opinión de todo el mundo, de una oferta justa, de manera que mi abuela les pidió que la doblaran. Debió de producirse mucho regateo, pero yo podía haberles dicho a los del conglomerado que regatear con mi

abuela era una pérdida de tiempo. Al final le dieron lo que ella quería, y mis abuelos, siguiendo la tradición, vendieron su apartamento y se mudaron a Florida.

Compraron una casita en la costa del Golfo, una obra maestra de techo plano construida en 1949 por un arquitecto que, de no haberse ahogado aquel mismo año, habría llegado a ser famoso. Desnuda y majestuosa, en acero y hormigón, alzándose en un solitario acantilado que dominaba el Golfo, no es la casa que uno imaginaría para una pareja de jubilados, pero ellos no se habían trasladado al sur para marchitarse al sol y morir. La mayoría de los días, mi abuelo se sienta ante el ordenador, jugando al ajedrez, conectado con viejos amigos. Mi abuela, aburrída por la inactividad, tras unas semanas de mudanza, se creó un trabajo para ella en un colegio universitario no residencial cerca de Sarasota, enseñando literatura rusa a unos bronceados estudiantes que parecían (basándome en mi única visita a la clase) constantemente alarmados por su impiedad, su ácido sarcasmo y su perfecto recuerdo de las palabras de los versos de Pushkin.

Cada noche, mis abuelos cenar en la terraza de su casa, que da a las oscuras aguas de México. Duermen con las ventanas abiertas, con las polillas golpeando sus alas contra las cortinas de gasa. A diferencia de los otros jubilados que he conocido en Florida, no están preocupados por la delincuencia. La puerta de la casa está generalmente sin cerrar con llave, y no hay ningún sistema de alarma. No se ponen el cinturón de seguridad en el coche; y tampoco loción protectora para el sol. Han decidido que nada puede matarlos, excepto el propio Dios, y ni siquiera creen en él.

Yo vivo en Los Ángeles y escribo guiones sobre superhéroes mutantes. Hace dos años me pidieron que escribiera un ensayo autobiográfico para una revista de guionistas, y a medio camino me di cuenta de que había tenido una vida intensamente monótona. No es que me queje. Incluso si el resumen de mi existencia constituye un ejercicio de lectura aburrido —escuela, colegio, trabajitos, escuela para graduados, más trabajitos, más escuela para graduados, superhéroes mutantes—, he tenido una vida placentera. Pero mientras me esforzaba con el ensayo, decidí que no quería escribir sobre mi vida, ni siquiera aquellas quinientas palabras. Quería escribir sobre Leningrado.

Mis abuelos me recogieron en el aeropuerto de Sarasota; me incliné para besarlos y ellos me sonrieron, siempre ligeramente perplejos en presencia de su gigantesco nieto americano (con mi metro ochenta y ocho, soy un gigante a su lado). Durante el camino a casa compramos pámpano en el mercado local de pescado; mi abuelo lo asó, añadiéndole sólo mantequilla, sal y limón fresco. Como todos los platos que él hacía, parecía increíblemente fácil de cocinar. Le llevó diez minutos y sabía mejor que cualquier cosa que yo hubiera comido aquel año en Los Ángeles. Mi abuela no cocinaba; es famosa en nuestra familia por su negativa a preparar nada más complicado que un bol de cereales.

Después de la cena, mi abuela encendió un cigarrillo y mi abuelo sirvió tres vasos de vodka de grosella negra de fabricación casera. Escuchamos un coro de cigarras y grillos, contemplando el negro Golfo y espantamos a manotazos algún mosquito de vez en cuando.

—He traído conmigo un magnetófono. Pensé que tal vez podríamos hablar de la guerra.

Me pareció captar que mi abuela ponía los ojos en blanco mientras hacía caer la ceniza sobre la hierba.

—¿Qué?

—Tienes cuarenta años. ¿Y ahora quieres saber?

—Tengo treinta y cuatro. —Miré a mi abuelo y éste me sonrió—. ¿Qué ocurre? ¿Fuisteis nazis vosotros? ¿Estáis ocultando vuestro pasado nazi?

—No —dijo él, sin dejar de sonreír—. Nosotros no fuimos nazis.

—¿Pensabas que yo tenía cuarenta años? —pregunté a la abuela.

—Treinta y cuatro, cuarenta... —Mi abuela hizo su clásico sonido, pshh, siempre acompañado de un gesto desdeñoso de la mano, como apartando la estupidez de un manotazo—. ¿A quién le importa? Cásate. Encuentra una esposa.

—Pareces una abuela cualquiera de las que corren por Florida.

—Ja —dijo ella, un poco herida.

—Quiero saber cómo fue. ¿Qué hay de horrible en eso?

Ella asintió hacia mi abuelo mientras me apuntaba con el ardiente extremo de su cigarrillo.

—Quiere saber cómo fue.

—Querida —dijo mi abuelo.

Sólo eso, nada más, pero mi abuela asintió y aplastó su cigarrillo sobre el cristal que cubría la mesa.

—Tienes razón —me dijo ella—. Quieres escribir sobre la guerra, deberías hacerlo.

Se puso en pie, me besó en la coronilla, besó a mi abuelo en los labios y se llevó los platos dentro de la casa. Durante unos minutos estuvimos sentados allí, en silencio, escuchando el romper de las olas. Luego mi abuelo nos sirvió nuevamente unos vodkas, feliz de ver que yo había terminado el mío.

—¿Tienes novia?

—Ajá.

—¿La actriz?

—Sí.

—Me gusta.

—Lo sé.

—Podría ser rusa —dijo él—. Tiene los ojos... Si quieres hablar de Leningrado,

hablaremos de Leningrado.

—No quiero hablar. Quiero que hables tú.

—Vale, conforme, hablaré. ¿Mañana?

Mantuvo su palabra. Durante la semana que siguió, nos sentamos juntos cada día en la terraza de hormigón, y yo grabé sus historias. Unas pocas horas por la mañana, haciendo una pausa para el almuerzo, luego otra vez por la tarde... Mi abuelo, un hombre que aborrecía hablar más de dos frases consecutivas en compañía variada (lo que significaba en compañía de alguien que no fuera su esposa), llenando minicasete tras minicasete con sus palabras. Demasiadas palabras para un libro... La verdad puede ser más extraña que la ficción, pero necesita un editor mejor. Por primera vez en mi vida, oí maldecir a mi abuelo y hablar abiertamente sobre sexo. Habló de su infancia, habló de la guerra, habló de su llegada a América. Pero en su mayor parte habló de una semana de 1942, la primera semana del año, la semana en que conoció a la abuela, hizo su mejor amigo y mató a dos alemanes.

Cuando hubo terminado de contar sus historias, le interrogué sobre varios detalles... Nombres, lugares, condiciones ambientales en ciertos días. Toleró esto durante un rato, pero finalmente se inclinó hacia delante y apretó el botón de stop en el magnetófono.

—Fue hace mucho tiempo —dijo—. No recuerdo lo que llevaba. No recuerdo si el sol salió.

—Sólo quiero asegurarme de que lo capto todo correctamente.

—No lo conseguirás.

—Ésta es tu historia. No quiero cagarla con ella.

—David...

—Hay un par de cosas que siguen sin tener sentido para mí...

—David —dijo—. Eres un escritor. Invéntalo.

1

Nunca había tenido tanta hambre; nunca había tenido tanto frío. Cuando dormíamos, si es que dormíamos, soñábamos con los festines que tan despreocupadamente nos habíamos dado siete meses antes —todo aquel pan con mantequilla, los budines de patatas, los embutidos—, comidos con indiferencia, tragados sin saborear, dejando grandes restos en el plato, pedazos de grasa. En junio de 1941, antes de que llegaran los alemanes, pensábamos que éramos pobres. Pero ahora, en invierno, junio parecía el paraíso.

Por la noche, el viento soplaba con tanta fuerza y durante tanto tiempo que te sobresaltaba cuando se detenía; los goznes de los postigos del arrasado café de la esquina dejaban de crujir durante unos inquietantes segundos, como si se acercara un depredador y los animales más pequeños guardarán silencio, aterrorizados. Los postigos mismos habían sido arrancados para leña en noviembre. No quedaba ni un trozo de madera en Leningrado. Cualquier indicio de madera, los listones de los bancos de los parques, las tablas del suelo de los edificios destruidos... Todo había desaparecido ardiendo en la estufa de alguien. Las palomas ya no existían, tampoco, capturadas y cocinadas en hielo fundido del Neva. A nadie le importaba matar a las palomas. Eran los perros y los gatos los que causaban problemas. Habíamos oído rumores en octubre de que alguien había asado al perro mestizo de la familia y lo había dividido en cuatro trozos para cenar; nos reímos y movimos negativamente la cabeza; sin llegar a creérselo, y también preguntándonos si un perro tendría buen sabor con la suficiente sal... Había aún mucha sal; incluso cuando todo lo demás se agotaba, teníamos sal. En enero, los rumores se habían convertido en un hecho natural. Nadie, excepto los mejor relacionados, podía seguir alimentando a una mascota, de manera que las mascotas nos alimentaban a nosotros.

Había dos teorías sobre los gordos y los delgados. Algunos decían que aquellos que estaban gordos antes de la guerra tenían una posibilidad mayor de supervivencia: una semana sin comer no transformaba a un hombre regordete en un esqueleto. Otros decían que las personas flacas estaban más acostumbradas a comer poco y podían soportar mejor el shock del hambre. Yo me alineaba en este segundo bando, puramente por egoísmo. Había sido un canijo desde mi nacimiento. Nariz grande, pelo negro, piel acribillada de acné... Reconozcamos que yo no encajaba con la idea de un buen partido para una muchacha. Pero la guerra me hacía más atractivo. Otros se encogían a medida que las tarjetas de racionamiento se recortaban cada vez más, mermando a aquellos que parecían el hombre fuerte del circo antes de la invasión. Yo, en cambio, no tenía músculo que perder. Como las musarañas que seguían buscando carroña mientras los dinosaurios se venían abajo a su alrededor, yo estaba construido para las privaciones.

Una Nochevieja me encontraba sentado en el tejado del Kirov, el edificio de apartamentos en que vivía desde que tenía cinco años (aunque no tuvo nombre hasta el 34, cuando Kirov fue muerto a tiros y la mitad de la ciudad fue bautizada en honor a él), observando los gordos y grises dirigibles antiaéreos que pululaban bajo las nubes, esperando a los aviones de bombardeo. En ese momento del año, el sol permanece en el cielo sólo durante seis horas, escabulléndose de horizonte a horizonte como si fuera un espectro. Cada noche, cuatro de nosotros nos sentábamos en el tejado durante un turno de tres horas, armados con baldes de agua, cubos de arena, tenazas de hierro y palas, envueltos en todas las camisas y suéteres y chaquetas que podíamos encontrar, observando el cielo. Éramos el servicio contra incendios. Los alemanes habían decidido que tomar por asalto la ciudad sería demasiado costoso, así que, en vez de ello, nos cercaban, intentando matarnos de hambre, bombardearnos, quemarnos.

Antes de empezar la guerra, vivían mil cien personas en el Kirov. Por Nochevieja, el número se aproximaba a cuatrocientos. La mayor parte de los niños pequeños habían sido evacuados antes de que los alemanes completaran el cerco en septiembre. Mi madre y mi hermanita, Taisya, fueron a Vyazma para quedarse con mi tío. La noche antes de su marcha me peleé con mi madre, la única pelea que jamás hemos tenido... O, más concretamente, la única vez que yo me he peleado en mi vida. Quería que me fuera con ellas, desde luego, lejos de los invasores, a lo más profundo del país, donde los bombarderos no pudieran encontrarnos. Pero yo no iba a dejar Piter^[1]. Yo era un hombre, defendería mi ciudad, sería un Nevsky del siglo xx. Quizás yo no era tan ridículo. Tenía un verdadero argumento: si todas las personas sanas huían, Leningrado caería bajo los fascistas. Y, sin Leningrado, sin la Ciudad de los Obreros construyendo tanques y fusiles para el Ejército Rojo, ¿qué posibilidades tenía Rusia?

Mi madre pensaba que era un argumento estúpido. Yo apenas tenía diecisiete años. No soldaba blindajes en los Talleres y no podía alistarme en el ejército hasta casi un año más tarde. La defensa de Leningrado no tenía nada que ver conmigo; yo era sólo otra boca que alimentar. Ignoré estos insultos.

«Soy bombero», le dije, porque era cierto, el concejal municipal había ordenado la creación de diez mil unidades de extinción de incendios, y yo era el orgulloso comandante de la Brigada del Quinto Piso del Kirov.

Mi madre aún no había cumplido cuarenta, pero ya tenía el pelo gris. Se sentó ante mí a la mesa de la cocina, sosteniendo una de mis manos entre las suyas. Era una mujer muy bajita, apenas de un metro cincuenta y dos, y yo había tenido miedo de ella desde mi nacimiento.

«Eres un idiota», me dijo. Quizás esto parezca injurioso, pero mi madre siempre me llamaba «su» idiota, y por ese motivo yo lo consideraba como un apodo

afectuoso. «La ciudad estaba aquí antes que tú. Y lo estará después de ti. Taisya y yo te necesitamos».

Tenía razón. Un hijo mejor que yo habría marchado con ella, igual que un hermano mayor. Taisya me adoraba, saltaba encima de mí cuando llegaba a casa de la escuela, me leía los tontos poemitas que escribía como deberes en honor de los mártires de la revolución, dibujaba caricaturas de mi perfil de narizotas en su libreta. Generalmente, yo quería estranglarla. No sentía ningún deseo de recorrer el país con mi madre y mi hermana pequeña. Tenía diecisiete años y estaba desbordado por la creencia en mi propio destino heroico. La declaración de Molotov durante su discurso radiofónico el primer día de la guerra (NUESTRA CAUSA ES JUSTA; EL ENEMIGO SERÁ DERROTADO; TRIUNFAREMOS) había sido impresa en miles de carteles, pegados en todas las paredes de la ciudad. Yo creía en la causa; no huiría del enemigo; no me perdería el triunfo.

Madre y Taisya se marcharon a la mañana siguiente. Parte del camino la hicieron en autobús, otras veces haciendo autostop en camiones del ejército, y también caminando interminables kilómetros por caminos rurales con botas de suelas partidas. Les llevó tres semanas llegar allí, pero lo consiguieron, sanas y salvas finalmente. Me enviaron una carta describiendo su viaje, el terror y la fatiga. Quizás ella quería que yo me sintiera culpable por abandonarlas, y así fue, pero también sabía que era mejor que ellas se hubieran ido. La gran batalla estaba al llegar y ellas no debían estar en el frente. El siete de octubre los alemanes tomaron Vyazma y cesaron sus cartas.

Me gustaría decir que noté su ausencia cuando se hubieron ido, y la verdad es que algunas noches me sentí solo, y siempre echaba de menos la cocina de mi madre, pero había fantaseado mucho sobre estar solo desde que era pequeño. Mis cuentos populares favoritos siempre representaban a huérfanos despabilados que cruzaban el bosque oscuro, sobreviviendo a todos los peligros, resolviendo los problemas con astucia, burlando a sus enemigos, encontrando su fortuna en mitad de sus vagabundeos. No diría que era feliz —estábamos todos demasiado hambrientos para ser felices— pero creía que aquí finalmente estaba el Sentido. Si Leningrado caía, Rusia caería. Si Rusia caía, el fascismo conquistaría el mundo. Todos nosotros creíamos esto. Yo aún lo creo.

De manera que era demasiado joven para el ejército, pero lo bastante mayor para cavar fosos antitanques de día y guardar los tejados por la noche. Mi brigada de trabajo la formaban mis amigos del cuarto piso: Vera Osipovna, una violonchelista de talento, y los gemelos pelirrojos Antokolsky, cuyo único talento era echarse pedos en armonía. Los primeros días de la guerra habíamos fumado cigarrillos en el tejado, adoptando posturas de soldados, bravos y fuertes y de mandíbula cuadrada, escrutando los cielos en busca del enemigo. A finales de diciembre, se habían terminado los cigarrillos en Leningrado, al menos aquellos hechos con tabaco.

Algunas almas desesperadas machacaban hojas caídas de los árboles, las liaban con papel, y las llamaban Luces de Otoño, pretendiendo que las hojas adecuadas proporcionaban un humo decente, pero en el Kirov, muy lejos del más próximo árbol que se mantuviera en pie, esto nunca constituyó una opción. Nos pasábamos los minutos sobrantes cazando ratas, que debían de haber pensado que la desaparición de los gatos de la ciudad era la respuesta a todas sus antiguas plegarias, hasta que comprendieron que ya no quedaba nada que comer en la basura.

Tras varios meses de raids de bombardeos, éramos capaces ya de identificar a los diversos aviones alemanes por el zumbido de su motor. Aquella noche, eran los Junkers 88, como venían siendo desde hacía semanas, reemplazando a los Heinkels y Dorniers que nuestros aviones de caza habían conseguido derribar en gran número. Tan espantosa como nuestra ciudad se había convertido a la luz del día, después de hacerse oscuro había una extraña belleza en el asedio. Desde el tejado del Kirov, si la luna había salido, podíamos ver todo Leningrado: la aguja de la torre del Almirantazgo (rociada de pintura gris para oscurecerla a los bombarderos); la Fortaleza de Pedro y Pablo (sus agujas cubiertas de redes de camuflaje); la cúpula de San Isaac y la Iglesia del Salvador en la Sangre Derramada. Podíamos ver a los soldados manejando los cañones antiaéreos en los tejados de los edificios vecinos. La Flota del Báltico había echado el ancla en el Neva; los barcos flotaban allí, cual gigantescos centinelas grises, disparando sus grandes cañones contra los emplazamientos de la artillería nazi.

Lo más hermoso eran los combates aéreos. Los Ju 88 y los Sujois volaban en círculo sobre la ciudad, invisibles desde abajo a menos que fueran captados por el ojo de los poderosos proyectores. Los Sujois tenían unas grandes estrellas rojas pintadas en la cara inferior de las alas, para que nuestra artillería antiaérea no tratara de derribarlos. Cada pocas noches veíamos una batalla iluminada por los focos como si estuviera en un escenario, con los más pesados y lentos bombarderos alemanes ladeándose exageradamente para dejar que sus artilleros apuntaran a los esquivos cazas rusos. Cuando un Junkers era derribado, el ardiente esqueleto del avión cayendo como un ángel arrojado del cielo, un tremendo grito de desafío se alzaba de los tejados por toda la ciudad, con los artilleros y bomberos levantando el puño para saludar al piloto victorioso.

Teníamos una pequeña radio con nosotros en el tejado. Por Nochevieja oímos los carillones de Spassky de Moscú tocando *La Internacional*. Vera había encontrado una cebolla en alguna parte; la cortó en cuatro trozos sobre un plato untado con aceite de girasol. Cuando la cebolla hubo desaparecido, limpiamos el resto del aceite con nuestro pan de racionamiento. El pan de racionamiento no sabía igual que el pan. No sabía a comida. Después de que los alemanes bombardearan los almacenes de grano de Badayev, las panaderías de la ciudad se volvieron creativas. Todo aquello que

podía ser añadido a la receta sin envenenar a la gente, era añadido. La ciudad entera pasaba hambre, nadie tenía lo suficiente para comer, y sin embargo, todo el mundo maldecía el pan, la harina de serrín, lo dura que se volvía con el frío. La gente se rompía los dientes tratando de masticarla. Aun hoy, cuando incluso he olvidado las caras de la gente que amaba, puedo recordar todavía el sabor de aquel pan.

Media cebolla y una hogaza de pan de 125 gramos partida en cuatro trozos... Eso era una comida decente. Nos echábamos boca arriba, envueltos en mantas, contemplando los dirigibles antiaéreos, con sus largos ronzales, empujados por el viento, escuchando el metrónomo de la radio. Cuando no había música que tocar o noticias que informar, la emisora de radio transmitía el sonido de un metrónomo, aquel interminable tictic que nos hacía saber que la ciudad seguía sin ser conquistada, con los fascistas todavía ante sus puertas. El metrónomo radiado era el corazón palpitante de Piter, y los alemanes nunca lo detuvieron.

Fue Vera la que descubrió al hombre que caía del cielo. Gritó y señaló con el dedo, y todos nos pusimos en pie para ver mejor. Uno de los focos se proyectó sobre un paracaidista descendiendo hacia la ciudad, su dosel de seda formando un bulbo de tulipán blanco encima de él.

—Un Fritz —dijo Oleg Antokolsky, y estaba en lo cierto; pudimos ver el gris uniforme de la Luftwaffe.

¿De dónde había salido? Ninguno de nosotros había oído los sonidos de un combate aéreo o el estampido de un cañón antiaéreo. Y hacía casi una hora que no oíamos pasar un bombardero encima de nuestras cabezas.

—Quizás ha empezado —dijo Vera.

Llevábamos semanas oyendo rumores de que los alemanes preparaban un masivo lanzamiento de paracaidistas, una incursión final para arrancar la miserable espina de Leningrado del trasero de su ejército victorioso. En cualquier momento, esperábamos levantar la mirada y ver a miles de nazis empujados por el viento hacia la ciudad, una tormenta de nieve de blancos paracaídas ocultando el cielo; pero docenas de proyectores horadaban la oscuridad y no encontraron más enemigos. Estaba sólo éste, y a juzgar por la flojedad del cuerpo suspendido del arnés del paracaídas, ya estaba muerto.

Observamos cómo iba a la deriva, congelado bajo el reflector, tan bajo que podíamos ver que le faltaba una de sus negras botas.

—Viene hacia nosotros —dije yo.

El viento lo empujaba hacia la calle Voinova. Los gemelos se miraron.

—Una Luger^[2] —dijo Oleg.

—La Luftwaffe no lleva Lugers —dijo Grisha. Era cinco minutos más viejo, y la autoridad sobre el armamento nazi—. Lleva Walther PPK.

Vera me sonrió.

—Chocolate alemán.

Corrimos hacia la puerta de la escalera, abandonando nuestras herramientas de bombero, y bajamos precipitadamente por la oscura escalera. Éramos unos estúpidos, desde luego. Un resbalón sobre uno de aquellos escalones de hormigón, sin grasa ni músculo para amortiguar la caída, significaba un hueso roto, y un hueso roto significaba la muerte. Pero a ninguno de nosotros nos importó. Éramos muy jóvenes, y un alemán muerto estaba cayendo sobre la calle Voinova transportando regalos de *das Vaterland*.

Esprintamos a través del patio y nos encaramamos por encima de la cerrada verja. Todas las farolas de la calle estaban a oscuras. La ciudad entera estaba a oscuras — para dificultar la tarea de los bombarderos y también porque la mayor parte de la electricidad era desviada a las fábricas de municiones— pero la luna era lo bastante brillante para permitirnos ver. La calle Voinova estaba completamente libre y desierta, tras seis horas bajo el toque de queda. No se veían coches. Sólo el personal militar y del gobierno tenía acceso a la gasolina, y todos los automóviles civiles habían sido requisados durante los primeros meses de la guerra. Cintas de papel cruzaban los escaparates de las tiendas; la radio nos había informado de que eso hacía los cristales más resistentes a la rotura. Quizás era cierto, aunque yo había paseado por delante de muchas fachadas de Leningrado donde no quedaba nada en el marco de la ventana excepto una tira de papel colgando.

Ya en la calle, miramos hacia el cielo, pero no pudimos descubrir a nuestro hombre.

—¿Dónde ha ido?

—¿Crees que habrá aterrizado en un tejado?

Los reflectores escrutaban el cielo, pero estaban todos montados en lo alto de edificios elevados y ninguno de ellos tenía un ángulo que le permitiera iluminar la calle Voinova. Vera tiró del cuello de mi sobretodo, un grande y viejo chaquetón de la marina heredado de mi padre y todavía demasiado holgado para mí, pero más cálido que cualquier otra cosa que poseyera.

Me di la vuelta y lo vi deslizarse calle abajo, a nuestro alemán, su única bota negra patinando sobre el helado pavimento, el gran dosel de su paracaídas blanco todavía hinchado por el viento, que lo empujaba hacia la verja del Kirov, su barbilla hundida contra el pecho, su oscuro cabello salpicado de cristales de hielo, el rostro exangüe bajo la luz de la luna. Nos quedamos muy quietos y le vimos acercarse como navegando. Aquel invierno habíamos visto cosas que ningún ojo debía ver; creíamos que estábamos curados de toda sorpresa, pero andábamos equivocados, y si el alemán hubiera sacado su Walther y empezado a disparar, ninguno de nosotros habría sido capaz de conseguir que nuestros pies se movieran a tiempo. Pero el muerto seguía muerto, y finalmente el viento amainó, el paracaídas se deshinchó y el aviador se

desplomó sobre el pavimento, siendo arrastrado unos metros más, boca abajo, como humillación final.

Nos reunimos en torno del piloto. Se trataba de un hombre alto, bien formado, y, de haberlo visto andando por Piter en ropas de calle, lo habríamos reconocido inmediatamente como un infiltrado... Tenía el cuerpo de un hombre que comía cada día.

Grisha se arrodilló y desarmó al alemán.

—Walther PPK. Os lo dije.

Pusimos el cadáver boca arriba. Su pálido rostro mostraba arañazos, la piel erosionada por el asfalto, las abrasiones tan desprovistas de color como la piel que aún estaba intacta. Los muertos no sufren magulladuras. No podía decir si había muerto asustado, o desafiador, o con una actitud pacífica. No había ningún rastro de vida o personalidad en su rostro... Parecía un cadáver que hubiera nacido cadáver.

Oleg le arrancó los negros guantes de piel mientras Vera se ocupaba del pañuelo y las gafas. Encontré una funda atada al tobillo del piloto y saqué de ella un cuchillo equilibrado con precisión, con un guardamano de plata y una hoja de quince centímetros de un solo filo, así como unas palabras escritas que no fui capaz de leer a la luz de la luna. Volví a meter la hoja en la funda y me até ésta a mi propio tobillo, sintiendo por primera vez en varios meses que mi destino guerrero estaba finalmente haciéndose realidad.

Oleg encontró la cartera del muerto y sonrió mientras contaba los marcos alemanes. Vera, por su parte, se quedó con un cronómetro, dos veces más grande que un reloj de muñeca normal, que el alemán había llevado en torno de la manga de su chaqueta de vuelo. Grisha encontró un par de gemelos plegados en un estuche de piel, dos cargadores extras para la Walther y un pequeño frasco de petaca. Desenroscó el tapón, olió y me pasó el frasco.

—¿Coñac?

Tomé un sorbo y asentí.

—Coñac.

—¿Y cuándo has probado tú alguna vez el coñac? —quiso saber Vera.

—En el pasado.

—¿Cuándo?

—Déjame ver —dijo Oleg.

La botella recorrió todo el círculo, con nosotros cuatro en cuclillas en torno del piloto caído, sorbiendo el licor que podía haber sido coñac, o brandy o Armagnac. Ninguno de nosotros conocía la diferencia. Fuera lo que fuera, aquella cosa nos calentaba la barriga.

Vera contempló fijamente la cara del alemán. Su expresión no suscitaba compasión, ni miedo, sólo curiosidad y desprecio... El invasor había venido a soltar

sus bombas sobre nuestra ciudad y en vez de eso había caído él mismo. Nosotros no lo habíamos abatido, pero en todo caso nos sentíamos triunfantes. Nadie más en el Kirov había tropezado con el cadáver de un enemigo. Seríamos la comidilla del bloque de apartamentos por la mañana.

—¿Cómo creéis que murió? —preguntó ella.

No había heridas de bala que estropearan el cuerpo, ni cabello o piel chamuscada, ningún signo en absoluto de violencia. Su piel era demasiado blanca para un ser vivo, pero nada la había atravesado.

—Se congeló hasta morir —les dije.

Y lo dije con autoridad porque sabía que era cierto y no tenía manera de demostrarlo. El piloto había saltado en paracaídas a miles de pies de altura en la noche de Leningrado. El aire a nivel del suelo ya era demasiado frío para las ropas que llevaba... Allá arriba en las nubes, fuera de su cálida cabina, no tenía ninguna probabilidad de sobrevivir.

Grisha levantó el frasco a guisa de saludo.

—Brindo por el frío.

El frasco empezó a circular nuevamente. Pero nunca me llegó. Tendríamos que haber oído el motor del coche desde dos manzanas de distancia —la ciudad después del toque de queda estaba tan silenciosa como la luna, pero estábamos demasiado ocupados bebiendo el licor de nuestro alemán, haciendo nuestros brindis. Sólo cuando el GAZ giró para entrar en la calle Voinova, con los neumáticos chirriando sobre el asfalto, sus faros atravesando la oscuridad hacia nosotros, nos dimos cuenta del peligro. El castigo por violar el toque de queda sin permiso era la ejecución sumaria. El castigo por abandonar un destacamento antiincendios era la ejecución sumaria. El castigo por saqueo era la ejecución sumaria. Los tribunales ya no funcionaban; los agentes de policía estaban en las líneas del frente, las cárceles medio llenas y su población menguando con rapidez. ¿Quién tenía comida para un enemigo del Estado? Si quebrantabas la ley y te pillaban, estabas muerto. No había tiempo para sutilezas legales.

De manera que echamos a correr. Conocíamos el Kirov mejor que nadie. En cuanto hubiéramos traspasado la verja del patio y penetrado en la helada oscuridad del extenso edificio, nadie podía encontrarnos aunque dispusieran de tres meses para buscarnos. Pudimos oír a los soldados gritándonos que nos detuviéramos, pero eso no importaba; las voces no nos asustaban, sólo las balas establecían la diferencia, y nadie había apretado un gatillo hasta el momento. Grisha llegó a la puerta el primero —era lo más parecido a un atleta entre nosotros—, se encaramó a los barrotes de hierro y se izó a lo alto. Oleg llegó inmediatamente detrás de él, y yo inmediatamente detrás de Oleg. Nuestros cuerpos estaban débiles y teníamos los músculos encogidos por falta de proteínas, pero el miedo nos ayudó a escalar la verja más deprisa de lo que nunca

lo habíamos hecho.

Cuando estaba a punto de llegar a la cima miré hacia atrás y vi que Vera había resbalado en el hielo. Me miraba fijamente, sus ojos desorbitados y temerosos, sobre manos y rodillas mientras el GAZ frenaba junto al cuerpo del piloto alemán y cuatro soldados salían de él. Estaban a unos siete metros de distancia, los fusiles en sus manos, pero yo aún tenía tiempo de saltar de la verja y desaparecer en el Kirov.

Quisiera poder decirles que la idea de abandonar a Vera nunca cruzó por mi cabeza, que mi amiga estaba en peligro y que fui a rescatarla sin vacilación. La verdad es, sin embargo, que en aquel momento la odié. La odié por ser tan torpe en el peor momento posible, por dirigirse a mí con sus ojos llenos de pánico, eligiéndome para ser su salvador, aun cuando Grisha era el único al que había besado. Yo sabía que no podría vivir con el recuerdo de aquellos ojos suplicándome, y ella lo sabía, también, y la odié incluso mientras saltaba de la verja, la ayudaba a ponerse en pie y la izaba a los barrotes de hierro. Yo estaba débil, pero Vera no debía de pesar ni cuarenta kilos. La levanté hasta la verja mientras los soldados gritaban, los talones de sus botas golpeaban el pavimento y los fusiles eran amartillados con un sonoro crac.

Vera subió hasta lo alto y yo me encaramé detrás de ella, ignorando a los soldados. Si me detenían, me rodearían, me dirían que yo era un enemigo del Estado, me obligarían a arrodillarme y me dispararían en la nuca. Ahora era un blanco fácil, pero quizás estaban borrachos, quizás eran unos chicos de la ciudad como yo, que nunca habían disparado en su vida; quizás fallarían a propósito porque sabían que yo era un patriota y un defensor de la ciudad y me había escabullido del Kirov sólo porque un alemán había caído desde seis mil metros a mi calle, ¿y qué muchacho ruso de diecisiete años no se escabulliría para ver a un fascista muerto?

Mi barbilla había llegado a lo alto de la verja cuando sentí que unas manos enguantadas me rodeaban los tobillos. Unas manos fuertes, las manos de hombres del ejército que comían dos veces al día. Vi a Vera entrar corriendo en el Kirov, sin volver la vista atrás. Traté de encaramarme por los barrotes de hierro, pero los soldados me arrastraron hacia abajo, me arrojaron a la acera y se pusieron en pie a mi lado, con las bocas de sus Tokarevs clavadas en mis mejillas. Ninguno de los soldados parecía mayor de diecinueve años y a ninguno parecía importarles salpicar la calle con mis sesos.

—Da la impresión de estar cagado de miedo, éste.

—¿Teníais una fiesta aquí, hijo? ¿Habéis encontrado un poco de *schnapps*?

—Es apto para el coronel. Puede subir junto con el Fritz.

Dos de ellos se agacharon, me agarraron por los sobacos, me obligaron a ponerme en pie, me condujeron hasta el todavía parado GAZ y me metieron en el asiento trasero. Los otros dos soldados levantaron al alemán por las manos y las botas y lo echaron dentro del coche a mi lado.

—Mantenlo caliente —dijo uno de ellos, y todos rieron como si fuera el chiste más divertido jamás contado.

Se metieron en el coche y cerraron las puertas de golpe.

Yo decidí que aún estaba vivo porque querían ejecutarme en público, como advertencia a los demás saqueadores. Unos minutos antes, yo me había sentido mucho más poderoso que el piloto muerto. Ahora, mientras avanzábamos a gran velocidad por la oscura calle, sorteando cráteres de bombas y montones de escombros, el cadáver parecía sonreírme con afectación, sus blancos labios una cicatriz que partía su congelada cara. Nos dirigíamos al mismo lugar.

2

Si crecías en Piter, lo hacías temiendo a Las Cruces, aquella deprimente mancha de ladrillo rojo sobre el Neva, un inhumano, amenazador, almacén de los condenados. Seis mil convictos vivían allí en tiempo de paz. Dudo de que, para enero, quedaran un millar. Centenares de presos encarcelados por pequeños delitos habían sido liberados para mandarlos a unidades del Ejército Rojo, liberados para ir a parar a las entrañas de la trituradora de la Blitzkrieg alemana. Y centenares más morían de hambre en sus celdas. Cada día los guardianes arrastraban aquellos esqueletos, cubiertos sólo con su piel, fuera de Las Cruces y los subían a unos trineos donde los cadáveres eran amontonados en pilas de a ocho.

Cuando yo era pequeño, lo que más me asustaba era el silencio de esa prisión. Al pasar por allí esperabas oír los gritos de los alborotadores o el clamor de una reyerta, pero ningún ruido se escapaba de las gruesas paredes, como si los prisioneros de su interior —la mayor parte de ellos esperando el juicio, o un viaje al gulag, o una bala en la cabeza— se hubieran cortado la lengua para protestar por su destino. El lugar era una antfortaleza, concebida para mantener a los enemigos en su interior, y todos los muchachos de Leningrado habían oído centenares de veces la frase «Sigue así y terminarás en Las Cruces».

Apenas tuve un segundo para ver mi celda antes de que los guardias me hubieran arrojado dentro, sus linternas brillando sobre las ásperas paredes de piedra, una celda de dos metros por cuatro, con literas para cuatro personas, y todas ellas vacías. Eso me alivió; no quería compartir la oscuridad con un extraño de nudillos tatuados, pero al cabo de un rato —¿minutos?, ¿horas?—, el negro silencio empezó a hacerse tangible, como algo que podía penetrar en tus pulmones y ahogarte.

La oscuridad y la soledad por lo general no me asustaban. La electricidad era tan escasa como el jamón en Piter aquellos días, y mi apartamento del Kirov estaba vacío ahora que madre y Taisya habían huido. Las largas noches eran oscuras y silenciosas, pero siempre había ruido en algún lugar. Morteros que disparaban desde las líneas alemanas; un camión del ejército circulando por el bulevar; la agonizante anciana de arriba gimiendo en su lecho. Sonidos terribles, realmente, pero *sonidos*..., algo que te permitía ser consciente de que seguías en este mundo. Aquella celda de Las Cruces era el único lugar verdaderamente silencioso en el que jamás había entrado. No podía oír nada en absoluto; y no podía ver nada. Me habían encerrado en la sala de espera de la muerte.

Tan curtido por el asedio, como yo creía que estaba antes de mi arresto, lo cierto es que no tenía más valor en enero que en junio. Contrariamente a la creencia popular, la experiencia del terror no te hace más valiente. Quizás, sin embargo, es más fácil ocultar tu miedo cuando estás asustado todo el tiempo.

Traté de imaginar una canción que cantar, o un poema que recitar, pero todas las palabras se pegaban dentro de mi cabeza como sal apelmazada. Yacía en una de las literas superiores, esperando que cualquier posible calor que existiera dentro de Las Cruces ascendiera y me encontrara. La mañana no prometía nada más que una bala en la cabeza y, no obstante, ansiaba que la luz del sol se filtrara en el interior. Cuando me habían descargado en la celda, me pareció haber visto un trocito de ventana con barrotes cerca del techo, pero ahora no podía recordar. Traté de contar un millar de pasos en algún momento, pero siempre me perdía alrededor de los cuatrocientos, oyendo el sonido producido por ratas fantasmagóricas, que resultaban ser mis propios dedos arañando el rasgado colchón.

La noche no iba a terminar nunca. Los alemanes habían fusilado al maldito sol; podían hacerlo, por qué no, sus científicos eran los mejores del mundo, podían resolverlo. Habían aprendido a detener el tiempo. Yo estaba ciego y sordo. Únicamente el frío y la sed me recordaban que aún estaba vivo. Me sentía tan solo que empecé a anhelar la presencia de los centinelas, sólo para oír sus pasos, oler el vodka en su aliento.

Muchos rusos importantes soportaban largas estancias en prisión. Aquella noche aprendí que nunca sería un ruso importante. Unas pocas horas en una celda, sin sufrir más tortura que la oscuridad y el silencio y el frío absoluto, unas pocas horas de eso y estaba ya medio quebrantado. Las ardientes almas que sobrevivían invierno tras invierno en Siberia poseían algo que yo no tenía, una gran fe en algún espléndido destino, bien fuera el reino de Dios, o la justicia, o la remota promesa de venganza. O quizás estaban tan apaleadas que se convertían en simples animales sobre sus patas traseras, trabajando a la orden de sus amos, comiendo cualquier bazofia que éste les arrojara, durmiendo cuando se les ordenaba y soñando sólo con el fin.

Al final se produjo un ruido, ruidos de pasos, varios pares de pesadas botas pateando por el corredor. Una llave giró en la cerradura. Me incorporé en la litera, golpeándome el cráneo contra el techo, con tanta fuerza que me mordí el labio.

Dos guardias —uno de ellos sosteniendo un quinqué, la luz más bonita que jamás había visto en mi vida, mejor que cualquier salida del sol— escoltaban a un nuevo prisionero, un joven soldado, uniformado, que paseó su mirada por la celda como un hombre que contempla un apartamento que está considerando alquilar. El soldado era alto y se mantenía muy recto; destacaba entre los guardias, y aunque éstos llevaban pistolas en sus fundas y el soldado iba desarmado, parecía listo para dar órdenes. Sostenía su gorro de piel de astracán en una mano y sus guantes de cuero en la otra.

Cuando los guardias se hubieron marchado, cerrando la puerta de la celda por fuera y llevándose con ellos la luz, el soldado me miró. Su cara fue lo último que vi antes de que la oscuridad nos envolviera nuevamente, de manera que se quedó clavada en mi mente: los altos pómulos cosacos, la mueca de diversión en los labios,

el cabello rubio como el heno, los ojos lo bastante azules para agradar a cualquier novia aria.

Me senté en la cama y él permaneció en el suelo de piedra, y por el perfecto silencio comprendí que ninguno de los dos había variado de posición... Seguíamos mirándonos fijamente en la oscuridad.

—¿Eres judío?

—¿Qué?

—Judío. Pareces judío.

—Y tú pareces un nazi.

—Lo sé. *Ich spreche ein bisschen Deutsch*, también. Me presenté como voluntario para hacer de espía, pero nadie me escuchó. Así que, ¿eres judío?

—¿Por qué te importa?

—No te avergüences de ello. Yo no tengo ningún problema con los judíos. Emanuel Lasker es mi segundo jugador favorito de ajedrez. Sólo un peldaño por debajo de Capablanca... Capablanca es Mozart, puro genio; uno no puede amar el ajedrez y no amar a Capablanca. Pero nadie es mejor que Lasker en los finales. ¿Tienes algo de comida?

—No.

—Alarga la mano.

Aquello parecía alguna especie de trampa, un juego infantil para pillar a imbéciles. Me golpearía en la palma o la dejaría allí colgando hasta que yo me diera cuenta de mi estupidez. Pero ningún ofrecimiento de comida podía ser rehusado, incluso el menos probable, de manera que alargué mi mano en la oscuridad y aguardé. Un momento más tarde, un trozo de algo frío y grasiento fue depositado en mi palma. No sé cómo encontró mi mano, pero lo hizo, sin necesidad de tantear.

—Embutido —dijo. Y luego, después de una pausa—: No te preocupes. No es cerdo.

—Yo como cerdo.

Olí el embutido y luego mordisqueé un poco. Se parecía tanto a la verdadera carne como el pan de racionamiento al pan auténtico, pero había grasa en él, y la grasa era vida. Lo mastiqué todo lo más lentamente que pude, para hacer que durara.

—Haces ruido al masticar —me dijo, una reprimenda desde la oscuridad. Oí el crujido de los muelles de la litera cuando se sentó en una de las inferiores—. Y se supone que has de decir gracias.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Cómo te llamas?

—Lev.

—¿Lev qué?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Sólo es cuestión de modales —dijo—. Por ejemplo, si yo me presento, digo: «Buenas noches, me llamo Nikolai Alexandrovich Vlasov, y mis amigos me llaman Kolya».

—Tú sólo quieres saber si tengo un nombre judío.

—¿Lo tienes?

—Sí.

—Ah. —Suspiró de felicidad, encantado de ver su instinto confirmado—. Gracias. No sé por qué te asusta tanto decirlo a la gente.

No respondí. Si él no sabía por qué, era inútil tratar de explicarlo.

—Así que, ¿por qué estás aquí? —quiso saber.

—Me capturaron saqueando a un alemán muerto en la calle Voinova.

Eso lo alarmó.

—¿Los alemanes están ya en Voinova? ¿Así que ya ha empezado?

—No ha empezado nada. Era un piloto de bombardero. Fue eyectado.

—¿Le alcanzaron los chicos de la AA?

—El frío fue lo que le alcanzó. ¿Por qué estás tú aquí?

—Pura idiotez. Piensan que soy un desertor.

—¿Y por qué no te fusilaron, entonces?

—¿Por qué no te han fusilado *a ti*?

—No lo sé —admití—. Dijeron que era apto para el coronel.

—Yo no soy un desertor. Soy un estudiante. Estaba defendiendo mi tesis.

—¿De veras? ¿Tu tesis?

Sonaba como la excusa más estúpida en la historia de la deserción.

—Una interpretación de *El podenco del patio*, de Ushakovo, visto a través de la lente del análisis sociológico contemporáneo. —Esperó a que yo dijera algo, pero yo no tenía nada que decir al respecto—. ¿Conoces el libro?

—No. ¿Ushakovo?

—Da pena lo malas que han llegado a ser las escuelas. Deberían haberte hecho memorizar algunos pasajes. —Sonaba como un viejo profesor de mal genio, aunque por la única mirada que le había podido lanzar, habría supuesto que tenía unos veinte años—. «En el matadero donde nos besamos por primera vez, el aire seguía oliendo a la sangre de los corderos». Línea primera. Algunos dicen que es la más grande novela rusa. Y tú nunca has oído hablar de ella.

Suspiró de forma extravagante. Un momento más tarde, oí un extraño ruido, como de arañazo, como si una rata estuviera afilándose las garras en el terliz del colchón.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Hum?

—¿No oyes ese ruido?

—Estoy escribiendo mi diario.

Yo no podía ver con los ojos abiertos más de lo que habría sido capaz con los ojos cerrados, y aquel tipo estaba escribiendo su diario. Ahora comprendí que el ruido era el de un lápiz sobre el papel. Al cabo de unos minutos el diario se cerró de golpe y le oí meter la libreta en el bolsillo.

—Puedo escribir en la oscuridad —dijo, recalcando la frase con un ligero eructo—. Es uno de mis talentos.

—¿Son notas sobre *El podenco del patio*?

—Exactamente. ¡Fíjate qué extraño! Capítulo seis: Radchenko se pasa un mes en Las Cruces porque su antiguo mejor amigo... Bueno, no quiero desvelarlo. Pero tengo que decirlo. Parecía que se cumplía el destino cuando me trajeron aquí. He estado en todos los demás lugares que Radchenko visitó, cada restaurante y teatro y cementerio, los que están por ahí todavía, en cualquier caso, pero nunca había estado aquí dentro. Un crítico podría afirmar que hasta que uno no pasa una noche en Las Cruces, no puede comprender a Radchenko.

—Pues has tenido mucha suerte.

—Hum.

—¿Así que piensas que nos fusilarán por la mañana?

—Lo dudo. No nos están preservando por la noche sólo para fusilarnos mañana.

Sonaba bastante desenvuelto al respecto, como si estuviéramos comentando un acontecimiento deportivo, como si su desenlace no fuera particularmente trascendental, fuera cual fuera el cariz que tomara.

—No he cagado en ocho días —dijo—. Y no me refiero a cagar bien... Hace meses desde la última vez que lo hice. Me refiero a que no he cagado en absoluto desde hace ocho días.

Estuvimos callados durante un momento, considerando esas palabras.

—¿Cuánto tiempo piensas que un hombre puede durar sin cagar?

Era una interesante cuestión, y yo mismo sentía curiosidad por saber la respuesta, pero no tenía ninguna para él. Oí que se echaba, le oí bostezar tranquilamente, relajado y contento, su colchón de paja, manchado de meados, tan confortable como una cama de plumas. El silencio se prolongó durante un minuto, y pensé que mi compañero de celda se había quedado dormido.

—Estas paredes deben de tener más de un metro de grosor —dijo finalmente—. Éste es probablemente el lugar más seguro de Piter para pernoctar.

Y entonces se quedó dormido, pasando de las palabras a los ronquidos tan rápidamente que al principio pensé que estaba fingiendo.

Siempre he envidiado a las personas que se duermen con facilidad. Sus cerebros deben de estar más limpios, los suelos del cráneo bien barridos, y todos los pequeños monstruos de la mente encerrados en un baúl a los pies de la cama. Yo había nacido

insomne, y así es como moriré, derrochando miles de horas durante el camino mientras ansío la inconsciencia, ansío un mazo de goma para golpearme en la cabeza, no muy duro, no lo bastante duro para hacerme daño, sólo un buen golpe para atontarme por la noche. Pero aquella noche no tenía ninguna oportunidad. Contemplé fijamente la negrura, hasta que la negrura se fue difuminando en una luz grisácea, hasta que el techo encima de mí empezó a tomar forma y la luz del este empezó a regatear a través de la ventana de barrotes que a fin de cuentas existía. Sólo entonces percibí que aún tenía un cuchillo alemán atado a mi pantorrilla.

3

Una hora después del alba dos nuevos guardias abrieron la puerta de la celda, nos hicieron levantar y nos pusieron esposas en las muñecas. Ignoraron mis preguntas pero parecieron divertirse cuando Kolya pidió una taza de té y una tortilla. Las bromas debían de ser raras en Las Cruces, porque lo cierto es que no era un chiste tan bueno, pero los guardias se rieron mientras nos señalaban el pasillo. En algún lugar alguien estaba gimiendo, un gemido bajo e interminable, como la sirena de un barco oída desde gran distancia.

Yo no sabía si nos dirigíamos al patíbulo o a una cámara de interrogatorios. Había pasado la noche entera sin dormir. Salvo por un trago del frasco del alemán, no había probado una gota de líquido desde el tejado del Kirov; un chichón del tamaño de la manita de un niño se había hecho allí donde mi frente había golpeado contra el techo —era una mala mañana, realmente; de las peores—, pero yo quería vivir. Quería vivir y sabía que no podría enfrentarme a mi ejecución con gracia. Me arrodillaría ante el verdugo o el pelotón de ejecución y suplicaría por mi juventud, hablaría de las muchas horas de servicio en el tejado aguardando las bombas, de todas las barricadas que había ayudado a construir, de las zanjas que había cavado. Todos nosotros lo habíamos hecho, todos estábamos sirviendo a la causa, pero yo era uno de los verdaderos hijos de Piter y no merecía morir. ¿Qué daño había hecho? Bebernos un coñac alemán... ¿Por esto queréis acabar conmigo? ¿Queréis atarme una áspera cuerda de cáñamo en torno de mi esquelético cuello y acallar mi cerebro para siempre porque robé un cuchillo? Yo no creo que haya grandeza en mí, pero hay algo mejor que eso.

Los guardias nos condujeron a unas escaleras de piedra, de escalones gastados por centenares de miles de talones de botas. Un viejo con una gruesa bufanda gris que le daba dos vueltas al cuello se encontraba sentado al otro lado de los barrotes de hierro que bloqueaban el fondo de la escalera. Nos brindó una pegajosa sonrisa y abrió la cerradura de la verja. Un momento más tarde cruzamos una pesada puerta de madera, saliendo a la luz del sol, emergiendo de Las Cruces intactos y vivos.

Kolya, nada impresionado por nuestro aparente indulto, recogió un poco de nieve limpia con la palma de sus esposadas manos y la chupó. La audacia de esa maniobra me hizo sentir envidia, como también la idea de agua fría en mi lengua. Pero yo no quería hacer nada que irritara a los guardias. Nuestra salida de Las Cruces parecía un extraño error, y yo tenía miedo de que me metieran otra vez dentro si hacía algo equivocado.

Los guardias nos escoltaron hasta un GAZ que aguardaba, con su gran motor zumbando, sus exhaustos tubos de escape vomitando sucio vapor y dos soldados sentados en el asiento delantero, sin mostrar la menor curiosidad, con sus gorros

forrados de piel profundamente calados en la frente.

Kolya se dejó caer en el asiento trasero sin esperar una orden.

—¡Caballeros, a la ópera!

Los guardias, sus reglas atemperadas por años de trabajar en Las Cruces, le brindaron a Kolya otra risotada. Los soldados, no. Uno de ellos se dio la vuelta e inspeccionó a Kolya.

—Una palabra más y te rompo el maldito brazo. Si fuera por mí, habrías recibido ya una bala en la cabeza. Jodido desertor. Tú —y esto iba dirigido a mí—, sube.

La boca de Kolya estaba ya abierta y yo comprendí que la violencia se encontraba en marcha. El soldado no parecía un fanfarrón, y Kolya, evidentemente, era incapaz de hacer caso de una simple amenaza.

—No soy un desertor —dijo. Con sus esposadas manos, consiguió arremangar la manga izquierda de su chaqueta, la manga de su suéter del ejército, y las mangas de las dos camisetas que llevaba debajo de éste, y ofreció su brazo al soldado del asiento delantero—. Si quieres romperme el brazo, rómpemelo, pero no soy ningún desertor.

Durante un largo rato, nadie habló... Kolya miraba fijamente al soldado. Éste le devolvía la mirada, y todos los demás observábamos y esperábamos, impresionados por aquel enfrentamiento de personalidades, sintiendo curiosidad por ver quién ganaría. Finalmente, el soldado ocultó la derrota apartando la mirada de Kolya y ladrándome a mí:

—Sube al coche, mierdecilla.

Los guardias sonrieron. Éste era el entretenimiento de su mañana. No tenían prevista ninguna tortura, nada de dientes o uñas que arrancar a un pobre prisionero lanzando alaridos de dolor en su lecho, de manera que se divirtieron observándome a mí, el mierdecilla, deslizándome en el asiento trasero al lado de Kolya.

El soldado conducía muy deprisa, sin importarle en absoluto las resbaladizas superficies de hielo de la carretera. Íbamos a gran velocidad a lo largo de las orillas del helado Neva. Yo llevaba el cuello alzado, por lo que podía proteger mi rostro del viento que penetraba por debajo del techo de lona. Kolya no parecía preocupado por el frío. Miraba fijamente la aguja de la Iglesia de Juan el Bautista, al otro lado del río, sin decir nada.

Torcimos para cruzar el puente Kamennostrovsky, el viejo acero de sus arcos cubierto de escarcha, las farolas adornadas con carámbanos, a guisa de barbas. Llegamos a la Isla Kamenny, reduciendo sólo un poco la velocidad para rodear un cráter de bomba que había destrozado el centro de la calle, y seguimos por un largo sendero bordeado de los tocones de tilos, aparcando finalmente delante de una magnífica mansión de madera con un pórtico de blancas columnas. Kolya estudió la casa.

—Aquí vivían los Dolgorukov —dijo, cuando bajamos del coche—. Supongo que

ninguno de vosotros habéis oído hablar de los Dolgorukov.

—Un puñado de aristócratas a los que les partieron el cuello —dijo uno de los soldados, haciendo un gesto con el cañón del fusil para que nos dirigiéramos a la puerta de la casa.

—Algunos de ellos —admitió Kolya—. Y algunos de ellos durmieron con emperadores.

A la luz del día, Kolya daba la impresión de acabar de salir de uno de los carteles de propaganda pegados a las paredes por toda la ciudad; los rasgos de su rostro eran heroicos: la fuerte mandíbula, la recta nariz, el cabello de un rubio sucio que le caía por la frente. Era un desertor de elegante aspecto.

Los soldados nos escoltaron hasta el porche, donde habían apilado sacos de arena con una altura de un metro veinte para formar un nido de ametralladoras. Dos soldados se encontraban cerca de su arma, pasándose un cigarrillo entre ellos. Kolya husmeó el aire y miró con expresión de anhelo la colilla liada a mano.

—Tabaco auténtico —dijo, antes de que nuestros guías armados empujaran la puerta de la casa y nos introdujeran en su interior.

Yo no había estado dentro de una mansión en toda mi vida; sólo había leído sobre ellas en las novelas: los bailes en los suelos de parquet, los sirvientes repartiendo sopa de soperas de plata, el severo patriarca en su estudio lleno de libros advirtiéndole a su llorosa hija que se mantuviera alejada del muchacho de origen humilde. Pero, en tanto que el viejo hogar Dolgorukov seguía pareciendo magnífico visto desde el exterior, la revolución había llegado a su interior. El suelo de mármol aparecía hollado por un millar de botas embarradas, su suciedad intacta desde hacía meses. El papel de la pared manchado de humo se había despegado y se rizaba desde la base. No había sobrevivido ninguno de los muebles originales, como tampoco las pinturas al óleo y los jarrones chinos que debían de haber adornado las paredes y descansado sobre estanterías de teca.

Docenas de agentes uniformados iban apresuradamente de una habitación a la siguiente, abriéndose paso por una escalera doble a la que le faltaba su balaustrada y todas sus barandillas, probablemente arrancadas semanas atrás para servir de leña para el fuego. Los uniformes no eran del Ejército Rojo. Kolya observó que yo estaba mirando fijamente.

—NKVD. Quizás piensan que somos espías.

No hacía falta que Kolya me dijera que los hombres eran de la NKVD. Desde que era pequeño, había sabido qué aspecto tenían sus uniformes, con sus gorras de visera azul y marrón y sus Tokarevs en la funda. Había aprendido a sentir miedo de sus Packards detenidos frente a las puertas del Kirov, los Cuervos Negros, esperando llevarse a algún desgraciado ciudadano lejos de su hogar. La NKVD había arrestado al menos a quince hombres del edificio desde que yo vivía allí. Algunas veces esos

hombres regresaban al cabo de unas semanas, la cabeza afeitada y el rostro pálido y sin vida, evitando mis ojos en la escalera mientras subían cojeando a su apartamento. Aquellos hombres destrozados que llegaban a casa debían de haber sido conscientes de lo raros y afortunados que eran, pero no parecían sentir mucha alegría de su supervivencia. Sabían también lo que le había pasado a mi padre, y no se sentían capaces de mirarme a los ojos.

Los soldados siguieron empujándonos hacia delante hasta que entramos en un solarío en la parte trasera de la casa, con unas altas cristaleras que ofrecían una hermosa vista del Neva y de los sombríos, impasibles, edificios de apartamentos del barrio de Vyborg, al otro lado del río. Un hombre mayor estaba sentado solo a una sencilla mesa de madera instalada en medio del solarío. Tenía un auricular de teléfono sujeto entre la cara y el hombro de manera que podía garabatear con una pluma sobre un bloque de papel mientras escuchaba.

Nos miró mientras aguardábamos en la entrada. Parecía un exboxeador, con su gruesa nariz torcida y aplastada. Las sombras bajo sus hundidos ojos eran profundas, como las arrugas que cruzaban su frente. Llevaba su cabello gris rapado casi hasta el cuero cabelludo. Podría haber tenido unos cincuenta años, pero daba la impresión de que era capaz de levantarse de la silla y apalearnos a todos sin arrugarse el uniforme. Tres estrellas de metal brillaban en las puntas del cuello de su guerrera. Yo no sabía exactamente qué significaban tres estrellas, pero eran tres estrellas más que las que llevaba cualquier otra persona en la mansión.

Arrojó su taco de papel sobre la mesa, y pude ver que no había estado tomando notas, como pensé, sino simplemente dibujando equis una y otra vez, hasta que la hoja entera estaba cubierta de ellas. Por alguna razón, eso me asustó más que su uniforme o su cara de matón. Un hombre que dibujara imágenes de tetas o perros parecía un hombre al que podía comprender. ¿Pero, y un hombre que no dibujaba más que equis?

Mientras nos observaba a Kolya y a mí supe que nos estaba juzgando, condenándonos por nuestros crímenes y sentenciándonos a muerte, todo mientras escuchaba una voz que viajaba por el alambre.

—Bien —dijo finalmente—. Quiero que esté hecho al mediodía. Sin excepciones.

Colgó el teléfono y nos sonrió, y la sonrisa era tan incongruente en su rostro como el hombre y su sencilla mesa de madera lo eran en el espléndido solarío de aquella vieja y noble casa. El coronel (porque supuse que aquél era el coronel del que los soldados habían hablado la noche anterior) tenía una bonita sonrisa, sus dientes sorprendentemente blancos, su brutal rostro cambiando instantáneamente de la amenaza a la bienvenida.

—¡El desertor y el saqueador! No necesitamos las esposas. No creo que estos chicos causen ningún problema.

Hizo un gesto a los soldados, que de mala gana sacaron sus llaves y nos quitaron las esposas.

—No soy un desertor —dijo Kolya.

—¿No? Marchaos —ordenó a los soldados, sin preocuparse de mirarlos.

Ellos obedecieron, dejándonos solos con el coronel. Se puso en pie y caminó hacia nosotros, la pistola de su funda golpeando contra su cadera. Kolya permanecía muy recto, en posición de firmes para la inspección del oficial, y yo, sin saber qué hacer, seguí su ejemplo. El coronel siguió avanzando hasta que su apaleada cara casi tocó la de Kolya.

—No eres un desertor, y sin embargo tu unidad informó de que desapareciste y fuiste capturado a cuarenta kilómetros de donde debías estar.

—Bueno, hay una simple explicación...

—Y tú —continuó, volviéndose hacia mí—. Un paracaidista alemán cae en tu bloque y no lo notificas a las autoridades. Decides enriquecerte a costa de la ciudad. ¿Hay una explicación sencilla para eso, también?

Yo necesitaba agua. Mi boca estaba tan seca que la sentía como escamosa, como la piel de un lagarto, y había empezado a ver brillantes chispitas de luz nadando en la periferia de mi visión.

—¿Bien?

—Lo siento —dije.

—¿Lo sientes? —Me miró un momento y soltó una risotada—. Ah, bueno, lo sientes; de acuerdo entonces, todo está bien. Mientras lo sientas, eso es lo importante. Escucha, muchacho. ¿Sabes a cuántas personas he ejecutado? Y no me refiero a las que he ordenado ejecutar, sino a las que he matado yo mismo, con esta Tokarev... —Se golpeó la funda de la pistola—. ¿Quieres hacer una suposición? ¿No? Bien, porque no lo sé; he perdido la cuenta. Y soy la clase de hombre al que le gusta saber. Llevo la cuenta de las cosas: sé exactamente a cuántas mujeres he jodido, y son bastantes, créeme. Tú eres un chico guapo —se dirigía esta vez a Kolya— pero, créeme, no podrás igualarme, aunque llegues a los cien años, y dudo que lo hagas.

Miré fijamente a Kolya, esperando que dijera alguna cosa estúpida, e hiciera que nos mataran a los dos. Pero Kolya, por una vez, no tenía nada que decir.

—«Lo siento» es lo que uno le dice al maestro de escuela cuando rompe un trozo de yeso —continuó el coronel—. Lo de *lo siento* no funciona para saqueadores y desertores.

—Pensamos que podía llevar un poco de comida en sus bolsillos.

El coronel me miró fijamente durante un largo momento.

—¿Y era así?

—Sólo un poco de coñac. O brandy... *Schnapps*, quizás.

—Fusilamos a una docena de personas cada día por falsificar tarjetas de

racionamiento. ¿Sabes lo que nos dicen, antes de que les metamos una bala en el cerebro? Que tenían hambre. ¡Por supuesto que tenían hambre! Todo el mundo tiene hambre. Eso no nos impide fusilar a los ladrones.

—Yo no estaba robando a rusos...

—Robaste propiedad del Estado. ¿Quitaste algo del cuerpo?

Dudé en responder, tardando todo lo que pude.

—Un cuchillo.

—Ah. El honrado ladrón.

Me arrodillé, desaté la funda de mi tobillo y se la tendí al coronel. Éste se quedó mirando fijamente el cuero alemán.

—¿Tuviste esto contigo toda la noche? ¿Nadie te registró? —Exhaló la respiración, acompañada de una suave maldición, cansado de la incompetencia—. No es extraño que estemos perdiendo la guerra. —Sacó la hoja y estudió la inscripción—. «*SANGRE Y HONOR*». Ja. Que Dios dé a esos hijos de puta por el culo. ¿Sabes cómo se usa?

—¿Qué?

—El cuchillo. Cortando —dijo, haciendo justamente eso en el aire con la hoja de acero—. Es mejor que clavar. Más difícil de parar. Vas contra la garganta, y si eso no funciona, a los ojos o la barriga. El muslo es buena cosa, también, hay grandes venas en los muslos. —Todas estas instrucciones iban acompañadas de vigorosas demostraciones—. Y nunca pares —dijo, bailando más cerca, el acero centelleando—. Nunca aflojes; mantén siempre el cuchillo en movimiento, mantenlo a la defensiva. —Enfundó el cuchillo y me lo arrojó—. Guárdalo. Lo necesitarás.

Miré fijamente a Kolya, que se encogió de hombros. Todo esto era demasiado extraño para comprenderlo, de modo que no tenía sentido esforzar la mente, tratando de averiguar dónde nos encontrábamos. Volví a ponerme de rodillas y me até nuevamente el cuchillo al tobillo.

El coronel se había acercado a las cristaleras, donde contempló cómo la nieve del día anterior soplaba a través del helado Neva.

—Tu padre era el poeta.

—Sí —admití, permaneciendo muy recto y mirando al cogote del coronel.

Nadie aparte de mi familia había mencionado a mi padre desde hacía cuatro años. Quiero decir literalmente. Ni una palabra.

—Sabía escribir. Lo que le pasó fue... desgraciado.

¿Qué podía decir a esto? Me miré las botas, y supe que Kolya me estaba mirando de reojo, tratando de averiguar qué desgraciado poeta me había engendrado.

—Ninguno de vosotros ha comido hoy —dijo el coronel, sin hacer de ello una pregunta—. Té negro y tostadas. ¿Qué tal suena eso? Quizás podamos encontrar un poco de sopa de pescado en alguna parte. ¡Borya!

Un ordenanza entró en el solarío, con un lápiz metido detrás de la oreja.

—Consigue algo de desayuno para estos chicos.

Borya asintió y desapareció tan rápidamente como había aparecido.

Sopa de pescado. Yo no había comido sopa de pescado desde el verano. Sólo la idea era salvaje y exótica, como una muchacha desnuda en una isla del Pacífico.

—Venid por aquí —dijo el coronel.

Abrió una de las cristaleras y salió al frío. Kolya y yo lo seguimos a lo largo de un sendero de grava que conducía, a través de un jardín helado por la escarcha, hasta las orillas del río.

Una muchacha con una chaqueta de piel de zorro patinaba sobre el Neva. En un invierno corriente, podía verse a centenares de muchachas patinando una tarde de fin de semana, pero éste no era un invierno corriente. El hielo era sólido y lo había sido durante semanas, pero ¿quién tenía la fuerza para dibujar ochos? De pie en el helado barro del borde del río, Kolya y yo la contemplábamos del mismo modo que uno mira a un mono que monta una bicicleta de una sola rueda por la calle. Era extrañamente adorable, su oscuro cabello partido por la mitad y recogido en un holgado moño, sus mejillas azotadas por el viento enrojecidas y llenas y saludables. Tardé unos segundos en darme cuenta de por qué tenía un aspecto tan extraño, y entonces se hizo evidente... Incluso desde lejos uno podía decir que la muchacha estaba bien alimentada. No había nada cansado y desesperado en su rostro. Tenía la gracia desenfadada de una atleta; sus piruetas eran controladas y rápidas; nunca perdía el aliento. Sus muslos debían de ser magníficos —largos, pálidos y fuertes— y pude sentir que mi pene se endurecía por primera vez en varios días.

—Va a casarse el próximo viernes —dijo el coronel—. Se casa con un trozo de carne, diría yo, pero está bien. Es un hombre del Partido, puede permitírsela.

—¿Es su hija? —preguntó Kolya.

El coronel sonrió, sus blancos dientes partiendo su cara de matón.

—¿No crees que se parece a mí? No, no, tuvo suerte. Heredó la cara de su madre y el temperamento de su padre... Gracias e éste conquistará el mundo.

Sólo entonces me di cuenta de que los dientes del coronel eran postizos, un puente que parecía abarcar toda la fila superior. Y supe, de repente, pero con seguridad, que aquel hombre había sido torturado. Lo habían traído durante alguna que otra purga; lo llamaron trotskista o Blanco o simpatizante fascista, le arrancaron los dientes de la boca y le golpearon hasta que sus ojos sangraron, hasta que meó sangre y cagó sangre, hasta que llegó la orden de la oficina apropiada de Moscú: «Hemos rehabilitado a este hombre, dejadlo ir ahora, vuelve a ser uno de los nuestros».

Podía imaginarlo porque lo había imaginado a menudo, cuando me preguntaba a mí mismo sobre los últimos días de mi padre. Había tenido la desgracia de ser judío y

poeta y medianamente famoso, amigo antaño de Mayakovsky y Mandelstam, amargos enemigos de Obranovich y los demás que él consideraba lenguas de la burocracia, los lanzadores de verso revolucionario que etiquetaron a mi padre de agitador y parásito porque escribía sobre los bajos fondos de Leningrado, aunque — oficialmente— no había bajos fondos en Leningrado. Más que esto, tuvo la temeridad de titular su libro, *Piter*, el apodo de la ciudad, el nombre que usaban los nativos, pero que estaba prohibido en todo texto soviético porque «San Petersburgo» fue una arrogancia del zar, bautizada por el santo patrón del viejo tirano.

Una tarde de verano de 1937 se llevaron a mi padre de las oficinas de la revista literaria donde trabajaba. Nunca lo devolvieron. La llamada de la oficina de Moscú nunca llegó para él; la rehabilitación no era una opción. Un oficial de inteligencia podía tener valor futuro para el Estado, pero un poeta decadente, no. Quizás había muerto en Las Cruces o en Siberia o en algún lugar entremedio, nunca lo supimos. Si estaba enterrado allí, no hay ninguna marca; si fue quemado, no hay ninguna urna.

Durante mucho tiempo estuve furioso con mi padre por escribir palabras tan peligrosas. Parecía estúpido que un libro fuera más importante que andar por ahí y pegarme en el cogote cuando me hurgaba la nariz. Pero más tarde decidí que él no había elegido insultar al Partido, al menos conscientemente, de la forma como Mandelstam lo había hecho (Mandelstam, con su loca valentía, escribiendo que Stalin tenía unos dedos gordos como babosas y un bigote como dos cucarachas). Mi padre no sabía que *Piter* era peligroso hasta que se escribieron las revisiones oficiales. Pensaba que estaba escribiendo un libro que leerían quinientas personas, y quizás tenía razón, pero al menos una de esas quinientas personas lo denunció, y eso fue todo.

El coronel había sobrevivido, sin embargo, y, mirándolo, me pregunté si no encontraba extraño, después de haber estado tan cerca de las mandíbulas del tiburón y de alguna manera luchado por encontrar su camino a la playa, que él, que había esperado la misericordia de otro, pudiera ahora decidir por sí mismo si concederla o no. No parecía turbado en aquel momento. Contemplaba cómo su hija patinaba y palmeó con sus destrozadas y nudosas manos cuando la muchacha efectuó un giro.

—De manera que la boda es el viernes. Aun ahora, incluso en medio de todo esto —dijo el coronel, haciendo un gesto con sus manos para abarcar Leningrado, el hambre, la guerra—, ella quiere una boda auténtica, una boda *apropiada*. Eso es bueno, la vida debe continuar; estamos peleando contra bárbaros, pero debemos seguir siendo humanos, *rusos*. De manera que habrá música, bailes..., un pastel.

Nos miró a cada uno por turno como si hubiera algo importante en la palabra *pastel* y necesitara que los dos comprendiéramos.

—Ésa es la tradición, dice mi mujer, necesitamos un pastel. Significa una mala suerte terrible, una boda sin pastel. Bueno, yo he estado luchando toda mi vida contra

estas supersticiones campesinas, los curas las empleaban para mantener estúpidas y amedrentadas a las personas, pero mi mujer... Ella quiere el pastel. Durante meses ha estado acumulando su azúcar, su miel, su harina, todo lo demás.

Reflexioné sobre todo esto, los saquitos de azúcar, las jarras de miel, la harina que debía de haber sido auténtica harina, no un mohoso resto salvado de una barcaza torpedeada. La mitad del Kirov podía probablemente sobrevivir un par de semanas sólo con la masa que usaría.

—Tiene todo lo que necesita, todo excepto los huevos. —De nuevo, aquella mirada portentosa—. Los huevos —prosiguió el coronel— son difíciles de encontrar.

Durante varios segundos todos permanecemos en silencio, observando las evoluciones de la hija del coronel.

—La flota podría tener algunos —dijo Kolya.

—No, no tienen.

—Tienen carne en lata. Yo cambié un mazo de naipes por algunas latas de carne a uno de los marineros...

—No tienen huevos.

No me parece que yo sea estúpido, pero me estaba llevando mucho tiempo comprender lo que el coronel nos pedía, y mucho más tiempo encontrar el valor necesario para preguntarle.

—¿Quiere usted que le encontremos huevos?

—Una docena —dijo rápidamente—. Sólo necesita diez, pero supongo que podría romperse alguno, o un par de ellos estar podridos. —Vio nuestra confusión y esbozó su maravillosa sonrisa, agarrándonos por los hombros con la fuerza suficiente para hacerme poner más recto—. Mis hombres dicen que no hay huevos en Leningrado, pero yo creo que hay de todo en Leningrado, incluso ahora, y sólo necesito los tipos adecuados para hallarlo. Un par de ladrones.

—No somos ladrones —dijo Kolya, muy recto, mirando al coronel a los ojos.

Yo hubiera querido darle un puñetazo. Deberíamos estar muertos y congelados, amontonados en una almádena con el resto de los cadáveres del día. Teníamos nuestro indulto. Nuestras vidas habían regresado a cambio de una simple tarea. Una extraña tarea, quizás, pero bastante sencilla. Y ahora él se disponía a arruinarlo todo. Estaba pidiendo su bala, lo cual era malo, pero estaba pidiendo mi bala, también, lo cual era mucho peor.

—¿No sois ladrones? Abandonasteis vuestra unidad... No, no, calla, no digas nada. Abandonasteis vuestra unidad, y en el momento en que hicisteis eso, perdisteis vuestros derechos como soldados del Ejército Rojo... Vuestros derechos a llevar el fusil, a llevar ese uniforme, esas botas. Tú eres un ladrón. Y tú, narizotas, tú saqueaste un cadáver. Era un cadáver alemán, de manera que no me ofende personalmente, pero saquear es robar. Juguemos limpio. Los dos sois ladrones.

Ladrones malos. Es cierto, ladrones incompetentes, absolutamente, pero tenéis suerte. Los ladrones buenos no han sido capturados.

Se dio la vuelta y anduvo hacia la casa. Kolya y yo nos retrasamos, observando a la hija del coronel, su piel de zorro centelleando bajo el sol. A estas alturas debía de habernos visto, pero no había reconocido nuestra presencia, no había mirado una sola vez en nuestra dirección. Éramos dos de los lacayos de su padre, y por lo tanto absolutamente aburridos. La estuvimos observando todo el tiempo que pudimos, tratando de grabar su imagen en nuestro cerebro para uso futuro, hasta que el coronel nos soltó un ladrido y corrimos tras él.

—¿Tenéis vuestras tarjetas de racionamiento? —preguntó, dando largas zancadas, terminada su tregua, preparado otra vez para el trabajo del largo día—. Entregádmelas.

Yo guardaba la mía cosida al bolsillo interior de la chaqueta. La solté y vi que Kolya sacaba la suya de su calcetín doblado. El coronel se las quedó.

—Traedme los huevos el jueves al alba y los recuperaréis. En caso contrario, bueno, estaréis todo el mes de enero comiendo nieve, y tampoco habrá tarjetas esperándoos en febrero. Eso suponiendo que uno de mis hombres no os encuentre y os mate antes de entonces, y mis hombres son muy eficaces en esa tarea.

—Pero no son capaces de encontrar huevos —dijo Kolya.

El coronel sonrió.

—Me gustas, muchacho. No vivirás una vida larga, pero me gustas.

Entramos en el solarío. El coronel se sentó a su mesa y se quedó mirando fijamente el negro teléfono. Levantó las cejas, recordando algo, abrió el cajón de la mesa y sacó una carta doblada.

Se la tendió a Kolya.

—Es una exención del toque de queda para vosotros dos. A cualquiera que os aborde, le mostráis eso, y tendréis el paso libre. Y aquí tenéis esto, también...

Sacó cuatro billetes de cien rublos de la cartera y se los dio a Kolya, el cual echó una mirada a la carta y a los rublos y deslizó ambas cosas en su bolsillo.

—En junio con eso habría comprado un millar de huevos —dijo el coronel.

—Y volverá a ser así el próximo junio —dijo Kolya—. Los Fritz no aguantarán el invierno.

—Con soldados como tú —dijo el coronel—, pronto estaremos pagando los huevos con marcos alemanes.

Kolya abrió la boca para defenderse, pero el coronel movió negativamente la cabeza.

—¿No comprendes que esto es un regalo? Me traes una docena de huevos el jueves y os devuelvo la vida. ¿Entiendes lo especial de este regalo?

—¿Qué día es hoy?

—Hoy es sábado. Tú desertaste de tu unidad un viernes. Cuando el sol salga mañana, será domingo. ¿Puedes seguir a partir de este punto? ¿Sí? Bien.

Borya regresó con cuatro tostadas en una bandeja azul. Las tostadas habían sido untadas con algo oleoso, manteca quizás, brillante y graso y apetitoso. Otro ayudante entró en el solarío tras él llevando dos tazas de humeante té. Esperé a que un tercer ayudante entrara con unos boles de sopa de pescado, pero eso no sucedió.

—Comed deprisa, chicos —dijo el coronel—. Os queda mucho camino que andar.

—Narizotas. Me gusta eso. ¿Quién era tu padre, Narizotas?

—No lo conocerías.

—Si era un poeta publicado, lo conozco.

—Déjalo en paz.

—Eres de un humor caprichoso, ¿no?

Estábamos cruzando otra vez el puente Kamennoostrovsky, ahora a pie. Kolya se detuvo en mitad del puente, sus enguantadas manos sobre la baranda, mirando, río abajo, hacia la mansión Dolgorukov. La hija del coronel ya no trazaba sus figuras sobre los patines, pero Kolya se quedó observando un momento, de todas formas, esperando una repetición.

—Me sonrió —dijo.

—No te sonrió. ¿De qué estás hablando? Ni siquiera nos miró.

—Tal vez estés celoso, amigo mío. Pero, sin la menor duda, ella me lanzó una sonrisa. Creo que la había visto antes, en la universidad. Tengo una reputación.

—¿Como desertor?

Kolya se dio la vuelta y me dirigió una mirada airada.

—Te romperé los dientes si vuelves a llamarme desertor.

—Y yo te meteré el cuchillo en el ojo si lo intentas.

Kolya consideró mis palabras y dirigió nuevamente su vista al río.

—Me haré contigo antes de que puedas sacar el cuchillo. Soy muy rápido cuando necesito serlo.

Pensé en sacar el cuchillo ahora, sólo para demostrarle lo equivocado que estaba, pero él no parecía ya irritado y yo quería seguir moviéndome. Cruzamos el puente, de vuelta a tierra firme, y nos dirigimos al sur hacia Pesochnaya, con el río a nuestra derecha, los oxidados raíles del ferrocarril de Finlandia a la izquierda. No corrían trenes desde septiembre, cuando los alemanes sitiaron la ciudad y cortaron las vías de todas las líneas —Finlandia, Moscú, Vitebsk, Varsovia, el Báltico—, todas cortadas e inservibles. La única conexión ahora de la ciudad con el resto de Rusia era por aire, y pocos eran los aviones capaces de cruzar por entre las patrullas alemanas.

—Podríamos darnos a la fuga, por supuesto. Aunque, sin cartillas de racionamiento, es difícil. —Consideró el problema—. No hay muchas posibilidades de que podamos cruzar las líneas alemanas, así que estamos pegados a Piter. Los chicos de la NKVD no me preocupan mucho. En el ejército dicen que la policía no es capaz ni de encontrar chicas en una casa de putas. Pero, sin tener tarjetas de racionamiento... es complicado.

—Tenemos que encontrar los huevos —le dije.

Estábamos caminando bajo la luz del sol y respirando el aire gracias a la orden

del coronel; si el pago por este indulto era una docena de huevos, deberíamos encontrar una docena de malditos huevos. No había lugar para la negociación o la maniobra.

—Encontrar los huevos es la mejor solución, estoy de acuerdo. Pero esto no quiere decir que no pueda considerar mis opciones. Quizás no hay huevos en toda la ciudad. ¿Entonces qué? ¿Aún tienes familia en Piter?

—No.

—Yo tampoco. Eso es bueno. No tenemos que preocuparnos más que de nuestra propia piel.

Había carteles pegados en las paredes de los almacenes derruidos por el fuego: ¿HAS FIRMADO YA POR LOS VOLUNTARIOS DEL PUEBLO? No había edificios residenciales en esta zona y la calle estaba vacía, nadie más paseaba bajo el descolorido cielo. Podíamos haber sido los dos últimos supervivientes de la guerra, los dos últimos defensores de la ciudad, con sólo mi cuchillo robado y los supuestamente rápidos puños de Kolya para luchar contra los fascistas.

—El Mercado del Heno es nuestra mejor opción —dijo Kolya—. Estuve allí hace unos meses. Aún tienen mantequilla y queso, y un poco de caviar, quizás.

—Entonces ¿cómo es que los hombres del coronel no pudieron encontrar huevos?

—Es el mercado negro. La mitad de esa mercancía es robada. Encuentras a gente comerciando con sus tarjetas de racionamiento, todo tipo de violaciones de la ley. No van a vender nada a nadie que lleve un uniforme. Especialmente si es un uniforme de la NKVD.

Parecía un argumento razonable. Kolya se puso a silbar una canción sin melodía, de su propia invención, y nos dirigimos a pie hacia el sur, al Mercado del Heno. Las cosas estaban mejorando. La ejecución no era inminente. Yo tenía en mi estómago más comida de la que había tenido en varias semanas, y el fuerte té negro proporcionaba una energía adicional. Sentía en mis piernas suficiente fuerza para propulsarme a donde necesitara ir. Alguien, en alguna parte, tenía una docena de huevos, y nosotros acabaríamos encontrándolos. Mientras tanto, disfruté de una vívida fantasía de la hija del coronel patinando desnuda sobre el Neva, su pálido trasero brillando al sol.

Kolya me dio un golpe en la espalda y me lanzó una lasciva sonrisa, como si hubiera visto a través de mi cráneo de cristal.

—Una muchacha notable, ¿no? ¿Te gustaría hacer algo con ella?

Yo no dije nada, pero Kolya parecía muy experto en mantener conversaciones unilaterales.

—El secreto para ganar a una mujer es el desdén calculado.

—¿Qué?

—Ushakovo. Es una frase de *El podenco del patio*. Oh, espera, tú no has leído *El*

podenco del patio. —Kolya suspiró, harto de mi gran ignorancia—. Tu padre era un miembro de los *literati* y te dejó inculto. Algo muy triste.

—¿Por qué no cierras la boca y dejas de hablar de mi padre?

—Radchenko, el protagonista, es un gran amante. Viene gente de todo Moscú para oír sus consejos sobre la manera de cortejar a una mujer. Nunca abandona su cama, está ahí todo el tiempo, yaciendo, tomando té...

—Como Oblomov.

—¡Nada de Oblomov! ¿Por qué todo el mundo dice siempre «como Oblomov»?

—Porque parece exactamente Oblomov.

Kolya dejó de caminar y bajó su mirada hacia mí. Me llevaba una cabeza de estatura, era dos veces más ancho de hombros, y se alzaba amenazadoramente sobre mí ahora, sus ojos despidiendo chispas.

—Cualquier estúpido de la universidad sabe que Goncharov no era ni la mitad de buen escritor que Ushakovo. *Oblomov* no es nada. Esa novela es una lección de moralidad para la burguesía, una baratija que haces que lean tus hijos para que no crezcan holgazanes. Ahora bien... Radchenko es uno de los grandes héroes del lenguaje. Él y Raskolnikov y Bezhukov y, no sé, Chichikov, quizás.

—Me estás rebajando.

—Bueno, mereces que te rebajen.

Yo seguí caminando hacia el sur, y Kolya, irritado como estaba, pronto cogió el paso. El destino nos había juntado, eso parecía fuera de discusión. Hasta el jueves, estábamos casados.

Al otro lado del hielo cubierto de nieve en polvo del Neva, el ángel de oro seguía sentado en la cima de la dorada aguja de la Catedral de Pedro y Pablo, aun cuando la gente decía que la Wehrmacht había prometido una cruz de hierro al artillero que lo derribara. Kolya hizo un gesto hacia el lado de Petrogrado con la cabeza.

—Yo estaba estacionado en la fortaleza cuando el zoo fue bombardeado.

—He oído decir que había babuinos corriendo por la ciudad, y un tigre siberiano...

—Eso es un cuento —dijo él—. Ninguno de ellos escapó.

—Quizás lo hicieron algunos. ¿Cómo lo sabes?

—Ninguno de ellos escapó. Si quieres que te diga algo agradable para ayudarte a dormir, vale, pero es una mentira. —Escupió en el suelo—. Los Fritz quemaron todo el lugar hasta los cimientos. *Betty*, la elefanta... A mí me gustaba aquella elefanta. Iba a verla continuamente cuando era un niño. La forma como se lavaba, sorbiendo el agua con su trompa y duchándose ella misma... Era muy graciosa. No lo pensarías, porque era condenadamente grande, pero lo era.

—¿Murió?

—¿Qué te acabo de decir? Todos murieron, *Betty* tardó horas, sin embargo. La

manera como gemía... Yo estaba de centinela y todo lo que quería hacer era correr Y dispararle en el corazón. Terminar con ello. No es agradable oír agonizar a un elefante.

Había un largo camino hacia el Mercado del Heno, seis kilómetros quizás, sobre el puente Liteiny, más allá de los Jardines de Verano donde los olmos y los robles habían sido cortados con hachas, más allá de la Iglesia del Salvador en la Sangre Derramada, con su fachada de teja glaseada y altísimas cúpulas en forma de cebolla, construidas en el lugar donde Hryniewiecki hizo saltar por los aires al emperador y a él mismo. Cuanto más al sur íbamos, más atestadas las calles; todo el mundo iba envuelto en tres capas de tela, inclinándose contra el viento mientras andaban, sus caras cansadas y consumidas y pálidas por la falta de hierro. En la avenida Nevsky, todas las tiendas llevaban cerradas varios meses. Vimos a dos mujeres de unos sesenta años caminando muy juntas, sus hombros tocándose, sus ojos fijos en la acera tratando de descubrir a tiempo la zona de hielo que podía matarlas. Un hombre de glorioso mostacho de morsa llevaba un cubo blanco lleno de clavos negros. Un niño, de no más de doce años, tiraba de un trineo con un trozo de cuerda. Un cuerpecito envuelto en mantas yacía en el trineo, un pie desnudo exangüe arrastrándose sobre la endurecida nieve. Dientes de dragón tachonaban la calle, aquellos bloques de hormigón reforzado que formaban filas para impedir el movimiento de los tanques enemigos. Un cartel impreso pegado sobre la pared rezaba: ¡OJO! ESTE LADO DE LA CALLE ES EL MÁS PELIGROSO DURANTE EL BOMBARDEO.

Nevsky, antes de la guerra, era el corazón de la ciudad, construida para rivalizar con los grandes paseos de Londres y París, kioscos en las aceras pregonando flores de cerezo y chocolates, viejos con delantal detrás del mostrador cortando tajadas de esturión ahumado y marta cebellina, la torre del reloj del ayuntamiento alzándose por encima del clamor, haciendo saber a todo el mundo lo tarde que era para lo que fuera que venía a continuación. Packards negros pasaban rápidamente, sus bocinas sonando, llevando a miembros del Partido de una reunión a otra. Aunque uno no tuviera dinero para comprar nada y ningún lugar importante a donde ir, Nevsky era siempre un lugar bueno para pasear. En junio el sol no se ponía hasta medianoche y nadie quería perderse la luz. Podías descubrir a las chicas más bonitas de Piter contemplando los brillantes escaparates de las tiendas de moda, sus ojos valorando los últimos vestidos puestos a la venta, estudiando su corte de manera que pudieran hacerse el vestido en casa si conseguían robar suficiente material del trabajo. Aunque no les dijeras nunca nada a esas muchachas, aunque siempre observaras desde la distancia...

—Eres virgen, ¿no? —dijo Kolya, interrumpiendo mis pensamientos con una oportunidad que me dejó estupefacto.

—¿Yo? —pregunté, estúpidamente—. ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando del hecho de que tú nunca has tenido sexo con una chica.

A veces uno sabe que no tiene objeto mentir; el juego se ha terminado antes de empezar.

—¿Y a ti qué te importa?

—Escucha, Lev. ¿Y si tratamos de ser amigos? ¿Qué piensas sobre eso? Vamos a estar juntos hasta que encontremos esos huevos; podríamos igualmente llevarnos bien, ¿vale? Ahora bien, tú pareces un chico interesante, un poco tozudo, un poco melancólico al estilo judío, pero me gustas. Y si no fueras tan jodidamente resistente todo el tiempo, podría probablemente enseñarte algo.

—¿Sobre chicas?

—Sobre chicas, sí. Sobre literatura. Sobre ajedrez.

—¿Cuántos años tienes tú, diecinueve? ¿Cómo es que hablas siempre como si fueras un experto en todo?

—Tengo veinte. Y no soy un experto en todo. Sólo en chicas, literatura y ajedrez.

—Eso es todo.

—Hum. Y en el baile. Soy un excelente bailarín.

—¿Cuánto quieres apostar en una partida de ajedrez?

Kolya me lanzó una mirada y sonrió. Exhaló y su aliento se alzó en forma de vapor por encima de su cabeza.

—Me quedaré con ese cuchillo alemán tuyo.

—¿Y yo qué voy a ganar?

—No vas a conseguir nada. No vas a ganar.

—Digamos que sí.

—Tengo, quizás, otros cien gramos de ese embutido...

—¿Cien gramos de embutido contra el cuchillo de un piloto alemán? No lo creo.

—Tengo algunas fotos...

—¿Qué clase de fotos?

—Fotos de chicas. Chicas francesas. Aprenderías cosas que necesitas aprender.

Fotos de chicas francesas parecía un premio por el que valía la pena jugar. No me preocupaba la posibilidad de perder el cuchillo. Había muchas personas en Piter que podían derrotarme al ajedrez, pero me sabía todos sus nombres. Mi padre había sido campeón de la ciudad, cuando aún estaba en la universidad; solía llevarme con él los jueves y domingos al Club de Ajedrez Espartaco, en el Palacio de los Pioneros. Cuando yo tenía seis años, el entrenador del club me declaró un talento. Durante varios años fui uno de los jugadores jóvenes de primera fila, ganando pequeñas cintas y medallas en torneos por toda la *oblast* de Leningrado. Mi padre se sentía muy orgulloso, aunque era demasiado bohemio para reconocer que le importaban las competiciones y nunca me dejaba exhibir mis premios en nuestro apartamento.

Cuando tenía catorce años, abandoné el club. Había aprendido que yo era un buen

jugador, pero que nunca sería un gran jugador. Amigos míos del Espartaco, a los que yo había derrotado sistemáticamente cuando era más joven, me habían dejado muy atrás, avanzando hasta un nivel al que yo no podía acceder por más partidas que jugara, por más libros que leyera, por más problemas de ajedrez que solucionara en la cama por la noche. Yo era como un pianista bien preparado que sabe qué notas ha de golpear, pero no puede hacer suya la música. Un jugador brillante comprende el juego de una manera que jamás puede articular; analiza el tablero y sabe cómo mejorar su posición antes de que su cerebro sea capaz de concebir una explicación para el movimiento. Yo no tenía ese instinto. Mi abandono del club decepcionó a mi padre, pero a mí no me entristeció. El ajedrez se volvió mucho más divertido una vez que ya no tenía que preocuparme del ranking en la ciudad.

Kolya se detuvo en el Café Kvissisana y se quedó mirando a través de un escaparate de vidrio cilindrado cubierto de cruces hechas con cintas. El restaurante del interior estaba vacío, habían quitado todas las mesas, sólo quedaba el suelo de linóleo y una pizarra en la pared todavía escrita con los platos especiales de Augusto.

—Aquí llevé a una chica una vez. Tienen las mejores chuletas de cordero de la ciudad.

—¿Y luego la llevaste a su casa e hiciste el amor con ella? —dije, profundamente sarcástico, pero inmediatamente temiendo que precisamente eso era lo que había hecho.

—No —dijo Kolya, comprobando su imagen en la ventana y remetiéndose algún mechón de rubio cabello extraviado bajo su negro gorro de piel—. Hicimos el amor antes de cenar. Después de cenar tomamos una copa en el Europa. Estaba loca por mí, pero me gustaba más una amiga suya.

—¿Pues, por qué no te llevaste a la amiga a cenar?

Kolya sonrió, la clase de sonrisa de un superior dirigida a su simple subordinado.

—Desdén calculado. Necesitas una educación.

Seguimos caminando por la Nevsky. Era la una de la tarde, pero el sol invernal estaba ya bajando en el cielo occidental, y nuestras sombras se iban alargando delante de nosotros.

—Así que empezamos despacio —dijo—, empezamos con lo básico. ¿Hay alguna chica que te guste?

—Ninguna en especial.

—¿Y quién dice que ha de ser especial? Eres virgen, necesitas unos muslos cálidos y un latido de corazón; no a Tamara Karsavina.

—Hay una chica llamada Vera que vive en mi edificio. Pero le gusta otro.

—Estupendo. Primer paso, no nos preocupemos por otro. Preocupémonos por Vera. ¿Qué hay de especial en ella? ¿Por qué te gusta?

—No lo sé. Vive en el edificio.

—Eso ya es algo. ¿Alguna cosa más?

—Toca el violonchelo.

—Hermoso instrumento. ¿De qué color tiene los ojos?

—No lo sé.

—No te gusta la chica. No sabes de qué color tiene los ojos; no te gusta.

—Me gusta, pero el que a ella le importa es Grisha Antokolsky; así que, ¿de qué sirve?

—Estupendo —dijo Kolya, mostrando mucha paciencia en su aburrida tarea—. Piensas que te gusta porque no le gustas a ella. Es muy comprensible, pero te lo digo de veras, no te gusta. Así que olvidémonos de Vera.

Olvidarse de Vera no parecía algo demasiado difícil. Me había pasado los últimos tres años tratando de imaginar cuál sería su aspecto desnuda, pero sólo porque vivía dos pisos por debajo de mí, y una vez, en la piscina del centro juvenil, le había visto los pezones cuando las tiras de su traje de baño se le bajaron. De no haber sido por la caída asustada de Vera junto a la verja del Kirov, yo no me encontraría ahora vagando por las calles de Piter con un desertor lunático, buscando huevos. Ella nunca se dio la vuelta cuando los soldados me agarraron. Probablemente estaba revolcándose con Grisha en uno de los oscuros corredores del Kirov mientras a mí me encerraban en Las Cruces.

—La hija del coronel era bonita. Me gusta.

Kolya me miró, divertido.

—Sí, la hija del coronel es bonita. Me gusta tu optimismo. Pero ésa no es para ti.

—Y tampoco para ti.

—Podrías equivocarte al respecto. Si vieras la mirada que me lanzó...

Pasamos junto a un grupo de niños con escaleras de tijera y cubos de lechada de cal que estaban ocupados pintando rótulos de calles y números de edificios. Kolya se detuvo y los miró.

—¡Eh! —gritó al chico más cercano, que llevaba tantas capas de lana que habrías pensado que era gordo, a menos que vieras la piel pegada al hueso de su rostro, sus ojos brillantes y negros sobre sombras tan profundas como las de un anciano.

Muy pocos niños tan jóvenes habían sido abandonados en la ciudad; a la mayor parte los habían evacuado en septiembre. Los que quedaban solían ser muy pobres, muchos de ellos huérfanos de guerra, sin familia alguna en el este.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó Kolya. Se volvió hacia mí, estupefacto ante esa falta de respeto—. ¡Estos pequeños bastardos están destrozando la avenida Nevsky! ¡Eh! ¡Chico!

—Chúpame la polla y piensa un deseo —dijo el niño de ojos negros, pintando de blanco el número de la puerta de un taller de reparaciones de relojes.

Hasta Kolya pareció quedar turulado por esta invectiva. Se acercó al niño, lo cogió

por los hombros y le hizo dar la vuelta.

—Estás hablando con un soldado del Ejército Rojo, niño...

—Kolya... —empecé a decir.

—¿Crees que es momento para travesuras? ¿Qué hacéis tú y tus pequeños amigos gitanos jugando por ahí...?

—Será mejor que me quites las manos de encima —dijo el niño.

—¿Ahora me amenazas? He estado disparando a alemanes los últimos cuatro meses, ¿y ahora tú vas y quieres amenazarme?

—Kolya —repetí, más fuerte esta vez—. Cumple órdenes. Si el Fritz entra en la ciudad, no sabrá adónde va.

Kolya apartó su mirada del niño de negros ojos hacia los letreros de la calle escritos con cal y luego hacia mí.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque hace unos días estuve haciendo lo mismo.

Kolya soltó al niño, que le miró airado un momento antes de reanudar su tarea.

—Bueno, eso es algo malditamente inteligente —dijo Kolya, y seguimos nuestro camino hacia el Mercado del Heno.

Si tenías algo que querías vender, comprar o trocar, ibas al Mercado del Heno. Antes de la guerra, los tenderetes de las calles eran considerados la avenida Nevsky de los pobres. Después de que empezara el bloqueo, cuando las tiendas de lujo fueron cerrando una por una, cuando las cadenas de restaurantes cerraron sus puertas y las carnicerías ya no tenían carne en sus cámaras, el Mercado del Heno prosperó. Las esposas de los generales trocaban sus collares de ámbar por sacos de harina de trigo. Miembros del Partido regateaban con campesinos que habían traído furtivamente mercancía del campo, discutiendo cuántas patatas podrían comprar por un aderezo de plata antigua. Si las negociaciones duraban demasiado, los campesinos agitaban las manos despectivamente y se apartaban de la gente de la ciudad. «Comeos vuestra plata», decían, encogiéndose de hombros. Y casi siempre conseguían el precio que habían pedido.

Anduvimos de puesto en puesto, contemplando los montones de botas de cuero, algunas todavía ensangrentadas de los pies de sus anteriores dueños. Los fusiles y las pistolas Tokarevs eran baratos, se compraban fácilmente por unos pocos rublos o doscientos gramos de carne. Las Lugers y las granadas eran más caras, pero estaban disponibles si preguntabas a la persona adecuada. Un tenderete vendía vasos de tierra a cien rublos cada uno... Barro de Bayadev, lo llamaban, sacado del terreno situado bajo el almacén de comida, bombardeado y empapado de azúcar fundido.

Kolya se paró delante de un puesto donde un hombre encorvado, con guantes y un parche en el ojo, y que llevaba una pipa apagada en la boca, vendía botellas sin etiqueta de un licor claro.

—¿Qué es esto? —quiso saber Kolya.

—Vodka.

—¿Vodka? ¿Hecho de qué?

—De madera.

—Eso no es vodka, amigo mío. Eso es alcohol de madera.

—¿Lo quieres o no?

—No estamos aquí por eso —le dije a Kolya, que me ignoró.

—Eso vuelve ciego a un hombre —le dijo Kolya al hombre del puesto.

El tuerto movió negativamente la cabeza, aburrido ante la ignorancia, pero deseando ejercer algún esfuerzo para realizar una venta.

—Lo sirves a través de tela —dijo—. Siete capas. Después de eso, es seguro.

—Suenas como un elixir para dioses —dijo Kolya—. Deberías llamarlo Pecado Siete Capas. Es un buen nombre para una bebida.

—¿Lo quieres?

—Me llevaré una botella si bebes un poco conmigo.

—Es demasiado temprano para mí.

Kolya se encogió de hombros.

—Si tomas un trago, compraré la botella. De lo contrario, qué quieres que te diga, la guerra me ha vuelto cínico.

—Doscientos rublos la botella.

—Cien. Bebamos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté yo, pero él ni siquiera me miró.

El tuerto dejó su fría pipa sobre la mesa, sacó un vaso de té y buscó en su tenderete un trozo de tela.

—Toma —dijo Kolya, tendiéndole un pañuelo blanco—. Está limpio. Relativamente.

Observamos cómo el hombre doblaba tres veces el pañuelo y cubría con él la boca del vaso de té. Vertió el licor lentamente. Incluso allí afuera, con el viento soplando, el mejunje olía como veneno, como un producto de limpieza usado en el piso de una fábrica. El tuerto dejó a un lado el pañuelo, que estaba ahora empapado de un residuo jabonoso. Levantó el vaso, sorbió un poco del líquido y lo volvió a depositar sobre la mesa, siempre con una expresión imperturbable.

Kolya inspeccionó el nivel de líquido en la taza, asegurándose de que el vendedor había tomado realmente un sorbo. Satisfecho, cogió el vaso y nos hizo un saludo.

—¡Por la Madre Rusia!

Vació de un trago el alcohol de madera, soltó con fuerza el vaso sobre la mesa y tosió como atragantándose. Me agarró por el hombro, tratando de apoyarse, sus ojos abiertos de par en par y llorosos.

—Me has matado —dijo, casi incapaz de emitir las palabras de su garganta, señalando con un dedo acusador al tuerto.

—Yo no te dije que lo bebieras deprisa —replicó el tuerto, nada impresionado, volviendo a meterse la pipa en la boca—. Cien rublos.

—Lev... Lev, ¿estás ahí?

La cara de Kolya estaba vuelta hacia mí, pero sus ojos no enfocaban, dando la impresión de que me atravesaban.

—Muy divertido.

Kolya sonrió y se puso derecho.

—No puedo engañar a un judío, debería haberlo sabido. Muy bien, págale a este hombre.

—¿Qué?

—Adelante —dijo, haciendo un gesto hacia el vendedor, que estaba aguardando—. Dale al hombre su dinero.

—Yo no tengo ningún dinero.

—¡No trates de engañarme, chico! —rugió Kolya, agarrando el cuello de mi

abrigo y sacudiéndome hasta que sentí que mis huesos traqueteaban—. ¡Soy un soldado del Ejército Rojo y no voy a tolerar ningún robo!

Bruscamente, me soltó. Metió sus manos en los bolsillos de mi chaqueta y sacó pedazos de papel, un trozo de cordel y pelusa, nada parecido a dinero. Kolya suspiró y se volvió hacia el vendedor.

—Al parecer no tenemos dinero. Me temo que habremos de cancelar la transacción.

—¿Piensas que porque eres un soldado —dijo el tuerto, abriéndose la chaqueta para mostrarnos la empuñadura de una daga finlandesa— no te voy a cortar en pedazos?

—Tengo un vaso de veneno ya en mi barriga. Así que, ¿por qué no lo intentas?

Kolya sonrió al hombre y esperó una respuesta. No había nada detrás de los azules ojos de Kolya, ni miedo, ni ira, ni excitación ante la perspectiva de una pelea... Nada. Éste, aprendí, era su don. El peligro le volvía tranquilo. A su alrededor la gente se enfrentaría a su terror de las diversas maneras habituales: estoicismo, histeria, falsa jovialidad o alguna combinación de las tres cosas. Pero Kolya, supongo, nunca creía completamente en ninguna de ellas. Todo lo que se refería a la guerra era ridículo: la barbaridad de los alemanes, la propaganda del Partido, el fuego cruzado de las balas incendiarias que iluminaban el cielo nocturno. Todo le parecía como la historia de alguna otra persona, una historia asombrosamente detallada en la que se había visto metido y de la que ahora no podía escapar.

—Sigue tu camino o te cortaré los labios —dijo el tuerto, masticando el cañón de su apagada pipa y con la mano en la empuñadura de su daga.

Kolya le dirigió un saludo y se marchó al siguiente puesto, relajado y despreocupado como si toda la transacción hubiera sido limpia y fácil. Yo le seguí, sintiendo que el corazón me latía furiosamente en el pecho.

—Limitémonos a buscar los huevos —dije—. ¿Por qué tienes que andar por ahí provocando a la gente?

—Necesitaba un trago; me tomé un trago y me siento vivo otra vez. —Hizo una profunda aspiración y exhaló a través de unos apretados labios, observando cómo la condensación se elevaba en el aire—. Ambos deberíamos haber muerto anoche. ¿Comprendes eso? ¿Comprendes lo afortunados que somos? Pues disfrútalo.

Me detuve ante un puesto donde una vieja campesina que llevaba un pañuelo vendía empanadillas de una carne color gris pálido. Kolya y yo miramos la carne. Parecía bastante fresca, brillaba por la grasa, pero ninguno de los dos quería saber de qué clase de animal la habían hecho.

—¿Tiene usted huevos? —le pregunté a la vieja.

—¿Huevos? —preguntó, inclinándose para oír—. No los tenemos desde septiembre.

—Necesitamos una docena —dijo Kolya—. Podemos pagar buen dinero.

—Aunque paguen un millón de rublos —dijo ella—. No hay huevos. Al menos en Piter.

—¿Dónde, pues?

Ella se encogió de hombros, las arrugas marcándose en su rostro tan profundamente que parecían esculpidas.

—Tengo carne. Si quieres carne, son trescientos, por dos empanadas. Nada de huevos.

Fuimos de puesto en puesto, preguntando a todo el mundo si tenían huevos, pero nadie en el Mercado del Heno había visto ninguno desde septiembre. Algunas personas tenían teorías sobre dónde se podían encontrar: oficiales de alto rango del ejército los habían sacado de Moscú; granjeros de fuera de la ciudad los entregaban a los alemanes, junto con mantequilla y leche fresca, a cambio de su vida; un viejo que vivía cerca de la Puerta de Narva conservaba pollos en un gallinero del tejado. Este último rumor parecía claramente absurdo, pero el chico que nos lo contó insistía en que era cierto.

—Si matas una gallina, puede que te dure una semana. Pero si la conservas viva, bueno, un huevo al día, junto con tus raciones, eso te hará llegar hasta el verano.

—Pero tienes que alimentar a la gallina —dijo Kolya—. ¿Y quién consigue comida para una gallina?

El chico, su negro y rizado cabello asomando por debajo de un viejo gorro de la Marina Imperial, movió negativamente la cabeza como si fuera una pregunta tonta.

—Las gallinas comen de todo. Una cucharada de serrín es todo lo que necesitan.

El niño vendía lo que la gente llamaba azúcar de biblioteca, hecho de rasgar las tapas de libros, quitando con un cuchillo la cola de la encuadernación, hirviéndola y dándole forma nuevamente como barras que podías envolver en papel. Aquello sabía a cera, pero había proteína en la cola, proteína que te mantenía vivo, y los libros de la ciudad iban desapareciendo igual que las palomas.

—¿Y tú has visto esas gallinas? —preguntó Kolya.

—Mi hermano las ha visto. El viejo duerme en el gallinero por la noche con una escopeta. Todo el mundo, en el edificio, quiere esas gallinas.

Kolya me miró y yo meneé negativamente la cabeza. Oíamos diez mitos diferentes del asedio cada día, historias de cámaras secretas de carne llenas de perniles de vaca congelados, de despensas atestadas de latas de caviar y salchichas de ternera. Pero siempre era el hermano o el primo de alguien el que había visto el tesoro. La gente creía en esas historias porque corroboraban su convicción de que alguien, en alguna parte, estaba dándose un festín mientras el resto de la ciudad se moría de hambre. Y tenían razón, por supuesto... La hija del coronel quizás no comía pato asado para cenar, pero seguro que cenaba.

—El viejo no puede quedarse en el gallinero todo el tiempo —le dije al muchacho—. Tiene que ir a buscar sus raciones. Tiene que hacer pis y usar el lavabo. Alguien le habría cogido las gallinas hace meses.

—Mea en el tejado. Cuando necesita hacer lo otro, no lo sé, quizás es lo que alimenta a las gallinas.

Kolya asintió, impresionado por los modos inteligentes del viejo de mantener vivas las aves, aunque estaba convencido de que el chico iba inventando la historia a medida que sus labios se movían.

—¿Cuándo fue la última vez que cagaste? —me preguntó Kolya bruscamente.

—No lo sé. Hace una semana, supongo.

—Yo llevo nueve días. Los he estado contando. ¡Nueve días! Cuando finalmente ocurra, celebraré una gran fiesta e invitaré a las chicas más guapas de la universidad.

—Invita a la hija del coronel.

—Lo haré, no lo dudes. Mi fiesta de la mierda será mucho mejor que esa boda que ella está planeando.

—El nuevo pan de racionamiento duele cuando lo sacas —dijo el muchacho de cabello rizado—. Mi padre dice que es toda la celulosa que están metiéndole.

—¿Dónde encontraremos al viejo de las gallinas?

—No sé la dirección. Si vas a pie hacia la avenida Stachek desde la Puerta de Narva, pasarás por delante del edificio. Hay un gran cartel de Zhdanov^[3] en la pared.

—Hay un cartel de Zhdanov en la mitad de los edificios de Piter —dije, sintiéndome un poco irritado—. ¿Vamos a caminar tres kilómetros más para encontrar un puñado de gallinas que no existen?

—El muchacho no miente —dijo Kolya, dando una palmadita al chico en los hombros—. Si lo hace, volveremos y le romperemos los dedos. Sabe que somos de la NKVD.

—Vosotros no sois de la NKVD —dijo el chico.

Kolya sacó la carta del coronel del bolsillo de su chaqueta y golpeó la mejilla del muchacho con ella.

—Ésta es una carta de un coronel de la NKVD autorizándonos para buscar huevos. ¿Qué piensas de eso?

—¿Tienes otra de Stalin, autorizándote a secarte el culo?

—Primero tendrá que autorizarme a cagar.

No me quedé lo suficiente para enterarme de cómo acababa la conversación. Si Kolya quería recorrer a pie la ciudad buscando las fabulosas gallinas, era asunto suyo, pero estaba cayendo la noche y yo quería volver a casa. No había pegado ojo en treinta y tantas horas. Me di la vuelta y me dirigí a casa, al Kirov, tratando de recordar cuánto pan había escondido bajo la baldosa suelta de la cocina. Quizás Vera tenía algo para mí. Me lo debía después de la forma como había corrido, sin mirar

atrás, pese a que yo la había rescatado. Se me ocurrió que Vera y los demás debían de haber pensado que estaba muerto. Me pregunté cómo había reaccionado ella, si había llorado, ocultando la cara en el pecho de Grisha mientras éste la consolaba, o quizás lo apartaba, irritada, porque Grisha había huido, la había abandonado, mientras yo me quedaba detrás y la salvaba de una segura ejecución. Y Grisha diría: «Lo sé, lo sé, soy un cobarde, perdóname», y ella le perdonaría, porque Vera se lo perdonaba todo a Grisha, y él le secaría a ella las lágrimas y le diría que nunca me olvidarían, nunca olvidarían mi sacrificio. Pero, por supuesto..., al cabo de un año ya no serían capaces ni de recordar mi cara.

—Eh, tú. ¿Eres el que andas buscando huevos?

Obsesionado con mi patética fantasía, tardé un momento en darme cuenta de que la pregunta iba dirigida a mí. Me di la vuelta y descubrí a un gigante barbudo que me estaba mirando, los brazos cruzados sobre el pecho, balanceándose atrás y adelante sobre los talones de sus botas. Era el hombre más alto que jamás había visto, mucho más que Kolya, y con un pecho dos veces más grande. Sus manos desnudas parecían lo bastante grandes para romperme el cráneo como una cáscara de nuez. Su barba era espesa y negra, y brillaba como si estuviera aceitada. Me pregunté cuánta comida necesitaría cada día un hombre de ese tamaño, cómo podía mantener la carne sobre su titánico esqueleto.

—¿Tienes huevos? —pregunté, pestañeándole.

—¿Qué tienes tú para mí?

—Dinero. Tenemos dinero. Espera, deja que vaya a buscar a mi amigo.

Corrí hacia el Mercado del Heno. Por primera vez desde que le había conocido, me sentí feliz de ver la rubia cabeza de Kolya. Éste seguía bromeando con el niño de los rizos, probablemente describiendo su sueño de una gloriosa cagada.

—¡Hola, ahí está! —gritó él cuando me vio—. Pensaba que te habías escapado sin mí.

—Hay un hombre que dice que tiene huevos.

—¡Excelente! —Kolya se volvió hacia el chico—. Hijo, ha sido un gran placer.

Retrocedimos por el camino por donde yo había venido, pasando frente a los puestos que ahora estaban cerrando para la noche. Kolya me tendió un azúcar de biblioteca envuelto.

—Aquí tienes, amigo mío. Esta noche nos regalamos.

—¿Te lo dio el chico?

—¿Dármelo? Me lo vendió.

—¿Cuánto?

—Cien por dos.

—¡Cien! —Miré airadamente a Kolya mientras éste desenvolvía su barrita y mordía un poco, haciendo una mueca ante el sabor—. ¿De modo que nos quedan

trescientos, nada más?

—Correcto. Una aritmética impresionante.

—Ese dinero es para los huevos.

—Bueno, no podemos andar cazando huevos sin algo que nos mantenga en pie.

El hombre barbudo nos estaba esperando en la linde del Mercado del Heno, los brazos todavía cruzados sobre el pecho. Valoró a Kolya a medida que nos acercábamos, del mismo modo que un boxeador torna las medidas de su adversario.

—¿Sois sólo vosotros dos?

—¿Cuántos de nosotros necesitas? —preguntó Kolya como respuesta, sonriendo al gigante—. He oído que vendes huevos.

—Lo vendo todo. ¿Qué tenéis para mí?

—Tenemos dinero —dije, bastante seguro de que ya había hablado de eso.

—¿Cuánto?

—Bastante —dijo Kolya—. Necesitamos una docena de huevos.

El hombre barbudo lanzó un silbido.

—Estáis de suerte. Es todo lo que tengo.

—¿Lo ves? —dijo Kolya, agarrándome del hombro—. No era tan difícil.

—Seguidme —dijo el gigante, cruzando la calle.

—¿Adónde vamos? —quise saber mientras le seguíamos.

—Los guardo dentro. No es seguro tenerlos aquí fuera. Los soldados vienen cada pocos días, roban todo lo que quieren, y si alguien dice algo, le disparan.

—Bueno, los soldados están defendiendo la ciudad —dijo Kolya—. No pueden luchar si se mueren de hambre.

El gigante miró la guerrera de Kolya y sus botas de reglamento.

—¿Por qué no estás tú defendiendo la ciudad?

—Estoy en una misión para cierto coronel. Nada de lo que necesites preocuparte.

—Este coronel os envía a ti y al muchacho en una misión a buscar huevos, ¿es eso?

El gigante nos sonrió. Sus dientes brillaban como unos dados sin números dentro de su negra barba. No se creía a Kolya, desde luego. ¿Quién lo haría?

Caminamos a lo largo del Canal Fontanka, con el hielo atestado de cadáveres abandonados, algunos cubiertos de sudarios sujetos con piedras, otros desprovistos de sus cálidas ropas, sus blancos rostros mirando fijamente el cielo que se iba oscureciendo. El viento estaba empezando a despertarse para la noche y observé el rubio cabello de una mujer muerta que revoloteaba sobre su rostro. Seguro que se había sentido orgullosa de aquel cabello, que se lo lavaba dos veces por semana y se lo cepillaba durante veinte minutos antes de acostarse. Ahora el pelo estaba tratando de protegerla, de ocultar su descomposición a los ojos de los extraños.

El gigante nos condujo a un edificio de ladrillos de cinco plantas, todas sus

ventanas tapadas con contrachapado. Un enorme cartel, de dos pisos de altura, reproducía la imagen de una madre joven que sacaba a su hijo muerto de un edificio en llamas. ¡MUERTE A LOS ASESINOS DE NIÑOS!, rezaba el texto del cartel. Tras buscar la llave en el bolsillo de su chaqueta, el gigante abrió la puerta de la calle y la mantuvo abierta para nosotros. Yo agarré a Kolya por la manga antes de que pudiera entrar.

—¿Por qué no traes los huevos aquí? —le pregunté al gigante.

—Yo estoy aún vivo porque sé cómo llevar mis negocios. Y no hago negocios en la calle.

Yo podía sentir que mi escroto se ponía tenso, mis tímidas bolas arrastrándose más cerca de mi cuerpo. Pero había nacido y me había criado en Piter; no era ningún tonto, y traté de mantener mi voz firme mientras hablaba.

—Yo no hago negocios en apartamentos de extraños.

—Caballeros, caballeros —dijo Kolya, con una amplia sonrisa—. No hace falta toda esa sospecha. Una docena de huevos. Di el precio.

—Mil.

—¿Mil rublos? ¿Por una docena de huevos? —Me reí—. ¿Son de Fabergé?

El gigante de la negra barba, que seguía manteniendo abierta la puerta, me lanzó una mirada furiosa. Dejé de reír.

—Están vendiendo vasos de sucia tierra por un centenar de rublos —me dijo—. ¿Qué es mejor, un huevo o un vaso de tierra?

—Escucha —dijo Kolya—, puedes quedarte aquí todo el día regateando con mi amiguito judío o podemos hablar como hombres honrados. Tenemos trescientos rublos. Es todo lo que tenemos. ¿Hay trato?

El gigante continuó mirándome fijamente. Yo no le había gustado desde el comienzo; ahora que sabía que era judío pude ver que quería arrancarme la piel de la cara. Alargó su enorme mano hacia Kolya, reclamando el dinero.

—Ah, no, en este punto debo darle la razón a mi compañero —dijo Kolya, meneando negativamente la cabeza—. Primero, los huevos; luego, el dinero.

—No pienso traerlos aquí. Todo el mundo está muerto de hambre y todo el mundo tiene un arma.

—Eres un hombre espantosamente grande para tener tanto miedo —se burló Kolya.

El gigante miró a Kolya con algo semejante a la curiosidad, como si no pudiera creer del todo que estaba oyendo el insulto. Finalmente, sonrió, exhibiendo aquellos dientes blancos como dados de marfil.

—Hay un hombre boca abajo ahí fuera —dijo, haciendo un gesto con su barbilla hacia el Canal Fontanka—. No fue el hambre lo que lo mató, y tampoco el frío. Un ladrillo le rompió el cráneo. ¿Quieres preguntarme cómo lo sé?

—Te entiendo —dijo Kolya en un tono bastante agradable. Atisbó en la oscuridad del vestíbulo del edificio. Bueno, por si sirve de algo, un ladrillo es más rápido.

Kolya me dio un golpecito en la espalda y entramos.

Todo lo que sabía me decía que echara a correr. Aquel hombre nos estaba llevando a una trampa. Prácticamente acababa de confesar que era un asesino. Kolya había reconocido estúpidamente cuánto dinero llevábamos. No era mucho, pero trescientos rublos y dos tarjetas de racionamiento —que el gigante debía de haber supuesto que aún teníamos— era algo por lo que fácilmente uno podía ser muerto estos días.

Pero ¿qué otra elección teníamos? ¿Dirigirnos a la Puerta de Narva y encontrar a algún imaginario anciano y su gallinero? Estábamos arriesgando la vida al entrar en el edificio pero, en cualquier caso, si no encontrábamos pronto los huevos, estábamos muertos.

Seguí a Kolya. La puerta de la casa se cerró detrás de nosotros. Estaba oscuro dentro, pues no había electricidad para las bombillas, y solamente el final de la luz diurna penetraba a través de las rendijas del contrachapado que cubría las ventanas. Oí que el gigante se movía detrás de mí y alargué la mano hacia la rodilla, listo para desenfundar mi cuchillo. Pero él pasó por mi lado y subió por la escalera, dos peldaños cada vez. Kolya y yo nos miramos mutuamente. Cuando Barbanegra desapareció de la vista, saqué el cuchillo alemán y lo deslicé en el bolsillo de la chaqueta. Kolya alzó las cejas, posiblemente impresionado por la acción, o quizás como un gesto de burla. Subimos por las escaleras recorriendo los peldaños de uno en uno; sin embargo, jadeábamos cuando llegamos al primer piso.

—¿Dónde conseguiste los huevos? —quiso saber Kolya, gritándole al gigante que estaba ya un tramo por encima de nosotros.

El hombretón no parecía afectado por la ascensión. Él y la hija del coronel eran las dos personas más en forma que había visto en Piter desde hacía meses. Volví a preguntarme dónde conseguía su energía.

—Conozco a un campesino que trabaja en una granja cerca de Mga.

—Pensaba que los alemanes habían tomado Mga.

—Lo hicieron. A los alemanes les gustan sus huevos, también. Vienen cada día y agarran todo lo que pueden encontrar, pero mi amigo esconde unos cuantos. No puede esconder demasiados o se lo imaginarían.

El gigante se detuvo en el tercer piso y dio unos golpecitos en la puerta de un apartamento.

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo—. Con un par de clientes.

Oímos que se descorría un cerrojo y la puerta se abrió. Una mujer tocada con un sombrero de piel masculino y un delantal de carnicero ensangrentado parpadeó al

vernos a Kolya y a mí mientras se secaba la nariz con su enguantada mano.

—Lo que me estaba preguntando —dijo Kolya— es cómo evitas que los huevos se congelen. Porque unos huevos congelados no nos van a servir de mucho, me temo.

La mujer miró a Kolya como si éste estuviera hablando en japonés.

—Los mantenemos en el samovar —dijo el gigante—. Vamos, acabemos con esto.

Hizo un gesto para que entráramos en el apartamento. La mujer silenciosa se apartó a un lado para dejarnos pasar y Kolya entró directamente, sin la menor preocupación, mirando a su alrededor con una sonrisa como si acabara de ser invitado a la casa de una nueva novia. Yo esperé junto a la puerta hasta que el gigante puso su mano sobre mi hombro. No me empujó, exactamente, pero con una mano de aquel tamaño el efecto fue el mismo.

Lámparas de mecha iluminaban el pequeño apartamento, y nuestras alargadas sombras se deslizaron por las paredes, a través de las desgastadas alfombras que cubrían el suelo, del samovar de latón del rincón y de una sábana colgada en el otro extremo de la habitación y que separaba la zona de dormir, supuse. Cuando el gigante cerró la puerta, la sábana ondeó como un vestido de mujer al viento. Un momento antes de que se posara otra vez, vi lo que había detrás de ella... No una cama, ningún mueble en absoluto, sólo tajadas de carne blanca colgando de ganchos, suspendidas de unos tubos de calefacción mediante pesadas cadenas, con chapas de plástico para recoger el goteo. Quizás durante medio segundo pensé que se trataba de un cerdo, quizás mi cerebro trató de convencer a mis ojos de que no estaban viendo lo que estaban viendo: un muslo desollado que sólo podía ser el muslo de una mujer, la caja torácica de un niño, un brazo cortado al que le faltaba el dedo anular de la mano.

El cuchillo estaba en mi mano antes de que me pudiera dar cuenta de que era eso lo que quería... Algo se movió detrás de mí, y yo me giré y lancé una cuchillada, gritando, incapaz de formar las palabras, ya que tenía la garganta constreñida. El gigante se había sacado de su chaqueta un trozo de tubo de acero de unos treinta centímetros de longitud; bailó a mi alrededor, mucho más rápido de lo que un hombre de aquel tamaño debía hacerlo, esquivando fácilmente el acero alemán.

La mujer del gigante sacó un cuchillo de carnicero de la bolsa de su delantal. Era rápida, también, pero Kolya resultó ser más rápido aún, girando sobre su pie de detrás y golpeando a la mujer con un puñetazo cruzado a la mandíbula. La mujer cayó desplomada al suelo.

—Corre —dijo Kolya.

Obedecí. Pensaba que la puerta debía de estar cerrada, pero no era así; pensaba que el tubo del gigante me aplastaría el cráneo, pero no lo hizo; y me encontré en el pasillo, corriendo como un rayo hacia la escalera, saltando casi el tramo entero hasta el rellano de abajo. Oí un gran grito de pura furia no expresada en palabras, así como

el ruido sordo de las botas de clavos del gigante sobre las tablas del suelo cuando cargó a través de la habitación. Yo estaba detenido allí con mi mano en la baranda, incapaz de recuperar el aliento, incapaz de volver a subir por la escalera hasta el apartamento de los caníbales. Oí el terrible sonido del acero golpeando contra el cráneo o el contrachapado.

Estaba traicionando a Kolya, abandonándolo cuando él se encontraba sin ninguna arma, y yo poseía un buen cuchillo. Traté de obligar a mis pies a moverse, a que me llevaran de vuelta a la batalla, pero estaba temblando tanto que no era capaz de mantener firme la mano del cuchillo. Más gritos, más ruidos sordos del tubo sobre... ¿sobre qué? Copos de yeso cayeron del techo encima de mí. Permanecía agachado, acobardado, en las escaleras, seguro de que Kolya estaba muerto, seguro de que yo no podría correr lo bastante deprisa para escapar del gigante... Su mujer me cortaría en expertas tajadas con aquel pesado cuchillo de carnicero, y pronto partes de mí estarían colgando de las cadenas de acero mientras el resto de mi sangre goteaba sobre las planchas.

El griterío continuó, las paredes se estremecieron, Kolya aún no estaba muerto. Sujeté el cuchillo con ambas manos y puse un pie sobre el escalón de encima de mí. Podía deslizarme en el apartamento mientras el caníbal estaba distraído, clavarle el cuchillo en la espalda... Pero la hoja me parecía muy endeble ahora, demasiado pequeña para matar gigantes. Le pincharía, le sacaría un poco de sangre y él se daría la vuelta, me agarraría por la cabeza y me sacaría los globos oculares del cráneo.

Di otro paso hacia arriba, y en aquel momento Kolya salió disparado del apartamento, sus botas patinando sobre el suelo mientras él casi pasaba de largo de la escalera. Dio la vuelta, abalanzándose por el tramo y agarrándome por el cuello para llevarme con él.

—¡Corre, pequeño estúpido! ¡Corre!

Ambos corrimos, y siempre que yo desfallecía, o casi tropezaba en un escalón resbaladizo, la mano de Kolya estaba allí para sostenerme. Oía los gritos sobre nosotros, oía a aquel cuerpo monstruosamente pesado bajando por la escalera detrás de nosotros, pero nunca miré atrás y nunca corrí más deprisa. En medio de todo aquel terror, de los gritos y las pisadas y los gemidos de nuestros tacones sobre los peldaños de madera, había algo más, algo extraño. Kolya se estaba riendo.

Conseguimos salir por la puerta principal del edificio a la oscura calle, el cielo nocturno ya entrecruzado por reflectores errantes. Las aceras estaban vacías; no había nadie cerca para ayudarnos. Nos lanzamos hacia el medio de la calle, recorrimos rápidamente tres manzanas, mirando por encima del hombro para ver si el gigante seguía persiguiéndonos, pero nunca lo vimos y nunca redujimos la marcha. Finalmente, divisamos un coche del ejército y corrimos a interceptarlo, los brazos levantados, obligando al conductor a pisar el freno, mientras los neumáticos

resbalaban en el pavimento.

—¡Salid de la calle, mierdecillas sin madre! —gritó el conductor.

—Camaradas oficiales —dijo Kolya, levantando las palmas, hablando calmamente y con su perpetua, extraña, confianza—, hay caníbales en aquel edificio de ahí atrás. Acabamos de escapar de ellos.

—Hay caníbales en cada edificio —dijo el chófer—. Bienvenidos a Leningrado. Ahora apartaos.

Otra voz gritó desde dentro del coche: «¡Esperad un momento!». Del vehículo bajó un oficial. Parecía más un profesor de matemáticas que un militar, con su aseado bigote gris y su frágil cuello. Estudió el uniforme de Kolya y luego le miró a los ojos.

—¿Por qué no está usted con su regimiento? —quiso saber.

Kolya sacó del bolsillo la carta del coronel y se la mostró al oficial. Pude ver que la expresión del hombre cambiaba. Asintió a Kolya y nos hizo un gesto para que subiéramos al coche.

—Acompañadnos.

Cinco minutos más tarde, Kolya y yo entrábamos en el apartamento de los caníbales, esta vez escoltados por cuatro soldados que apuntaban con sus Tokarevs a los cuatro rincones de la habitación. Aun rodeados por hombres armados, el miedo casi me sofocaba. Cuando vi la caja torácica colgando de su cadena de acero, el muslo desollado y el brazo, quise cerrar los ojos y no volverlos a abrir. Incluso los soldados, pese a lo duros que eran, acostumbrados a cargar con los cuerpos mutilados de sus camaradas del campo de batalla, apartaban la mirada de las balanceantes cadenas.

El gigante y su mujer habían desaparecido. Lo habían dejado todo a sus espaldas, las lámparas de mecha todavía encendidas, el té calentándose aún en el samovar, pero habían huido en la noche. El oficial meneó negativamente la cabeza, tras pasear su mirada por el apartamento. Agujeros abiertos nos contemplaban desde las paredes como bocas, allí donde el tubo de acero había golpeado.

—Pondremos sus nombres en la lista, cancelaremos sus tarjetas de racionamiento, todo eso; pero será pura suerte que los pillemos. En estos momentos no es que haya mucha fuerza de policía.

—¿Dónde va a ocultarse? —preguntó Kolya—. Es el hijo de puta más grande que he visto en Piter.

—Entonces mejor será que lo veas tú primero —dijo uno de los soldados, deslizado su dedo a lo largo del borde dentado de uno de los agujeros producidos en la pared.

6

—La dejaste realmente fuera de combate —le dije a Kolya mientras caminábamos hacia el norte pasando por delante de la torre del reloj de la estación de Vitebsk, la mayor de las estaciones de tren de Leningrado, aún ahora, cuando ningún tren había circulado por allí en casi cuatro meses y los vitrales estaban tapados.

—Fue un golpe duro, ¿eh? Nunca le había pegado a una mujer en mi vida, pero parecía el movimiento adecuado.

Ésa era la forma como decidíamos hablar, libre y fácilmente, dos jóvenes discutiendo sobre un combate de boxeo. Ésa era la única manera de hablar. No podíamos dejar que se filtrara demasiada verdad en nuestra conversación, no podíamos admitir con la boca lo que nuestros ojos habían visto. Si abrías la puerta siquiera un centímetro, olías la putrefacción fuera y oías los gritos. Entonces, no abrías la puerta. Mantenías la mente ocupada en las tareas del día, la búsqueda de comida y agua y algo para hacer fuego, y dejabas el resto para el final de la guerra.

El aviso del toque de queda aún no había sonado, pero ya no faltaba mucho. Habíamos decidido pasar la noche en el Kirov, donde yo sabía que tenía suficientes restos de madera para hacer un fuego decente y un pote lleno de agua del río para el té. No era una caminata tan larga, pero, ahora que el pánico se había esfumado, me sentía como un viejo, los músculos de las piernas doloridos por la carrera. El desayuno con el coronel había sido hermoso en aquel momento, pero también había servido para despertar a mi estómago, y el hambre había regresado. Ahora aparecía mezclada con náuseas, porque no podía quitarme de la cabeza la imagen de la caja torácica del niño. Cuando mordisqueaba el azúcar de biblioteca congelado, pensaba que sabía a piel seca, y tenía que obligarme a tragarlo.

Kolya cojeaba a mi lado, sus piernas tan doloridas como las mías, pero a la luz de la luna parecía tan libre de preocupaciones como siempre, libre de todo pensamiento desagradable. Quizás su mente estaba más tranquila porque había reaccionado valientemente, con fuerza y decisión, mientras yo aguardaba encogido en la oscura escalera, esperando ser salvado.

—Mira, siento haber... Quiero decir que lo siento. Me escapé y lo lamento. Me salvaste la vida.

—Te dije que corrieras.

—Sí, pero... Debería haber vuelto. Tenía el cuchillo.

—Tú tenías el cuchillo, claro. —Kolya se rió—. De mucho te hubiera servido. Deberías haberte visto, lanzándole cuchilladas. David y Goliat. Se estaba preparando para comerte crudo.

—Te dejé solo allí. Pensaba que iban a matarte.

—Bueno, ellos lo pensaban también. Pero ya te dije que tengo unos puños

rápidos.

Lanzó algunos *jabs* al aire, gruñendo como un boxeador: ¡Huuuunnh!
¡Huuuunnh!

—No soy un cobarde. Sé que lo parecí, pero no lo soy.

—Escúchame, Lev —dijo Kolya, pasando su brazo alrededor de mis hombros, obligándome a igualar sus largas zancadas—. Tú no querías ir a ese apartamento. Fue el estúpido campesino el que insistió en ello. Así que no me debes ninguna excusa. Y no pienso que seas un cobarde. Cualquiera con una pizca de cordura habría corrido.

—Tú no lo hiciste.

—*Quod erat demonstrandum* —dijo él, encantado con su simple latín.

Me sentí un poco mejor en general. Kolya me había dicho que corriera. El gigante podía haberme hecho un agujero en el cráneo tan fácilmente como un niño en un pastel de frambuesa. Quizás no había actuado heroicamente, pero no había traicionado a la nación, tampoco.

—Realmente fue un puñetazo terrible.

—No creo que esa mujer ande masticando a ningún niño durante algún tiempo.

Kolya sonrió al decir eso, pero la sonrisa no le duró mucho en su rostro. Sus palabras llevaron a nuestra mente otra vez la pálida carne, la hoja de plástico húmeda por el goteo. Vivíamos en una ciudad donde las brujas vagaban por las calles, Baba Yaga^[4] y sus hermanas, secuestrando a niños y cortándolos en pedazos.

Sonó una sirena, aquel largo y solitario gemido, y pronto todas las sirenas de la ciudad estaban repitiendo su grito.

—Aquí llega Fritz —dijo Kolya, y aumentamos el ritmo de nuestro paso, obligando a nuestros cansados cuerpos a moverse más deprisa. Podíamos oír las granadas aterrizando en el sur, el lejano golpear de timbales a medida que los alemanes empezaban su ataque nocturno contra los grandes Talleres Kirov, donde se construía la mitad de los tanques y motores de avión y armas pesadas de Rusia. La mayor parte de los hombres que trabajaban allí estaban ahora en el frente de batalla, pero las mujeres habían ocupado los tornos y las prensas, y los Talleres nunca perdieron el ritmo, el carbón siempre quemando en los hornos, el humo siempre surgiendo de las chimeneas de ladrillo rojo, las fábricas siempre abiertas, incluso mientras caían bombas a través del tejado, incluso mientras los cadáveres de las muchachas trabajadoras tenían que ser sacados de las líneas de montaje, sus frías manos agarrando todavía las herramientas.

Nos apresuramos por delante de los elegantes y viejos edificios de la avenida Vitebsky, con sus blancas fachadas de piedra, y sus cabezas de sátiro provistas de cuernos de carnero sonriéndonos desde los frontones, esculpidas en los días de los emperadores. Cada uno de estos edificios debía de tener un refugio antiaéreo en su sótano; habría ciudadanos acurrucados allí, docenas de ellos apiñados alrededor de

una sola lámpara vacilante, esperando que todo se despejara. Las granadas aterrizaban bastante cerca, ahora que podíamos oírlas zumbar en el aire. El viento era más fuerte y su chillido penetraba por las rotas ventanas de los apartamentos abandonados, como si Dios y los alemanes estuvieran conspirando para derribar nuestra ciudad.

—Cuando estás en primera línea, puedes acertar bastante dónde van a caer las granadas —dijo Kolya, las manos metidas en los bolsillos de su gabán mientras andaba contra el viento, que había estado empujándonos un momento antes—. Las escuchas y lo sabes. Ésa va a caer a cien metros a la izquierda; esa otra caerá en el río.

—Yo puedo distinguir a un Junkers de un Heinkel en cuanto lo oigo.

—Así lo espero. Un Junkers suena como un león, y un Heinkel es un mosquito.

—Bueno, pues un Heinkel de un Dornier, entonces. Yo estuve al mando de un servicio contra incendios sobre el...

Kolya levantó la mano para hacerme callar. Dejó de caminar y yo me detuve a su lado.

—¿Has oído eso?

Escuché. No podía oír nada aparte del viento invernal que parecía venir de todas las direcciones al mismo tiempo, cobrando su fuerza sobre el Golfo de Finlandia, y deslizarse aullando por todas las callejuelas. Pensé que Kolya oía una granada que venía en nuestra dirección y levanté la mirada hacia el cielo, como si pudiera distinguir nuestra muerte volando hacia nosotros, como si pudiera esquivarla en ese caso. El viento finalmente se calmó jadeando más tranquilamente ahora, como un niño al final de su rabieta. Las granadas estallaron hacia el sur, a varios kilómetros de distancia a juzgar por lo que tardaba en llegar su sonido, pero lo bastante cerca para hacer que el pavimento bajo nosotros se estremeciera. Sin embargo, Kolya no estaba escuchando el sonido del viento o de los motores. Alguien dentro del edificio estaba tocando el piano. No se podía ver luz alguna a través de las ventanas, ni velas ni lámparas que ardieran. Los otros residentes debían de haber bajado al refugio del sótano (a menos que estuvieran demasiado débiles por el hambre o fueran demasiado viejos para preocuparse), dejando a aquel aislado genio tocando en la oscuridad, insolente y preciso, presumiendo con estruendosos dobles fortísimos, inmediatamente seguidos de frágiles pianísimos, como si estuviera teniendo una discusión consigo mismo, el tiránico marido y la dócil esposa todos a la vez.

La música clásica —en la radio y las salas de concierto— había desempeñado un papel importante en mi infancia. Mis padres eran fanáticos en su pasión; éramos una familia sin talento para tocar, pero muy orgullosos de nuestra capacidad de escuchar. Yo podía identificar cualquiera de los veintisiete estudios de Chopin sólo con escuchar unos compases; conocía perfectamente a Mahler, desde los *Lieder eines*

fahrenden Gesellen hasta la inacabada Décima. Pero la música que oímos aquella noche nunca la había oído y nunca la he vuelto a oír desde entonces. Las notas estaban ahogadas por el cristal de la ventana y la lejanía y el interminable viento, pero la potencia calaba. Era una música para tiempo de guerra.

Nos quedamos en la acera, bajo una farola apagada cubierta de escarcha, las grandes armas disparando al sur, la luna velada por nubes de muselina, escuchando hasta la nota final. Cuando la pieza terminó, algo parecía no funcionar. La ejecución era demasiado buena para ser desconocida, el ejecutante demasiado experto para aceptar la ausencia de aplausos. Durante un largo momento permanecemos en silencio, mirando fijamente hacia las oscuras ventanas. Finalmente, cuando pareció respetuoso volver a moverse, reanudamos nuestra marcha.

—Es una suerte que nadie le haya trinchado su piano para hacer leña —dijo Kolya.

—Sea quien fuera, nadie va a trincharle su piano. Podría haber sido el propio Shostakovich. Probablemente vive por estos alrededores.

Kolya me miró airado y escupió en la acera.

—Evacuaron a Shostakovich hace tres meses.

—Eso no es cierto. Aparece en todos los carteles, llevando ese casco de vigilante del fuego.

—Sí, el gran héroe, excepto que está en Kuybishev, silbando aquellas melodías de Mahler que le quitó.

—Shostakovich no plagió a Mahler.

—Pensaba que te pondrías del lado de Mahler —dijo Kolya, bajando su mirada hacia mí con aquella mueca de diversión en sus labios que significaba (ahora lo sabía) que se disponía a decir algo irritante—. ¿No prefieres los judíos a los gentiles?

—No están en bandos diferentes. Mahler escribió una música espléndida. Shostakovich escribe música espléndida...

—¿Espléndida? Ja. Ese hombre es mediocre, y encima un ladrón.

—Y tú eres un idiota. No sabes nada de música.

—Sé que Shostakovich estuvo en la radio en septiembre hablando de nuestro deber patriótico de luchar contra el fascismo, y tres semanas más tarde estaba en Kuybishev, comiendo gachas.

—No es culpa suya. Ellos no quieren que lo maten, así que le obligaron a marcharse. Piensa lo malo que sería para la moral...

—Oh, naturalmente, piensa en la tragedia —dijo Kolya, adoptando el tono profesional que utilizaba como supremo sarcasmo—. No podemos dejar que los grandes mueran. Si yo estuviera al mando, propondría el otro sistema. Pongamos a los famosos en primera línea. ¿Shostakovich recibe una bala en la cabeza? ¡Piensa en la ofensa que sufre la nación entera! ¡Todo el mundo! FAMOSO COMPOSITOR

ASESINADO POR LOS NAZIS. Anna Ajmatova estuvo en la radio, también, ¿no recuerdas?, diciendo a todas las mujeres de Leningrado que fueran valientes, que aprendieran a disparar un fusil. ¿Y dónde está ahora? ¿Disparando a los alemanes? Bueno, no, creo que no. ¿En los Talleres triturando envueltas de granada? No, está en la maldita Tashkent, vomitando más de esos narcisistas versos que la han hecho famosa.

—Mi madre y mi hermana se marcharon, también. No las llares traidoras.

—Tu madre y tu hermana no aparecieron en la radio diciéndonos a todos que fuéramos valientes. Mira, no espero que los compositores y los poetas sean héroes. Sólo que no me gustan los hipócritas.

Se frotó la nariz con el dorso de su enguantada mano y dirigió su mirada hacia atrás, al sur, a los estallidos de la artillería que iluminaban el cielo.

—¿Dónde está ese maldito edificio tuyo, de todos modos?

Acabábamos de torcer la esquina de Voinova y levanté la mano para señalar el Kirov. Estaba señalando a la nada, pero durante mucho rato ni siquiera pensé en bajar la mano. Donde se había levantado el Kirov había ahora sólo escombros, una empinada colina de trozos de hormigón rotos, un montón de mampostería y retorcidas barras de hierro y cristal pulverizado brillando a la luz de la luna.

De haber estado solo, me habría quedado mirando fijamente aquellas ruinas durante horas sin comprender. El Kirov era mi vida. Vera y Oleg y Grisha. Lyuba Nikolaievna, la solterona del quinto piso que leía las palmas y arreglaba vestidos para todas las mujeres del edificio, que me vio leer una novela de Jack London en la caja de la escalera una noche de verano y al día siguiente me regaló una caja llena de las obras de Robert Louis Stevenson, Rudyard Kipling y Charles Dickens. Anton Danilovich, el portero, que vivía en el sótano y nos gritaba cuando arrojábamos piedras al patio o escupíamos desde el tejado o construíamos lascivos muñecos o muñecas de nieve con zanahorias como penes y gomas de borrar por pezones. Zavodilov, de quien se rumoreaba que era un gángster, al que le faltaban dos dedos de la mano izquierda y siempre silbaba a las chicas, incluso aunque fueran de la casa, quizás silbando con más fuerza a las chicas de la casa para levantarles el ánimo... Zavodilov, que celebraba fiestas que duraban hasta el alba, tocando los últimos discos de jazz, Varlamov y sus *Hot Seven*, o Eddie Rozner; hombres y mujeres con las camisas a medio abrochar, riendo y bailando en el pasillo, exasperando a todos los viejos, electrizando a los chicos que decidíamos que, si teníamos que crecer, al menos podíamos hacerlo para convertirnos en Zavodilov.

Era un feo y viejo edificio que siempre apeataba a desinfectante, pero era mi hogar, y jamás llegué a pensar que caería. Vadeé con dificultad por entre el montón de escombros, inclinándome para apartar a un lado pedazos de hormigón. Kolya me agarró del brazo.

—Lev... Ven conmigo. Conozco otro lugar donde podemos pasar la noche.

Me solté de su presa y continué despejando el camino con las manos. Él volvió a agarrarme y esta vez me sujetó el brazo con fuerza, de modo que no podía soltarme.

—No queda nadie vivo por aquí.

—No lo sabes.

—Mira —dijo con calma, señalando una serie de pequeñas estacas rojas que habían sido hincadas en los escombros en varios lugares—. Ya han estado cavando aquí. El edificio debió de haber caído anoche.

—Yo estaba aquí anoche.

—La noche pasada estuviste en Las Cruces. Vamos. Ven conmigo.

—La gente sobrevive. Lo he leído. La gente sobrevive durante días, a veces.

Kolya estudió las ruinas. El viento levantaba temporales en miniatura de polvo de hormigón.

—Si hay alguien vivo aquí, no podrás sacarlo con tus manos desnudas. Y si te quedas aquí toda la noche intentándolo, no conseguirás aguantar hasta mañana por la mañana. Vamos. Tengo amigos aquí cerca. Necesitamos resguardarnos.

Moví negativamente la cabeza. ¿Cómo podía abandonar mi hogar?

—Lev... No necesito que pienses ahora. Sólo hace falta que me sigas. ¿Comprendes? Sígueme.

Tiró de mí para apartarme de la colina de escombros, y yo estaba demasiado débil para resistirme, demasiado cansado por la pena, o la ira o la desconfianza. Quería estar caliente. Quería comer. Nos alejamos de los restos del Kirov andando y yo no podía oír mis pasos. Me había convertido en un fantasma. No quedaba nadie en la ciudad que supiera mi nombre completo. No sentía una gran pena por mí mismo, sólo una especie de embotada curiosidad de que aún pareciera estar vivo, mi aliento visible todavía a la luz de la luna, aquel hijo de cosacos marchando todavía a mi lado, mirándome de vez en cuando para asegurarse de que me seguía moviendo y comprobando en el cielo nocturno la posible presencia de bombarderos.

—Entrad —dijo ella—. Entrad. Estáis los dos helados.

Pude apreciar que la amiga de Kolya había sido hermosa antes del asedio; su sucio cabello rubio le colgaba hasta media espalda, sus labios aún estaban llenos y tenía un hoyuelo en forma de media luna que le arrugaba la mejilla cada vez que sonreía. No tenía el correspondiente hoyuelo en su mejilla derecha, lo cual parecía extraño, y me di cuenta de que esperaba a que sonriera para poder ver otra vez su solitario hoyuelo.

Cuando nos abrió la puerta Kolya la había besado en ambos lados de la cara y la sangre había inundado sus mejillas, haciéndola aparecer saludable por un segundo.

—¡Me dijeron que habías muerto!

—Todavía no —dijo Kolya—. Éste es mi amigo Lev. No quiso decirme su patronímico o el nombre de su familia, pero quizás te lo diga a ti. Tengo la impresión de que eres su tipo. Lev, Sonya Ivanovna. Una de mis tempranas conquistas, y todavía una amiga querida.

—¡Ja! Una especie de conquista de vida brevísima, ¿no? ¿Como Napoleón en Moscú?

Kolya me sonrió. Aún tenía un brazo rodeando a Sonya, sosteniéndola junto a él. Estaba envuelta en un abrigo de hombre y tres o cuatro suéteres, pero incluso bajo aquel bulto pude ver que no había quedado mucho de ella.

—Ésta fue una seducción clásica. La conocí en una clase de historia del arte. Le expliqué todas las perversiones de los maestros, desde los muchachos de Michelangelo a los pies de Malevich... ¿Sabías algo de eso? Solía dibujar los pies de su ama de llaves por la mañana y masturbarse con los dibujos por la noche.

—Vaya mentira. Nadie en el mundo ha oído esa historia —me confió ella.

—Lo aprendió todo sobre esos lascivos pintores, se excitaba, un par de tragos de vodka, y listo. Llegué, vi, conquisté.

Ella se inclinó hacia mí, tocándome la manga de mi abrigo, y me dijo en un aparte:

—Sí, llegó y se corrió. En todo caso, le di mucho.

Yo no estaba acostumbrado a oír hablar de sexo a una mujer. Los chicos que conocía nunca paraban de hablar sobre el tema, pero las chicas guardaban aquellas charlas para sus propios aquelarres reservados. Me pregunté si Grisha se habría acostado ya con Vera, antes de recordar que Grisha y Vera estaban los dos muertos, enterrados bajo lápidas de hormigón roto.

Sonya vio la expresión de pena en mi rostro y supuso que yo estaba violento por su descarada conversación. Me brindó una cálida sonrisa, mostrando por un instante aquel hoyuelo en forma de media luna.

—No te preocupes, querido. Ninguno de nosotros es tan bohemio como piensa que es. —Se volvió hacia Kolya—. Es un chico muy dulce. ¿Dónde lo pillaste?

—Vivía en el Kirov. En Voinova.

—¿El Kirov? ¿El que se derrumbó la noche pasada? Lo siento, dulce criatura.

Me cogió entre sus brazos. Era como ser abrazado por un espantapájaros. No podía sentir cuerpo alguno bajo sus ropas, sólo una capa tras otra de lana que olía a humo. Sin embargo, era agradable tener a una mujer que mostrara preocupación. Incluso si sólo estaba mostrándose educada, resultaba agradable.

—Vamos —dijo, tomándome de la mano, guante de piel sobre guante de piel—. Ésta es tu casa ahora. Si necesitas dormir aquí por una noche, o una semana, es aquí donde dormirás. Mañana puedes ayudarme a traer un poco de agua del Neva.

—Tenemos trabajo por hacer mañana —dijo Kolya, pero ella lo ignoró, acompañándonos a la sala de estar.

Un grupo de seis personas estaba sentado en círculo alrededor de una ardiente estufa de leña. Parecían estudiantes universitarios, los hombres mostrando todavía elaboradas patillas y mostachos, y las mujeres, el cabello corto y pendientes gitanos. Compartían varias gruesas mantas, sorbían de unas tazas de té y observaron a los recién llegados sin decir una palabra de bienvenida. Comprendí su disgusto. Los extraños eran una molestia como mínimo, y algo fatal en el peor de los casos... Incluso si no pensaban hacer daño, siempre querían comida.

Sonya nos los presentó a todos, dando el nombre de cada uno del círculo, pero nadie habló hasta que Kolya hizo amigos desenvolviendo su azúcar de biblioteca y haciéndolo circular. Era imposible sentir mucho placer masticando aquello, pero era algo que comer, algo para hacer que la sangre siguiera moviéndose, y pronto se reanudó la conversación.

Los amigos de Sonya resultaron ser cirujanos y enfermeras, no estudiantes universitarios. Acababan de terminar un turno de veinticuatro horas, amputando brazos y piernas, sacando balas de huesos destrozados, tratando de remendar a soldados mutilados sin la ayuda de anestesia o sangre disponible o electricidad. Ni siquiera tenían suficiente agua caliente para esterilizar adecuadamente sus escalpelos.

—Lev vivía aquí en el Kirov —dijo Sonya, señalándome con una simpática inclinación de la cabeza—. Ese edificio de la Voinova que fue destruido anoche.

Algunos murmuraron sus condolencias o inclinaron la cabeza para indicar su simpatía.

—¿Estabas dentro cuando cayeron las bombas?

Moví negativamente la cabeza. Miré a Kolya, que estaba garabateando unas notas con un cabo de lápiz en su diario, sin prestarnos atención a los demás. Volví a mirar a médicos y enfermeras, que esperaban una réplica. Esas personas eran extrañas. ¿Por qué cargarlas con la verdad?

—Me encontraba con unos amigos.

—Algunos de ellos se salvaron —dijo uno de los cirujanos, llamado Timofei, un tipo con aspecto de artista pintor que llevaba gafas sin montura—. He oído que alguno fue llevado al hospital.

—¿De veras? ¿Cuántos?

—No lo sé. No escuchaba con mucha atención. Lo siento, es sólo que... Caen edificios cada noche.

El rumor de posibles supervivientes me levantó el ánimo. El refugio antiaéreo del sótano parecía sólido... Si la gente había llegado allí a tiempo, podía haberse salvado. Vera y los gemelos siempre se precipitaban corriendo al refugio con sus familias cuando las sirenas sonaban. Zavodilov, el gángster, por otra parte... No recuerdo haberle visto nunca en el refugio. Dormía en medio de las sirenas del mismo modo que dormía por las mañanas, con una fría toallita envolviéndole la frente y una chica desnuda a su lado. O al menos eso era lo que yo imaginaba. No, él no se habría dirigido al refugio, pero lo cierto es que Zavodilov se pasaba muchas noches fuera del Kirov, cuidando de sus misteriosos negocios o bebiendo en el apartamento de algún otro criminal.

Sonya sirvió dos vasos más de un té claro y me tendió uno a mí y otro a Kolya. Yo me quité las manoplas por primera vez desde que ingiriera el desayuno en la oficina del coronel. El cálido cristal parecía una cosa viviente entre mis palmas, un pequeño animal con latido y un alma. Dejé que el vapor subiera hasta mi rostro y por un momento no me di cuenta de que Sonya me había hecho una pregunta.

—¿Perdón?

—Decía si estaba tu familia en el edificio.

—No, se marcharon de la ciudad en septiembre.

—Eso es bueno. Es lo mismo que hizo la mía. Mis hermanitos fueron a Moscú.

—Y ahora los alemanes están a las puertas de Moscú, también —dijo Pavel, un joven con cara de hurón que contemplaba fijamente la estufa de hierro y nunca contactaba visualmente con nadie más—. La tomarán en unas pocas semanas.

—Que la tomen —dijo Timofei—. Haremos como Rostopchin con ellos, quemarlo todo y retirarnos. ¿Dónde van a encontrar refugio? ¿Qué van a comer? Hagamos que el invierno se ocupe de ellos.

—Hacer el papel de Rostopchin... Eeej. —Sonya hizo una mueca como si oliera algo repugnante—. Haces que parezca un héroe.

—*Fue* un héroe. No deberías aprender tu historia en Tolstoi.

—Sí, sí, el buen conde Rostopchin, amigo del pueblo.

—No metas la política en esto. Se trata de guerra, no de la lucha de clases.

—¿No meter la política en esto? ¿Quién tiene que meter política en esto? ¿Tú crees que la política no entra en la guerra?

Kolya silenció la disputa cuando habló. Estaba mirando en su taza de té, sosteniéndola con ambas manos.

—Los alemanes no van a tomar Moscú.

—¿Y a qué experto debemos esta afirmación? —quiso saber Pavel.

—A mí. Fritz estaba a treinta kilómetros de la ciudad a comienzos de diciembre. Ahora está a cien kilómetros de distancia. La Wehrmacht nunca se había retirado antes. No saben cómo se hace. Para todo lo que se han entrenado, para todo lo que han estudiado en sus libros, es para atacar. Atacar, atacar, atacar. Ahora están yendo hacia atrás, y no se detendrán hasta que estén yaciendo de espaldas en Berlín.

Nadie dijo una sola palabra durante mucho rato. Las mujeres del grupo miraban fijamente a Kolya, sus ojos un poco más brillantes en sus demacrados rostros. Estaban todas un poco enamoradas de él.

—Perdona que pregunte, camarada —dijo Pavel deslizando un irónico deje en *camarada*—. Pero, si tú eres una figura tan importante en el ejército, que estás al tanto de tales trascendentales conversaciones, ¿por qué estás sentado aquí con nosotros?

—No puedo discutir mis órdenes —declaró Kolya, imperturbable ante el tonillo insultante del cirujano.

Tomó un sorbo de té y dejó que el agua caliente se aposentara en su boca durante un momento. Al ver que Sonya estaba aún mirándolo, le sonrió. El grupo guardaba silencio. Nadie se había movido, pero la dinámica había cambiado, con Kolya y Sonya en el escenario bajo los focos, y el resto de nosotros como silenciosos espectadores, preguntándonos si veríamos un poco de carne. La estimulación erótica ya había empezado, aun cuando se sentaban aparte uno del otro, aunque los dos estaban envueltos en varias capas de lana. Yo deseé que algún día una chica me mirara de esa manera, pero sabía que nunca ocurriría. Este cuerpo de hombros tan estrechos, estos ojos tan vigilantes y temerosos como los de un roedor... Yo no era un individuo que inspirara lujuria. Lo peor de todo era mi nariz, mi odiada nariz, aquel pico de ave que suscitaba un millar de insultos. Ya era bastante malo ser judío en Rusia, pero ser judío con una nariz de caricatura antisemítica, bueno, inspiraba mucho autodesprecio. La mayor parte del tiempo me sentía orgulloso de ser judío, pero no quería parecer judío. Quería parecer ario, cabello rubio y ojos azules, ancho de pecho y de mandíbula cuadrada. Quería parecerme a Kolya.

Kolya guiñó un ojo a Sonya y terminó su taza de té. Suspiró, mirando los posos del fondo de su taza.

—¿Sabíais que no he podido cagar en nueve días?

Aquella noche todos nosotros dormimos en la sala de estar, excepto Kolya y Sonya, que se pusieron en pie a la vez siguiendo alguna invisible señal y desaparecieron en el dormitorio. El resto de nosotros compartimos las mantas.

Yacíamos muy juntos en busca de calor, de modo que, aunque la estufa se quedó sin combustible en algún momento de la noche, no llegué a tiritar demasiado. El frío realmente me molestaba menos que los ahogados grititos de Sonya. Sus gemidos eran increíblemente felices, como si Kolya estuviera expulsando con el sexo todas las miserias de los últimos seis meses, como si estuviera exorcizando sexualmente el hambre y el frío y las bombas y a los alemanes. Sonya era adorable y amable, pero su placer era espantoso de escuchar... Yo quería ser el que pudiera transportar a una bonita muchacha lejos del asedio con mi pene, en lugar de yacer en el suelo del apartamento de un extraño al lado de un hombre al que no conocía, que sufría sacudidas espasmódicas en su sueño y olía a basura hervida.

No me cabía en la cabeza que el sexo durara tanto —¿quién tenía energía suficiente para ello?— pero pareció seguir durante la mitad de la noche. Sonya gimiendo, Kolya hablando en un tono bajo que yo no podía descifrar a pesar de las delgadas paredes. Sonaba muy tranquilo, como si estuviera leyéndole un artículo del periódico. Me pregunté qué diablos le estaba contando. ¿Qué le dices a una chica a la que te estás follando? Parecía una cosa importante de saber. Quizás estaba citando a aquel escritor sobre el que siempre se deshacía en alabanzas. Quizás le estaba contando lo de la lucha con el caníbal y la mujer del caníbal, pero eso no parecía muy probable. Yo yacía en la oscuridad escuchándolos, mientras el viento sacudía las ventanas en sus marcos y las últimas cenizas saltaban en la estufa. El sonido más solitario del mundo es el que producen otras personas haciendo el amor.

A la mañana siguiente nos encontrábamos frente a un edificio, a dos manzanas de distancia de la Puerta de Narva, contemplando fijamente un enorme cartel de Zhdanov.

—Éste debe de ser —dijo Kolya, golpeando el suelo con sus pies para mantenerlos calientes..., aunque no parecía posible que hiciera más frío del que había hecho el día anterior.

Sólo una única nube en forma de esqueleto de pez interrumpía el interminable cielo azul. Nos acercamos a la puerta principal del edificio. Estaba cerrada, por supuesto. Kolya dio unos golpes en ella, pero nadie acudió. Nos quedamos allí como idiotas, dando fuertes palmadas, las barbillas enterradas bajo los pliegues de nuestras bufandas.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Alguien entrará o saldrá finalmente. ¿Qué te pasa a ti hoy? Pareces un poco malhumorado.

—No me pasa nada, a mí —dije, pero hasta yo pude notar el mal humor en mi tono—. Nos llevó una hora llegar aquí, vamos a esperar otra hora para conseguir entrar, y luego no habrá ningún viejo con un corral lleno de gallinas.

—No, no, algo te está molestando. ¿Piensas en el Kirov?

—Naturalmente que pienso en el Kirov —repliqué secamente, irritado con él porque lo cierto es que no pensaba en el Kirov.

—En otoño teníamos un teniente llamado Belak. Militar hasta el tuétano, llevaba el uniforme durante todo el día; luchó contra los Blancos, todo eso. De manera que una noche va y se encuentra a este chico, Levin, llorando por una carta que acababa de recibir. Esto ocurría en una trinchera frente a Zelenogorsk, inmediatamente antes de que los finlandeses la volvieran a tomar. Levin no podía hablar, de tanto que berreaba. Alguien había muerto, a manos de los alemanes. No recuerdo si era su madre, su padre, quizás toda la familia, no lo sé. De todas maneras, Belak cogió la carta, la dobló muy limpiamente, la deslizó en el bolsillo de la guerrera de Levin y dijo: «De acuerdo, sácate eso de encima. Pero después, no quiero verte llorando hasta que Hitler esté colgando de una cuerda».

Kolya miró fijamente a la lejanía, contemplando las palabras del teniente. Debía de pensar que eran muy profundas. A mí me sonaban como fabricadas, la clase de palabras que mi padre siempre odiaba, falso diálogo inventado por algún periodista, aprobado por el Partido, para uno de esos optimistas artículos «¡Héroes del Frente!» que *La Verdad de los Jóvenes Pioneros* siempre publicaba.

—¿Así que dejó de llorar?

—Bueno, lo dejó en aquel momento. Sólo siguió sorbiéndose las lágrimas un

poco más. Pero, aquella noche, volvió a lo mismo. Eso no es realmente lo que importa.

—¿Y qué es lo que importa?

—Que no hay tiempo para sentir pena. Los nazis nos quieren muertos. Podemos llorar por ello tanto como queramos, pero eso no nos ayudará a luchar contra ellos.

—¿Quién está llorando? Yo no lloro.

Kolya no me estaba escuchando. Se le había metido algo entre sus dientes delanteros y trataba de sacarlo con la uña del dedo.

—Belak pisó una mina terrestre unos días más tarde. Mal asunto, estas minas antipersona. Lo que le hacen al cuerpo de un hombre ...

Su voz se quebró, contemplando el destrozado cuerpo de su antiguo oficial, y yo me sentí mal por haber insultado al teniente en mi cabeza. Quizás sus palabras respondían a un cliché, pero estaba tratando de ayudar al joven soldado, a distraerlo de la tragedia sufrida en su hogar, y eso tenía más importancia que una manera de expresarse original.

Kolya volvió a golpear la puerta del edificio. Esperó un momento, suspiró y dirigió su mirada a la solitaria nube que andaba a la deriva por el cielo.

—Me gustaría vivir en Argentina durante un año o dos. Nunca he visto el océano. ¿Y tú?

—No.

—Estás de mal humor, israelita mío. Dime por qué.

—Anda y ve a joder a un cerdo.

—¡Ah! ¡Es eso!

Me dio un empujoncito, bailó a mi alrededor, moviendo las manos como un boxeador, fingiendo entrenarse conmigo.

Yo me senté en el peldaño del umbral. Incluso ese pequeño movimiento hizo que una multitud de chispas volaran por el campo de mi visión. Habíamos bebido más té en casa de Sonya al despertar, pero no había comida, y yo estaba ahorrando el resto de mi azúcar de biblioteca. Levanté la mirada hacia Kolya, que me estaba observando ahora con cierta preocupación.

—¿Qué decías anoche? —le pregunté—. ¿Cuando estabas, ya sabes, cuando estabas con ella?

Kolya bizqueó, confuso ante la pregunta.

—¿Con quién? ¿Con Sonya? ¿Qué dije?

—No dejaste de hablar con ella todo el tiempo.

—¿Cuando hacíamos el amor?

La frase misma era embarazosa. Asentí.

Kolya frunció el ceño.

—No sabía que dijera nada.

—¡Estuviste hablando continuamente!

—Lo corriente, supongo. —Apareció una repentina sonrisa en su cara. Se sentó a mi lado en el escalón del dintel—. Pero, por supuesto, si nunca has visitado un país, es probable que no conozcas las costumbres. Tú quieres saber qué decir.

—Estaba sólo haciendo una pregunta.

—Sí, pero tienes curiosidad. ¿Y por qué? Porque estás un poco nervioso. Quieres hacer las cosas adecuadamente cuando tengas la oportunidad. Es muy inteligente por tu parte. ¡Hablo en serio! Deja ya de fruncir el entrecejo. No he conocido a nadie que acepte peor los cumplidos. Ahora, escucha. A las mujeres no les gustan los amantes silenciosos. Te están dando algo precioso y quieren saber que lo aprecias. Haz un pequeño gesto de la cabeza para demostrar que me estás escuchando.

—Estoy escuchando.

—Toda mujer tiene un amante de ensueño y un amante de pesadilla. El amante de pesadilla se limita a yacer encima de ella, aplastándola con su barriga, metiéndole y sacando su pequeño instrumento hasta que ha terminado. Ha cerrado completamente los ojos y no dice una palabra; esencialmente, está solo, masturbándose dentro del minino de la pobre chica. Ahora bien, el amante de ensueño ...

Oímos el shush de los patines de un trineo sobre la nieve endurecida y nos dimos la vuelta para ver a dos muchachas tirando de un trineo cargado con cubos de hielo del río. Iban directamente hacia nosotros y yo me levanté, quitándome la chaqueta, aliviado de que la conferencia de Kolya hubiera sido interrumpida. Kolya se levantó a mi lado.

—¡Señoras! ¿Necesitan una mano para acarrear ese hielo?

Las jóvenes intercambiaron una mirada. Eran ambas de mi edad, hermanas o primas, con la misma cara ancha y vellosos labios superiores. Eran chicas de Piter, desconfiadas con los extraños, pero aun así, encaramándose por las escaleras a su apartamento con cuatro cubos de hielo ...

—¿Qué vienen ustedes a hacer aquí? —preguntó una de ellas, con la estirada corrección de una bibliotecaria.

—Nos gustaría hablar con cierto caballero acerca de sus gallinas —dijo Kolya, eligiendo la sinceridad por razones desconocidas.

Yo esperaba que las chicas se rieran de nosotros, pero no fue así.

—Les dispararé si suben ahí —dijo la segunda muchacha—. No deja que nadie se acerque a las gallinas.

Kolya y yo nos miramos. Él se lamió los labios y se volvió hacia las jóvenes, mostrando su más seductora sonrisa.

—¿Por qué no nos dejan ustedes llevar los cubos? Ya nos preocuparemos nosotros del viejo.

En el cuarto piso, sudando a través de todas las capas de lana, mis piernas de

gaviota temblando por el esfuerzo, empecé a lamentar la decisión. Debía de haber un camino más fácil para entrar en el edificio. Nos tomábamos largas pausas en cada rellano, donde yo jadeaba Y flexionaba las manos, quitándome los mitones para inspeccionar los profundos surcos que las asas de los cubos estaban dejando en mis palmas. Kolya interrogaba a las muchachas sobre sus hábitos de lectura y su capacidad para recitar las estrofas iniciales de *Eugenio Onegin*. A mí, las jóvenes me parecían carentes de energía, rumiadoras, sin picardía en sus ojos y nada de chispa en su manera de hablar, pero nadie aburría a Kolya. Charlaban con ellas como si fueran las más deliciosas criaturas que jamás hubieran honrado un baile con su presencia, mirando a los ojos a una y luego a la otra, sin permitirse jamás el silencio. En el cuarto piso ya quedaba claro que ambas muchachas estaban encantadas con él, y tuve ahora la impresión de que estaban intentando decidir cuál de ellas tomaría la delantera.

Una oleada de envidia volvió a apoderarse de mí, aquel sentido de injusticia compuesto de ira y autodesprecio... ¿Por qué les gustaba? ¡El sempiterno fanfarrón! ¿Y por qué le envidiaba yo la atención de aquellas muchachas, que, a fin de cuentas, no me importaban? Ninguna de las dos era ni remotamente atractiva para mí. Este hombre me había salvado la vida ayer mismo, y hoy yo lo maldecía porque unas chicas se volvían torpes en su presencia, la sangre aflucía a sus mejillas, miraban al suelo y jugaban con los botones de sus chaquetas.

Pero Sonya me gustaba. Sonya, con su hoyuelo en la mejilla y su calor, dándome la bienvenida a su casa, ofreciéndome quedarme siempre que lo necesitara, aun cuando una semana más sin comida la mataría... La forma de su cráneo era demasiado fácil de distinguir bajo su casi translúcida piel. Quizás me gustaba tanto porque la había conocido sólo treinta minutos después de ver las piedras sepulcrales del Kirov. Quizás la visión de ella me impidió detenerme demasiado en todos mis vecinos, atrapados bajo los pedazos de hormigón.

Incluso cuando aquellas imágenes conseguían penetrar en mi mente, les faltaba mordiente, atravesándola limpiamente, y yo me encontraba otra vez pensando en la hija del coronel, o en el propio coronel, o en el gigante que nos perseguía escaleras abajo con su tubo de acero, o en la mujer del Mercado del Heno vendiendo vasos de tierra de Badayev. Si pensaba siquiera en el Kirov, era el edificio en sí lo que recordaba, mi campo de juegos de la infancia, con sus largos corredores tan bien concebidos para carreras pedestres, sus cajas de escalera con sus ventanas de cristal emplomado tan llenas de capas de polvo que se podía dibujar en ellas tu autorretrato con la punta del dedo, el patio donde todos los niños se reunían después de las primeras grandes nevadas de cada año para la pelea anual de bolas de nieve, los pisos del uno al tres contra los pisos del cuatro al seis.

Mis amigos y vecinos —Vera y Oleg y Grisha y Lyuba Nikolaievna y Zavodilov

— parecían irreales ya, como si su muerte hubiera borrado sus vidas. Quizás yo siempre había sabido que un día desaparecerían, y por ello los había mantenido a distancia, reído sus bromas y escuchado sus planes, pero nunca realmente había creído en ellos. Había aprendido a protegerme. Cuando la policía se llevó a mi padre, yo me había convertido en un chico mudo, incapaz de comprender cómo un hombre —aquel hombre voluntarioso, brillante— podía dejar de existir al simple castañeteo de los dedos de un invisible burócrata, como si fuera sólo el humo del cigarrillo exhalado por un aburrido centinela en una atalaya de Siberia, un centinela que se preguntaba si su novia en su pueblo le estaba engañando, y que contemplaba fijamente los ventosos bosques, inconsciente de las grandes fauces azules de cielo encima de él que esperaban tragarse la voluta de humo y al centinela y todo lo que crecía en el terreno, abajo.

Kolya estaba despidiéndose de las chicas, depositando sus cubos dentro del apartamento e indicándome con un gesto que hiciera lo mismo.

—Tened cuidado allí arriba —dijo una de las muchachas, la más atrevida, supongo—. Tiene ochenta años, pero os disparará inmediatamente.

—He estado en el frente luchando con Fritz —dijo Kolya, tranquilizándola con una sonrisa y un guiño—. Creo que puedo manejar a un abuelo chiflado.

—Si queréis comer alguna cosa cuando volváis, vamos a hacer sopa —dijo la segunda chica.

La atrevida le lanzó una mirada, y yo me pregunté, con auténtica curiosidad, qué le irritaba más, si la oferta de comida gratis o la insinuación de flirteo.

Kolya y yo subimos por el último tramo de escaleras hasta la puerta del tejado.

—Éste es el plan —me dijo—. Deja que hable yo. Tengo arte para los viejos.

Empujé la puerta y el viento nos atacó, lanzándonos con fuerza trocitos de hielo y polvo contra el rostro, los residuos de la ciudad. Bajamos la cabeza y nos precipitamos hacia delante, como dos beduinos en una tempestad de arena. Ante nosotros había un espejismo, lo que sólo podía ser un espejismo... Un cobertizo hecho de planchas de madera y techumbre de fieltro, las grietas tapadas con trozos de lana y periódicos viejos. Yo era un chico de ciudad hasta el tuétano; nunca había estado en una granja, o siquiera visto una vaca. Pero sabía que esto era un corral de gallinas. Kolya me miró. Nuestros ojos estaban llorando a causa del viento, pero ambos sonreíamos como locos.

A un extremo del corral había una puerta retorcida con un pestillo de corchete por fuera. Kolya llamó suavemente a la puerta. Nadie respondió.

—¿Hola? ¡No nos dispare! ¡Ajá! Ah, sólo queríamos charlar con usted... ¿Hola? De acuerdo, voy a abrir la puerta. Si eso es una mala idea, si está pensando en disparar, diga algo ahora.

Kolya dio un paso hacia un lado de la puerta, me hizo un gesto para que yo

hiciera lo mismo y empujó la puerta con la punta de su bota. Esperamos oír una maldición o un disparo de escopeta, pero nada sucedió. Cuando la cosa parecía segura, nos asomamos al corral. Estaba oscuro dentro, iluminado por una sola lámpara de mecha que colgaba de un gancho de la pared. El suelo estaba cubierto de paja vieja que olía a mierda de ave. Una pared estaba ocupada por jaulas nido vacías, cada una del tamaño de una sola gallina. Un niño estaba sentado en el otro extremo del corral, su espalda contra la pared, las rodillas subidas hasta el pecho. Llevaba una chaqueta de piel de conejo, femenina. Parecía ridícula, pero cálida.

Un hombre muerto se encontraba en la paja bajo las jaulas, su espalda apoyada también contra la pared, los miembros rígidos y extendidos como los de una marioneta abandonada. Tenía una larga barba blanca, la barba de un anarquista del siglo XIX, y una piel como de cera de vela fundida. Una vieja escopeta se encontraba aún sobre su regazo. Por su apariencia, debía de llevar muerto varios días.

Kolya y yo contemplamos el macabro cuadro. Habíamos penetrado en la desgracia privada de alguien y teníamos el sentimiento de culpa de los entrometidos. Al menos yo lo tenía. La vergüenza no afligía a Kolya del mismo modo que a mí. Entró en el corral, se arrodilló al lado del chico y le cogió la rodilla.

—¿Estás bien, soldadito? ¿Necesitas agua?

El chico no le miró. Sus azules ojos parecían enormes en su cara muerta de hambre. Rompí un trozo de azúcar de biblioteca, entré en el corral y alargué la mano. Los ojos del pequeño se desviaron lentamente en mi dirección. Pareció registrar mi presencia y la comida en mi mano, antes de volver a apartar la mirada. Estaba alelado, como perdido.

—¿Es tu abuelo? —preguntó Kolya—. Deberíamos llevarlo a la calle. No es bueno para ti estar sentado solo con él.

El chico abrió la boca e incluso aquel esfuerzo pareció costarle. Sus labios estaban endurecidos, costosos, como si estuvieran pegados.

—No quiere dejar las aves —dije yo.

Kolya dirigió su mirada hacia las vacías jaulas nido.

—Creo que todo irá bien ahora. Vamos, hay unas estupendas chicas abajo que te darán un poco de sopa y algo de agua para beber.

—No tengo hambre —dijo el pequeño, y entonces supe que estaba condenado.

—Ven con nosotros, de todos modos —dije—. Hace demasiado frío aquí. Te haremos entrar en calor, te conseguiremos un poco de agua.

—Tengo que vigilar las aves.

—Las aves se han ido —dijo Kolya.

—No todas.

Yo dudaba de que el niño resistiera hasta el día siguiente, pero no quería dejarlo morir aquí, solo, con aquel cadáver barbudo y las jaulas vacías. La muerte estaba en

todas partes en Piter. Almacenada en grandes montones en la morgue de la ciudad; quemada en hogueras frente al Cementerio Piskarevsky; esparcida por el hielo del lago Ladoga, algo que las gaviotas picoteaban, si es que aún había gaviotas. Pero aquél era un lugar más solitario que cualquier otro que yo hubiera visto.

—Mira —dijo Kolya, sacudiendo una de las vacías jaulas—. No hay nadie en casa. Fuiste un buen vigilante, protegiste a las aves, pero ahora se han ido. Ven con nosotros.

Extendió su enguantada mano, pero el niño la ignoró.

—Ruslan te habría disparado.

—¿Ruslan? —Kolya miró al cuerpo del viejo—. Ruslan era un tipo fiero, ¿eh? Lo veo claramente. Me alegro de que tú seas de los pacíficos.

—Me dijo que todo el mundo en el edificio quería nuestras aves.

—Tenía razón.

—Me decía que vendrían y nos cortarían la garganta si les dejábamos entrar. Robarían nuestras gallinas y las hervirían para hacer sopa. Así que uno de los dos tenía que permanecer siempre despierto y sostener la escopeta.

El niño hablaba en un tono monótono, sin mirarnos nunca, sus ojos vagos y desenfocados. Pude ver ahora que estaba temblando y los dientes le castañeteaban cuando no hablaba. Manchas de color marrón claro salpicaban sus mejillas y su cuello, un último esfuerzo de su cuerpo por aislarse.

—Me decía que las gallinas nos mantendrían vivos hasta que el asedio terminara. Un par de huevos al día, eso y las raciones nos bastarían. Pero no pudimos mantenerlas lo bastante calientes.

—Tienes que olvidarte de esas malditas gallinas. Vamos, dame la mano.

El niño continuó ignorando la mano extendida de Kolya y finalmente éste me hizo un gesto de que le ayudara. Pero yo había visto algo, un movimiento donde no debería haber ningún movimiento, algo que se movía bajo la chaqueta de piel del niño, como si un corazón gigantesco latiera con tanta fuerza que su palpitación fuera visible.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté.

El chico acarició la parte delantera de su chaqueta de piel, calmando lo que fuera que tenía debajo. Por primera vez sus ojos encontraron los míos. Débil como estaba, a milímetros de distancia de la línea de llegada pude apreciar la dureza que había en él, la tenacidad que había heredado del viejo.

—Ruslan te habría disparado.

—Sí, sí, sigue diciendo eso. Tú salvaste una de las aves, ¿verdad? Ésa es la última. —Kolya me miró—. ¿Cuántos huevos puede poner una gallina al día?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—Escucha, niño, te daré trescientos rublos por esa ave.

—La gente solía ofrecernos mil. Él siempre se negaba. Decía que las aves pueden mantenernos vivos todo el invierno. ¿Qué vamos a hacer con los rublos?

—¿Comprar un poco de comida, tal vez? Esa ave va a morir como todas las otras si la mantienes aquí.

El chico movió negativamente la cabeza. Toda aquella charla le había debilitado y sus párpados caían.

—Conforme, ¿qué hay de eso? Venga, dámelo —me dijo Kolya, quitándome el azúcar de biblioteca de la mano. Lo añadió a su última tajada de embutido y trescientos rublos y lo colocó todo en el regazo del chico.

—Eso es todo lo que tenemos. Ahora, escúchame. Vas a morir aquí esta noche si no te mueves. Necesitas comer y necesitas salir del tejado. Vamos a llevarte con aquellas chicas del cuarto piso ...

—No me gustan.

—No tienes que casarte con ellas. Vamos a darles este dinero y ellas te darán de comer un poco de sopa y te quedarás unas noches, hasta conseguir que vuelvan tus fuerzas.

Al chico no le quedaban energías más que para ligerísimos movimientos negativos de cabeza, pero su significado estaba claro. No pensaba irse.

—¿Te vas a quedar aquí para proteger la gallina? ¿Y dónde demonios vas a ir para alimentarla?

—Me quedo por Ruslan.

—Que los muertos entierren a los muertos. Tú vienes con nosotros.

El chico empezó a desabrocharse la chaqueta. Sostenía la gallina de plumaje marrón contra su pecho como un recién nacido lactante. Era la gallinita más lamentable que jamás había visto, manchada de barro y aturdida. Un gorrión sano la habría hecho pedazos en una lucha callejera.

Tendió la gallina a Kolya, el cual se quedó mirándola, inseguro de qué decir o hacer.

—Coge —dijo el chico.

Kolya me miró y luego otra vez al niño. Nunca le había visto tan confuso.

—No pude mantener con vida las aves —dijo el chico—. Teníamos dieciséis en octubre. No me queda nada más.

Habíamos deseado desesperadamente la gallina, pero ahora que el chico nos la estaba ofreciendo gratis, algo parecía no encajar.

—Coge —dijo el pequeño—. Estoy cansado de esto.

Kolya cogió la gallina de las manos del niño sosteniendo el ave lejos de su cara, preocupado de que el animal pudiera clavarle las garras en los ojos. Pero a la gallina tampoco le quedaba ninguna violencia. Se quedó flácida en las palmas de Kolya, temblando bajo el frío, mirando torpemente a ninguna parte.

—Necesita calor —dijo el chico.

Kolya abrió su chaqueta y deslizó el ave dentro de ella, donde podía meterse entre capas de lana y encontrar aún espacio para respirar.

—Ahora marchaos —dijo el niño.

—Ven con nosotros —dije yo, en un último esfuerzo, aunque sabía que era inútil—. No deberías quedarte solo en estos momentos.

—No estoy solo. Idos.

Miré a Kolya y éste asintió. Nos dirigimos hacia la agrietada puerta. Por el camino, me di la vuelta y miré al chico, sentado silenciosamente con su chaqueta de mujer.

—¿Cómo te llamas?

—Vadim.

—Gracias, Vadim.

El chico asintió con la cabeza, sus ojos demasiado azules, demasiado grandes para su pálida, demacrada cara.

Lo dejamos solo en el corral de las gallinas, con el cadáver del viejo y las vacías jaulas nido, la mecha ardiendo con una llama baja en la lámpara, trescientos rublos y la no deseada comida sobre su regazo de piel de conejo.

Sonya había recogido un cesto de virutas de madera de las astilladas vigas del tejado de una escuela de párvulos, volada por las bombas, en la isla Vasilevsky. Su estufa estaba al rojo vivo cuando nos sentamos frente a ella, bebiendo un té claro y contemplando fijamente a la debilitada gallina. Habíamos fabricado una improvisada jaula nido a partir de una vieja lata de galletas y un lecho de periódico cortado a tiras. La gallina estaba acurrucada allí, la cabeza contra el pecho, ignorando la cucharada de mijo triturado que habíamos esparcido sobre los recortes del editorial, los moscovitas implorándonos que permaneciéramos fuertes. Maldito Moscú. La impresión general sobre Piter era que, si el asedio tenía que producirse, mejor que fuera contra nosotros, porque nosotros podíamos sobrevivir a cualquier cosa, mientras que los porcinos burócratas de la capital probablemente se rendirían al más próximo *Oberstleutnant* si no podían conseguir su ración semanal de esturión. «Son iguales que los franceses», solía decir Oleg, aunque hasta Oleg sabía que eso era ir demasiado lejos.

Kolya había apodado a la gallina *Querida*, pero no había ningún afecto en los ojos del animal cuando nos devolvía la mirada, estúpida y suspicaz.

—¿No ha de tener sexo antes de poner huevos? —pregunté.

—No lo creo —dijo Sonya, quitándose un trocito de piel seca del labio—. Creo que los machos fertilizan los huevos, pero ellas los ponen por su cuenta. Mi tío dirige una granja colectiva de aves de corral en Mga.

—¿Así que sabes de gallinas?

Ella movió la cabeza en un gesto negativo.

—Nunca he estado en Mga.

Todos éramos hijos de la ciudad. Yo nunca había ordeñado una vaca o apaleado estiércol o empacado heno. En Kirov siempre nos burlábamos de los campesinos de las granjas colectivas, sus malos cortes de pelo y sus cuellos llenos de pecas. Ahora a la gente del campo le tocaba reír, regalándose con conejo y jabalí recién muertos mientras nosotros tratábamos de sobrevivir con miserables raciones de pan mohoso.

—No habrá puesto doce huevos para el jueves —dije yo—. Ni siquiera vivirá hasta el jueves.

Kolya estaba sentado en un taburete de acero sin respaldo, sus largas piernas extendidas delante de él, garabateando notas en su libretita con su cada vez más pequeño cabo de lápiz.

—No la desahucies todavía —dijo, sin apartar los ojos de su escritura—. Es una gallina de Leningrado... Más dura de lo que parece. Los alemanes pensaban que celebrarían la Navidad en el Astoria, ¿no es verdad?

Los nazis habían impreso miles de tarjetas de invitación para una gran fiesta de la

victoria que Hitler pensaba celebrar en el Hotel Astoria después de conquistar lo que él había llamado, en un discurso a sus tropas de asalto portadoras de antorchas, «la cuna del bolchevismo, esa ciudad de ladrones y gusanos». Nuestros soldados habían encontrado algunas de esas invitaciones en los cuerpos de oficiales caídos de la Wehrmacht. Habían sido reimpresas en los periódicos, copiadas por miles y clavadas en las paredes por toda la ciudad. Los jamelgos del Politburó no podían haber diseñado una propaganda mejor. Odiábamos a los nazis tanto por su estupidez como por cualquier otra cosa... Si la ciudad caía, no dejaríamos hotel alguno donde los alemanes pudieran beber *schnapps* en el piano-bar y dormir en suites lujosas. Si la ciudad caía, nos la llevaríamos con nosotros.

—Quizás sea tímida —dijo Sonya—, y no quiere poner huevos con todos nosotros mirando.

—Quizás necesite beber algo.

—Hum, eso es inteligente. Démosle un poco de agua.

Nadie se movió. Todos estábamos hambrientos y cansados y esperábamos que otro se levantara y llenara una taza de agua. Afuera, la luz estaba ya desapareciendo gradualmente del cielo. Podíamos oír el zumbido de los proyectores calentándose, sus enormes filamentos encendiéndose lentamente. Un solitario Sujoi volaba en círculos sobre la ciudad, el zumbido de su hélice constante y tranquilizador.

—Vaya fea mierdecilla, ¿no?

—Yo creo que es simpática —dijo Sonya—. Se parece a mi abuela.

—Quizás deberíamos sacudirla, para ver si caen.

—Necesita agua.

—Sí, pongámosle un poco de agua.

Transcurrió otra hora. Finalmente Sonya encendió las lámparas de petróleo, puso en marcha la radio y vertió un poco de agua del río de una jarra en un platillo, que situó delante de la jaula de *Querida*. Ésta la miró, pero no hizo el menor esfuerzo por beberla.

Sonya volvió a sentarse y suspiró. Al cabo de un momento, para reunir energía, se dio la vuelta hacia la cesta de labor situada detrás de su silla, cogió un calcetín roto, aguja e hilo, y un huevo de zurcir que metió en el talón del calcetín para tensar la tela. Yo observé cómo trabajaban sus huesudos dedos. Era una muchacha bonita, pero sus manos eran como las de la Parca, sin carne y pálidas. Sabía remendar un calcetín, sin embargo. La aguja echaba destellos bajo la luz de la lámpara a medida que entraba y salía, una y otra vez, produciéndome somnolencia.

—¿Sabes quién es una asquerosa hija de puta? —preguntó Kolya sin previo aviso—. Natasha Rostov.

El nombre me resultaba familiar, pero no podía situarlo exactamente.

Sonya frunció el ceño, pero no apartó los ojos de su labor.

—¿La chica de *Guerra y paz*?

—No puedo soportar a esa bruja. Todo el mundo se enamora de ella, todos, incluso sus hermanos, y ella no es otra cosa que una insulsa imbécil.

—Quizás se trate de eso —dijo Sonya.

Yo estaba medio dormido, pero sonreí. Pese a todas sus irritantes cualidades, no podía evitar que me gustara un hombre que despreciaba a un personaje de ficción con semejante pasión.

Sonya zurció los agujeros del calcetín con sus diestras, esqueléticas, manos. Kolya tamborileaba en las perneras de sus pantalones con sus dedos, frunciendo el ceño al pensar en Natasha Rostov y la injusticia de todo aquello. *Querida* temblaba en la cálida habitación, tratando de encoger su cabeza y meterla en su propio cuerpo, como si soñara que era una tortuga.

El autor de teatro Gerasimov hablaba por la radio: «¡Muerte a los cobardes! ¡Muerte a los vendedores de pánico! ¡Muerte a los que esparcen rumores! A los tribunales con ellos. Disciplina. Valor. Firmeza. Y recordad esto: Leningrado no teme a la muerte. La muerte teme a Leningrado».

Solté un bufido y Kolya me miró.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el viejo Gerasimov?

—¿Qué hay en él que pueda gustarme?

—Es un patriota, en todo caso. Y está aquí, en Piter, no a salvo en algún lugar con Ajmatova y su grupo.

—Yo estoy con Lev —dijo Sonya, arrojando otro puñado de virutas de madera a la estufa. Las ascuas brillaron reflejándose en su recortado cabello rubio y por un segundo sus pequeñas orejas se pusieron rojas y translúcidas—. Es un agente de ventas para el Partido, eso es todo.

—Es peor que eso —dije yo, y pude notar que la ira se delataba en mi voz—. Se llama a sí mismo escritor, pero odia a los escritores... Se limita a leerlos para ver si escriben algo peligroso, cualquier cosa ofensiva. Y si decide que lo han hecho, bueno, ahí está; los denuncia al Politburó, los ataca en el periódico, en la radio. Alguien en algún comité, en alguna parte, dice: «Bueno, Gerasimov ha dicho que ese hombre es una amenaza, y Gerasimov es uno de los nuestros, así que el hombre en cuestión debe de ser una amenaza...».

Dejé de hablar en medio de la frase. Mi amargada voz parecía resonar en el pequeño apartamento, aunque pienso que era mi imaginación, mi incomodidad al revelar demasiado y demasiado pronto. Sonya y Kolya me miraban... Ella parecía preocupada por mí, mientras que él parecía impresionado, como si todo este tiempo hubiera estado pensando que yo era un sordomudo y hasta ahora no se hubiera dado cuenta de que podía formar palabras.

—Tu padre fue Abraham Beniov.

Yo no dije nada, pero Kolya no había hecho ninguna pregunta. Asentía, como si todo se hubiera aclarado repentinamente para él.

—Debería habérmelo figurado antes. No sé por qué quieres ocultar algo así. Ese hombre fue un poeta, un verdadero poeta, y no hay muchos de éstos. Deberías estar orgulloso.

—No hace falta que me digas que debo estar orgulloso de él —repliqué secamente—. Si me haces un puñado de estúpidas preguntas y yo no quiero contestarlas, eso es asunto mío. No hablo de mi familia con extraños. Pero no vuelvas a decirme que me sienta orgulloso de mi padre.

—Conforme —dijo Kolya, levantando las manos—. Conforme. Lo siento. No quería decir algo así. Sólo quería que dejáramos de ser extraños.

—Me siento como una idiota —dijo Sonya—. Perdóname, Lev... Yo no he oído hablar de tu padre. ¿Era un poeta?

—Y uno grande —dijo Kolya.

—Ni tanto ni tan poco, siempre decía él. Me decía que de su generación estaba Mayakovsky, y luego todo los demás, y él estaba justo en el sector central, con los demás.

—No, no, no le escuchéis. Era un excelente escritor. Realmente, Lev, no estoy diciendo esto para ser amable. «Un viejo poeta, otrora famoso, visto en un café» es un magnífico poema.

Ése era el poema que aparecía en todas las antologías, al menos en todas las antologías impresas antes de 1937. Lo había leído docenas de veces desde que se llevaron a mi padre, pero habían transcurrido años desde que oyera a otra voz pronunciando el título.

—Y él fue... él fue... —Aquí Sonya hizo un movimiento con su cabeza, un movimiento que indicaba *por allí*.

Podía significar cualquier cosa: enviado a Siberia, muerto de un tiro en la nuca, silenciado por orden del Comité Central. Los datos específicos nunca fueron conocidos. ¿*Fue eliminado?*, estaba preguntando ella, y yo asentí.

—Me aprendí ese poema de memoria —dijo Kolya, pero me hizo un favor y no lo recitó.

La puerta del apartamento se abrió, y Timofei, uno de los cirujanos que había conocido la noche anterior, entró para calentarse las manos en la estufa. Cuando descubrió a *Querida* sentada en su jaula nido, se agachó y la inspeccionó, con las manos en las rodillas.

—¿De dónde salió esto?

—Kolya y Lev la obtuvieron de un muchacho en la Puerta de Narva.

Timofei se puso en pie y nos sonrió. Sacó dos grandes cebollas de los bolsillos de su gabán.

—Las cogí del hospital. No estaba planeando compartirlas, pero parece que tenemos la posibilidad de una hermosa sopa esta noche.

—*Querida* no es para la cazuela —dijo Kolya—. La necesitamos por los huevos.

—¿Los huevos?

Timofei nos miró, volvió a mirar a *Querida*, y luego otra vez a nosotros. Parecía pensar que estábamos bromeando.

—Todo el mundo quiere librarse de *Querida* —continuó Kolya—, pero yo creo que ella pondrá huevos. ¿Tú sabes algo de gallinas? ¿Crees que puede poner una docena para el jueves?

—¿De qué diablos están hablando?

El cirujano parecía cada vez más irritado. Kolya le devolvió la mirada, airado, ofendido por el tono del hombre.

—¿No hablas ruso? ¡Estamos esperando los huevos!

Por un momento pensé que la conversación se volvería violenta, lo cual podía haber sido una cosa mala para el Ejército Rojo; necesitábamos a nuestros cirujanos, y Kolya habría aplastado al hombre de un solo puñetazo. Pero finalmente Timofei se rió, sacudiendo la cabeza, esperando que todos riéramos con él.

—Ríete todo lo que quieras —le dije—. Pero no vas a tocar la gallina.

—No es una gallina, idiota. Es un gallo.

Kolya vaciló, no muy seguro de si se trataba de una broma que el cirujano nos estaba gastando o de un truco para lograr que lanzáramos a *Querida* al puchero. Yo me incliné hacia delante en la silla y miré detenidamente al ave. No sabía por qué pero pensé que mirarla serviría de algo. ¿Qué estaba buscando, unos pequeños testículos?

—¿Estás diciendo que ella no va a poner huevos? —preguntó Kolya, observando a Timofei cuidadosamente.

El cirujano habló con lentitud, como si estuviera pasando consulta a unos imbéciles.

—No es ella. Es él. Y las posibilidades no son muchas.

Aquella noche, la sopa tuvo el mismo sabor de junio, tal como los comensales recordábamos de antes del asedio. Un admirador de Sonya, un piloto de la VVS, le había regalado una patata no podrida. Kolya protestó que no quería comerse el regalo de otro amante, pero sus quejas fueron ignoradas, tal como él esperaba, y la sopa de *Querida* fue enriquecida con patata, cebolla y mucha sal. Felizmente para nosotros, los demás cirujanos pasaban la noche en algún otro lugar. Sonya cambió un ala y una taza de caldo a su vecino por una botella de vodka potable; los alemanes lanzaron sólo algunas perezosas granadas a la ciudad, como para recordarnos que seguían allí pero que tenían cosas mejores que hacer aquella noche en particular. A medianoche, estábamos borrachos, con la tripa llena, Kolya y Sonya follaban en el dormitorio, mientras yo jugaba partidas rápidas de ajedrez con Timofei a la luz de la estufa.

A mitad de la segunda partida yo moví mi caballo; Timofei miró fijamente el tablero, soltó un eructo y dijo:

—Oh, eres bueno.

—¿Qué te imaginabas? Te di mate en dieciséis jugadas en la última partida.

—Pensaba que era la bebida... Estoy jodido, ¿no?

—Aún estás vivo. Pero no por mucho tiempo.

Tiró el rey y volvió a eructar, encantado de hacerlo, encantado de la comida que tenía en el estómago.

—No tiene mucho sentido esto. Ah, bueno. No distingues una gallina de un gallo, pero sabes de ajedrez.

—Era mejor antes.

Puse en pie a su rey e hice la jugada por él, tratando de ver cuánto tiempo podía alargar el final de la partida.

—¿Eras mejor antes? ¿Cuando eras un embrión? ¿Qué edad tienes, catorce años?

—¡Diecisiete!

—¿Te afeitas ya?

—Sí.

Timofei parecía escéptico.

—Me afeité el bigote... Crece más lentamente en invierno.

Sonya jadeó en la otra habitación y empezó a reír, obligándome a imaginarla, su cabeza inclinada hacia atrás, la garganta al aire, los pezones duros sobre sus pequeños pechos.

—No sé dónde consiguen la energía —dijo Timofei, echándose sobre las capas de mantas y estirando los brazos—. Dame sopa de gallina cada noche y nunca voy a necesitar otra mujer mientras viva.

Cerró los ojos y pronto se quedó dormido, otro de esos durmientes rápidos,

dejándome solo para escuchar a los amantes.

Kolya me despertó antes del alba, tendiéndome una taza de té mientras estudiaba el abandonado tablero de ajedrez. Timofei seguía durmiendo boca arriba, con ésta abierta, los brazos estirados sobre la cabeza como si se estuviera rindiendo al enemigo.

—¿Quién jugaba con las negras?

—Yo.

—Tenías mate en seis.

—Lo tenía en cinco. A menos que él cometiera un error, y entonces lo podía dar en tres.

Kolya frunció el ceño, mirando las piezas hasta que lo comprendió.

—Sabes jugar.

—¿Aún quieres hacer esa apuesta? ¿Qué era, fotos desnudas de chicas francesas?

Sonrió, quitándose el sueño de los ojos.

—Te las daría sólo como un favor. Mostrarte dónde están las partes. Vamos, ponte las botas.

—¿Adónde vamos?

—A Mga.

Kolya podía haber sido un desertor, pero tenía suficiente autoridad natural en su voz para que mis botas estuvieran ya medio abrochadas antes de que yo pensara en cuestionar su orden. Él ya se había puesto su abrigo y guantes de piel; se dio dos vueltas a la bufanda en el cuello y verificó sus dientes en un pequeño espejo que colgaba del samovar.

—Mga está a cincuenta kilómetros de distancia.

—Un buen paseo de un día. Tuvimos una excelente cena anoche. Podemos lograrlo.

Lentamente me fui despertando a la locura de esta proposición.

—Eso está detrás de las líneas alemanas. ¿Por qué tenemos que ir a Mga?

—Es lunes, Lev. Necesitamos los huevos para el jueves, y no vamos a encontrar ninguno en Piter. El tío de Sonya dirige esa granja de pollos colectiva allí, ¿no? Apuesto a que los alemanes siguen yendo. Les gustan sus huevos también.

—¿Ése es nuestro plan? ¿Vamos a caminar cincuenta kilómetros, cruzando por delante de los alemanes, hasta una granja de pollos colectiva que quizás ha sido quemada, agarrar una docena de huevos y volver a casa?

—Bueno, cualquier cosa parecería ridícula si lo dijeras con ese tono de voz.

—Tono de... ¡Te estoy haciendo una pregunta! ¿Es ése tu plan? ¡Sonya ni siquiera ha estado nunca allí! ¿Cómo vamos a encontrarla?

—¡Está en Mga! ¿Tan difícil se supone que es encontrar algo en Mga?

—¡Ni siquiera sé como encontrar la maldita Mga!

—Ah —dijo Kolya, sonriendo ahora mientras se encasquetaba su gorro de astracán—. Eso es fácil. Está en la línea férrea de Moscú. No tenemos más que seguir las vías.

Timofei gruñó en su sueño y se dio la vuelta. Yo había aprendido que médicos y soldados podían dormir en medio de cualquier jaleo no amenazador para su vida; mi discusión con Kolya podía haber sido una suave canción de cuna, a juzgar por la expresión de pacífica satisfacción en la cara de Timofei. Le miré y lo odié, lo odié por conseguir dormir en su cama de mantas de lana, cálido y confortable y bien alimentado, sin ningún nieto de cosacos que le hostigara, ningún coronel de la NKVD que le mandara al yermo a encontrar los ingredientes de un pastel de boda.

Regresé a Kolya, que se estaba ajustando el gorro en un ángulo adecuadamente heroico con la ayuda del espejo. Le odiaba a él aún más, aquel alegre y jactancioso bruto, feliz y fresco a las seis de la mañana como si acabara de regresar de unas vacaciones de dos semanas en el Mar Negro. Imaginé que aún olía a sexo, aunque la verdad era que yo no podía oler nada en absoluto a aquella hora tan temprana de la mañana, con el apartamento tan frío. Mi poderosa nariz era todo espectáculo, un buen blanco para los sarcasmos, pero extrañamente inútil para captar olores.

—Tú piensas que esto es una locura —dijo—, pero cada uno de esos campesinos timadores que venden patatas por doscientos rublos en el Mercado del Heno las traen de fuera de la ciudad. La gente consigue cruzar las líneas cada día. ¿Por qué no vamos a poder nosotros?

—¿Estás borracho?

—¿De un cuarto de botella de vodka? No lo creo.

—Tiene que haber algo más cerca que Mga.

—Dímelo tú.

Kolya se había abrigado para resguardarse del tiempo, su mandíbula cubierta de una barba rubia de cuatro días. Esperaba que yo propusiera mi alternativa a su estúpido plan, pero, a medida que los segundos transcurrían, comprendí que no tenía ninguna.

Me sonrió, una sonrisa lo bastante bonita para figurar en un cartel de reclutamiento de la Flota Roja.

—El conjunto es una jodida farsa, estoy de acuerdo. Pero bastante buena.

—Sí, es una maravillosa farsa. Y la parte más divertida es que vamos a morir allí, y la hija del coronel no tendrá su pastel y nadie sabrá nunca qué estábamos haciendo en Mga.

—Cálmate, mi pequeño y morboso israelita. No voy a dejar que los hombres malos te atrapen ...

—Puedes irte a la mierda.

—... pero tenemos que movernos ya, si queremos llegar allí con algo de luz de día.

Yo podía haberlo ignorado y vuelto a dormir. La estufa se había enfriado por la noche, y la última de las virutas había ardidido, pero aún se conservaba bastante calorcillo bajo la pila de mantas. Dormir tenía más sentido que marcharse a Mga — donde los alemanes nos esperaban a miles— en busca de gallinas. Cualquier cosa tenía más sentido que eso. Sin embargo, por más que protestara ante la idea, sabía desde el principio que seguiría. Kolya tenía razón. No había huevos en Leningrado. Pero ésa no era la única razón para seguir. Kolya era un fanfarrón, un sabelotodo, un cosaco hostigador de judíos, pero su confianza era tan pura y completa que ya no parecía arrogancia, sólo la marca de un hombre que había aceptado su propio destino heroico. Ésa no era la manera como yo había imaginado mis aventuras —yo quería ser el primer actor, no el compañero de cómico aspecto—, pero mi realidad ignoró mis deseos desde el principio, dándome un cuerpo más adecuado para apilar libros en una biblioteca, inyectando tanto miedo en mis venas que lo único que podía hacer era acurrucarme en la escalera cuando la violencia estallaba. Quizás algún día mis brazos y piernas se llenarían de músculos y el miedo se escurriría por el desagüe como el agua sucia del baño. Quería creer que esas cosas ocurrirían, pero no era así. Estaba maldecido por el pesimismo tanto de los rusos como de los judíos, dos de las tribus más inclinadas a la melancolía del mundo. Sin embargo, si no había grandeza en mí, quizás sí tenía el talento de reconocerla en los otros, incluso en los individuos más irritantes.

Me puse en pie, agarré mi chaqueta del suelo, me la puse y seguí a Kolya hasta la puerta, que él mantuvo abierta para mí con gesto de solemne cortesía.

—Espera —dije, antes de poder cruzar el umbral—. Nos vamos a un viaje. Deberíamos sentarnos.

—No sabía que fueras supersticioso.

—Me gustan las tradiciones.

No había sillas, así que lo hicimos en el suelo delante de la abierta puerta. El apartamento estaba silencioso. Timofei roncaba desde su lugar junto a la estufa; las ventanas se estremecían en sus marcos; la radio emitía su interminable metrónomo, señalando que Leningrado seguía sin ser conquistada. Afuera, alguien clavaba carteles en unas ventanas tapiadas con rápidos y eficientes martillazos. En vez de imaginar a un hombre colgando carteles, sin embargo, me representé a un fabricante de ataúdes, dando forma a un féretro a partir de unas planchas de madera de pino. La visión era intensa y detallada. Podía ver los callos en las palmas de las manos del obrero, los negros cabellos brotando entre sus espesas cejas, el serrín en sus sudorosos antebrazos.

Hice una profunda aspiración y miré a Kolya. Él me devolvió la mirada.

—No te preocupes, amigo mío, no voy a dejar que mueras.
Yo tenía diecisiete años y era estúpido, y creía en él.

La línea férrea que conducía a Moscú había sido cortada sólo unos meses antes, pero los raíles estaban ya empezando a oxidarse. La mayor parte de las traviesas habían sido arrancadas del suelo y convertidas en leña para el fuego, aunque estaban impregnadas de creosota y quemarlas constituía un peligro. Kolya caminaba por encima de un raíl, como un gimnasta en la barra de equilibrio, las manos pegadas al costado. Yo le seguía con dificultad, por el centro de las vías, nada dispuesto a jugar su juego, en parte porque estaba irritado con él y en parte porque sabía que perdería.

Los raíles corrían hacia el este pasando por delante de los bloques de apartamentos de ladrillo rojo y los grandes almacenes de tres pisos, así como de las cocheras de tranvías Kotlyarov y de fábricas abandonadas que antaño habían construido artículos que nadie podía ya usar o permitirse durante el tiempo de guerra. Un grupo de muchachas jóvenes que llevaban guardapolvos bajo sus chaquetas de invierno, y estaban bajo la supervisión de un ingeniero del ejército, se afanaban en convertir una oficina de correos en una posición defensiva. La esquina del robusto y viejo edificio había sido demolida para hacer sitio a un nido de ametralladoras.

—Ésa de ahí tiene un bonito cuerpo —dijo Kolya, indicando a una mujer con un pañuelo azul de cabeza que descargaba sacos terreros de un camión.

—¿Cómo puedes decirlo?

Era una afirmación absurda. La mujer estaba al menos a cincuenta metros de distancia; su chaqueta era gruesa y acolchada y llevaba varias capas más de ropa debajo de ella.

—Puedo decirlo. Tiene una postura de bailarina.

—Ah.

—Venga, no me sueltes tus *ah*. Conozco a las bailarinas, créeme. Te llevaré al Teatro Mariinsky una noche de éstas y nos meteremos entre bastidores. Digamos sólo que tengo una reputación.

—Siempre estás hablando de tu reputación.

—Hay pocas cosas en este mundo que me hagan más feliz que los muslos de una bailarina. Galina Uvanova...

—Oh, para.

—¿Qué? Esa mujer es un tesoro nacional. Sus piernas deberían ser esculpidas en bronce.

—Tú nunca has dormido con Galina Uvanova.

Kolya me lanzó una sigilosa sonrisa, una sonrisa que decía que sabía muchas cosas pero que no podía compartirlas todas de una vez.

—Nunca dije que hubiera dormido con ella.

—Lo estabas dando a entender.

—Estoy siendo cruel —reconoció—. Hablarte de cosas de esa naturaleza... Es sádico. Como hablarle de Velázquez a un ciego. Cambiemos de tema.

—¿No quieres hablar sobre bailarinas, con las que nunca has dormido, durante los próximos treinta y nueve kilómetros?

—Tres chicos van a una granja a robar gallinas —empezó con su voz de contar chistes. Usaba un acento diferente para las bromas, aunque yo no podía decir qué clase de acento se suponía que era, o por qué pensaba que eso hacía las cosas más divertidas—. El granjero los oye y se precipita hacia la granja. De manera que los chicos se meten en tres sacos de patatas y se esconden.

—¿Va a ser un chiste largo?

—El granjero pega un puntapié al primer saco, y el chico de dentro dice: «¡Miau!», fingiendo ser un gato.

—Oh, ¿fingía ser un gato?

—Es justo lo que acabo de decir —dijo Kolya, mirándome para ver si yo iba a empezar una discusión.

—Sé que finge ser un gato. Una vez que dice «Miau», es evidente que está fingiendo que es un gato.

—¿Vuelves a estar de mal humor porque me acosté con Sonya? ¿Estás enamorado de ella? ¿Pasaste un buen rato con ese, como se llame, el cirujano? Estabais muy monos acurrucados los dos juntos al lado de la estufa.

—¿Y tú, qué acento estás empleando? ¿Es ucraniano?

—¿Qué acento?

—Cada vez que cuentas un chiste utilizas ese estúpido acento.

—Escucha, Lev, mi pequeño león. Lo siento. Sé que no es fácil para ti yacer ahí toda la noche, con tu cosa en la mano, escuchando su felicidad ...

—Mira, tú cuenta tu estúpido chiste.

—... pero te prometo que antes de que llegues a los dieciocho... ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Oh, cállate.

—Te voy a encontrar una chica. ¡Desprecio calculado! No lo olvides.

Durante todo este rato, él seguía caminando encima del raíl, un pie delante del otro, sin perder nunca el equilibrio, sin mirar nunca abajo, avanzando más deprisa de lo que yo podía hacerlo caminando normalmente.

—¿Por dónde iba? Ah, el granjero que golpea el primer saco: «Miau», y así sucesivamente. Golpea el segundo saco, y el chico de dentro dice: «¡Guau!», fingiendo ser ...

Kolya me señaló para que terminara la frase.

—Una vaca.

—Un perro. Cuando golpea el tercer saco, el chico de su interior dice:

«¡Patatas!».

Caminamos en silencio.

—Bueno —dijo Kolya finalmente—. Hay quien piensa que es divertido.

En las afueras de la ciudad, los bloques de apartamentos ya no estaban amontonados uno encima del otro. El hormigón y el ladrillo se veían ahora interrumpidos por extensiones de marismas congeladas y parcelas cubiertas de nieve, donde estaba programado levantar futuros edificios, antes de que la guerra pusiera fin a toda construcción. Cuanto más nos alejábamos del centro de la ciudad, menos civiles veíamos. Camiones del ejército con cadenas en los neumáticos pasaban traqueteando, los debilitados soldados subidos a los vehículos de plataforma mirándonos sin el menor interés mientras se dirigían al frente.

—¿Sabes por qué se llama Mga? —preguntó Kolya.

—¿Son las iniciales de alguien?

—Maria Gregorevna Apraksin. Uno de los personajes de *El podenco del patio* se basa en ella. Heredera de una larga estirpe de mariscales de campo, malversadores y lamedores de culos reales. Está convencida de que su marido trata de asesinarla para poder casarse con su hermana.

—¿Y es así?

—No, al principio, no. Ella está completamente paranoica. Pero no se calla nunca al respecto, y entonces él empieza a enamorarse de la hermana. Y se da cuenta de que realmente la vida sería mejor sin su esposa. De manera que acude a Radchenko en busca de consejo, pero no sabe que Radchenko lleva años jodiendo con la hermanita.

—¿Qué otra cosa escribió?

—¿Hum?

—Ushakovo —dije yo—. ¿Qué otros libros escribió?

—*El podenco del patio*, es todo. Es una historia famosa. El libro se publicó y fue un fracaso. Hubo una sola crítica y lo destrozó. Lo calificó de vulgar y despreciable. Nadie lo leía. Ushakovo trabajó en ese libro durante once años. Once años, ¿puedes imaginarlo? Y desaparece como si hubiera sido lanzado al océano. Pero él inicia el trabajo otra vez, una nueva novela; sus amigos, que tienen acceso a pequeñas partes de ella, dicen que es su obra maestra. Excepto que Ushakovo se vuelve cada vez más religioso, pasando el tiempo con este dignatario de la iglesia que le convence de que la ficción es obra de Satanás. Y, una noche, Ushakovo se queda tan convencido de que va a ir al infierno, que es presa del más completo pánico y arroja el manuscrito al fuego. Puf, se fue.

Aquello me sonaba extrañamente familiar.

—Pero eso es justo lo que le pasó a Gogol.

—Bueno, no; no exactamente. Es muy diferente en lo que se refiere a los detalles. Pero es un interesante paralelismo, estoy de acuerdo.

Los raíles se apartaban de la carretera, pasando por delante de bosquecillos de jóvenes abedules, demasiado pequeños y delgados para servir de leña. Cinco blancos cuerpos yacían boca abajo en la nieve. Una familia de fallecidos en invierno, el padre agarrando todavía la mano de la esposa; sus hijos muertos, esparcidos a corta distancia. Dos estropeadas maletas de piel aparecían abiertas al lado de los cadáveres, vacías de todo excepto de algunos marcos de fotos resquebrajados.

Las botas y ropa de la familia les habían sido arrancadas. Sus nalgas cortadas por hachas, la carne más blanda, la más fácil para hacer empanadas y embutidos. Yo no podía saber si la familia había muerto por arma de fuego o acuchillada, o por la explosión de una granada de la artillería alemana, o por caníbales rusos. Y no quería saberlo. Llevaban muertos bastante tiempo, al menos una semana, y sus cuerpos habían comenzado a formar parte del paisaje.

Kolya y yo continuamos hacia el este a lo largo de la línea de Vologda. Kolya ya no contó más chistes aquella mañana.

Un poco antes del mediodía llegamos al límite de las defensas de Leningrado: marañas de alambradas, zanjas de tres metros de profundidad, dientes de dragón, nidos de ametralladoras, baterías antiaéreas y tanques KV-1 cubiertos de blancas redes de camuflaje. Los soldados que habíamos visto antes nos habían ignorado, pero ahora estábamos demasiado al este para ser civiles, y formábamos una pareja demasiado extraña para ser del ejército. Cuando caminábamos a lo largo de las vías, un grupo de jóvenes soldados rasos, que quitaban la lona alquitranada de un camión con tracción a las seis ruedas, se dio la vuelta para mirarnos.

Su sargento se dirigió hacia nosotros, sin apuntarnos con su carabina, exactamente, pero tampoco apuntando hacia otro lado. Tenía la actitud de un militar de toda la vida, y los pronunciados pómulos y ojos estrechos de un tártaro.

—Vosotros dos, ¿tenéis papeles?

—Los tenemos —dijo Kolya, buscando en su chaqueta—. Tenemos excelentes papeles.

Le tendió la carta del coronel e hizo un gesto señalando al camión.

—¿Es el nuevo modelo de Katyusha?

La lona había caído al suelo, revelando unas filas de soportes paralelos que apuntaban hacia el cielo, esperando ser cargados de cohetes. Según lo que habíamos oído por la radio, los alemanes temían a los lanzacohetes Katyusha más que a cualquier otra arma soviética... Los llamaban los órganos de Stalin, por el aullido bajo y lúgubre que emitían.

El sargento miró al lanzador de cohetes y luego otra vez a Kolya.

—Eso no te importa. ¿De qué ejército eres?

—Del Cincuenta y Cuatro.

—¿El Cincuenta y Cuatro? Deberíais estar en Kirishi.

—Sí —dijo Kolya, brindando al sargento una enigmática sonrisa y asintiendo hacia la carta que estaba en las manos del hombre—. Pero las órdenes son las órdenes.

El sargento desplegó la carta y leyó. Kolya y yo observamos cómo los soldados situaban los cohetes provistos de aletas en la cola sobre los raíles de la Katyusha.

—¡Mandadlos al infierno esta noche! —gritó Kolya.

Los soldados del camión nos miraron y no dijeron nada. Daban la impresión de no haber dormido durante días; les hacía falta toda su concentración para cargar los cohetes sin dejarlos caer; no era cosa de desperdiciar energías en unos locos.

Poco dispuesto a ser ignorado, Kolya empezó a cantar. Tenía una voz de barítono, fuerte y confiada.

—«En la orilla, Katyusha empieza a cantar, acerca de una orgullosa águila gris de la estepa, sobre aquel al que Katyusha ama profundamente, sobre aquel cuyas cartas ella guarda».

El sargento terminó de leer la carta y la volvió a doblar. El mensaje del coronel evidentemente le había impresionado; miró a Kolya ahora con auténtico respeto, siguiendo con la cabeza el ritmo de la vieja canción.

—Eso es. He oído a la propia Ruslanova cantarla durante la Guerra de Invierno. La ayudé con la mano cuando salía de entre bastidores, pensé que tenía una copa de más. ¿Sabéis lo que me dijo? «Gracias, sargento», dijo. «Usted parece un hombre que sabe usar sus manos». ¿Qué piensas de eso? Siempre la escandalosa Ruslanova. Pero es una hermosa canción.

Golpeó en el pecho a Kolya con la carta, devolviéndosela, sonriéndonos a ambos.

—Lamento haberos parado, chicos. Ya sabéis cómo es esto... Me dicen que hay trescientos saboteadores en Leningrado y que llegan más cada día. Pero ahora que sé lo que hacéis, trabajar para el coronel...

Le guiñó un ojo a Kolya.

—Lo sé todo al respecto, organizar a los partisanos, eso es. Dejáis que nosotros, los regulares, los atacemos por delante, y vosotros los atacáis por detrás. El próximo verano llenaremos el Reichstag de calientes cagajones.

Kolya había leído en voz alta la carta del coronel el día que nos la entregaron, y no hacía mención alguna de partisanos... Decía sólo que no debíamos ser detenidos u hostigados mientras operábamos bajo la discreción del propio coronel... Pero los periódicos estaban llenos de historias sobre simples campesinos que habían sido entrenados para luchar como mortales guerrillas por especialistas de la NKVD.

—No dejéis de hacerlos bailar con el órgano aquí —dijo Kolya. No sé si estaba imitando intencionadamente la manera de hablar del sargento o no—, y nosotros nos aseguraremos de que no puedan conseguir más *strudel* de la *Vaterland*.

—¡Ahí vais! ¡Ahí vais! Cortadles las líneas de suministro, hacedles morir de

hambre en los bosques, y será otra vez como en 1812.

—Pero no habrá ninguna Elba para Hitler.

—No, no, para él, no. ¡Ninguna Elba para Hitler!

Yo no estaba completamente seguro de que el sargento supiera qué era Elba, pero él se mostraba inflexible sobre que Hitler no la alcanzaría.

—¡Le meteremos una bayoneta en las pelotas, pero ninguna Elba!

—Deberíamos seguir avanzando —dijo Kolya—. Tenemos que llegar a Mga al anochecer.

El sargento dejó escapar un silbido.

—Eso es mucho camino. Quedaos en los bosques, ¿oís? Fritz es dueño de las carreteras, pero un ruso no necesita una carretera para caminar, ¿verdad? ¡Ja! ¿Tenéis bastante pan? ¿No? Nosotros podemos prescindir de un poco. ¡Iván!

El sargento gritaba a un joven y desaliñado soldado raso que estaba junto al camión.

—Busca un poco de pan para estos chicos. Van a cruzar las líneas.

En las afueras de Leningrado los árboles seguían creciendo, los cuervos murmuraban en las ramas de los abedules, las ardillas corrían entre los abetos. Éstas tenían un aspecto gordo e inocente, fáciles blancos para un hombre con una pistola. Tenían suerte de seguir vivas en la Rusia ocupada.

Marchábamos a través de los bosques, a través de campos despejados bajo el frío sol del invierno, manteniendo a la vista las vías del tren, a nuestra izquierda. La nieve se había endurecido y las agujas de pino se esparcían por ella, creando un terreno por el que se podía caminar. Nos encontrábamos en territorio controlado por los alemanes, pero no había indicación alguna de la presencia germana, ni tampoco signo alguno de guerra. Yo me sentía extrañamente feliz. Piter era mi hogar, pero Piter era un cementerio ahora, una ciudad de fantasmas y caníbales. Caminando por el campo sentía un cambio físico, como si estuviera respirando oxígeno después de meses de trabajar en el fondo de una mina de carbón. Las marañas de mis tripas se habían desenrollado, mis oídos, destaponados, y tenía una fuerza en mis piernas que llevaba meses sin sentir.

Kolya parecía afectado de la misma manera. Entrecerraba los ojos ante el resplandor de la nieve, apretando los labios para despedir grandes bocanadas de vapor, tan encantado con su truco como un niño de cinco años. En alguna parte, cerca de nosotros, dos pájaros se estaban cantando mutuamente, y Kolya me dio una palmada en la espalda, señalando hacia el sonido.

—¡El canto de los pájaros! ¡Eh! ¿Cuándo fue la última vez que oíste eso?

—Hace bastante.

—Un dueto. Hermoso, ¿no?

—«¡Oh, es muy bonito escuchar a los pájaros!». ¿Qué tiene de grande? Pío, pío, pío. ¿A quién le importa? ¡Son aburridos!

Kolya escuchaba cuidadosamente a las aves. Y sonrió.

—Es un poco aburrido, en efecto.

Descubriendo un pedazo de papel verde cerca del tronco de un grande y viejo abedul, se inclinó para recogerlo. Parecía bastante normal, un billete de banco de diez rublos, los ojos de Lenin mirándonos fijamente desde debajo de su ancha y calva cabeza... Excepto que los verdaderos billetes de diez rublos eran grises, no verdes.

—¿Falsos? —pregunté.

Kolya asintió, señalando hacia el cielo con un dedo mientras estudiaba el billete.

—Fritz los deja caer a miles. Cuantos más billetes falsos circulan, menos valen los auténticos.

—Pero éstos no tienen siquiera el color adecuado.

Kolya le dio la vuelta al billete y leyó en voz alta el texto impreso en la otra cara.

—«Los precios de los artículos de alimentación y las necesidades de la vida diaria se han incrementado enormemente y el mercado negro de la Unión Soviética está floreciendo». Digamos que «floreciendo» está mal escrito. «Los funcionarios del Partido y los judíos están llevando a cabo negocios turbios en casa mientras tú en el frente tienes que sacrificar tu vida por estos criminal». «Estos criminal», muy bonito. ¿Ocupan la mitad del país y no pueden siquiera encontrar a alguien que escriba la lengua correctamente? «Pronto veréis la razón, así que guardad este billete de diez rublos. Será una garantía de vuestro regreso seguro a una Rusia libre después de la guerra».

Kolya sonrió y me lanzó una mirada.

—¿Estás haciendo negocios turbios, Lev Abramovich?

—Ya quisiera.

—¿Y ellos piensan que esas cosas nos harán cambiar? ¿No lo entienden? ¡Nosotros inventamos la propaganda! Todo esto es una mala táctica; están irritando a la gente a la que tratan de convertir. Un joven piensa que ha encontrado un billete de diez rublos, se siente feliz, quizás pueda comprar una tarjeta extra de embutido. Pero no, no es dinero, es un cupón de rendición mal redactado.

Colgó el billete de la rama de un árbol y le prendió fuego con su encendedor.

—Estás quemando tu posibilidad de volver a una Rusia libre después de la guerra —le dije.

Kolya sonrió mientras yo observaba cómo el billete se ennegrecía y se enrollaba.

—Vamos. Tenemos un largo camino que hacer.

Al cabo de otra hora de caminar con dificultad a través de la nieve, Kolya me pinchó en el hombro con sus enguantados dedos.

—¿Creen los judíos en la vida futura?

El día anterior, la pregunta me hubiera irritado, pero ahora parecía divertida, tan propia de Kolya, preguntando con auténtica curiosidad y a propósito de nada.

—Depende del judío. Mi padre era ateo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre no era judía.

—Ah, tú eres un mestizo. No hay nada vergonzoso en ello. Siempre he pensado que tenía sangre gitana en mí, procedente de algún antepasado.

Levanté la mirada hacia él, sus ojos tan azules como los de un husky, unos rizos de cabello rubio brotando de debajo del negro gorro de piel.

—Tú no tienes sangre gitana.

—¿Por qué lo dices? ¿Por los ojos? Hay muchos gitanos de ojos azules en el mundo, amigo mío. De todas formas el Nuevo Testamento es muy claro sobre todo esto. Sigues a Jesús, y vas al cielo; no lo sigues, vas al infierno. Pero el Viejo Testamento... Ni siquiera recuerdo si hay un infierno en el Viejo Testamento.

—Sheol.

—¿Qué?

—El inframundo recibe el nombre de Sheol. Uno de los poemas de mi padre se titula «Los barrotes de Sheol».

Resultaba muy extraño hablar abiertamente sobre mi padre y su trabajo. Las palabras mismas parecían inseguras, como si estuviera confesando un crimen y las autoridades pudieran oírlo. Incluso aquí donde el Politburó no tenía ningún poder, me preocupaba que me pillaran, me preocupaba que hubiera espías acechando entre los alerces. Si mi madre hubiera andado por aquí, seguro que me habría silenciado con una mirada. No obstante, me sentaba bien hablar de él. Me hacía sentirme feliz que los poemas se refirieran al tiempo presente incluso cuando el poeta era tiempo pasado.

—¿Y qué pasa en Sheol? ¿Te castigan por tus pecados?

—No lo creo. Todo el mundo va allí, tanto si ha sido bueno como si ha sido malo. Sólo hay oscuridad y frío y no queda nada de nosotros excepto nuestras sombras.

—Suenas adecuado. —Cogió un puñado de nieve limpia y mordió un poco, dejando que se fundiera en la boca—. Hace unas semanas vi a un soldado sin párpados. Era el comandante de un tanque, el cual se averió en algún lugar en el peor momento, y, para cuando los encontraron, los demás muchachos del tanque habían muerto de frío y él tenía medio cuerpo congelado. Perdió algunos dedos de las manos y los pies, un trozo de nariz y los párpados. Le vi durmiendo en la enfermería y pensé que estaba muerto, sus ojos abiertos de par en par... No sé si dirías «abiertos», si no hay forma de cerrarlos. ¿Cómo puedes permanecer cuerdo, sin párpados? ¿Tienes que ir el resto de tu vida sin poder cerrar ni una sola vez los ojos? Preferiría quedarme ciego.

No había visto a Kolya taciturno anteriormente; el repentino cambio de humor despertó mi ansiedad. Pero los dos oímos el aullido al mismo tiempo; nos dimos la vuelta y miramos a través de las tortuosas avenidas de abedules.

—¿Es un perro eso?

Él asintió.

—Al menos suena como tal.

Unos segundos más tarde, volvimos a oír el aullido. Había algo terriblemente humano en su soledad. Necesitábamos seguir andando hacia el este, necesitábamos llegar a Mga al anochecer, pero Kolya se dirigió hacia el perro aullador y yo le seguí sin discutir.

La nieve era más profunda allí, y pronto nos encontramos vadeando a través de ventisqueros que nos llegaban al muslo. La energía que había sentido unos diez minutos antes empezaba a evaporarse. Estaba otra vez cansado, esforzándome por cada paso que daba. Kolya redujo su ritmo para que yo pudiera seguirlo. Si sentía

impaciencia conmigo, no lo demostró.

Yo llevaba la cabeza baja para poder elegir cuidadosamente cada pisada —un tobillo torcido era sin duda la muerte ahora—, y descubrí las huellas antes que Kolya. Lo agarré por la manga para detenerlo. Estábamos en el borde de un enorme claro en el bosque. El resplandor de la luz solar sobre las hectáreas de nieve era tan brillante que tuve que cubrirme los ojos con la mano. La nieve aparecía estriada por docenas de huellas de tanques, como si por allí hubiera pasado una brigada entera de Panzers. Yo no conocía las huellas tal como conocía los motores de avión, no podía distinguir las de un Sturmtiger alemán de las de un T-34 ruso, pero sabía que aquéllas no eran de tanques nuestros. Habríamos roto ya el bloqueo si teníamos estos blindados en los bosques.

Esparcidos por la nieve se distinguían unos montones grises y marrones. Al principio pensé que eran chaquetas desechadas, pero en uno de ellos vi una cola, y una pata extendida en otro, y comprendí que se trataba de perros muertos, al menos una docena de ellos. Oímos otro aullido y finalmente vimos al aullador, un perro pastor negro y blanco arrastrándose por el campo, sus patas delanteras haciendo el trabajo que las traseras no podían realizar. Detrás del animal herido había un rastro de sangre de más de un centenar de metros de longitud, un brochazo de rojo trazado a través de una tela blanca.

—Vamos —dijo Kolya, metiéndose en el campo antes de que yo pudiera detenerlo.

Los tanques ya no estaban, pero habían pasado recientemente; las huellas seguían limpiamente definidas en la nieve, sin que el viento las hubiera borrado. Los alemanes estaban cerca, pero a Kolya no le importaba. Se encontraba ya en medio del claro, marchando hacia el perro pastor, y como de costumbre tuve que apresurarme para llegar a su altura.

—No te acerques demasiado a ninguno de ellos —me dijo.

Yo no sabía por qué había dicho eso. ¿Se preocupaba por alguna posible enfermedad? ¿Creía que un perro moribundo podía morderme?

Cuando nos acercamos al perro, pude ver que tenía una caja de madera atada a su lomo, sujeta con un arnés de cuero. Un palillo de madera sobresalía directamente desde la caja. Miré alrededor del campo y vi que los demás perros llevaban el mismo artefacto.

El perro pastor no nos miró. Trataba de llegar a la franja de árboles del otro lado del campo, donde creía que podría encontrar salvación, o consuelo, o un lugar tranquilo para morir. La sangre le brotaba de dos agujeros de bala que tenía cerca de la cadera, y otro que debía de haber atravesado su barriga, porque algo húmedo y enroscado se arrastraba debajo de él, unas entrañas que no habían sido pensadas para ver la luz del día. El pobre animal jadeaba, su larga y rosada lengua colgándole de un

costado de su boca, y los negros labios enrollándose hacia atrás dejando ver sus amarilleantes dientes.

—Son minas —dijo Kolya—. Les enseñan a buscar comida bajo el blindaje de un tanque y luego los matan de hambre, y cuando los Panzers vienen, los dejan sueltos. Bum.

Excepto que ninguno de los perros había hecho bum. Los alemanes evidentemente estaban al tanto de todo eso. Avisaban a sus tiradores y sus tiradores tenían buena puntería. Los perros muertos atestaban el campo, pero no había esqueletos de tanques, coches blindados volcados, ninguna explosión. Era otra ingeniosa estratagema rusa que había fracasado completamente, como fracasaban todas las estratagemas rusas, y yo me imaginé a los hambrientos perros corriendo hacia los Panzers, sus patas levantando abanicos de nieve, sus ojos brillantes y felices mientras corrían en busca de su primera comida en varias semanas.

—Dame tu cuchillo —dijo Kolya.

—Ten cuidado.

—Dámelo.

Saqué la daga alemana de su funda y se la tendí. El perro pastor seguía tratando de arrastrar su destripada barriga hacia el bosque, pero estaba perdiendo fuerzas en sus patas delanteras. Finalmente abandonó, al acercarse Kolya, como si hubiera decidido que ya era suficiente. Yacía sobre la nieve empapada de sangre, mirando fijamente a Kolya con unos fatigados ojos castaños. El palillo de madera asomaba de la caja de su lomo como el mástil de un velero. Parecía una cosa endeble, no más grueso que un palillo de tambor.

—Buen chico —dijo Kolya, arrodillándose al lado del animal, y sosteniendo firmemente la cabeza del perro con la mano izquierda—. Eres un buen chico.

Kolya le cortó la garganta al perro con un rápido movimiento. El animal se estremeció, manando la sangre de su cuello, humeando bajo el frío aire. Kolya dejó caer suavemente la cabeza del perro al suelo, donde continuó retorciéndose durante unos segundos, soltando zarpazos al aire, como un cachorrillo que estuviera soñando, y luego se quedó muerto.

Nos quedamos en silencio durante unos momentos, presentando nuestros respetos al caído animal. Kolya lavó ambos lados de la ensangrentada hoja en la nieve, la secó en la manga de su chaqueta y me la devolvió.

—Hemos perdido sólo cuarenta minutos. Caminemos deprisa.

Marchamos a paso ligero a través del bosque de abedules, las vías del ferrocarril a nuestra izquierda, el sol cayendo rápidamente en el cielo. Kolya no había dicho una palabra desde lo del campo de los perros muertos. Podía ver que estaba preocupado por el tiempo; había calculado mal nuestra velocidad, cuán deprisa podíamos caminar a través de un terreno cubierto por la nieve, y nuestro desvío había arruinado toda posibilidad de llegar a Mga al anochecer. El frío era un peligro mayor que los alemanes ahora, y la temperatura estaba ya bajando deprisa. Sin un refugio, moriríamos.

No habíamos visto ser humano alguno desde que nos despedimos del sargento tártaro, y mantuvimos la distancia de las abandonadas estaciones del tren en Koloniya Yanino y Dubrovka. Incluso a doscientos metros de distancia podíamos ver la derribada estatua de Lenin frente a la estación de Dubrovka, los negros grafiti sobre la pared de hormigón: STALIN IST TOT! RUSLAND IST TOT! SIE SIND TOT!

A las tres de la tarde, el sol se hundió bajo las colinas occidentales y las nubes grises que se cernían sobre nosotros resplandecieron de color naranja. Oí el zumbido de motores de avión y levanté la mirada viendo a cuatro Messerschmitt que volaban como un rayo hacia Leningrado, tan altos que parecían inofensivos como mosquitos. Me pregunté qué edificios aplastarían, o si serían derribados por nuestros chicos de tierra, o nuestros pilotos en el aire. Parecía maravillosamente abstracto para mí, como la guerra de algún otro. Dondequiera que soltaran sus bombas, no sería sobre mí. Dándome cuenta de que ese pensamiento era mío, experimenté un sentimiento de culpa. Vaya mierdecilla egoísta en que me había convertido.

Estábamos pasando por delante de Berezovka, un nombre que yo había oído por primera vez en septiembre cuando el Ejército Rojo y la Wehrmacht habían chocado delante del pueblo. Según los periódicos, nuestros muchachos habían luchado con gran valor y brillantez táctica, engañando a los comandantes alemanes y frustrando al propio Hitler, que seguía cada incidencia de la batalla desde su sala de guerra de Berlín. Pero todo el mundo en Leningrado sabía leer un artículo del periódico. Las fuerzas rusas eran siempre «tranquilas y decididas», los alemanes «confundidos por la furia de nuestra resistencia»... Estas expresiones eran siempre obligatorias. La información clave aparecía casi al pie de cada artículo, oculto dentro del párrafo de clausura. Si nuestros hombres «se retiraban para preservar nuestra capacidad de lucha» era que habíamos perdido la batalla; si las tropas «se sacrificaban alegremente para repeler a los invasores enemigos», habíamos sido masacrados.

Berezovka fue una masacre. Según los periódicos, el pueblo era famoso por su iglesia, construida por orden directa del propio Pedro, y por un puente donde Pushkin había desafiado a duelo a un rival. Esos hitos habían desaparecido. Berezovka había

desaparecido. Unas pocas paredes ennegrecidas por el fuego se alzaban todavía en la nieve; de no ser por eso, no había ningún signo de que el pueblo hubiera existido.

—Son estúpidos —dijo Kolya, mientras bordeábamos los restos calcinados de la aldea.

Levanté la mirada hacia él, no muy seguro de lo que quería decir.

—Los alemanes. Creen que son muy eficientes, la más grande máquina de guerra jamás construida. Pero mira la historia, lee los libros, y los mejores conquistadores siempre dieron a sus enemigos una salida. Podías luchar contra Gengis Khan y que te cortaran la cabeza, o podías someterte y pagarle tributos. Ésta es una elección fácil. Con los alemanes, puedes luchar con ellos y morir, o puedes rendirte y que te maten. Podían haber vuelto a medio país contra el otro medio, pero no tienen sutileza; no comprenden la mente rusa; simplemente lo queman todo.

Lo que Kolya estaba diciendo era bastante cierto, hasta un punto, pero me parecía a mí que los nazis no tenían ningún interés en una invasión sutil. No querían cambiar la mentalidad de nadie, al menos entre las razas inferiores. Los rusos eran un pueblo mestizo, engendrado por hordas de vikingos y hunos, violado por generaciones de ávaros y jázaros, kipchakos y pechenegos, mongoles y suecos, infestado de gitanos y judíos y turcos errantes. Éramos los hijos de un millar de batallas perdidas, y la derrota era nuestra carga permanente. Ya no nos merecíamos existir. Los alemanes creían en la lección de los pinzones de Darwin... La vida debe adaptarse o morir. Ellos se habían adaptado a la cruda realidad; nosotros, unos borrachos de razas mestizas de las estepas rusas, no. Estábamos condenados, y los alemanes estaban sólo desempeñando su papel bajo mandato en la evolución humana.

Yo no dije nada de eso, sin embargo. Todo lo que dije fue:

—Dieron a los franceses una salida.

—Todos los franceses que tenían pelotas murieron en el camino de regreso desde Moscú en 1812. ¿Crees que estoy bromeando? Escucha, hace ciento treinta años tenían el mejor ejército del mundo. Ahora son las putas de Europa, esperando sólo a ser folladas por cualquiera que llegue con una polla dura. ¿Me equivoco? Pues ¿qué les pasó? Borodino, Leipzig, Waterloo. Piensa en ello. El coraje les fue borrado de su capital genético. Su pequeño genio Napoleón castró al país entero.

—Estamos perdiendo la luz.

Levantó la mirada hacia el cielo y asintió.

—Si eso se produce, podemos construir un refugio en tierra y aguantar hasta la mañana.

Caminó más deprisa, acelerando nuestro ya rápido paso, y yo supe que no podría seguirlo mucho tiempo más. La sopa de la noche anterior era un delicioso recuerdo; y el regalo del sargento de la ración de pan había sido devorado antes del mediodía. Cada paso constituía un esfuerzo ahora, como si mis botas hubieran sido cargadas

con plomo.

Yo estaba ya tan helado que podía sentir el frío en los dientes; los empastes baratos que taponaban mis cavidades se encogían cuando las temperaturas bajaban en picado. Pero ya no podía sentir las puntas de los dedos aunque llevaba gruesos mitones de lana y había hundido las manos en los bolsillos de mi gabán. Y tampoco sentía la punta de mi nariz. Vaya broma que sería eso... Pasar la mayor parte de mi adolescencia deseando una nariz más pequeña; unas pocas horas más en los bosques, y ya no tendría nariz.

—¿Vamos a construir un refugio subterráneo? ¿Con qué? ¿Trajiste una pala?

—Aún tienes las manos, ¿no? Y el cuchillo.

—Necesitamos ponernos a cobijo en alguna parte.

Kolya hizo un gran espectáculo de mirar alrededor en los oscuros bosques, como si pudiera encontrar una puerta oculta en algunos de los altos pinos.

—No hay cobijo alguno —dijo—. Ahora eres un soldado. Te he reclutado, y los soldados duermen dondequiera que cierran los ojos.

—Eso es muy bonito. Pero necesitamos encontrar cobijo.

Puso su enguantada mano sobre mi pecho y por un segundo pensé que estaba furioso conmigo, ofendido por mi mala voluntad para hacer frente a la noche invernal al aire libre. Pero no me estaba reprendiendo; me estaba haciendo callar. Hizo un gesto con la barbilla hacia un camino de acceso que corría paralelamente a las vías del ferrocarril. Estaba a un centenar de metros de distancia y las sombras iban en aumento, pero había aún suficiente luz para ver a un soldado ruso de pie, dándonos la espalda, su fusil colgando del hombro.

—¿Un partisano? —susurré.

—No, es del ejército regular.

—Quizás hemos vuelto a tomar Berezovka. ¿Un contraataque?

—Quizás —susurró Kolya.

Nos acercamos al centinela, avanzando cuidadosamente. No conocíamos ninguna contraseña y nadie con un fusil esperaría a ver si éramos rusos auténticos.

—¡Camarada! —gritó Kolya cuando nos encontrábamos a cincuenta metros de distancia, las manos levantadas por encima de la cabeza—. ¡No dispaes! ¡Estamos aquí bajo órdenes especiales!

El centinela no se dio la vuelta. Muchos soldados habían perdido el oído los últimos meses; las granadas, al hacer explosión, habían roto muchos tímpanos. Kolya y yo intercambiamos una mirada y nos acercamos: El soldado tenía nieve hasta las rodillas. Estaba demasiado inmóvil. Ningún ser humano posa como una estatua en medio de un frío tan severo. Yo tracé un círculo completo, sin dejar de examinar el bosque, convencido de que se trataba de una trampa. Nada se movía excepto las ramas de los abedules bajo el viento.

Nos acercamos al soldado del fusil. Debía de haber sido una auténtica bestia en vida, con sus cejas prominentes y sus muñecas gruesas como mangos de un hacha. Pero llevaba muerto varios días, su piel, blanca como el papel, demasiado apretada alrededor del cráneo, a punto de partirse. Un pequeño y limpio agujero de bala, encostrado con sangre congelada, le perforaba la mejilla justo por debajo del ojo izquierdo. Un cartel de madera le colgaba del cuello con un trozo de alambre y la frase *Proletarier aller Länder, vereinigt euch!* escrita con un rotulador negro. Yo no hablaba alemán pero conocía la frase, como todo muchacho y muchacha de Rusia que había sufrido interminables charlas sobre materialismo dialéctico: «¡Proletarios de todo el mundo, uníos!».

Arranqué el cartel del cuello del soldado muerto procurando no dejar que el alambre frío como el hielo le rozara la cara, y lo arrojé a un lado. Kolya desabrochó la correa del fusil e inspeccionó el arma: un Mosin-Nagant con el cerrojo torcido. Lo probó varias veces, movió negativamente la cabeza y lo dejó caer al suelo. El soldado llevaba una pistolera de cadera con una pistola Tokarev; un bucle de cuero atravesaba un agujero en la empuñadura del arma, asegurándola a la pistolera. El hombre era un oficial, portador de pistola... La Tokarev no estaba pensada para alemanes, sino para los rusos que se negaban a avanzar.

Kolya sacó la automática, soltó el bucle, comprobó la culata de la pistola y vio que habían quitado el cargador. Las cananas del oficial estaban vacías, también. Kolya desabrochó la guerrera del hombre y encontró lo que andaba buscando, una bolsita de arpillera con una cinta de cuero y hebilla de acero.

—Algunas veces las guardan dentro de la guerrera al llegar la noche —dijo, abriendo la bolsa y sacando tres cargadores de pistola—. La hebilla es demasiado brillante y refleja la luz de la luna.

Deslizó en su lugar uno de los cargadores y probó el mecanismo. Satisfecho de que la pistola se encontrara en buen estado, se la metió junto con la munición extra en el bolsillo del abrigo.

Tratamos de sacar al muerto de la nieve, pero el terreno estaba congelado y el cadáver tan arraigado como un árbol. El crepúsculo empezaba a drenar todos los colores del bosque; la noche estaba casi encima de nosotros; no había tiempo para ocuparse de cadáveres.

Nos apresuramos a partir hacia el este, caminando cerca de las vías ahora, esperando que los posibles alemanes que se movieran a través de los helados bosques lo hicieran en vehículos, fáciles de oír a distancia. Los cuervos habían dejado de graznar y el viento de soplar. Los únicos sonidos que se oían eran los de nuestras botas hundiéndose en la nieve y el lejano, arrítmico, tamborileo de las granadas de mortero cayendo en torno a Piter. Yo trataba de ocultar mi rostro detrás de la lana de mi bufanda y el cuello de la chaqueta, intentando usar el calor de mi respiración para

calentarme las mejillas. Kolya palmeaba sus enguantadas manos y se había calado tanto su negro gorro de piel que casi le cubría los ojos.

Unos kilómetros al este de Berezovka rodeamos el perímetro de una finca agrícola de considerable tamaño, los ondulados campos de nieve delimitados por bajos muros de piedra. Balas de heno grandes como iglús yacían abandonadas en los campos, la cosecha interrumpida, los granjeros huidos al este o muertos. Una vieja granja de piedra se alzaba en el otro extremo de la finca, protegida del viento del norte por un bosquecillo de alerces de cincuenta metros de altura. La luz de la lumbre brillaba a través de las ventanas de cuarterones, cálida y como mantecosa, derramándose sobre la nieve delante de la casa. Un humo negro brotaba de la chimenea, apenas visible como una mancha que dibujaba espirales contra el cielo azul oscuro. Parecía la casa más acogedora jamás construida, la residencia campestre del general favorito del emperador, calentada y bien provista para la Navidad con las carnes y pasteles favoritos de todo el mundo.

Miré a Kolya mientras nos abríamos camino con dificultad por la nieve. Él movió la cabeza negativamente, pero sin apartar los ojos de la granja, y pude ver el anhelo en su expresión.

—Es una mala idea —dijo.

—Es una idea mejor que congelarse mortalmente en el camino hacia Mga.

—¿Quién te crees que está ahí? ¿Un caballero rural, sentado junto al fuego, acariciando a su perro? ¿Crees que estamos en una maldita historia de Turguenev? Todas las casas de la localidad fueron quemadas, y sólo queda ésta en pie. ¿Qué pasó? ¿Tuvieron suerte? Hay alemanes ahí; oficiales, probablemente. ¿Vamos a asaltar la casa con una pistola y un cuchillo?

—Si seguimos caminando, estamos muertos. Si vamos a la casa y los alemanes están ahí, estamos muertos. Pero si no hay alemanes ...

—Bueno, digamos que son rusos —dijo Kolya—. Eso quiere decir que los alemanes los dejan quedarse ahí, lo cual significa que están trabajando con los alemanes, lo cual quiere decir que son el enemigo.

—Así que podemos apropiarnos de comida del enemigo, ¿no? ¿Y de una cama?

—Escucha, Lev, sé que estás cansado. Sé que tienes frío. Pero confía en mí, confía en un soldado, esto no funcionará.

—Yo no voy a seguir. Prefiero arriesgarme en la granja.

—Podría haber un lugar en el siguiente pueblo.

—¿Y cómo sabes que hay un siguiente pueblo? Él último estaba hecho cenizas. ¿Cuánto falta para Mga, quince kilómetros? Quizás tú puedas llegar. Yo no puedo.

Kolya lanzó un suspiro, frotándose la cara con su guante de piel, tratando de conseguir activar un poco la circulación.

—Admito que no vamos a conseguir llegar a Mga. Ya no es una opción. Hace

horas que lo sé.

—¿Y no querías decírmelo? ¿A qué distancia estamos?

—Muy lejos. La mala noticia es que creo que no vamos por el buen camino.

—¿Qué quieres decir? —Kolya no dejaba de mirar a la granja, y tuve que sacudirlo para llamar su atención—. ¿Qué quieres decir con eso de que no vamos por el buen camino?

—Deberíamos haber cruzado el Neva hace horas. Y no creo que Berezovka esté en la línea de Mga.

—No crees... ¿Por qué no dijiste nada?

—No quería que te entrara el pánico.

Estaba demasiado oscuro para ver la expresión en su estúpida cara de cosaco.

—Me dijiste que Mga estaba en la línea férrea de Moscú.

—Y lo está.

—Me dijiste que todo lo que teníamos que hacer era seguir las vías de Moscú y éstas nos llevarían a Mga.

—Si todo es cierto.

—Pues, ¿dónde coño estamos?

—En Berezovka.

Hice una profunda aspiración. Deseé poseer unos poderosos puños para aplastarle el cráneo.

—¿Cuáles son las buenas noticias?

—¿Perdón?

—Dijiste que la mala noticia es que no vamos en dirección correcta.

—No hay ninguna buena noticia. Sólo porque haya malas noticias eso no quiere decir que haya buenas noticias, también.

Ya no quedaba nada por decir, así que empezamos a caminar hacia la granja. La luna se alzaba por encima de las copas de los árboles. La nieve cubierta de hielo crujía bajo mis botas, y si algún francotirador alemán estaba apuntando a mi cabeza, deseé que tuviera buena puntería. Estaba hambriento, pero sabía cómo manejar mi hambre; éramos todos expertos en tratar con el hambre. El frío era brutal, pero yo estaba acostumbrado al frío también. Mis piernas eran las que me estaban traicionando. Antes de la guerra ya eran débiles, nada aptas para correr y saltar y lo que fuera para lo que estaban destinadas. El asedio las había reducido a unos palos de escoba. Incluso, aunque hubiéramos estado en el camino correcto hacia Mga, yo nunca hubiera podido llegar. No podría haber caminado ni cinco minutos más.

A medio camino de la granja, Kolya se puso a mi altura. Había sacado la pistola Tokarev y la sostenía en su enguantada mano.

—Si es que vamos a hacer esto —dijo—, no tenemos que comportarnos como unos estúpidos al respecto.

Me llevó detrás de la casa y me hizo esperar en el porche trasero bajo el alero, donde se veía la leña amontonada y seca. Una lata de tres kilos de caviar de Beluga no me habría parecido un lujo mayor en aquel momento que toda aquella leña limpiamente apilada, alzándose en formación entrecruzada hasta más arriba de mi cabeza.

Kolya se encaramó a una congelada ventana y atisbó dentro, la negra y lustrosa piel de su gorro de astracán brillando bajo la luz del hogar. Dentro de la casa sonaba música en un fonógrafo... Jazz al piano, algún americano.

—¿Quién está ahí? —susurré.

Él levantó la palma para silenciarme. Parecía transfigurado por lo que fuera que veía, y me pregunté si no habíamos tropezado con más caníbales en las nevadas profundidades del país, o, más probablemente, con los restos mutilados de la familia que antaño había vivido aquí.

Pero Kolya ya había tratado con caníbales antes y había visto muchos cadáveres. Esto era algo nuevo, algo inesperado, y, al cabo de otros treinta segundos, desobedecí su orden y me uní a él en la ventana, procurando no romper ninguno de los carámbanos que colgaban del dintel. Me acurruqué a su lado y atisbé por encima del borde inferior del hielo.

Dos muchachas en camisón bailaban al son de la música de jazz. Eran preciosas y jóvenes, no mayores que yo, y la rubia dirigía a la morena. Era muy pálida y tenía la garganta y las mejillas cubiertas de pecas, las cejas y las pestañas tan finas que desaparecían cuando se las miraba de costado. La muchacha de cabello oscuro era más bajita y torpe, incapaz de llevar el ritmo en la síncopa. Sus dientes eran demasiado grandes para su boca, y los brazos eran regordetes, con pliegues en las muñecas como los de un bebé. Uno no se hubiera fijado en ella en tiempo de paz, paseando por la Nevsky, pero había algo salvajemente exótico ahora en una niña regordeta. Alguien con poder la amaba y la mantenía bien alimentada.

Me quedé tan aturdido por la visión de las muchachas bailarinas que no me fijé por un momento en que no estaban solas. Otras dos muchachas yacían boca abajo sobre una alfombra de piel de oso delante de la chimenea. Ambas apoyaban su barbilla sobre las manos los codos en la alfombra, observando la danza con una expresión seria en su rostro. Una de ellas parecía chechena, sus negras cejas casi juntándose encima de su nariz y los labios pintados de un rojo brillante. Llevaba el cabello envuelto en una toalla húmeda, como si acabara de bañarse. La otra chica poseía el largo y elegante cuello de una bailarina, su nariz formando un perfecto ángulo recto de perfil, y su cabello castaño recogido detrás en apretadas coletas.

El interior de la granja parecía más bien un pabellón de caza. Las cabezas de animales muertos festoneaban las paredes de la gran sala: un oso pardo, un jabalí, un íbice con enormes y enrollados cuernos y desaliñada barbita. Un lobo y un lince

disecados flanqueaban la chimenea, en una pose de caza, a punto de atacar, la boca abierta y los colmillos de un blanco brillante. Algunas velas ardían en candelabros de pared.

Kolya y yo permanecemos agachados fuera de la ventana y contemplamos la escena hasta que la canción terminó y la muchacha de aspecto checheno se puso en pie para cambiar el disco.

—Vuelve a poner ése —dijo la rubia.

Su voz quedaba ahogada por el cristal de la ventana, pero aún resultaba fácil de oír.

—¡Otra vez, no, por favor! —dijo su compañera— algo que conozca. Pon a Eddie Rozner.

Me volví para mirar a Kolya. Esperaba que estuviera sonriendo, estático ante aquella visión surrealista con que nos habíamos tropezado en medio del nevado yermo. Pero tenía un aspecto ceñudo, sus labios apretados, cierta irritación en sus ojos.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie y empujándome otra vez alrededor de la casa hasta la parte delantera.

Un nuevo disco había empezado a sonar, más jazz, un trompetista dirigiendo su banda en una alegre carga.

—¿Vamos a entrar? Creo que tenían comida ahí. Me pareció ver un poco ...

—Estoy seguro de que tienen mucha comida.

Y llamó a la puerta principal de la granja. La música cesó de sonar. Unos pocos segundos más tarde, la muchacha rubia apareció detrás de la ventana de cuarterones situada junto a la puerta. Nos miró fijamente durante largo rato sin decir nada ni hacer ningún movimiento hacia la puerta.

—Somos rusos —dijo Kolya—. Abra la puerta.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ustedes no deberían estar aquí.

—Lo sé —dijo él, levantando la pistola para que la chica pudiera verla—. Pero estamos; así que abre la puerta, maldita sea tu madre.

La rubia miró hacia atrás en dirección a la gran sala. Susurró algo a alguien que no estaba a la vista y escuchó la respuesta. Asintiendo, volvió a mirarnos a nosotros, hizo una profunda aspiración y abrió la puerta.

Al entrar en la casa sentí como si penetrara en la panza de una ballena, el lugar más cálido en que había estado desde hacía meses. Seguimos a la rubia a la gran sala, donde sus tres amigas se encontraban de pie con aspecto incómodo, sus dedos jugando con los dobladillos de sus camisones. La morenita de los brazos regordetes parecía a punto de llorar; su labio inferior temblaba mientras miraba fijamente la pistola de Kolya.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó éste.

La rubia movió negativamente la cabeza.

—¿Cuándo vendrán? —siguió preguntando Kolya.

Las muchachas intercambiaron miradas.

—¿Quiénes? —preguntó la que parecía chechena.

—No jueguen conmigo, queridas damas. Soy un oficial del Ejército Rojo, bajo órdenes especiales ...

—¿Él es un oficial, también? —quiso saber la rubia, mirándome.

No estaba sonriendo, exactamente, pero pude ver diversión en sus ojos.

—No, él no es oficial, es un soldado de tropa ...

—¿Un soldado de tropa? ¿De veras? ¿Qué edad tienes, dulzura?

Todas las chicas me estaban mirando ahora. Bajo el calor de la estancia, bajo el peso de sus miradas, pude sentir que la sangre afluía a mi rostro.

—Diecinueve —dije, enderezándome todo lo que pude—. Veinte en abril.

—Vaya por Dios, eres bajito para diecinueve —dijo la chechena.

—Quince, a lo sumo —dijo la rubia.

Kolya amartilló la pistola, tras meter una bala en la recámara..., un sonido muy dramático en la silenciosa habitación. El gesto me pareció excesivamente teatral, pero Kolya tenía una manera especial de llevar a cabo gestos teatrales. Mantuvo la pistola apuntando al suelo y miró a la cara de cada chica, tomándose su tiempo con cada una.

—Hemos hecho un largo camino —dijo—. Mi amigo está cansado. Yo estoy cansado. De manera que os pregunto, por última vez: ¿cuándo vienen?

—Generalmente, llegan alrededor de la medianoche —dijo la morena regordeta. Las otras chicas la miraron atentamente, pero no dijeron nada—. Después de acabar con el fuego de la artillería.

—¿Es eso cierto? ¿Así que cuando se han hartado de disparar su artillería contra todos nosotros en Piter, los alemanes vienen aquí por la noche y vosotras cuidáis de ellos?

En algunos aspectos yo soy profundamente estúpido. No digo esto por modestia. Creo que soy más inteligente que el ser humano promedio, aunque quizás la inteligencia no debería ser considerada como una medida simple como un velocímetro, sino una serie de tacómetros, odómetros, altímetros y todo lo demás. Mi padre me enseñó a leer cuando yo tenía cuatro años, de lo cual siempre presumía con sus amigos, pero mi incapacidad para aprender el francés o recordar las fechas de las victorias de Suvorov debía de haberle molestado. Era un verdadero erudito, capaz de recitar cualquier estrofa de *Eugenio Onegin* a petición, hablaba fluidamente inglés y francés, y era tan experto en física teórica que sus profesores de la universidad consideraron su renuncia a favor de la poesía como una pequeña tragedia. Me gustaría que hubieran sido más carismáticos, sus profesores. Me gustaría que le

hubieran enseñado el consuelo de la física, que hubieran explicado a su estudiante estrella por qué la forma del universo y el peso de la luz eran más importantes que los versos no rimados sobre los timadores y abortistas de Leningrado.

Mi padre habría sabido qué estaba pasando en aquella granja en el momento en que mirara por la ventana, incluso a los diecisiete años. De modo que me sentí como un idiota cuando finalmente comprendí por qué aquellas muchachas estaban aquí, quién las alimentaba y se aseguraba de que tenían bastante leña amontonada bajo los aleros.

La muchacha rubia miró airada a Kolya, las ventanillas de su nariz ensanchándose, su piel enrojeciendo bajo sus pecas.

—Tú... —empezó a decir, y por un momento no fue capaz de decir nada más, tan intensa era su ira que no podía articular—. ¿Tú vienes aquí y nos condenas? ¿El héroe del Ejército Rojo? ¿Dónde habéis estado tú y tu ejército? Los alemanes llegaron y lo quemaron todo, ¿y dónde estaba tu ejército? Mataron a tiros a mis hermanitos, a mi padre, a mi abuelo, a todos los hombres del pueblo, mientras tú y tus amigos os cobijabais en algún lugar... ¿Tú vienes aquí y me apuntas con esa arma?

—No estoy apuntando mi arma contra nadie —dijo Kolya.

Era un comentario extrañamente manso viniendo de él, y yo sabía que ya había perdido la batalla.

—Yo haría cualquier cosa para proteger a mi hermana —continuó ella, señalando con la cabeza a la morena regordeta—. Lo que fuera. Y tú deberías protegernos a nosotras. El glorioso Ejército Rojo. ¡Defensores del Pueblo! ¿Dónde estabais?

—Estábamos luchando contra ellos ...

—No podéis proteger a todo el mundo. Nos abandonasteis. Si no vivimos en la ciudad, no debemos de ser importantes. ¿Es así? ¡Que se hagan con los campesinos! ¿Es eso?

—La mitad de los hombres de mi unidad murió luchando por ...

—¿La mitad? ¡Si yo fuera general, todos mis soldados morirían antes de dejar que un solo nazi penetrara en nuestro país!

—Bueno —replicó Kolya, y durante varios segundos no dijo nada más. Finalmente se guardó su automática—. Me alegro de que no seas general.

Pese a aquel mal comienzo, no nos llevó mucho rato hacer las paces con las chicas. Nos necesitábamos mutuamente. Ellas no habían hablado con otro ruso desde hacía dos meses, no tenían radio y deseaban desesperadamente tener noticias de la guerra. Cuando se enteraron de las victorias en las afueras de Moscú, Galina, la joven morena, sonrió a su hermana, Nina, y movió la cabeza afirmativamente, como si ya hubiera predicho tal cosa. Las chicas hicieron preguntas sobre Leningrado, pero no estaban interesadas en cuántas personas habían muerto en diciembre o cuánta ración de pan era asignada cada mes. Los pequeños pueblos rurales de donde ellas procedían habían sufrido aún más que Piter, y las historias de las miserias de la inconquistada ciudad sólo las aburrían. En vez de eso querían saber si el Palacio de Invierno seguía en pie (así era), si el Jinete de Bronce había sido derribado (no era el caso) y si cierta tienda de la avenida Nevsky, aparentemente famosa por vender los zapatos más elegantes de Rusia, había sobrevivido a los ataques (ni Kolya ni yo lo sabíamos, ni nos importaba).

No hicimos a las muchachas demasiadas preguntas.

Ya conocíamos la historia demasiado bien, aún sin los detalles. Los hombres de sus pueblos habían sido asesinados. Muchas de las mujeres jóvenes habían sido enviadas al oeste, para trabajar como esclavas en las fábricas alemanas. Otras huyeron al este, caminando centenares de kilómetros con sus bebés y los iconos de su familia, esperando moverse más deprisa que la Wehrmacht. A las muchachas más bonitas no se les permitió seguir a sus hermanas al este o al oeste. Estaban reservadas para el placer de los invasores.

Nos sentamos todos en el suelo cerca de la chimenea. Nuestros calcetines y guantes descansaban sobre el manto, calentándose y secándose. A cambio de la información, las chicas nos ofrecieron tazas de té hirviendo, rebanadas de pan y dos patatas hervidas. Las patatas ya habían sido abiertas para nosotros. Kolya le dio un mordisco a la suya y me miró. Yo hice lo mismo y miré a Galina, una carita dulce y unos brazos regordetes. Estaba sentada con la espalda apoyada en la repisa de la chimenea, las manos metidas bajo sus desnudas piernas.

—¿Es mantequilla eso? —le pregunté.

La muchacha asintió. Las patatas sabían a verdaderas patatas, no a aquellas cosas arrugadas, llenas de brotes y amargas que comíamos en Piter. Una buena patata con mantequilla y sal te podía proporcionar tres granadas de mano o un par de botas de cuero y fieltro en el Mercado del Heno.

—¿Traen huevos alguna vez? —quiso saber Kolya.

—En una ocasión —dijo Galina—. Hicimos una tortilla.

Kolya trataba de establecer contacto conmigo, pero a mí sólo me preocupaba mi

patata aderezada con mantequilla.

—¿Tienen alguna base cerca de aquí?

—Los oficiales están en una casa cerca del lago —dijo Lara, la chica que tenía aspecto checheno, pero que era realmente medio española—. En Novoye Koshkino.

—¿Eso es un pueblo?

—Sí. Es mi pueblo.

—¿Y los oficiales pueden disponer, sin duda, de huevos?

Ahora fui yo el que lo miré. Había decidido masticar la patata muy lentamente, para hacer durar la experiencia. Habíamos tenido suerte de poder cenar dos noches seguidas, la sopa hecha con *Querida* y ahora estas patatas. No esperaba que nuestra suerte durara tres noches. Mastiqué con precisión, y observé la cara de Kolya en busca de cualquier posible signo de intenciones estúpidas.

—No sé si tienen en este mismo momento —dijo Lara, riéndose un poco—. ¿De veras que estás hambriento de huevos?

—Sí —dijo Kolya, sonriendo a la muchacha, marcando unos hoyuelos en sus mejillas. Kolya sabía cuál de sus sonrisas contribuía más a ello—. He estado ansiando huevos desde junio. ¿Por qué piensas que estamos aquí? ¡Verdaderamente estamos buscando huevos!

Las muchachas se rieron ante aquella extraña broma.

—¿Estáis organizando a los partisanos? —preguntó Lara.

—No podemos revelar nuestras órdenes —declaró Kolya—. Pero digamos que éste va a ser un largo invierno para Fritz.

Las chicas se miraron mutuamente, nada impresionadas por aquella charla jactanciosa. Habían visto a la Wehrmacht más de cerca que Kolya, y se habían formado sus propias opiniones sobre quién iba a ganar la guerra.

—¿A qué distancia está Novoye Koshkino? —preguntó Kolya.

Lara se encogió de hombros.

—No muy lejos. Seis o siete kilómetros.

—Podría ser un buen objetivo —me dijo, masticando una rebanada de pan negro, afectando indiferencia—. Eliminar a un puñado de oficiales alemanes, dejándoles con una brigada descabezada.

—No son de la Wehrmacht —dijo Nina. Algo, en la manera como hablaba, me hizo mirarla. No era una chica miedosa, pero lo que estaba diciendo la asustaba. Su hermana, Galina, miró hacia el fuego, mordiéndose el labio inferior—. Son *Einsatzgruppen*.

Los rusos habíamos seguido un curso intensivo de alemán desde junio. De la noche a la mañana, docenas de palabras habían entrado a formar parte de nuestro vocabulario cotidiano: *Panzers* y *Junkers*, *Wehrmacht* y *Luftwaffe Blitzkrieg* y *Gestapo*, y todos los demás nombres escritos con mayúscula. *Einsatzgruppen*, cuando

lo oí por primera vez, no tenía la misma resonancia siniestra que algunos de los otros. Sonaba como el nombre de un quisquilloso contable de una comedia teatral del siglo XIX. Pero el nombre ya no parecía divertido, después de todos los artículos que había leído, los boletines radiofónicos y las conversaciones que había oído. Los *Einsatzgruppen* eran escuadrones de la muerte nazis, asesinos escogidos con sumo cuidado entre las filas del ejército regular, las Waffen-SS y la Gestapo, elegidos por su eficiencia brutal y su pura sangre aria. Cuando los alemanes invadían un país, los *Einsatzgruppen* seguían a las divisiones de combate, esperando hasta que el territorio hubiera sido asegurado, antes de acorralar a sus blancos elegidos: comunistas, gitanos, intelectuales y, por supuesto, judíos. Cada semana, *Pravda* y *Estrella Roja* publicaban nuevas fotografías de zanjas llenas hasta los bordes de rusos asesinados, todos ellos muertos de un tiro en la nuca después de haber cavado sus fosas comunes. Había habido discusiones al más alto nivel, en los despachos editoriales de los periódicos, sobre si publicar o no tales fotografías, potencialmente desmoralizadoras. Pero pese a lo morbosas que fueran las imágenes, cristalizaban claramente la cuestión: éste era nuestro destino si perdíamos la guerra. Éstas eran las apuestas.

—¿Son oficiales de los *Einsatzgruppen* los que vienen aquí cada noche? —quiso saber Kolya.

—Sí —respondió Nina.

—No sabía que se ocuparan de la artillería —dije yo.

—No lo hacen, generalmente. Es un juego que practican. Hacen apuestas. Apuntas a diferentes edificios de la ciudad y los pilotos de los bombarderos les dicen los que aciertan. Por eso preguntamos sobre el Palacio de Invierno. Es uno que todos quieren tocar.

Yo pensé en el caído Kirov, en Vera Osipovna y los gemelos Antokolsky, en si habrían sido aplastados por los cascotes o habrían sobrevivido al derrumbamiento del edificio, atrapados bajo grandes trozos de hormigón reforzado, sólo para morir lentamente, pidiendo ayuda, mientras el humo y el gas los asfixiaban en las ruinas. Quizás habían muerto porque un alemán en el bosque, después de beber de una botella de *schnapps* y bromear con sus compañeros oficiales, le dio a un joven artillero las coordenadas erróneas, y las granadas de diecisiete centímetros destinadas al Palacio de Invierno fueron a caer en mi feo edificio de apartamentos gris.

—¿Cuántos son los que vienen?

Nina miró a las otras chicas, pero ninguna de ellas le devolvió la mirada. Galina se quitó alguna invisible costra del dorso de su mano. Uno de los troncos en llamas se cayó de los morillos y Lara lo empujó a la parte de atrás de la chimenea con un atizador. Olesya, la muchacha de las coletas, no había dicho una palabra desde que entramos en la granja. Nunca llegué a saber si es que era tímida o había nacido muda o si los *Einsatzgruppen* le habían cortado la lengua. Recogió nuestros vacíos platos y

vasos y se los llevó fuera de la habitación.

—Depende de la noche —dijo Nina finalmente. Hablaba con indiferencia, como si estuviéramos discutiendo sobre un juego de cartas—. Algunas veces no viene nadie. A veces, dos, o cuatro. Y en ocasiones, ninguno.

—¿Vienen en coche?

—Desde luego.

—¿Y se quedan toda la noche?

—A veces. Generalmente, no.

—¿Y nunca vienen durante el día?

—Una o dos veces.

—Así que, perdona que pregunte, pero ¿qué os impide escaparos?

—¿Crees que es tan fácil? —replicó Nina, irritada por la pregunta, por lo que daba a entender.

—No es fácil —dijo Kolya—. Pero Lev y yo salimos de Piter al alba y aquí estamos.

—Estos alemanes con los que estáis luchando, los que han ocupado la mitad de nuestro país, ¿crees que son estúpidos? ¿Piensas que nos habrían dejado aquí solas, si simplemente pudiéramos abrir la puerta y huir hacia Piter?

—Pero ¿por qué no? ¿Por qué no podéis?

Pude ver cómo afectaban estas preguntas a las chicas, la ira en el rostro de Nina, la vergüenza en el de Galina, mientras contemplaba fijamente sus blancas manos. Conociendo a Kolya incluso desde hacía pocos días, creía que se estaba mostrando auténticamente curioso, sin tratar de criticar a las chicas con su interrogatorio... Pero, con todo, deseé que se callara.

—Háblales de Zoya —dijo Lara.

A Nina pareció molestarle el consejo. Se encogió de hombros y no dijo nada.

—Creen que somos cobardes —añadió Lara.

—No importa lo que crean —replicó Nina.

—Vale, se lo contaré yo, entonces. Había otra chica, Zoya.

Galina se puso en pie, se alisó el camisón y se marchó de la gran sala. Lara la ignoró.

—Los alemanes la adoraban. Para cada hombre que venía aquí por mí, seis venían por ella.

El franco relato de Lara nos hacía sentir incómodos a todos. Nina evidentemente quería seguir a las otras chicas fuera de la habitación, pero se quedó donde estaba, sus ojos paseando por la sala, mirando a todas partes excepto a Kolya y a mí.

—Tenía catorce años. Su madre y su padre eran ambos del Partido. No sé lo que hacían, pero imagino que era algo importante. Los *Einsatzgruppen* los descubrieron y los mataron a tiros en la calle. Colgaron los cuerpos de un poste del alumbrado para

que todo el mundo en el pueblo pudiera ver lo que les pasaba a los comunistas. Trajeron a Zoya aquí al mismo tiempo que a nosotras, a finales de noviembre. Antes había otras chicas. Al cabo de unos meses se aburrieron de nosotras, ya veis. Pero Zoya era la favorita. Era muy pequeña y les tenía mucho miedo. Pienso que eso era lo que les gustaba. Le decían: «No te preocupes, no te vamos a hacer daño. No dejaremos que te hagan daño», cosas así. Pero ella había visto a sus padres colgando del farol. Cualquiera de ellos que la tocara podía ser el hombre que había matado de un tiro a su padre y a su madre, u ordenado que los mataran.

—Todas tenemos historias —dijo Nina—. Le entró el pánico.

—Sí, le entró el pánico. Tenía catorce años; le entró el pánico. Es distinto de ti; tú tenías a tu hermana. No estás sola.

—Ella nos tenía a nosotras.

—No —dijo Lara—, es diferente. Cada noche, después de que ellos se fueran, ella lloraba. Durante horas, quiero decir, hasta que caía dormida, y a veces no dormía. La primera semana tratamos de ayudarla. Nos sentábamos con ella y le cogíamos la mano, le contábamos historias, cualquier cosa para que dejara de llorar. Pero era imposible. ¿Has tratado de consolar a un bebé con fiebre? Lo pruebas todo. Lo coges en brazos, lo meces, le cantas, le das algo frío de beber; no importa, no funciona nada. Ella no dejaba de llorar. Y al cabo de una semana de soportar esto, dejamos de sentir pena por ella. Nos enfurecíamos. Lo que dice Nina es cierto: todas nosotras tenemos nuestras historias. Todas perdimos a la familia. Ninguna de nosotras podía dormir con Zoya llorando. La segunda semana que estuvo aquí, la ignoramos. Si estaba en una habitación, nos íbamos a la otra. Ella sabía que estábamos furiosas... No decía nada, pero lo sabía. Y el llanto cesó.

»Y se detuvo de repente, como si hubiera decidido que ya era suficiente. Durante tres días estuvo muy callada, sin volver a llorar, sólo manteniéndose apartada y ensimismada. Y la cuarta semana se había marchado. Ni siquiera lo supimos hasta más tarde, cuando llegaron los oficiales. Entraron bailando, borrachos y cantando su nombre. Creo que solían hacer apuestas, y el ganador era el primero que se hacía con Zoya. Traían a amigos de otras unidades para que la vieran, le hicieran fotografías. Pero ella se había ido y, por supuesto, no nos creyeron. Les dijimos que no teníamos ni idea, pero yo me habría llamado mentirosa también. Supongo que habríamos mentido, de haberlo sabido. Supongo que habríamos hecho esto por ella. Realmente, no sé lo que habríamos hecho.

—Por supuesto que lo habríamos hecho —dijo Nina.

—No lo sé. Y no importa. Salieron a buscarla. Abendroth y los otros. Éste es su..., bueno, no conozco los rangos. ¿Comandante? —Miró a Nina, que se encogió de hombros—. El comandante, creo. No es el de más edad, pero es el que da las órdenes. Debe de ser bueno en lo que hace. Y siempre era el primero en tenerla cada

vez que venía; aunque trajeran a un coronel de alguna parte, él siempre se la llevaba primero. Cuando había terminado con ella, venía a sentarse junto al fuego y a beber su *schnapps* de ciruela. Siempre *schnapps* de ciruela para él. Su ruso es perfecto. Y su francés... Vivió en París durante dos años.

—Persiguiendo a los jefes de la Resistencia —dijo Nina—. Uno de sus compañeros me lo dijo. Era tan eficiente en su tarea que lo nombraron comandante, el más joven dentro de los *Einsatzgruppen*.

—Le gusta jugar al ajedrez conmigo —dijo Lara—. Soy capaz de jugar una partida decente. Abendroth me da la dama de ventaja, a veces la dama y un peón, y nunca le duro más de veinte movimientos, incluso cuando está borracho, y por lo general lo está. Si yo estoy... Si estoy ocupada, prepara el tablero y juega consigo mismo, por los dos.

—Es el peor de todos —dijo Nina.

—Sí. No lo creía al principio, pero, después de lo de Zoya, sí, es el peor de todos. De manera que lanzaron sus perros y siguieron sus huellas y se metieron en el bosque para encontrarla. Sólo les llevó unas horas. La pobre no había conseguido llegar muy lejos. Estaba tan débil... Para empezar, era muy poca cosa y apenas había comido nada desde su llegada. La trajeron de vuelta. Le arrancaron toda la ropa. Parecía un animal salvaje, sucia, hojas muertas en el cabello, el cuerpo amoratado allí donde le habían pegado. Le ataron las muñecas y los tobillos. Abendroth me hizo ir a buscar la sierra de la pila de leña. Al escapar, Zoya se había llevado mi chaqueta y mis botas, de manera que se imaginaron que yo era la que le estaba ayudando. Me dijo que trajera la sierra. Yo no sabía lo que pensaba hacer, pero no creí que... Quizás pensé que la usaría para las cuerdas. Quizás no querían herirla porque les gustaba tanto.

Oí un gemido ahogado y levanté la mirada para ver a Nina arañándose la frente, cubriéndose los ojos con la palma de la mano, sus labios muy apretados como obligándose a guardar silencio.

—Cuatro de ellos la sujetaron por las manos y los pies. Zoya no luchaba contra ellos entonces, no. ¿Cómo podía luchar? Con sus cuarenta kilos... Pensaba que iban a matarla, y no le importaba; lo deseaba, lo estaba esperando. Pero no la mataron. Abendroth me hizo que le diera la sierra. No me la quitó; me hizo que la pusiera en sus manos. Quería que yo supiera que... que se la daba. Todos estábamos en esta habitación. Nina y Galina y Olesya y yo. Nos obligaron a quedarnos. Querían que fuéramos testigos, ése era nuestro castigo. Ayudamos a esta chica a escapar y ahora teníamos que ser testigos. Todos los alemanes estaban fumando (habían estado bajo el frío buscándola, y ahora estaban fumando sus cigarrillos), la habitación estaba llena de humo. Zoya parecía tranquila, como si pudiera incluso sonreír. Estaba muy lejos de ellos ahora; no podían tocarla. Pero se equivocaba al respecto. Abendroth se acercó a ella y le susurró algo al oído. No sé lo que le dijo. Cogió la sierra y aplicó

los dientes de metal contra su tobillo y empezó a serrar. Zoya... Quizás yo viva mucho tiempo, lo dudo, pero quizás lo haga, y nunca podré quitarme aquel grito de mi cabeza. Aquellos individuos eran cuatro hombres fuertes sujetándola, y ella era tan sólo unos huesos, pero luchó con ellos, ahora sí luchaba, y se podía ver que tenían que esforzarse para sujetarla. Le serró un pie y se movió al siguiente. Uno de los alemanes salió corriendo de la habitación. ¿Te acuerdas de eso, Nina? He olvidado su nombre. Nunca volvió a aparecer por aquí. Abendroth le serró el otro pie, y Zoya nunca dejó de gritar. Yo pensé, ya está, no podré recuperar la razón después de ver esto, es demasiado, es demasiado. Y cuando el hombre se puso en pie, su uniforme estaba cubierto de la sangre de Zoya —su sangre en las manos, en la cara— y nos hizo una pequeña reverencia. ¿Recordáis eso? Como si hubiera realizado una representación ante nosotras. «Esto es lo que les pasa a las muchachas que se escapan». Todos se marcharon, nos dejaron con el humo de sus cigarrillos, y con Zoya gimiendo en el suelo. Tratamos de envolverle las piernas, de detener la hemorragia. Pero había demasiada sangre.

Cuando Lara dejó de hablar, la casa quedó en silencio. Nina lloraba suavemente, frotándose la nariz con el dorso de la mano. Un nudo de la madera estalló en el fuego y una nube de chispas voló en la chimenea. Las ramas del alerce rozaban contra el tejado de tablillas de madera. Las bombas caían en la lejanía, hacia el oeste, se sentían más como una vibración que como un sonido, un temblor en las ventanas, un estremecimiento en el vaso de agua.

—¿Llegan a medianoche? —preguntó Kolya.

—La mayoría de las veces.

Según el reloj del manto de la chimenea, eran las seis. Mi cuerpo estaba magullado de caminar por la nieve todo el día, pero sabía que no sería capaz de dormir, después de oír la historia de Zoya y cuando los oficiales de los *Einsatzgruppen* iban a venir aquí pronto.

—Mañana por la mañana —les dijo Kolya a Lara y a Nina— quiero que todas os vayáis a la ciudad. Os daré la dirección de un lugar para alojaros.

—Estaremos más a salvo aquí que en la ciudad —dijo Nina.

—No después de esta noche.

Lara nos acompañó a un pequeño dormitorio en la parte trasera de la casa, donde supuse que dormían los criados en la época de los emperadores. Llevaba un candelabro de latón con dos velas encendidas, que dejó descansar sobre el pequeño escritorio. Las paredes, revestidas con paneles de madera de pino, estaban desnudas, la litera no tenía sábanas sobre el colchón y yo casi tropecé con las alabeadas tablas del suelo, pero la habitación era bastante cálida. Las estrechas ventanas ofrecían una vista de un cobertizo de herramientas iluminado por la luna y una carretilla junto a él en la nieve.

Me senté en el somier de abajo y dejé deslizar el dedo por encima de un nombre grabado en la pared, ARKADIY. Me pregunté cuánto tiempo habría pasado desde que Arkadiy había estado en aquella habitación y dónde se encontraba ahora, un anciano temblando en alguna parte en la fría noche, o sólo unos huesos en el cementerio. Había sido un experto con el cuchillo, su ARKADIY era una delicada filigrana grabada en la oscura madera, sesgos y floreos, un enérgico brochazo subrayando el nombre.

Lara y Kolya establecieron un código —golpear unos cacharros con cucharas— que le permitiría a ella señalarnos cuántos alemanes aparecían para su entretenimiento de última hora de la noche. Cuando ella salió, Kolya sacó la pistola y empezó a desmontarla sobre la mesita, comprobando sus posibles daños y secándola con la manga de su camisa antes de volver a montar el arma.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —pregunté.

—No, que yo sepa.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que he disparado mi fusil un centenar de veces, quizás una bala hirió a alguien, lo ignoro. —Metió el cargador otra vez en la culata de la automática—. Cuando mate a Abendroth, lo sabré.

—Quizás deberíamos simplemente irnos ahora —dije yo.

—Tú fuiste el que quiso venir aquí.

—Necesitábamos descansar. Necesitábamos comida. Me siento mucho mejor ahora.

Él se dio la vuelta y me miró. Yo estaba sentado en la litera con las manos bajo las piernas, mi gabán extendido a mis espaldas.

—Podrían venir ocho de ellos —dije—. Y tenemos una sola arma.

—Y un cuchillo.

—No puedo dejar de pensar en Zoya.

—Bien —dijo—. Sigue pensando en ella cuando le metas el cuchillo en las tripas. Arrojó su guerrera sobre el colchón de arriba y se encaramó, sentándose con las

piernas cruzadas y la pistola a su lado. Sacó su diario del bolsillo del abrigo. Su cabo de lápiz había encogido hasta el tamaño de la uña de un dedo pulgar, pero él tomaba notas a su velocidad habitual.

—No creo que pueda hacerlo —dije, al cabo de un largo silencio—. No creo que pueda clavarle un cuchillo a nadie.

—Entonces yo tendré que dispararles a todos. ¿Cuánto llevo ahora, once días sin cagar? ¿Cuál crees que es el récord?

—Probablemente mucho más que eso.

—Me pregunto qué aspecto tendrá cuando finalmente salga.

—Kolya..., ¿por qué no nos vamos ahora? Cojamos a las chicas y vayamos a la ciudad. Lo conseguiremos. Tenemos toda la comida que podamos llevar. Nuestra sangre está otra vez corriendo por las venas. Cojamos algunas mantas extras ...

—Escúchame, sé que estás asustado. Tienes razón de estarlo. Sólo un idiota conservaría la calma, sentado en una casa, sabiendo que los *Einsatzgruppen* han de venir. Pero esto es lo que has estado esperando. Ésta es la noche. Ellos están tratando de quemar nuestra ciudad. Están tratando de matarnos de hambre. Pero nosotros somos como dos ladrillos de Piter. No puedes quemar un ladrillo. No puedes matar de hambre a un ladrillo.

Contemplé cómo las velas se iban derritiendo en el candelabro, contemplé las sombras que bailaban a través del techo.

—¿Dónde has oído eso? —pregunté finalmente.

—¿Qué parte? ¿Lo de los ladrillos? A mi teniente. ¿Por qué? ¿No te ha inspirado?

—Iba bien hasta ese momento.

—Me gustan los ladrillos: «No puedes quemar un ladrillo. No puedes matar de hambre a un ladrillo». Es bonito. Tiene un ritmo agradable.

—¿Es el mismo teniente que pisó una mina terrestre?

—Sí. Pobre hombre. Bueno, olvidemos los ladrillos. Te lo prometo, pequeño león, no vamos a morir aquí. Vamos a matar a algunos nazis y luego a encontrar esos huevos. Tengo algo de sangre gitana en mí; puedo leer el futuro.

—Tú no tienes nada de sangre gitana.

—E insistiré en que el coronel nos invite a la boda de su hija.

—Ja. Tú la quieres.

—Cierto. Creo que estoy realmente enamorado de esa chica. Posiblemente es una bruja idiota, pero la amo. Quiero casarme con ella y ella jamás tiene que decir una palabra. No tiene que cocinar para mí; no ha de tener mis hijos. Sólo patinar desnuda sobre el Neva, es todo lo que quiero. Dar una pequeña pirueta encima de mi boca abierta.

Durante unos minutos me ayudó a olvidar el miedo, pero la cosa no duró mucho. La verdad es que no podía recordar cuándo no había estado asustado, pero aquella

noche el miedo me atenazaba con más fuerza que nunca. Tantas posibilidades me aterrorizaban. Estaba la posibilidad de la vergüenza, de acurrucarme otra vez al margen de la acción mientras Kolya luchaba con los alemanes... Excepto que esta vez yo sabía que él moriría. Estaba la posibilidad del dolor, sufrir la clase de tortura que Zoya había sufrido, los dientes de la sierra mordiendo mi piel, mis músculos, mis huesos. Y estaba la excelente posibilidad de la muerte. Yo nunca comprendía a la gente que decía que su mayor terror era hablar en público, o las arañas, o cualquiera de los otros terrores menores. ¿Cómo podía uno temer algo más que a la muerte? Todo lo demás ofrecía momentos de escape: un hombre paralizado podía seguir leyendo a Dickens; un hombre presa de la demencia podía tener resquicios de la más absurda belleza.

Oí crujir los muelles de la litera y levanté la mirada para ver a Kolya inclinándose sobre el costado del colchón de arriba, su cara invertida, atisbándome, su rubio cabello colgando en sucios mechones. Daba la impresión de que estaba preocupado por mí, y al punto sentí ganas de llorar. El único que quedaba que sabía lo asustado que estaba, el único que sabía que seguía vivo y que podía morir esta noche, era un jactancioso desertor al que yo había conocido tres noches antes, un desconocido, un hijo de cosacos, mi último amigo.

—Eso te animará —dijo, dejando caer un mazo de cartas en mi regazo.

Parecían unos naipes corrientes hasta que les di la vuelta. En cada uno aparecía fotografiada una mujer diferente, algunas desnudas, otras llevaban ligeros y corsés de encaje, sus voluminosos pechos sobresaliendo de sus ahuecadas manos, sus labios ligeramente abiertos para la cámara.

—Pensaba que tenía que ganarte al ajedrez para conseguirlas.

—Ten cuidado con ellas. No dobles las esquinas, vienen todas directamente de Marsella.

Me vio revolviendo entre los desnudos, sonriendo cuando se dio cuenta de que echaba miradas más detenidas a algunas modelos.

—¿Y qué te parecen las chicas de aquí, eh? Cuatro bellezas. Vamos a ser héroes después de esta noche, te das cuenta, ¿no? Van a caer todas en nuestros brazos. Así que, ¿cuál prefieres?

—Vamos a estar muertos después de esta noche.

—Realmente, amigo mío, realmente tienes que dejar de hablar así.

—Me imagino que la pequeñita de los brazos regordetes.

—¿Galina? Conforme. Parece una ternerita, pero de acuerdo. Comprendo.

Se quedó callado durante un momento mientras yo estudiaba una foto de una mujer sin camisa que llevaba pantalones de montar y hacía restallar un látigo.

—Escucha, Lev, después de que todo haya terminado esta noche, prométeme que hablarás con tu ternerita. No te escapes como el chico tímido que eres. Hablo muy en

serio. Le gustas. Vi cómo te miraba.

Sabía a ciencia cierta que Galina no me había estado mirando. Había estado mirando a Kolya, como hacían todas, tal como él sabía perfectamente.

—¿Qué le ha pasado a lo del desdén calculado? Dijiste que, según *El podenco del patio*, el secreto para hacerse con una mujer ...

—Hay una diferencia entre ignorar a una mujer y atraerla. La seduces con el misterio. Ella quiere que vayas en su busca, pero tú sigues dando vueltas. Pasa lo mismo con el sexo. Los aficionados se bajan de un tirón los pantalones y la meten ahí como si estuvieran tratando de arponear un pez. Pero el hombre con talento sabe que de lo que se trata es de provocar, dar vueltas, acercarse y apartarse.

—Ésta es bonita —dije, levantando una carta que mostraba a una mujer con una postura de torero, sosteniendo una capa roja y con el único atuendo de una montera.

—Es mi favorita. Cuando tenía tu edad, debí de haber llenado veinte calcetines mirándola.

—*La Verdad de los Jóvenes Pioneros* dice que la masturbación anula el espíritu revolucionario.

—Sin la menor duda. Pero como dice Proudhon...

Nunca averigüé lo que Proudhon decía. El doble ruido metálico de una cuchara de cobre contra un pote de cobre interrumpió a Kolya. Ambos nos sentamos en la cama.

—Llegan temprano —susurró él.

—Sólo dos de ellos.

—Eligieron la noche equivocada para viajar con poco equipaje.

En el momento en que aquellas palabras estaban en el aire, la cuchara volvió a golpear el cazo, una, dos, tres veces, cuatro.

—Seis —susurré.

Kolya balanceó las piernas por encima de su colchón y silenciosamente se dejó caer, la pistola en su mano. Sopló las velas y miró por la ventana, pero estábamos en el lado malo de la casa y no había nada que ver. Oímos puertas de coche que se cerraban de golpe.

—Esto es lo que haremos —me dijo, su voz baja y tranquila—. Esperaremos. Dejemos que se relajen, se calienten, tomen unas copas. Se quitarán la ropa, y con suerte no estarán cerca de sus armas. Recuerda, no están aquí para luchar. Están aquí para pasar un buen rato, disfrutar de las chicas. ¿Oyes? Tenemos esa ventaja.

Asentí. Pese a lo que él decía, la aritmética me parecía muy mala. Seis alemanes; y nosotros, dos. ¿Tratarían de ayudarnos las chicas? No habían levantado una mano por Zoya, ¿pero qué podían haber hecho por Zoya? Seis alemanes y ocho balas en la Tokarev. Esperaba que Kolya fuera un buen tirador. El miedo recorrió todo mi cuerpo, eléctrico, forzando a mis músculos a retorcerse y a mi boca a secarse. Me sentía más despierto que en toda mi vida, como si este momento, en la granja de las

afueras de Berezovka, fuera el primer momento verdadero de mi vida y todo lo que había pasado antes fuera un caprichoso sueño. Mis sentidos parecían amplificadas, extraordinarios, respondiendo a la crisis, dándome toda la información que necesitaba. Podía oír el crujido de las botas altas sobre la nieve compacta. Podía oler las agujas de pino quemando en la chimenea, aquel viejo truco para perfumar la casa.

El disparo de fusil nos sobresaltó. Nos quedamos quietos en la oscuridad, tratando de comprender lo que estaba sucediendo. Al cabo de unos segundos, sonaron varios disparos más de fusil. Oímos a los alemanes gritarse mutuamente, presas del pánico, superponiéndose sus voces.

Kolya corrió hacia la puerta. Yo quería decirle que esperara, que teníamos un plan y el plan exigía esperar pero no quería quedarme allí solo con los fusiles disparando fuera y los alemanes gritando sus feas palabras.

Corrimos hacia la sala grande y nos arrojamos al suelo cuando una bala atravesó una de las ventanas de parteluces. Las cuatro chicas estaban ya estiradas boca abajo en el suelo, los brazos levantados para protegerse el rostro de los vidrios que volaban por los aires.

Yo había estado viviendo en una guerra durante medio año, pero nunca había estado tan cerca de un tiroteo, y no tenía ni idea de quién estaba luchando. Podía oír la tos espasmódica de unas ametralladoras disparando delante de la casa. Los disparos de fusil parecían proceder de más lejos, del borde del bosque, posiblemente. Las balas golpeaban las paredes de piedra de la granja.

Kolya se arrastró hasta Lara y le dio un empujón.

—¿Quién les está disparando?

—No lo sé.

Oímos que afuera un coche ponía en marcha su motor. Puertas que se cerraban de golpe y el coche que aceleraba, los neumáticos girando sobre la nieve. Los fusiles dispararon aún más deprisa ahora, solapándose sus ruidos, las balas rasgando las planchas de metal, un sonido muy diferente del que hacían sobre la piedra.

Kolya se levantó un poco hasta quedar sólo agachado y se deslizó hacia la puerta de la casa, con la cabeza por debajo de la línea de la ventana. Yo le seguí. Nos arrodillamos manteniendo la espalda contra la puerta. Kolya comprobó su pistola por última vez. Yo saqué el cuchillo del alemán de mi funda del tobillo. Sabía que tenía un aspecto estúpido con él en la mano, igual que un niño con la navaja de afeitar de su padre. Kolya me sonrió como si estuviera a punto de empezar a reír. «Todo esto es muy extraño, pensé. Estoy en medio de una batalla y soy consciente de mis propios pensamientos, me preocupa lo estúpido que parezco con un cuchillo en la mano mientras todos los demás vienen a luchar con fusiles y ametralladoras. Y soy consciente de que soy consciente. Incluso ahora, con las balas zumbando por el aire como irritados avispones, no puedo escapar al parloteo de mi cerebro».

Kolya puso su mano sobre el pomo de la puerta y lo giró lentamente.

—Espera —dije. Nos quedamos muy quietos durante unos segundos—. Hay silencio.

El fuego de las armas había cesado de repente. El motor del coche seguía zumbando, pero no pude oír que las ruedas giraran. Las voces alemanas se habían silenciado tan bruscamente como las balas. Kolya me miró y lentamente abrió un poco la puerta, justo lo suficiente para poder atisbar fuera. La luna estaba en lo alto y era brillante, iluminando el brutal paisaje: *Einsatzkommandos* de blancos anoraks esparcidos boca abajo por la nieve y un Kübelwagen rodando lentamente por el no despejado sendero, sus ventanillas destrozadas, y el bloc del motor humeando. El hombre muerto del asiento del pasajero colgaba a medias de la ventanilla lateral, sus dedos rodeando todavía su subfusil. Un segundo Kübel, aparcado de una manera descuidada al lado de la granja, no se había movido. Dos alemanes yacían a mitad de camino entre él y la casa, sus cráneos vertiendo una masa oscura a la nieve. Yo había tenido apenas tiempo de registrar la precisión de los disparos, la soberbia puntería del francotirador, cuando una bala voló por el espacio que separaba la cabeza de Kolya y la mía, vibrando en el aire como una cuerda pulsada.

Los dos caímos hacia atrás y Kolya cerró la puerta con un golpe de su bota. Hizo bocina con la mano en torno de su boca y gritó hacia la destrozada ventana situada junto a la puerta principal.

—¡Somos rusos! ¡Eh! ¡Eh! ¡Somos rusos!

Durante unos segundos reinó el silencio, antes de que una voz lejana respondiera:

—¡Pues a mí me pareces un jodido Fritz!

Kolya rió, soltándome un puñetazo en el hombro, lleno de felicidad.

—¡Me llamo Nikolai Alexandrovich Vlasov! —gritó hacia la ventana—. ¡De la avenida Engels!

—¡Es un nombre original! ¡Cualquier nazi con unos años de ruso podría imaginar eso!

—¡Avenida Engels! —gritó otra voz—. ¡Hay una avenida Engels en cada maldita ciudad del país!

Todavía riendo, Kolya me agarró por el abrigo y me sacudió sin razón alguna: su sangre estaba cargada de adrenalina, estaba vivo y feliz, y necesitaba sacudir a alguien. Se arrastró cerca de la rota ventana, procurando no tocar los fragmentos de cristal que yacían esparcidos por el suelo.

—¡El coño de tu madre tiene una peculiar forma tubular! —gritó—. ¡Sin embargo, tolero su efluvio y entusiásticamente lamo sus pliegues internos siempre que me lo pide!

Un muy largo silencio siguió a esta frase, pero Kolya no parecía preocupado. Se estaba riendo de su propia broma, guiñándome un ojo como un viejo veterano de la

guerra turca intercambiando insultos con sus colegas en la casa de baños.

—¿Qué hay de eso? —añadió con toda la fuerza de sus pulmones—. ¿Crees que alguien con unos pocos años de ruso podría imaginar eso?

—¿A cuál de nuestras madres estás describiendo?

—La voz sonaba más cerca ahora.

—No a la que dispara tan bien. Uno de vosotros es un genio con el fusil.

—¿Tienes un fusil contigo? —preguntó la voz de fuera.

—Una pistola Tokarev.

—¿Y tu amiguito?

—Sólo un cuchillo.

—Salid fuera los dos. Mantened las manos en alto o mi amigo os arrancará vuestras pelotitas de un tiro.

Lara y Nina se habían arrastrado hasta el vestíbulo delantero durante esta conversación, sus camisones brillando como si llevaran lentejuelas por los trocitos de vidrio de las destrozadas ventanas.

—¿Los han matado? —susurró Nina.

—A los seis —le dije.

Pensé que las chicas quedarían encantadas, pero, cuando oyeron las noticias, intercambiaron miradas de preocupación. Su vida de los últimos meses había acabado ahora. Tendrían que largarse sin saber de dónde iba a venir su próxima comida o donde dormirían. Millones de rusos podían decir lo mismo, pero las cosas eran peores para las chicas. Si los alemanes las volvían a coger, sufrirían mucho más que Zoya.

Cuando Kolya alargaba la mano hacia el pomo, Lara le posó la suya sobre la pierna, haciendo que él esperara un momento.

—No lo hagas. No confiarán en ti.

—¿Y por qué no iban a confiar en mí? Soy un soldado del Ejército Rojo.

—Sí, y ellos no. No hay ninguna unidad del Ejército Rojo en treinta kilómetros a la redonda. Pensarán que eres un desertor.

Él sonrió y cubrió la mano de la muchacha con la suya.

—¿Te parezco un desertor? No te preocupes. Tengo papeles.

Los papeles no impresionaron a Lara. Cuando Kolya alargaba la mano otra vez hacia el pomo de la puerta, ella se arrastró para acercarse a la rota ventana.

—¡Gracias por rescatarnos, camaradas! —gritó—. ¡Estos dos son nuestros amigos! ¡Por favor, no les disparéis!

—¿Tú crees que habría fallado su rubia cabezota si hubiera querido acertar? Dile al chistoso ese que salga.

Kolya abrió la puerta y salió al exterior, sus manos bien alzadas. Entrecerró los ojos para mirar hacia la nieve, pero los luchadores seguían fuera de la vista.

—Dile al pequeño que salga aquí también.

Lara y Nina parecían asustadas por mí, pero Lara asintió, diciéndome con un alentador movimiento de la cabeza que todo iría bien. Sentí un breve arranque de ira por la chica. ¿Por qué no podía salir ella? ¿Y por qué tuvieron que venir aquí, en cualquier caso? Si la granja hubiera estado vacía, Kolya y yo podríamos haber dormido durante la noche y marchado por la mañana, descansados y secos. La idea pasó por mi cabeza, inmediatamente seguida de culpa, por su carácter absurdo.

Nina me apretó la mano y me sonrió. Era sin duda la muchacha más hermosa que jamás me había sonreído. Me imaginé describiendo la escena a Oleg Antokolsky. La blanca manita de Nina cogiendo la mía, sus pálidas pestañas agitándose mientras me miraba fijamente, preocupada por mi salvación. Incluso mientras el momento tenía lugar yo lo estaba ya narrando para mi amigo, olvidando en aquel instante que Oleg probablemente nunca oiría la historia, que había muchas posibilidades de que yaciera enterrado bajo los escombros en la calle Voinova.

Traté de devolver la sonrisa a Nina, fracasé y salí por la puerta con las manos en el aire. Desde que empezara la guerra, había leído centenares de relatos sobre héroes del país en acción. Todos ellos se negaban a reconocer que hubieran sido héroes. Eran ciudadanos honrados de la Madre Patria, protegiéndola de los violadores fascistas. Cuando se les preguntaba en las entrevistas por qué se habían lanzado contra el fortín o encaramado a un tanque para soltar una granada por la escotilla, todos respondían que ni siquiera se habían detenido a pensar, que estaban haciendo sólo lo que cualquier otro buen ruso hubiera hecho.

Los héroes y quienes se duermen rápido pueden interrumpir sus pensamientos cuando es necesario. Los cobardes y los insomnes, la gente como yo, se ven atormentados por la cháchara en el cerebro. Cuando salía por la puerta, pensé: «Estoy de pie en el patio delantero de una granja a las afueras de Berezovka y unos partisanos me están apuntando con sus fusiles a la cabeza».

A juzgar por la amplia sonrisa en la cara de Kolya, éste no pensaba nada en absoluto. Nos encontrábamos uno al lado del otro mientras nuestros interrogadores nos observaban. Habíamos dejado los sobretodos en el interior de la granja, lo que nos hacía temblar por el aire frío de la noche, un frío que nos penetraba hasta los huesos.

—Demuéstranos que eres uno de los nuestros. —La voz parecía proceder del costado de una de las balas de heno cubiertas de nieve, y cuando mis ojos se adaptaron a la luz pude distinguir a un hombre arrodillado en las sombras, el fusil alzado contra su hombro—. Dispara a cada uno de los alemanes en la cabeza.

—Bueno, eso no es una gran prueba —dijo Kolya—. Ya están muertos.

La capacidad del hombre para empeorar una situación ya de por sí mala había dejado de sorprenderme. Quizás un héroe es alguien que no se da cuenta de su propia vulnerabilidad. ¿Se trata de valor, entonces, si eres demasiado estúpido para darte

cuenta de que eres mortal?

—Si seguimos vivos —dijo el partisano desde la sombra—, porque les disparamos incluso cuando creemos que están muertos.

Kolya asintió. Se acercó al Kübel cuyo motor seguía funcionando en vacío, pero que finalmente se había detenido, sus neumáticos enterrados en un metro de nieve.

—Te estamos observando —advirtió el partisano—. Una bala en cada cabeza.

Kolya disparó al muerto conductor y al muerto pasajero, la boca del arma centelleando en la noche como la cámara de un fotógrafo. Luego se dio la vuelta y anduvo a través de la nieve, deteniéndose para disparar a los alemanes que yacían en sus desgarradas posturas.

Al llegar al sexto hombre, cuando se detenía para apretar la pistola contra el cráneo del *Einsatzkommando*, oyó algo. Se puso de rodillas y escuchó por un momento antes de ponerse en pie y gritar:

—¡Éste está vivo aún!

—Por eso tú vas a dispararle.

—Quizás tenga algo útil que decirnos.

—¿Da la impresión de que es capaz de hablar?

Kolya le dio la vuelta al alemán poniéndolo boca arriba. El hombre gemía suavemente. Una espuma rosa brotaba de su boca.

—No —dijo Kolya.

—Eso es porque le destrozamos los pulmones. Ahora hazle un favor y acaba con él.

Kolya se enderezó, apuntó con su pistola y disparó al agonizante en la frente.

—Guárdate el arma en la funda.

Kolya hizo como le ordenaban y los partisanos emergieron de sus escondites, saliendo de detrás de las balas de heno, encaramándose sobre los bajos muros de piedra que separaban los campos de la granja, caminando por la nieve en el borde de los bosques; una docena de hombres con largos capotes, el fusil en la mano, el aliento levantándose por encima de sus cabezas mientras se acercaban a la granja.

La mayor parte de ellos parecían simples granjeros, con sus gorros forrados de piel calados hasta las cejas, rostros anchos y chatos, y con aspecto nada amistoso. No llevaban ningún uniforme común. Algunos calzaban botas de cuero del Ejército Rojo; otros, de fieltro gris. Algunos llevaban capotes de color marrón; otros, gris. Un hombre iba vestido con lo que parecía un uniforme blanco de invierno de soldado esquiador finlandés. Al frente de ellos iba el hombre al que yo tomé por su líder, su mandíbula oscurecida por lo que debía de ser la barba de una semana, un viejo rifle de caza colgando de su hombro. Más tarde, aquella noche, nos enteramos de que su nombre era Korsakov. Si tenía un nombre de pila y un patronímico, nunca lo supimos. Korsakov no era probablemente su verdadero nombre, de todos modos...

Los partisanos eran famosos por la paranoia sobre su identidad, y con buen motivo. Los *Einsatzkommandos* respondían a la resistencia local ejecutando públicamente a las familias de los resistentes conocidos.

Korsakov y dos de sus camaradas se acercaron a nosotros mientras que los demás partisanos registraban a los alemanes muertos, apoderándose de sus subfusiles y municiones, sus cartas y frascos y relojes de pulsera. El hombre del uniforme de esquiador se arrodilló al lado de uno de los cuerpos y trató de arrancar una alianza de boda, de oro, que el cadáver llevaba en su dedo anular. Como no podía conseguirlo, el partisano se metió el dedo en la boca. Me vio mirándole y me guiñó el ojo, sacando el húmedo dedo de su boca y liberando el anillo.

—No os preocupéis por ellos —dijo Korsakov, cuando vio lo que yo estaba observando—. Preocupaos por mí. ¿Por qué estáis aquí?

—Están aquí para organizar a los partisanos —dijo Nina.

Ella y Lara habían salido de la granja con sus pies descalzos, envolviéndose con sus brazos, el viento soplando a través de su cabello.

—¿Es verdad eso? ¿Parecemos desorganizados?

—Son amigos. Iban a matar a los alemanes si vosotros no hubierais aparecido.

—¿De veras? Cuánta amabilidad. —Se apartó de ella y les gritó a los partisanos que estaban registrando a los muertos del coche—: ¿Qué tenemos?

—Pescado pequeño —le respondió gritando un partisano barbudo, mientras levantaba la insignia que había arrancado de los cuellos de los oficiales—. *Leutnants* y *Oberleutnants*.

Korsakov se encogió de hombros y volvió a mirar a las chicas, especialmente a Nina, valorando sus pálidas pantorrillas y la forma de sus caderas bajo el camisón.

—Vuelve adentro —le dijo—. Ponte algo de ropa. Los alemanes están muertos; ya puedes dejar de ser una puta.

—No me llames eso.

—Te llamo lo que me da la gana. Vuelve adentro.

Lara cogió a Nina de la mano y la arrastró nuevamente a la granja. Kolya las vio marchar y se dio la vuelta hacia el jefe de los partisanos.

—No eres muy amable, camarada.

—Yo no soy tu camarada. Y de no ser por mí, esas chicas tendrían pollas alemanas medio metidas dentro de ellas ahora mismo.

—Con todo ...

—Cierra la boca. Llevas un uniforme del ejército, pero no estás con el ejército. ¿Eres un desertor?

—Estamos aquí cumpliendo órdenes. Tengo los papeles en mi capote, dentro de la casa.

—Todo colaborador con que me he encontrado tenía papeles.

—Tengo una carta del coronel Grechko de la NKVD, autorizándome a venir aquí. Korsakov sonrió y se volvió hacia sus hombres.

—Y el coronel Grechko, ¿tiene autoridad aquí? Me encantan esos oficiales de la ciudad, dándonos órdenes.

Uno de los hombres que se encontraba de pie a su lado, un tipo ágil, de ojos muy juntos, rió sonoramente, mostrándonos sus feos dientes. El otro hombre no se rió. Llevaba mono de camuflaje de invierno adornado con remolinos marrones y blancos, un *trompe l'œil* de hojas muertas. Sus ojos atisbaban por debajo del borde de su gorro de piel de conejo. Era bajito, más que yo, y joven, sin huella alguna de barba incipiente en sus sonrosadas mejillas. Sus rasgos eran muy finos, los huesos del rostro bien definidos, los labios gruesos, torcidos ahora en una afectada sonrisa mientras me miraba fijamente.

—¿Ves algo extraño? —preguntó, y comprendí que no se trataba en absoluto de un hombre.

—Eres una chica —espetó Kolya, mirándola fijamente.

Yo me sentí estúpido por los dos.

—No te sorprendas tanto —dijo Korsakov—. Es nuestro mejor tirador. ¿Ves aquellos Fritz de allá con media cabeza? Es obra de ella.

Kolya lanzó un silbido, paseando su mirada desde ella a los alemanes muertos y luego al borde del bosque, en el extremo de los campos de la granja.

—¿Desde allí? ¿Qué distancia hay, cuatrocientos metros? ¿Sobre blancos en movimiento?

La muchacha se encogió de hombros.

—No tienes que calcular tanto la trayectoria cuando están corriendo por la nieve.

—Vika va en busca del récord de Lyudmila Pavlichenko —dijo el hombre de los dientes deformados. Quiere ser la francotiradora número uno.

—¿A cuántos está Mila ahora? —quiso saber Kolya.

—*Estrella Roja* dice que a doscientos —replicó Vika haciendo girar lentamente sus ojos—. El ejército le concede un muerto confirmado cada vez que se suena la nariz.

—Es un fusil alemán, ¿no es verdad?

—Un K noventa y ocho —dijo ella, acariciando el cañón con la palma de la mano—. El mejor fusil del mundo.

Kolya me dio con el codo y susurró en voz baja:

—Se me ha puesto un poco dura.

—¿Qué? —quiso saber Korsakov.

—He dicho que mi polla se me va a desprender si nos quedamos aquí mucho más rato..., perdón por mi lenguaje. —Dirigió a Vika una anticuada reverencia antes de volverse otra vez hacia Korsakov—. Quieres ver mis papeles; entremos y verás mis

papeles. Quieres disparar a tus compatriotas aquí en la nieve, conforme, dispáranos. Pero basta ya de quedarnos aquí helados.

El partisano evidentemente prefería la idea de dispararle a Kolya antes que ir a ver los papeles, pero matar a un soldado del ejército no era ninguna minucia, especialmente delante de tantos testigos. Tampoco quería darse por vencido demasiado rápidamente y perder prestigio delante de sus hombres. De manera que los dos se quedaron allí mirándose airadamente durante otros diez segundos mientras yo me mordía el labio para impedirme castañetear los dientes.

Vika rompió el punto muerto.

—Esos dos se están enamorando —dijo—. ¡Miradlos! No son capaces de decidir si quieren luchar entre sí o revolcarse desnudos por la nieve.

Los otros partisanos se rieron y Vika se dirigió hacia la granja ignorando la mirada airada de Korsakov.

—Estoy hambrienta —dijo—. Esas chicas de ahí dentro parece que han estado comiendo chuletas de cerdo todo el invierno.

Los hombres la siguieron, llevando su botín, deseosos de escapar del frío y entrar en la casa. Observé que Vika golpeaba sus botas delante de la puerta. Liberaba de nieve las suelas, y me pregunté qué aspecto debía de tener su cuerpo bajo aquel mono de camuflaje de invierno, bajo las capas de lana y fieltro.

—¿Es tuya? —preguntó Kolya a Korsakov, después de que Vika hubiera entrado en el edificio.

—¿Estás de broma? Ésa es más un chico que una chica.

—Bien —dijo Kolya, soltándome un puñetazo en el brazo—. Porque pienso que mi amigo aquí está colado.

Korsakov me miró y empezó a reír. Siempre he aborrecido que la gente se ría de mí, pero esta vez agradecí su diversión. Comprendí que no iba a matarnos.

—Te deseo la mejor de las suertes, muchacho. Recuerda sólo que puede dispararte a los ojos desde medio kilómetro.

Korsakov había dado a sus hombres una hora para recobrar el calor y alimentarse, y ahora todos se habían diseminado por la gran sala, mientras sus calcetines colgaban de la pantalla de la chimenea y los abrigos estaban esparcidos por el suelo. Vika yacía boca arriba sobre un sofá de crin debajo de la montada cabeza del íbice, los tobillos cruzados y los dedos jugando con el gorro de piel de conejo que descansaba sobre su pecho. Llevaba su cabello rojo oscuro cortado como un chico, tan sucio que se apelmazaba formando pinchos y nudos. Miraba fijamente a los ojos de cristal del íbice, fascinada por el animal asesinado..., preguntándose por la caza, imaginé, por el disparo del cazador, si había sido una muerte limpia o si la herida bestia había corrido durante kilómetros sin comprender que la muerte había penetrado ya en sus músculos y huesos, la bala asesina de la que no podía escapar.

Yo estaba sentado en el antepecho de una ventana observándola y tratando de asegurarme de que ella no se diera cuenta de que la miraba. Se había quitado el mono para dejar que se secase, y llevaba una camisa de leñador de gruesa lana que antaño había pertenecido a un hombre de dos veces su tamaño y dos pares de calzoncillos largos. A diferencia de la mayoría de las pelirrojas, no tenía una sola peca. Se mordía preocupadamente el labio de arriba con la fila inferior de sus retorcidos dienteillos. Yo no podía dejar de mirarla. La muchacha no constituía el ideal de mujer atractiva para ningún hombre —mal alimentada como estaba, con aspecto de haber pasado la última semana durmiendo en el bosque—, pero deseaba verla desnuda. Quería desabrocharle aquella camisa de leñador, arrojarla a un lado y lamerle su pálida barriga, quitarle la larga ropa interior y besarle sus delgados muslos.

Aquel gráfico sueño vigílico representaba una desviación de mí. ¿Habían despertado mi imaginación los naipes pornográficos de Kolya? Por lo general, mis fantasías eran castas, anacrónicas... Había imaginado a Vera Osipovna, completamente vestida, dándome un recital de violonchelo en la soledad de su dormitorio, tras el cual yo elogiaba su ejecución, impresionándola con mi elocuencia y dominio del vocabulario de los músicos. La fantasía terminaba con algún fuerte besuqueo, la estirada pierna de Vera golpeando el atril de música, su cara encendida mientras yo exhibía una misteriosa sonrisa y la dejaba esperando, su cuello ladeado, un botón de su blusa desabrochado.

Mis fantasías generalmente terminaban antes de llegar al sexo porque el sexo me daba miedo. No sabía cómo realizarlo. Ni siquiera sabía lo suficiente para fingir que sabía cómo hacerlo. Comprendía la anatomía básica, pero la geometría del acto me confundía, y, sin un padre o un hermano mayor, o algún amigo íntimo con experiencia, no tenía a nadie a quién preguntar.

Pero no había nada casto en mi deseo por Vika. Quería saltar sobre ella, con los

pantalones en los tobillos. Ella podía mostrarme dónde iba todo, y una vez que lo hubiéramos ordenado, sus dedos con sus sucias y mordidas uñas arañarían mis hombros; su cabeza se inclinaría hacia atrás, dejando al descubierto su larga garganta blanca y el temblor del pulso bajo la mandíbula; sus pesados párpados se abrirían de par en par, las pupilas estrechándose en el azul de sus ojos, hasta que tuvieran el tamaño del punto sobre la *i*.

Todas las mujeres de la casa —Nina y Galina, Lara y Olesya— eran más bonitas que Vika a primera vista. El cabello de esas chicas era largo y estaba cepillado; no tenían barro seco en el dorso de sus manos; llevaban incluso un poco de pintalabios. Entraban y salían apresuradamente de la gran sala, transportando cuencos de nueces descascaradas y rábanos salados. Se trataba de un nuevo grupo de hombres armados al que agradar...; campesinos, sí, pero igualmente peligrosos e impredecibles. Uno de ellos, sentado con las piernas cruzadas en el suelo junto al fuego, agarró la regordeta muñeca de Galina cuando ésta se inclinaba para rellenar su vaso de vodka.

—¿Aún echas algunas miradas fuera? ¿Es tu novio alguno de los que están ahí boca abajo?

Su amigo, que estaba junto a él, se rió, y el partisano, alentado, le dio un tirón a Galina para atraerla a su regazo. La muchacha estaba acostumbrada al trato brutal, así que no gritó ni derramó una gota de vodka.

—¿Os traían montones de cosas buenas para comer? ¡Deben de haberlo hecho, eh, mira esas mejillas! —Acarició con un calloso pulgar la suave mejilla sonrosada de la muchacha—. ¿Y qué hacíais para ellos? Todo lo que querían, ¿no es verdad? ¿Bailar desnudas mientras ellos cantaban la *Canción de Horst Wessel*? ¿Chupársela mientras bebían su *schnapps*?

—Suéltala —dijo Vika.

Seguía yaciendo boca arriba, mirando aún la cabeza del íbice mientras sus pies cubiertos de gruesos calcetines de lana se agitaban al compás de una inaudible canción. Su voz carecía de inflexión... Si estaba irritada, era imposible decirlo. Tan pronto como las palabras estuvieron en el aire deseé haberlas dicho yo. Hubiera sido un gesto valiente, posiblemente suicida, pero Galina había sido amable conmigo y yo debería haberla defendido... No por mi noble naturaleza, sino porque podría haber impresionado a Vika. Pero en el momento en que debía haber actuado, me quedé congelado, otro acto de cobardía con el cual, vivir a lo largo de los años. Kolya habría intervenido sin vacilar, pero Kolya estaba en el dormitorio de atrás con Korsakov, revisando la carta de libre tránsito del coronel.

El partisano que agarraba la muñeca de Galina vaciló antes de responder a Vika. Supe que tenía miedo. Yo he tenido miedo durante tanto tiempo que puedo adivinar el miedo en los demás antes de que ellos sepan que está ahí. Pero también sabía que él respondería algo, algo cortante para demostrar a sus camaradas que no tenía miedo,

aunque los demás supieran que así era.

—¿Qué pasa? —preguntó finalmente—. ¿La quieres para ti?

Era un débil esfuerzo, y ninguno de sus amigos se rió la gracia. Vika no se molestó en responder. No le dirigió la mirada siquiera. El único signo de que le había oído fue una lenta sonrisa que se extendió por su rostro y no estaba claro que fuera en respuesta a su pulla o a la mirada de ojos vidriados del íbice. Al cabo de unos segundos más, el partisano lanzó un gruñido, soltó a Galina y le dio un pequeño empujón.

—Venga, ve a servir a los otros. Has sido esclava tanto tiempo que es para lo único que sirves.

Si los insultos del partisano la herían, Galina supo ocultarlo bien. Sirvió vasos de vodka a los otros hombres de la habitación, y todos se mostraron educados asintiendo con la cabeza en gesto de agradecimiento.

Tras un minuto para considerar las posibilidades de sufrir una desagradable vergüenza, me acerqué al sofá de crin y me senté en un extremo, cerca de los pies de Vika calzados con sus calcetines de lana gris. La barba de chivo del íbice colgaba encima de mi cabeza. Levanté la mirada hacia ella y luego hacia Vika. Ésta me estaba mirando fijamente, esperando oír cualquier ridícula cosa que yo estuviera planeando decir.

—¿Era cazador tu padre? —pregunté.

Ésta era una pregunta que yo había formulado mientras me encontraba de pie al otro lado de la habitación. Tan pronto como lo hube dicho me pregunté por qué había pensado que ésa era una buena manera de iniciar una conversación. Había leído algún artículo sobre francotiradoras, algo sobre Sidorenko disparando a las ardillas durante su niñez.

—¿Qué?

—Tu padre... Pensé que quizás fue así cómo aprendiste a disparar.

No podría decir si había aburrimiento o disgusto en sus azules ojos. Más cerca ahora, gracias a la luz de las lámparas de petróleo y la chimenea, pude ver una serie de pequeñas espinillas rojas esparcidas por su frente.

—No. No era cazador.

—Imagino que muchos francotiradores empezaron como cazadores... En todo caso, he leído algo sobre eso.

Ella ya no me estaba mirando; había vuelto a estudiar el íbice. Yo era menos interesante que un animal disecado. Los otros partisanos me observaban, dándose mutuamente con el codo y sonriendo, inclinándose para susurrar y reír silenciosamente.

—¿Dónde conseguiste ese fusil alemán? —le pregunté, un poco desesperado, como un jugador que sigue apostando incluso mientras sus manos son cada vez

peores.

—De un alemán.

—Yo tengo un cuchillo alemán.

Me levanté la pernera del pantalón, saqué el cuchillo de la funda y le di la vuelta en mi mano, dejando que el fino acero captara la luz. El cuchillo llamó su atención. Alargó la mano y se lo pasé. Vika probó el filo de la hoja en el antebrazo.

—Lo bastante afilado para afeitarse con él —dijo—. No es que tú necesites... Quiero decir... ¿Dónde lo pillaste?

—En un alemán.

Ella sonrió y yo me sentí muy orgulloso de la frase como si hubiera dicho algo inteligentísimo, respondiendo a su taciturnidad con la mía.

—¿Y cómo encontraste al alemán?

—Era un paracaidista muerto en Leningrado.

Esperaba que eso fuera lo bastante vago para dejar abierta la posibilidad de que yo hubiera matado al paracaidista.

—¿Los están dejando caer en Leningrado? ¿Ya ha empezado?

—Sólo un raid de *kommandos*, supongo. Sólo un pocos lo consiguieron. No les fue tan bien a los Fritz.

Pensé que eso sonaba bien, desenvuelto, como si fuera el tipo de asesino que hablaba indiferentemente de los enemigos que había despachado.

—¿Lo mataste tu?

Abrí la boca, absolutamente dispuesto a mentir pero la forma como me miraba, sus labios torcidos en aquella sonrisa afectada que me irritaba por su condescendencia y al mismo tiempo me hacía desear besarla...

—El frío lo mató. Yo sólo lo vi caer.

Ella asintió y me devolvió el cuchillo, estirando los brazos detrás de la cabeza y soltando un tremendo bostezo, sin preocuparse de taparse la boca. Sus dientes eran como los de un niño, muy pequeños y algo desiguales. Parecía satisfecha, como si acabara de comerse una cena de nueve platos servida con los mejores vinos, aunque todo lo que yo le había visto mordisquear era un rábano negro.

—El frío es la mejor arma de la Madre Rusia —añadí, una frase que había oído pronunciar a un general por la radio.

Inmediatamente deseé poder retirarla. Quizás era cierta, pero había sido un cliché propagandístico durante meses. Incluso pronunciar la expresión *Madre Rusia* me hizo sentirme como uno de aquellos estúpidos y sonrientes Jóvenes Pioneros, marchando por los parques con sus blancas camisas y rojas corbatas, cantando *El alegre tamborilero*.

—Yo tengo un cuchillo, también —dijo ella, sacando una daga de mango de alerce de una funda metida en su cinto y ofreciéndomela por la empuñadura.

Le di la vuelta a la esbelta hoja en mi mano. Había un dibujo de finas líneas en el acero, como arrugas en un agua agitada.

—Parece un poco endeble.

—No lo es. —Se inclinó hacia delante para deslizar la punta de su dedo índice a lo largo de la texturizada hoja—. Es acero de Damasco.

Estaba tan cerca de mí ahora que podía estudiar las crestas rizadas de sus orejas o las arrugas que interrumpían su suave frente cuando levantaba las cejas. Algunas agujas de pino extraviadas se habían alojado entre los rizos de su cabello y yo resistí el impulso de sacarlas.

—Se llama un *puukko* —me dijo—. Todos los chicos finlandeses los obtienen cuando alcanzan la mayoría de edad.

Me volvió a coger el cuchillo y lo inclinó para poder admirar el juego de la luz sobre el metal.

—El mejor francotirador del mundo es un finlandés. Simo Häyhä, *La Muerte Blanca*. Quinientos muertos confirmados en la Guerra de Invierno.

—¿Así que se lo quitaste a algún finlandés al que disparaste?

—Lo compré por ochenta rublos en Terijoki.

Deslizó la daga otra vez en la funda de su cinto y paseó su mirada por la habitación, buscando algo más interesante en que ocupar su atención.

—Quizás tú puedas ser la Muerte Roja —dije tratando de seguir hablando, porque sabía que, si me paraba, nunca podría recuperar el valor para volver a empezar—. Esos de ahí fueron unos magníficos disparos. Imagino que los *Einsatzkommandos* no están acostumbrados a que la gente les dispare a ellos.

Vika me miró con sus fríos ojos azules. Había algo no enteramente humano en su mirada, algo depredador, lobuno. Formó un círculo con sus labios antes de mover negativamente la cabeza.

—¿Por qué crees que éstos eran *Einsatzkommandos*?

—Las chicas nos dijeron que son los que vienen aquí.

—¿Cuántos años tienes tú? ¿Quince? No eres soldado ...

—Diecisiete.

—... pero viajas con un soldado que no está con su unidad.

—Bueno, como él os estaba diciendo, tenemos unas órdenes especiales del coronel Grechko.

—¿Órdenes especiales para hacer qué? ¿Organizar a los partisanos? ¿Tan estúpida te parezco?

—No.

—Dime, ¿viniste aquí a visitar a las chicas? ¿Una de éstas es tu novia?

Me sentí extrañamente orgulloso de que ella creyera que una de aquellas adorables muchachas de la casa podía ser mi novia, aunque también pude percibir el

tono insultante en sus palabras *una de esas*. Sentía curiosidad hacia mí, lo cual era un comienzo. Y tenía razón en sentir curiosidad. ¿Por qué un muchacho de Piter habría venido hasta aquí, unos veinte kilómetros detrás de las líneas enemigas, a descansar en una casa confortable mantenida por oficiales de los invasores?

Recordé lo que Kolya me había dicho sobre seducir a una mujer con el misterio.

—Tenemos nuestras órdenes. Estoy seguro de que tú tienes las tuyas; dejémoslo así.

Vika me miró fijamente en silencio durante unos segundos. Tal vez había quedado seducida, pero era difícil decirlo.

—¿Ves aquellos alemanes ahí fuera con los cerebros esparcidos por la nieve? Eso es ejército regular. Uno pensaría que un hombre —perdón, un *muchacho*— que trabaja con la NKVD sabría la diferencia.

—No tuve la oportunidad de inspeccionar sus insignias porque tu gente nos estaba apuntando con el fusil a nosotros.

—Estamos buscando *Einsatz*, sin embargo. Eso es caza mayor, hemos estado acosando a ese violador de cadáveres de Abendroth durante las últimas seis semanas. Pensamos que podría venir aquí esta noche.

Nunca había oído el insulto «violador de cadáveres». La expresión sonaba brutalmente vulgar viniendo de sus labios. Por alguna razón sonreí, una sonrisa que debía de haber parecido extraña y no provocada. En mi mente la había imaginado sin sus calzoncillos. La imagen era nítida y detallada, mucho más convincente de lo que mis desnudos imaginados lo eran generalmente. Quizás los naipes pornográficos de Kolya realmente habían ayudado.

—Abendroth está en una casa de Novoye Koshkino —le dije—. Junto al lago.

La información pareció seducirla más que cualquier otra cosa que yo había dicho. Mi inadecuada sonrisa acompañada de mi conocimiento del paradero del nazi me hacían momentáneamente intrigante.

—¿Quién te ha dicho eso?

Un hombre más misterioso que yo habría sabido cómo desviar la pregunta, cómo esquivarla igual que un boxeador, agachándose y zigzagueando, sin dejarse pillar jamás. Yo sabía algo que ella quería saber. Por primera vez tenía una ligera ventaja sobre ella. Las palabras *Novoye Koshkino* daban a mis credenciales de NKVD un toque de crédito, me ofrecían cierta ventaja que yo podía explotar.

—Lara —dije, delatándome con una palabra.

—¿Cuál de ellas es Lara?

La señalé con el dedo. Cuando la impasible mirada de Vika se desvió, sentí que de alguna manera había traicionado a Lara. Ésta había sido generosa —dándonos refugio del frío, alimentándonos con comida caliente, aventurándose en la brutal noche de invierno con sus pies descalzos para ayudar a defendernos de los suspicaces

partisanos—, y yo había entregado su nombre a aquella sonriente asesina de ojos azules. Vika deslizó sus pies del sofá, sus dedos dentro de los calcetines de lana rozando la pernera de mi pantalón. Se puso en pie y se acercó a Lara, que estaba agachada junto al fuego, añadiendo otro tronco a las llamas. Sin sus botas, vi lo pequeña que era Vika, pero se movía con la clase de gracia perezosa que se puede ver en atletas que se están relajando lejos del campo de juego. «Ésta es una guerra moderna —pensé—, donde el músculo no significa nada y una esbelta muchacha puede partir en dos trozos la cabeza de un alemán a cuatrocientos metros de distancia».

Lara pareció nerviosa cuando vio a la francotiradora sonriéndole. Se frotó el hollín de las manos mientras escuchaba a Vika. No pude oír la conversación, pero vi que Lara asentía y, por la forma como gesticulaba con las manos, supuse que le estaba dando direcciones a Vika.

Kolya entró en la sala con Korsakov. Ambos llevaban un vaso de vodka en la mano y estaban riéndose de algún chiste, como los mejores colegas ahora, olvidada la anterior hostilidad. Yo no había esperado menos... Kolya era un excelente vendedor, especialmente cuando se trataba de venderse a sí mismo. Se acercó sin prisa al sofá de crin y se sentó con un suspiro dándome un golpecito en la rodilla y vaciando de un trago el resto de su vodka.

—¿Has comido bastante? —me preguntó—. Preparémonos para irnos.

—¿Nos marchamos? Yo pensaba que esta noche dormiríamos aquí.

El tiroteo había desquiciado mi sistema nervioso, pero ahora que había transcurrido algún tiempo desde que las balas volaran, sentía que la fatiga se iba apoderando de mis huesos. Habíamos caminado todo el día a través de la nieve y yo no había dormido desde el apartamento de Sonya.

—Vamos, tú eres más listo que eso. ¿Qué crees que va a ocurrir cuando esos Fritz de ahí no regresen de su fiestecita esta noche? ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que envíen un pelotón a averiguar dónde han desaparecido sus *Oberleutnants*?

Vika había conseguido lo que quería de Lara. Ahora habló en voz baja con Korsakov, ambos de pie en el rincón de la habitación... El comandante partisano de anchos hombros y barba incipiente y su pequeña asesina, iluminados por el parpadeante fuego.

Los demás partisanos empezaron a prepararse, cogiendo sus calcetines secos y botas de fieltro, ingiriendo un último trago de vodka para la larga marcha que les aguardaba. Las chicas de la casa habían desaparecido en las habitaciones traseras, donde, supuse, cogerían todo lo que pudieran llevar y a continuación decidirían adónde ir.

—Podríamos coger los coches alemanes —dije, inspirado por la idea—. Dejar a las chicas en Piter ...

Como la mayor parte de las ideas que yo consideraba inspiradas, su brillo se disipó antes de llegar al final, de la segunda frase.

—Conducir un Kübel hacia la línea férrea de Leningrado —dijo Kolya—. Hum, sí, es una idea. Y cuando nuestra propia gente nos vuela de la carretera y algún idiota campesino cosaco del Don saque nuestros humeantes cuerpos de los restos del coche, dirá: «¡Uy! Estos chicos alemanes se parecen mucho a nosotros». No, pequeño león, no vamos a volver a Piter todavía. Tenemos asuntos que tratar en Novoye Koshkino.

Veinte minutos más tarde nos estábamos abriendo camino nuevamente a través de la nieve, y el calor de la granja iba desapareciendo ya de la memoria. Flanqueados por poderosos pinos, caminábamos en fila india con nueve pasos de distancia entre hombre y hombre, según órdenes explícitas de Korsakov. Yo no comprendía la importancia táctica de la formación, pero confiaba en que aquellos hombres eran maestros de la emboscada y sabían lo que estaban haciendo. Kolya caminaba delante de mí y, con mi cabeza colgando baja, yo podía ver sólo el borde de su abrigo y sus negras botas de cuero. El resto de los cuerpos de nuestra pequeña caravana eran fantasmas, invisibles e inaudibles, excepto por el ocasional crujido de una ramita pisada o el chirrido de un tapón de cantimplora desenroscado para tomar un sorbo de té todavía caliente.

Nunca me había creído realmente ese bulo común de que los soldados aprendían a dormir mientras marchaban, pero a medida que continuábamos hacia el este, arrullados por el ritmo de nuestras botas hundiéndose y levantándose en la nieve, iba dando bandazos entrando y saliendo de un estado de duermevela. Ni siquiera el frío podía mantenerme enteramente despierto. Novoye Koshkino estaba sólo a unos kilómetros de la granja por carretera, pero nosotros nos encontrábamos lejos de cualquier carretera, rodeando unos campamentos alemanes con los que Kolya y yo habríamos topado de no haber ido escoltados. Korsakov había dicho que la marcha duraría cuatro horas. Antes de que hubiera transcurrido la primera, yo sentía como si alguien hubiera vertido un espeso jarabe por un agujero en mi cerebro. Todo lo que hacía lo hacía lentamente. Si quería frotarme la nariz, era consciente de la orden del cerebro y de la obediencia a regañadientes de la mano, el largo trayecto que la mano realizaba en su camino hacia la cara, la búsqueda de la nariz (generalmente un blanco fácil) y el agradecido retorno de la mano a su comfortable cuevecita en las profundidades de la chaqueta marinera de mi padre.

Cuanto más cansado estaba, más dudosa me parecía toda aquella situación. ¿Cómo podía ser real? Éramos una banda de ratones encantados, marchando bajo blancuzca luna, como de tiza, allá arriba en la pizarra celeste. Un brujo vivía en Novoye Koshkino, alguien que conocía las antiguas palabras que podían transformarnos otra vez en los hombres que fuimos antaño. Pero había peligros en el camino, gigantescos gatos negros corriendo por el hielo, arremetiendo contra nosotros mientras nos escurríamos en busca de refugio, nuestras largas colas retorciéndose por el miedo.

Mi bota se hundió demasiado en un montoncillo de nieve blanda y casi me torcí el tobillo. Kolya se detuvo y miró hacia atrás cuando me oyó tambalearme, pero conseguí enderezarme, hacerle un rápido asentimiento con la cabeza y seguir

caminando sin necesidad de ayuda.

Las chicas de la granja se habían marchado al mismo tiempo que nosotros. No tenían abrigo, ni botas de invierno. Los alemanes se lo habían llevado todo después de que Zoya hiciera su intento de escapada. Sin la ropa adecuada, las chicas recurrieron a acumular capas, poniéndose todas las blusas, suéteres y pares de polainas que tenían, hasta que vacilaron bajo el peso, tambaleándose por la gran sala como obesas campesinas borrachas. Galina había sugerido la idea de coger los sobretodos de los alemanes, pero rápidamente fue silenciada... Sus posibilidades eran bastante malas ya si eran capturadas, pero serlo llevando el abrigo de un oficial muerto era el fin.

Kolya y yo las habíamos besado en la mejilla al salir. Habían decidido no ir a Leningrado; algunas de ellas tenían familia allí, pero los tíos y primos podrían haber muerto ya o huido hacia el este. Y, más importante aún, no había suficiente comida en Leningrado para los residentes, y ciertamente nada de comida para cuatro chicas procedentes de los pueblos sin tarjetas de racionamiento. Leningrado no tenía sentido, de manera que se dirigían hacia el sur. Se llevaron todas las provisiones que quedaron después de que los partisanos hubieran arramblado con la mayor parte. Korsakov les dejó que conservaran dos de las Lugers alemanas para su protección. Sus posibilidades no eran buenas, pero ellas parecían estar muy animadas cuando salieron de la granja. Habían estado prisioneras allí durante meses, habían sufrido sus propias torturas noche tras noche y ahora eran libres. Besé sus ocho mejillas, me despedí de ellas con un gesto de la mano y nunca las volví a ver, ni supe nada más de ellas.

Algo me sacudió el hombro, mis ojos se abrieron de golpe y comprendí que había estado caminando en un trance semiinconsciente. Kolya marchaba a mi lado ahora, su enguantada mano agarrándome a través de la chaqueta.

—¿Sigues con nosotros? —preguntó con calma, mirándome con auténtica preocupación.

—Aquí estoy.

—Camino contigo. Mantente despierto.

—Korsakov nos dijo...

—Yo no recibo órdenes de ese cerdo sin madre. Ya viste cómo trató a las chicas.

—Tú eres el que estaba tan amistoso con él.

—Lo necesitamos en este momento. Y a su amiguita... Ya te vi mirándola fijamente allá atrás junto a la chimenea. Te gustaría soltarle un tiro a la francotiradora, ¿eh? ¿Eh? ¡Ja!

Yo negué con la cabeza, demasiado cansado incluso para gruñir ante aquella miserable broma.

—¿Has estado alguna vez con una pelirroja? Oh, espera, ¿qué estoy diciendo?, tú nunca has estado con nadie. La buena noticia es que son demonios entre las sabanas.

Dos de cada tres de los mejores polvos de mi vida han sido con pelirrojas. Bueno, dos de cada cuatro en todo caso. Pero la otra cara de la moneda es que odian a los hombres. Hay mucha ira ahí, amigo mío. Ten cuidado.

—¿Todas las pelirrojas odian a los hombres?

—Tiene mucho sentido cuando piensas en ello. Cualquier pelirroja con que te encuentres es probable que descienda de algún vikingo que andaba por ahí cortando los brazos de la gente antes de violar a su abuela ancestral. Lleva en ella la sangre de los saqueadores.

—Es una buena teoría. Deberías hablarle a ella de eso.

Cada paso que daba trataba de hacerlo en la huella de la bota del partisano que caminaba dieciocho pasos por delante de nosotros. Pisar nieve aplastada consume menos energía que hacerlo sobre nieve reciente en polvo, pero el hombre de delante tenía largas piernas, y a mí me costaba mucho ir a su ritmo.

—A ver si lo tengo claro —empecé, jadeando un poco y agachándome para esquivar una rama saliente cargada de agujas de pino—. ¿Estamos marchando hacia Novoye Koshkino para encontrar la casa donde los *Einsatzgruppen* están acuartelados, porque ellos podrían tener huevos allí?

—Eso es lo que estamos haciendo para el coronel. Pero para nosotros, y para Rusia, estamos marchando hacia Novoye Koshkino para matar a los *Einsatz*, porque tienen que ser eliminados.

Yo bajaba la cabeza para que la mayor parte de mi rostro quedara resguardado del viento por el cuello vuelto hacia arriba de la chaqueta de mi padre. ¿Qué sentido tenía seguir discutiendo? Kolya se consideraba a sí mismo un poco bohemio, un librepensador, pero a su manera era tanto un auténtico creyente como un Joven Pionero. Lo peor de todo ello era que yo no creía que estuviera equivocado. Los *Einsatzkommandos* tenían que ser destruidos antes de que nos destruyeran a nosotros. Sólo que yo no quería ser el responsable de destruirlos. ¿Se suponía que tenía que deslizarme en su guarida con un cuchillo como toda protección? Cinco días atrás, un relato de esta expedición habría parecido la gran aventura que yo había estado esperando desde que la guerra empezara. Pero ahora, en medio de ello, deseaba haberme marchado en septiembre con mi madre y mi hermana.

—¿Recuerdas el final del libro primero de *El podenco del patio*? ¿Cuando Radchenko ve a su antiguo profesor dando traspies por la calle y murmurando cosas a las palomas?

—Es la peor escena en la historia de la literatura.

—Oh, perdona, tú nunca has leído ese libro.

Era algo extrañamente confortante en la coherencia de Kolya, su disposición a hacer siempre las mismas bromas —si es que se podía llamar bromas— una y otra vez. Era como un alegre abuelo senil que se sentara a la mesa a la hora de la cena con

su sopa de remolacha esparcida por su cuello, contando una vez más la historia de su encuentro con el emperador, aunque todo mundo en su familia podía recitarla de memoria.

—Es uno de los pasajes más bellos de la literatura, sabes. Su profesor había sido un famoso escritor en su tiempo, pero ahora está completamente olvidado. Radchenko siente vergüenza por el viejo. Lo observa por la ventana de su dormitorio (Radchenko nunca sale del apartamento; recuerda, no ha salido en siete años), observa cómo el profesor se aleja, lanzando puntapiés a las palomas y maldiciéndolas. —Kolya se aclaró la garganta y adoptó el tono declamatorio—: «El talento ha de ser como una amante fanática. Es hermosa; cuando estás con ella, la gente te observa, se da cuenta de tu presencia. Pero ella llama a la puerta a horas extrañas, y desaparece durante largos períodos, y no tiene paciencia alguna con el resto de tu existencia: tu mujer, tus hijos, tus amigos. Es la noche más emocionante de tu semana, pero algún día te dejará para siempre. Una noche, después de que haya desaparecido durante años, la verás del brazo de hombre más joven, y ella fingirá no reconocerte».

La aparente inmunidad de Kolya al agotamiento se agravaba y me asombraba. Yo podía seguir moviéndome sólo fijándome en un árbol lejano y prometiéndome a mí mismo que no abandonaría antes de llegar a él. Y cuando llegábamos a aquel árbol, yo encontraba otro y juraba que éste sería el último. Pero Kolya parecía capaz de caminar a través de los bosques, perorando con cuchicheo teatral, durante horas cada vez.

Esperé un momento para asegurarme de que había terminado antes de asentir con la cabeza.

—Eso es bonito.

—¿Verdad que sí? —dijo rápidamente, encantado de oírlo.

La forma en que respondió me hizo que estudiara su cara iluminada por la luna.

—¿Tienes memorizada la mayor parte del libro?

—Oh, yo no diría eso. Pasajes aquí y allá.

La nieve era más profunda cuando cruzamos una loma, haciendo más penosa aún la tarea de caminar, y yo resoplaba como un anciano que tuviera un solo pulmón mientras me dirigía tambaleante al siguiente árbol.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Acabas de hacerla —dijo, con su irritante sonrisa de agrado.

—¿Qué escribes en tu diario?

—Depende del día. A veces, sólo unas notas sobre lo que hemos visto. A veces oigo a alguien decir algo, un par de frases, y me gusta como suenan...

Asentí, y experimenté manteniendo un ojo cerrado durante diez segundos, y luego el otro, alternando, en un intento de darles un poco de descanso y evitarles el viento.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pienso que estás escribiendo *El podenco del patio*.

—Piensas... ¿Te refieres a una crítica de *El podenco del patio*? Bueno, así es. Ya te lo dije. Algún día daré conferencias sobre el libro. Quizás sólo siete hombres en Rusia saben más de Ushakovo que yo.

—Yo no creo que exista ningún Ushakovo. —Empujé mi gorro hacia arriba para poder tener una visión más clara de él—. Tú no paras de decirme que es un clásico, Y yo nunca he oído hablar de él. Y fuiste muy feliz cuando te dije que me gustaba ese fragmento; estabas orgulloso de él. Si yo citara a Pushkin para ti, y tú dijeras que el escritor es muy bueno, eso no me haría sentirme orgulloso, ¿verdad? No es obra mía.

La expresión de Kolya nunca variaba. Su cara no admitía nada, no negaba nada.

—¿Pero te gustó?

—No es malo. ¿Se te acaba de ocurrir?

—En las últimas horas. ¿Y sabes lo que me inspiró? Ese poema de tu padre... «Un viejo poeta, otrora famoso, visto en un café».

—Ésa fue otra pista. Se lo robaste descaradamente.

Se rió, soltando una gran ráfaga de vapor al frígido aire.

—Esto es literatura. No lo llamamos robo, lo llamamos homenaje. ¿Qué hay de la primera línea del libro? ¿Te gustó, también?

—No recuerdo la primera línea del libro.

—«En el matadero donde nos besamos por primera vez, el aire seguía oliendo a la sangre de los corderos».

—Un poco melodramático, ¿no?

—¿Y qué hay de malo en el drama? Todos estos escritores contemporáneos son tan tímidos como peces...

—*Melodrama*, he dicho.

—... pero si el tema exige intensidad, debería tener intensidad.

—Así que todo este tiempo... ¿Por qué no me dijiste simplemente que estabas escribiendo una novela?

Kolya estaba mirando a la luna, que se hundía ahora hacia las copas de los pinos. Pronto se habría puesto y estaríamos caminando en medio de la verdadera oscuridad, tropezando con raíces y resbalando en el negro hielo.

—La verdad es, ¿sabes?, aquella primera noche en que nos conocimos... ¿En Las Cruces? Pensé que iban a fusilarnos por la mañana. Así que ¿qué podía importar lo que te dijera? Dije lo primero que me pasó por la cabeza.

—¡Me dijiste que no iban a fusilarnos!

—Bueno, parecías un poco asustado. Pero, vamos, piensa en ello: ¿un desertor y un saqueador? ¿Qué posibilidades teníamos?

El siguiente árbol que yo había elegido como apeadero parecía imposiblemente

lejano, un pino destacado que se alzaba por encima de sus hermanos, un silencioso centinela más viejo que todo el resto. Mientras yo jadeaba, Kolya sorbía un poco de té de su cantimplora, como un naturalista en una excursión nocturna a pie. Las raciones del ejército superaban en mucho las raciones de los civiles... Ése era mi análisis razonando para explicar su superior energía, ignorando el hecho de que ambos habíamos ingerido la misma comida durante los últimos días.

—Dijiste que habías abandonado tu unidad para poder defender tu tesis sobre *El podenco del patio* de Ushakovo —dije yo, haciendo una pausa entre frase y frase para poder recobrar el aliento—. Y ahora admites que no hay ningún Ushakovo y no hay *Podenco del patio*.

—Pero lo habrá. Si vivo lo suficiente.

—¿Por qué abandonaste tu unidad?

—Es complicado.

—Eh, vosotros dos, ¿vais a joder entre los matorrales o qué?

Kolya y yo nos dimos la vuelta. Vika se había deslizado detrás de nosotros sin emitir ningún sonido. Estaba tan cerca que yo podría haber alargado la mano y tocado su mejilla. Nos miraba airada a la cara, con desprecio, evidentemente disgustada por estar en compañía de tan miserables soldados.

—Os han dicho que marchéis en fila india con una distancia de nueve pasos.

Su voz era muy grave, áspera, para una muchacha tan pequeña, como si hubiera estado enferma la semana anterior y su laringe aún no se hubiera recuperado. Era una experta en el cuchicheo, capaz de enunciar cada palabra de manera que pudiéramos oírla todos y, sin embargo, nadie situado a cinco metros pudiera oír nada.

—Andáis paseando por ahí como un par de maricas, charlando sobre libros. ¿Os dais cuenta de que tenemos campamentos alemanes a menos de dos kilómetros de donde nos encontramos? Si queréis acabar en una fosa con todos los comunistas y judíos, es asunto vuestro, pero yo tengo planeado ver Berlín el año que viene.

—Él es judío —dijo Kolya, metiéndome el codo en los riñones, ignorando la furiosa mirada que yo le dirigía.

—¿Ah, sí? Bueno, eres el primer judío estúpido que he conocido y, o bien os dais la vuelta y volvéis a Piter o cerráis la boca y seguís nuestras reglas. Hay alguna razón por la que no hemos perdido ni un hombre en dos meses. Ahora, seguid, moveos.

Con una mano en cada una de nuestras espaldas nos empujó hacia delante, y nosotros ocupamos nuevamente el lugar en la fila india, nueve pasos entre uno otro, avergonzados y silenciosos.

Pensaba en el inexistente autor Ushakovo y su inexistente obra maestra, *El podenco del patio*. Por alguna razón, yo no estaba irritado con Kolya. Era una mentira extraña, pero inofensiva, y cuanto más caminaba más comprendía su motivación. Kolya parecía alguien valiente, sin miedo, pero todo el mundo tiene miedo en su

interior, en alguna parte; el miedo forma parte de nuestra herencia. ¿Acaso no somos descendientes de las pequeñas y tímidas musarañas que se acurrucaban en las sombras mientras las grandes bestias andaban por ahí con sus tremendas pisadas? Caníbales y nazis no ponían nervioso a Kolya, pero la amenaza de una posible situación violenta, sí... Es decir, la posibilidad de que un extraño pudiera reírse de unas líneas que él hubiera escrito.

Mi padre tenía muchos amigos, la mayor parte de ellos escritores, y éstos habían elegido nuestro apartamento como sede de su club debido a la cocina de mi madre y a la poca disposición de mi padre para echar a la calle a nadie. Mi madre se quejaba de que estaba dirigiendo el Hotel Literati. El lugar apestaba a humo de cigarrillos y las colillas estaban por todas partes, en las macetas de flores y en tazas de té a medio beber. Una noche un autor de teatro experimental metió docenas de colillas en bolas de cera de vela fundida sobre la mesa de la cocina, representando fuerzas romanas y cartaginesas, para poder demostrar la doble maniobra de envolvimiento de Aníbal en la batalla de Cannas. Mi madre se quejaba del ruido, de los vasos rotos, de las alfombras manchadas con vino ucraniano barato, pero yo sabía que le gustaba recibir a aquella multitud de poetas y novelistas. Le encantaba cuando devoraban sus estofados y se deshacían en elogios sobre sus pasteles. De joven había sido una mujer hermosa y, si bien ella no era coqueta, le gustaba cuando unos hombres bien parecidos flirteaban con ella. Se sentaba al lado de mi padre en el sofá y escuchaba los debates y discursos rimbombantes y críticas, sin decir nada pero escuchándolo todo, anotándolo todo para el interrogatorio que ella sufriría de mi padre cuando el último borracho finalmente saliera tambaleándose por la puerta. Ella no era escritora, pero sí buena lectora, apasionada y ecléctica en sus gustos. Cuando llegaba a su apartamento uno de los grandes hombres, un Mandelstam o un Chukovsky, no los trataba con ningún especial favoritismo, pero yo podía ver que los observaba más cuidadosamente, evaluando cómo se comportaban con mi padre. En su mente la comunidad literaria tenía sus rangos tan exactamente como el ejército. La tropa quizás no tenía títulos e insignias, pero igualmente tenía sus niveles diferentes, y ella quería saber en qué lugar se encontraba mi padre.

En ocasiones, cuando se habían vaciado suficientes botellas de vino, se levantaba un poeta, balanceándose ligeramente como si estuviera soplando un fuerte viento, y recitaba un nuevo poema que había escrito. Para mí, un niño de ocho años atisbando en el salón desde el pasillo, sabiendo que me pillarían pronto y confiando en que fuera mi padre el que lo hiciera (éste era casi imposible de enfurecer, en tanto que mi madre era rápida con su dura mano en el trasero), los poemas no significaban nada. La mayoría de los poetas querían ser Mayakovsky y, aunque no podían igualar su talento, sí podían remedar su oscuridad, declamando sonoramente unos versos que no tenían ningún sentido para mí a los ocho años, y probablemente tenían sólo un poco

para todos los demás de la habitación. Pero, aunque los poemas no me impresionaban, sus interpretaciones, si... Aquellos inmensos hombres con sus enmarañadas cejas, siempre sosteniendo cigarrillos entre los dedos, las largas cenizas rompiéndose y cayendo al suelo siempre que gesticulaban demasiado exageradamente. Raras veces, una mujer se levantaba y se enfrentaba a la fija mirada de los presentes... En una ocasión, incluso la propia Ajmatova, según mi madre. Aunque yo no recuerdo haberla visto.

A veces los poetas leían unas notas garabateadas y otras hablaban de memoria. Cuando habían terminado, demasiado conscientes de las caras que los observaban, alargaban la mano en busca del más próximo vaso de vino o vodka... No solamente por el apoyo que significaba la bebida, sino para tener algo que hacer, una simple acción con que ocupar manos y ojos mientras esperaban la reacción de la multitud. Se trataba de un auditorio de colegas profesionales, competidores, Y la respuesta usual era una modesta aprobación. Una o dos veces, vi a aquellos envidiosos hombres de letras estallar en euforia, tan conmovidos por el poder de la obra que se habían olvidado de sus celos cuando gritaban «¡Bravo! ¡Bravo!» y se abalanzaban sobre el aturdido, feliz, poeta, besándole las mejillas con sus húmedos y sucios labios, desordenándole el cabello, repitiendo sus líneas favoritas y moviendo la cabeza con admiración.

Una reacción mucho más habitual, sin embargo, era el desdeñoso silencio, sin nadie que se atreviera a mirar al poeta a los ojos o pudiera fingir interés en el contenido, felicitando sin entusiasmo el empleo de una garbosa metáfora. Cuando una lectura fracasaba, el poeta lo sabía rápidamente. Depositaba su copa de alcohol, mientras el rubor de la vergüenza se esparcía por su rostro, se secaba la boca con la manga y se largaba discretamente al otro extremo del apartamento, mostrando un gran interés en los libros de las estanterías de mi padre... Balzac y Stendhal, Yeats y Baudelaire. El hombre derrotado abandonaba pronto la fiesta, aunque marcharse demasiado rápidamente parecería una falta de deportividad, una malhumorada forma de cobardía, por lo cual aguardaría unos agonizantes veinte minutos mientras todo el mundo a su alrededor evitaba solícitamente mencionar su poema, como si se tratara de una ventosidad brutal aunque nadie fuera tan grosero como para reconocerla. Finalmente, le daba las gracias a mi madre por su comida y hospitalidad, sonriendo, pero sin mirarla a los ojos, y salía apresuradamente por la puerta, sabiendo que, un instante después de su salida, todo el mundo bromearía sobre la atrocidad que él había destapado, qué horror, qué apelmazado saco de pretensión y artificio.

Kolya se protegía a sí mismo inventando a Ushakovo. El fingido escritor proporcionaba una cobertura, de manera que Kolya podía poner a prueba su frase inaugural, la filosofía de su protagonista, incluso el título del libro, calibrando mi reacción, sin miedo a la burla. En tanto que chanchullo, no era de los más elaborados

pero él lo había llevado a cabo con gracia, y decidí que Kolya podía probablemente escribir una novela decente algún día, si sobrevivía a la guerra y abandonaba la ampulosa primera frase.

La charla con Kolya y el encuentro con Vika me habían despabilado hasta despertarme otra vez, y miré a mi alrededor en el bosque, confiando en que los hombres que me precedían y me seguían tuvieran mejores ojos para la oscuridad que yo. La luna finalmente se había ocultado tras los árboles; el sol tardaría horas en salir; la noche era realmente negra ahora. Por dos veces casi me metí entre los árboles. Las estrellas habían aparecido por millones, pero estaban ahí sólo como decoración, y me pregunté por qué aquellos lejanos soles aparecían como agujeritos de luz. Si los astrónomos tenían razón y el universo estaba lleno de estrellas, muchas de ellas mayores que nuestro sol, y si la luz viajaba siempre sin perder velocidad o disminuir, ¿por qué no resplandecía el cielo a cada momento del día? La respuesta debía de ser obvia, pero yo no conseguía imaginármela. Durante treinta minutos no me preocupé de los *Einsatzkommandos* y su jefe Abendroth; me olvidé de los calambres musculares de mis piernas y no me fijé en el frío. ¿Eran las estrellas como linternas, incapaces de proyectarse más allá de cierta distancia? Desde el tejado del Kirov podía distinguir la linterna de un soldado brillando desde algunos kilómetros de distancia, aun cuando el rayo no pudiera iluminar mi cara desde allí. Pero entonces, ¿por qué el rayo de una linterna pierde potencia con la distancia? ¿Se esparcían las partículas de luz como los perdigones de un disparo de escopeta? ¿Estaba la luz incluso hecha de partículas?

Mis semilúcidas divagaciones terminaron finalmente cuando colisioné con la espalda de Kolya, golpeándome la nariz y lanzando un grito de sorpresa. Una docena de voces me hicieron callar. Entrecerrando los ojos ante las borrosas sombras que tenía delante de mí vi que todos se habían reunido al lado de una enorme roca, coronada de nieve. Vika se había subido ya a la cúspide del peñasco; no sé cómo había conseguido encaramarse por sus resbaladizas, congeladas, paredes en la oscuridad.

—Están quemando los pueblos —le gritó a Korsakov.

En el momento en que habló, olí el humo en el aire.

—Han encontrado los cuerpos —dijo Korsakov.

Los alemanes habían dejado muy claro su filosofía de represalia a los civiles en el territorio ocupado. Clavaban carteles en las paredes; emitían proclamas en sus programas de radio en lengua rusa; esparcían el rumor a través de sus colaboradores: matad a uno de nuestros soldados y mataremos a treinta rusos. Seguir la pista de los partisanos era una tarea difícil, pero acorralar a un gran número de viejos, mujeres y niños era fácil, incluso ahora que la mitad de la nación había huido.

Si Korsakov y sus hombres estaban preocupados por la idea de que su incursión a

primera hora de la noche había desencadenado una carnicería de inocentes, no vi signo alguno de ello en sus rostros. El enemigo había declarado la guerra total cuando invadió nuestro país. Habían jurado, repetidamente y por escrito, incinerar nuestras ciudades y esclavizar al populacho. No podíamos combatirlos con moderación. No podíamos luchar la guerra total con media guerra. Los partisanos continuarían eliminando nazis; los nazis continuarían masacrando a no combatientes; y, finalmente, los fascistas aprenderían que no podían ganar la guerra aunque mataran a treinta civiles por cada uno de sus soldados muertos. La aritmética era brutal, pero la aritmética brutal siempre había funcionado a favor de Rusia.

Vika bajó gateando del peñasco. Korsakov se adelantó para conferenciar con ella. Cuando pasaba por delante de nosotros, le murmuró a Kolya:

—Pues, nada. Ahí se queda Novoye Koshkino.

—¿No vamos a ir?

—¿Y para qué? La cuestión era llegar allí antes de la salida del sol y tratar de cazar al *Einsatz*. ¿Hueles ese humo? Los *Einsatz* nos están cazando a nosotros.

Los partisanos mantenían una casa segura a pocos kilómetros tierra adentro desde el Lago Ladoga, una choza de trampero largo tiempo deshabitada en una colina densamente poblada de alerces. Llegamos finalmente allí una hora antes del alba, el cielo variando pacientemente de negro a gris y cayendo una ligera nieve mientras el aire se despejaba. Todo el mundo parecía pensar que la nieve era un buen presagio, ya que cubría nuestras huellas e indicaba un día más cálido.

Durante el camino hacia la cabaña habíamos pasado a lo largo de un risco desde el que pudimos ver otro pueblo en llamas. El fuego era silencioso, las casitas que se derrumbaban incendiadas lo hacían sin quejarse, nubes de chispas ascendían al cielo. Desde lejos parecía hermoso, y pensé que resultaba extraño que la violencia intensa sea a menudo tan agradable a la vista, como las balas trazadoras por la noche. Al pasar por delante del pueblo, oímos el estallido de armas de fuego, a no más de un kilómetro de distancia, seis o siete ametralladoras disparando a la vez. Todos sabíamos lo que significaban aquellos disparos y todos seguimos caminando.

La choza del trampero parecía haber sido fabricada a martillazos, partiendo de viejas planchas de madera y clavos oxidados, por un hombre con poca destreza para la carpintería y ninguna paciencia para el trabajo. La puerta colgaba ladeada de sus goznes. No había ventanas, sólo un tubo que salía del tejado para dar salida al humo. Y carecía de suelo, tan sólo tierra endurecida. En su interior, el olor a mierda humana era casi insoportable. Las paredes mostraban estrías como producidas por garras, y me pregunté si los fantasmas de todos los zorros y martas despellejados seguían atormentando el lugar, ansiosos por desollar vivos a sus ocupantes cuando las velas se apagaran.

Hacía tanto frío afuera que el interior ofrecía sólo un refugio del viento y no aumentaba el calor. Korsakov eligió a un desafortunado hombre para salir al exterior y hacer el primer turno de guardia. El partisano del uniforme de esquiador finlandés se quitó la mochila e instaló una pequeña «estufa burguesa», llenándola de residuos de madera que habían dejado en la cabaña anteriormente. Cuando la estufa estuvo encendida, todos nos agrupamos tanto como pudimos, trece hombres y una mujer... O doce hombres, una mujer y un muchacho, si teníamos que ser sinceros. Me pregunté, por centésima vez aquella noche, qué aspecto tendría ella sin aquellos sucios leotardos, su pálida piel tensa sobre la filigrana azul de sus venas. ¿Tenía pechos o era plana como un muchacho? Sus caderas eran tan estrechas como las mías, estaba completamente seguro de eso, pero incluso con su corto cabello y su cuello manchado de barro, había algo innegablemente femenino en aquel orgulloso saliente labio inferior. ¿La codiciaban los otros hombres del grupo, también, o todos la veían como la veía Korsakov, un francotirador, sin sexo, con una vista misteriosa?

¿Eran todos idiotas o lo era yo?

El hedor de la mierda me hacía lagrimear, pero pronto el humo de la estufa enmascaró lo peor de la peste, y el fuego y nuestro calor corporal hicieron la cabaña bastante confortable. Habiendo llegado a aquel punto en que podía dormirme en cualquier parte, y con la chaqueta de la marina heredada de mi padre extendida debajo de mí y mi bufanda doblada como almohada, por una vez me deslicé en la inconsciencia segundos después de descansar la cabeza.

Un momento más tarde, Kolya me daba con el codo.

—Eh —susurró—. Eh, ¿estás despierto?

Yo mantuve los ojos cerrados, esperando que me dejara en paz.

—¿Estás enfadado conmigo? —quiso saber.

Su boca estaba cerca de mi oído, permitiéndole susurrarme directamente dentro de mi cráneo sin preocuparse de los otros. Yo quería darle un puñetazo para hacerle callar, pero no quería que él me lo devolviera.

—No —dije—. Anda a dormir.

—Lamento haberte mentado. Aunque pensé que íbamos a morir, eso no importaba. Fue una equivocación por mi parte.

—Gracias —le dije, y me di la vuelta, esperando que entendiera la insinuación.

—¿Te gusta el título, sin embargo? ¿*El podenco del patio*? ¿Sabes lo que significa?

—Por favor... Por favor, déjame dormir.

—Lo siento. Duerme, naturalmente.

Pasaron treinta segundos en silencio, pero yo no podía relajarme, porque sabía que él estaba completamente despierto, mirando al techo con fijeza, esperando hacerme otra pregunta.

—¿Quieres saber la verdad, no? ¿Sobre el motivo por el que dejé el batallón?

—Puedes contármelo mañana.

—No había estado con una chica en cuatro meses. Mis pelotas estaban repicando como un par de campanas de iglesia. ¿Crees que bromeo? Yo no soy como tú. Yo no tengo tu disciplina. Follé con mi primera chica tres días después de correrme por primera vez. Tenía doce años, no tenía un solo pelo en mis partes, pero se la metí a Klava Stepanovich ahí abajo en la sala de calderas, boing, boing, boing.

—¿Boing, boing, boing?

—Te lo digo. Me entra esa especie de ansia. Paso una semana sin ello y no puedo concentrarme, mi cerebro no funciona, voy andando por las trincheras empalmado hasta aquí.

La cálida respiración de Kolya se me metía en el oído, y yo traté de alejarme, pero estábamos todos juntos apretados en el suelo de tierra, como cigarrillos en un paquete.

—Teníamos prevista una fiesta para Nochevieja todo el batallón. Había vodka, alguno iba a cantar; oí un rumor de que alguien había encontrado algunos cerdos escondidos en un granero en algún lugar e íbamos a asarlos. Un asunto que dura toda la noche, ¿verdad? Así que yo hice mis cálculos. Eso es bueno, que lo celebren con su vodka y sus cerdos; yo tengo otros asuntos. Estábamos a menos de una hora de Piter en coche. Yo tenía un amigo que entregaba mensajes a los cuarteles generales. Iba a ir a la ciudad para tres o cuatro horas. Perfecto. De manera que subí con él, me dejé en el edificio de una amiga ...

—¿Sonya?

—No, una chica llamada Yulia. No era la muchacha más hermosa del mundo, ni siquiera era bonita, realmente. Pero escucha, Lev, esta chica ya me la ponía dura cuando limaba sus uñas. Su minino era mágico. Realmente lo era. Vivía en el quinto piso y durante el camino de subida me iba preparando. Había decidido ya la posición..., simplemente echarla sobre el respaldo del sofá, el culo al aire, y meterla profundamente. De todas formas, no sé si tú la tienes bastante grande, pero si no es así, ésa es una buena posición para ti. Te puedes meter hasta el final. En cualquier caso, llegué a su apartamento; empecé a desabrocharme el cinturón, llamé a la puerta y abrió una vieja. Apenas más alta que una enana, la mujer aquella, y tiene pinta de tener doscientos años. Le digo que soy un amigo de Yulia y ella dice: «Dios me perdone, Yulia murió hace un mes». ¡Dios me perdone! ¡Joder! Así que le doy mi pésame a esa bruja, le regalo un trozo de pan porque apenas es capaz de sostenerse en pie y corro escaleras abajo. El tiempo se está agotando. Hay otra chica que vive cerca, una de las bailarinas de que te hablé. Un poco la reina del hielo, pero las mejores piernas de Piter. Tengo que encaramarme por encima de una verja para llegar a su edificio, casi me clavo un pincho de hierro por el culo, pero lo consigo, llego a la puerta de su apartamento y llamo: «¡Soy yo, Nikolai Alexandrovich, déjame entrar!». La puerta se abre, su gordo marido, de ojos de rata, mirándome fijamente con desafío. El mierda ese nunca está en casa, excepto esta vez. Un hombre del Partido, por supuesto, generalmente está en las oficinas calculando nuevas regulaciones para el ejército, pero esta noche decide quedarse en casa y torturar a su mujer en Nochevieja. «¿Quién eres tú? ¿Qué es esto?», me dice, indignado, como si yo de alguna manera le hubiera insultado llamando a su puerta y exigiendo el conejo húmedo de su mujer en una fuente. Yo quería pegarle en su culo lleno de hoyuelos, pero eso hubiera sido el final para mí, así que le hice un saludo, al maldito civil, le dije que había llamado a la puerta equivocada y desaparecí. Ahora estoy jodido. La única otra chica que conozco en aquella parte de la ciudad es Roza, pero es una profesional, y no llevo dinero. Pero soy un buen cliente, quizás confíe en mí, quizás acepte cualquier clase de comida que le deje a cambio, ¿no? Está a un par de kilómetros de distancia. Estoy corriendo ahora, sudando, la primera vez que sudo desde octubre. No me queda mucho tiempo

antes de que mi amigo tenga que volver. Llego allí sin aliento, subo los cuatro tramos de escaleras hasta el apartamento de Roza; la puerta no está cerrada; entro me encuentro con tres soldados esperando en la cocina pasándose una botella de vodka. Puedo oírla gimiendo en la otra habitación, y aquellos imbéciles borrachos están cantando canciones campesinas y dándose palmadas en la espalda mutuamente. «No te preocupes», —dice último de la cola—. «Iré rápido».

»Les ofrecí dinero para que me dejaran saltarme la cola, excepto que no tenía dinero y ellos no estaban tan borrachos que fueran a aceptarme un pagaré. Les dije que tenía que volver al batallón y uno de ellos dijo: “¡Es Nochevieja! ¡Todos estarán borrachos! Mientras estés ahí por la mañana, todo irá bien”. Eso no me sonó mal, y ellos seguían pasándose la botella, así que bebí con ellos y pronto estaba cantando sus malditas canciones campesinas más alto que todos ellos. Y una hora más tarde finalmente conseguí yacer con Roza. Es una chica dulce... No me importa lo que la gente diga de las putas, ella me dejó entrar por el resto del pan que llevaba en el bolsillo, y no era mucho. Pero dijo que su minino le dolía, así que me la chupó, en vez de eso. Quince minutos más tarde, yo estaba listo otra vez y ella sonríe y dice: “Oh, os adoro a vosotros, los jóvenes”, y me deja entrar en ella muy lentamente, muy suavemente. Y luego otra vez, media hora más tarde. Debo de haber esparcido al menos un litro de semen dentro de ella, al norte y al sur, por todas partes.

Yo tenía la incómoda sensación de que Kolya se estaba excitando otra vez mientras me contaba la historia.

—Así que te perdiste el viaje de vuelta en coche.

—Oh, lo perdí por varias horas. Pero no estaba preocupado, ya encontraría otro coche que se dirigiera al batallón. Conozco a la mayor parte de estos chicos que entregan mensajes; no sería una jugada difícil. Deberías haberme visto saliendo de la casa de Roza. Un ser humano diferente del que había entrado en ella. Relajado, una gran sonrisa en mi cara, un poco de euforia en mi zancada. Salgo por la puerta principal, estoy prácticamente dando saltos por la acera y una patrulla de la NKVD, cuatro de esas sucias zorras, me detienen. El hombre me pide mis papeles LOA. Yo no tengo papeles LOA, le digo. Estoy entregando mensajes para el general Stelmakh... Ese hombre está planeando una batalla, necesita fusiles, necesita morteros, no tiene tiempo de firmar algunos LOA manchados de mierda. Stelmakh es uno de tu tribu, creo. ¿Sabías eso?

—¿Esta historia termina alguna vez? ¿Vas a seguir hablando durante el resto de mi vida?

—Aquel pequeño y glorificado policía que me está interrogando lleva un bigotito a lo Hitler. Uno pensaría que cualquiera que llevara en Rusia un bigote a lo Hitler se lo habría afeitado a estas alturas, pero no, aquel malsano bastardo piensa que le da un buen aspecto. Me pregunta por qué estoy entregando mensajes del general Stelmakh a

un edificio de apartamentos del barrio de Vyborg. Decido que un poco de verdad nunca hace daño, decido apelar a la humanidad del hombre. Le hago un guiño, le digo que me he procurado un poco de distracción mientras esperaba mi viaje de vuelta al Cuartel General de Stelmakh. Uno se imagina que me sonreiría, me daría un golpecito en la espalda y me diría que estuviera mi LOA en orden la próxima vez que dejara el batallón. Había estado en el frente cuatro meses, mientras aquel bigotudo enano andaba por ahí en Piter arrestando soldados por traer un poquito de comida a casa de sus padres, una bolsa de arroz. Ése fue mi error. Apelar a la humanidad de un burócrata. Hizo que sus hombres me pusieran las esposas, luego me brindó su sonrisa de superioridad y me dijo que el general Stelmakh estaba en Tijvin, a doscientos kilómetros de distancia, y acababa de ganar una importante batalla.

—No deberías haber dicho Stelmakh. Eso fue estúpido por tu parte.

—¡Por supuesto que fue estúpido! ¡Mi polla estaba todavía húmeda!

Varios partisanos murmuraron a Kolya que cerrara la boca, y éste bajó la voz.

—Mi cerebro no funcionaba bien. No podía creer que aquel hombre me estuviera acusando. ¿Comprendes lo rápido que cambian las cosas? Yo era un soldado con buena reputación por la tarde, y allí estaba, cinco horas después, acusado de desertión. Pensaba que me iban a fusilar allí mismo en la calle. Pero me llevaron a Las Cruces. Y entonces me encontré contigo, mi pequeño y melancólico hebreo.

—¿Cómo murió Yulia?

—¿Qué? No lo sé, supongo que de hambre.

Nos quedamos callados durante varios minutos, escuchando cómo dormían los hombres que nos rodeaban, algunos de ellos en silencio, otros haciendo ruidos ásperos y nasales y otros produciendo una especie de gorgoteo como el viento en una chimenea. Yo traté de distinguir la respiración de Vika de la de los demás, sintiendo curiosidad de ver qué sonido producía por la noche, pero era imposible decirlo.

Yo me había enfadado con Kolya por mantenerse despierto con su interminable charla, pero en el silencio me sentí repentinamente solo.

—¿Estás dormido? —pregunté.

—Hum... —murmuró, ya grogui, el rápido durmiente, contada su historia, navegando ya en sus sueños.

—¿Por qué está oscuro por la noche?

—¿Qué?

—Si hay miles de millones de estrellas, y la mayor parte de ellas es tan brillante como el Sol, y la luz viaja eternamente, ¿cómo es que no está todo brillando siempre?

No esperaba realmente una respuesta. Me imaginé que soltaría un bufido y me diría que me durmiera, o me daría alguna respuesta adecuada, como «Está oscuro por la noche porque el sol se ha puesto». En vez de eso, se incorporó y me miró fijamente. Podía ver su ceño fruncido a la parpadeante luz de la estufa de burgués.

—Es una excelente pregunta —dijo.

Pensó en ella un poco más, atisbando en la oscuridad fuera del círculo de luz de la estufa. Finalmente, hizo un gesto negativo con la cabeza, bostezó y volvió a echarse en el suelo. Diez segundos más tarde estaba dormido, roncando, el zumbido de sus inhalaciones seguido del silbido de sus exhalaciones.

Yo estaba aún despierto cuando el guardia de fuera entró, terminando su turno, despertó a su sustituto, volvió a llenar la estufa con algunas ramitas que había reunido y se estiró en el círculo de cuerpos apretujados. Durante otra hora escuché cómo estallaban los nudos de la madera, pensando en las luces de las estrellas y en Vika, hasta que caí dormido y soñé con un cielo del que llovían chicas gordas.

El partisano que tenía el turno de guardia nos despertó antes del mediodía, irrumpiendo violentamente por la puerta de la cabaña, tratando de mantener baja la voz pese a su pánico.

—Vienen hacia aquí —dijo. Estábamos de pie antes de que él hubiera podido pronunciar su segunda frase reuniendo nuestro equipo, instantáneamente alertas con las noticias de un peligro real. Habíamos dormido con las botas puestas y estábamos preparados para movernos—. Parece una compañía completa. Con prisioneros.

Korsakov deslizó la correa del fusil sobre su hombro.

—¿Infantería?

—No he visto ningún blindado.

Treinta segundos más tarde salíamos en tropel por la retorcida puerta a la hostil luz solar. La cabaña sin ventanas había sido tan oscura como una cripta, y apenas podía abrir los ojos bajo el resplandor del mediodía. Seguimos a Korsakov, y la orden no pronunciada era sencilla: correr.

Nunca tuvimos una oportunidad. Incluso antes de que el último hombre estuviera fuera de la cabaña, pude oír las voces de los alemanes gritando. Me convertí en un animal, sin ningún pensamiento en la cabeza; sólo me empujaba el temor. El aire se había vuelto cálido y la nieve era pesada y húmeda, agarrándose a mis botas, sorbiéndome.

Cuando tenía nueve años, una delegación de famosos comunistas franceses visitó Piter, y el Partido arregló las calles. Obreros con cigarrillos colgándoles de los labios vertían alquitrán fresco en la calle Voinova y lo aplanaban con palustres de largos mangos, convirtiendo mi calle en un bulevar de chocolate fundido. Yo los había estado observando toda la mañana, con los gemelos Antokolsky, justo delante de las puertas del Kirov. No recuerdo que nada desencadenara nuestra decisión colectiva. Sin decir una palabra, sin mirarnos siquiera el uno al otro, nos quitamos los zapatos, los arrojamos al patio y echamos a correr a través de la calle. Podríamos habernos quemado las plantas de los pies, pero no nos importaba; dejamos nuestras huellas en la blanda calzada y seguimos corriendo al llegar al otro lado, mientras los obreros lanzaban maldiciones y agitaban sus palustres en dirección hacia nosotros, sin preocuparse lo suficiente para perseguirnos, sabiendo que no nos podrían pillar nunca.

Mi madre necesitó aquella noche una hora para dejarme limpios los pies fregándolos y restregándolos con piedra pómez. Mi padre estaba junto a la ventana, las manos a la espalda, conteniendo una sonrisa mientras miraba hacia Voinova. Bajo las farolas, la calle parecía perfecta y lisa, excepto por tres pares de pequeñas huellas de pies que echaban a perder la superficie como rastros de gaviotas sobre la arena

húmeda.

Correr a través del alquitrán húmedo no era como correr a través de nieve fundida. No sé por qué los recuerdos persisten juntos, pero es así.

Los disparos resonaban entre los abetos. Una bala pasó zumbando por mi lado, tan sonora y tan cerca que me toqué la sien con la mano para ver si me había dado. Vi al hombre que estaba delante de mí caer al suelo y, por la forma como caía, comprendí que nunca volvería a ponerse en pie. Yo no podía moverme más deprisa, tampoco podía tener más miedo; ver caer al hombre no modificó en nada mi actitud. En aquel momento, yo no era ya Lev Abramovich Beniov. No tenía una madre que vivía en Vyazma o a un padre muerto enterrado en algún pedazo de tierra sin marcar. No descendía de los eruditos de la Torá de negros gorros por parte de mi padre o de *petit-bourgeois* moscovitas por la de mi madre. Si un alemán me hubiera agarrado por el cuello en aquel momento, sacudiéndome y preguntándome mi nombre en un ruso perfecto, no podría haber respondido, no podría haber pronunciado una sola frase para suplicar misericordia.

Vi a Korsakov volverse para disparar a nuestros perseguidores. Antes de que pudiera soltar un solo tiro una bala le partió la mandíbula inferior separándola del cráneo. Parpadeó, sus ojos todavía alertas, pese a que le faltaba media cara. Pasé corriendo por su lado, subiendo por una empinada loma y bajando por el otro lado donde se había formado un arroyo en una estrecha hondonada, el aguanieve borboteando mientras serpenteaba entre las rocas y ramas caídas.

Haciendo caso a algún inexpresado instinto, me desvié de mi camino para seguir la corriente, corriendo colina abajo a lo largo de las resbaladizas piedras, más deprisa ahora de lo que lo había hecho en la nieve. Mi cuerpo esperaba la inevitable bala, la estaca del ferrocarril clavada entre mis omóplatos y que me lanzaría con la cara por delante hacia la fría agua. Pese a todo, me sentía extrañamente ágil, mis pies eligiendo su próximo paso sin consultar al cerebro y las botas chapoteando en el agua helada, sin tropezar nunca.

No sé cuánto tiempo o hasta dónde corrí, pero finalmente tuve que pararme. Me zambullí detrás del tronco de un viejo alerce, sus ramas inclinadas a causa del peso de la nieve, y me senté en las sombras tratando de recobrar el aliento. Mis piernas no dejaban de temblar, aun después de que con mis enguantadas manos tratara de calmarlas apretando los muslos. Cuando los pulmones dejaron de dolerme, paseé la mirada alrededor del tronco y colina arriba.

Tres hombres venían en mi dirección, fusil en mano, andando a un ritmo deliberado. Ninguno de ellos llevaba uniforme alemán. El más cercano llevaba ropa de invierno de esquiador, y comprendí que se trataba del partisano que había visto chupando el anillo de boda del dedo de un muerto. Markov, lo llamaban los otros. Sentí por él un fuerte cariño en aquel momento, por su embotada cara roja, sus

hundidos ojos que me habían parecido asesinos la noche anterior.

Tras él venía Kolya, y se me escapó la risa al verlo. Le había conocido un viernes por la noche y no me gustó hasta el lunes, y ahora, martes por la tarde, verlo vivo me hacía gritar de felicidad. Había perdido su gorro de astracán durante la lucha y su rubio cabello le colgaba sobre la frente hasta que se lo apartó. Se volvió para decir algo al hombre que tenía a su lado, sonriendo al hablar, y supe que estaba haciendo una broma muy divertida.

El hombre de su lado resultó ser Vika. A diferencia de Kolya, ella había conservado su gorro; lo llevaba calado hasta las cejas y, aun desde la distancia, pude ver sus lobunos ojos azules moviéndose inquietos bajo el borde de su gorro de piel de conejo. Lo que Kolya le dijo no la divirtió. No parecía siquiera estar escuchando. Se daba la vuelta cada pocos pasos para descubrir a sus posibles perseguidores.

Mi carrera no podía haber durado mucho (¿veinte minutos?, ¿diez?), pero el interior de la choza de trampero parecía ya un recuerdo robado a un extraño. El verdadero terror —la auténtica creencia de que tu vida va a terminar violentamente— lo borra todo excepto a uno mismo del cerebro. De modo que, incluso después de ver a Kolya y a Vika y a Markov, aunque aquellas tres caras me parecían las más hermosas de Rusia, yo no era capaz de gritar sus nombres o agitar la mano. La sombra bajo las combadas ramas del alerce era mi lugar seguro. Ningún daño me había ocurrido desde que llegara allí. Los alemanes no me habían encontrado. Nunca había visto el maxilar de nadie arrancado de su cara, dejando sólo unos desconcertados ojos flotando sobre los despojos del suelo de una carnicería. No era capaz de hacerle señas a Kolya, aunque en cuatro días se había convertido en mi mejor amigo.

Quizás cambié de posición o me estremecí... Debí de hacer algún ligero ruido, porque Vika se giró hacia mí, la culata de su fusil apoyada contra el hombro, la boca apuntando a mi cabeza. Ni siquiera entonces pude hablar lo bastante rápidamente para salvar mi vida. Podía haber gritado su nombre. Cualquier frase en ruso podría haber ayudado.

—Es tu amiguito —le dijo ella a Kolya—. Quizás esté herido.

Kolya corrió hasta llegar a mi lado, apartando las ramas del alerce, agarrándome por las solapas de la chaqueta y balanceando mi cuerpo a izquierda y derecha en busca de agujeros de balas.

—¿Estás herido?

Moví negativamente la cabeza.

—Vamos, entonces. —Me levantó hasta ponerme en pie—. Están detrás, no muy lejos.

—Es demasiado tarde —dijo Vika.

Ella y Markov se habían unido a nosotros en las enclaustradas sombras, e hizo un

gesto con el cañón de su fusil hacia la cima de la colina.

Alemanes de blancos anoraks habían traspasado la cima, a menos de doscientos metros de distancia, los fusiles prestos, avanzando cautelosamente mientras escrutaban el terreno por posibles lugares de emboscada. Sólo unos pocos soldados al principio, abriéndose camino con mucho cuidado a través de la nieve; pero iban llegando cada vez más hombres que salvaban la cresta, hasta que la colina entera por encima de nosotros rebose de hombres que querían matarnos.

Markov sacó unos gemelos de campaña del bolsillo de su mono de camuflaje. Observó a los exploradores avanzados que bajaban por la colina.

—Primera División Gebirgsjäger —susurró, ofreciendo los gemelos a Vika—. ¿Ves las insignias de edelweis?

Ella asintió, apartando los gemelos.

—Estamos jodidos.

Entre las filas de soldados uniformados marchaba un rebaño de prisioneros, las cabezas bajas. Hombres del Ejército Rojo, sus uniformes sucios, caminando con dificultad junto a unos aturcidos civiles, que llevaban lo que habían conseguido agarrar cuando los alemanes asaltaron sus pueblos. Algunos desgraciados marchaban en mangas de camisa, sin chaquetas ni guantes ni gorros. Andaban chapoteando en la nieve, sin levantar la mirada ni decir una palabra, directamente hacia donde estábamos nosotros.

—Parece que una compañía entera se dirige hacia aquí —dijo Markov, guardándose los gemelos y preparando su fusil—. Y tiene que pasarme ahora, cuando tengo los bolsillos llenos de oro.

Vika puso una mano sobre el brazo de Markov.

—¿Tanta prisa tienes en ser un mártir?

El hombre la observó fijamente, en tanto la mira de acero de su arma apuntaba ya al nazi más próximo.

—Disparar a la infantería —dijo ella—, eso no es nada. Nosotros vamos tras los *Einsatz*.

Él frunció el ceño y le apartó la mano como si ella fuera una mujer enajenada de la calle que hubiera venido a pedirle limosna.

—No tenemos elección. Todo lo que veo son soldados de montaña.

—Los del *Einsatzgruppen A* viajan con la Primera Gebirgsjäger, Ya lo sabes. Abendroth tiene que estar cerca.

Kolya y yo nos lanzamos una mirada. La noche anterior habíamos oído el nombre de Abendroth por primera vez; aquellas sílabas se habían grabado ya en nuestra mente como sinónimo de pavor. Yo no podía arrancarme la imagen de Zoya retorciéndose en el suelo junto a sus pies cortados. Al hombre en cuestión no lograba imaginármelo, las chicas no nos lo habían descrito, pero sí imaginaba sus manos —

salpicadas de sangre, las uñas limadas e inmaculadas—, mientras descansaba la sierra en el suelo de madera de la granja.

—Se acabó —dijo Markov—. Basta de huir.

—Yo no he dicho nada de huir. Ellos han cogido más de cien prisioneros. Nos mezclamos con ellos ...

—¿Has perdido la cabeza, so lela? ¿Crees que vas a poder salir ahí fuera con el fusil al aire y los Fritz te dejarán rendirte?

—No nos vamos a rendir.

Con su enguantada mano cogió una rama que colgaba baja, se izó y colocó su fusil en el hueco entre el tronco y la rama. Cuando hubo bajado otra vez al suelo, se quitó la nieve de los guantes e hizo un gesto a Markov para que ocultara su fusil también.

—Vamos a mezclarnos con los prisioneros y a esperar el momento adecuado. Ellos han registrado ya a esas ovejas en busca de posibles armas. Tú llevas una pistola en alguna parte, ¿no es verdad? Vamos, apresúrate. Líbrate del fusil.

—Podrían volver a registrarnos.

—No lo harán.

Los alemanes más próximos estaban a cien metros de distancia, las capuchas muy ajustadas contra sus gorros de campaña. Markov los miró, sus rosadas caras eran unos blancos fáciles para un experto tirador.

—Matarán a la mitad de los prisioneros al anochecer.

—Así que nosotros estaremos en la otra mitad.

Kolya sonrió y asintió, acogiendo con entusiasmo la idea. Era la especie de absurdo proyecto que él mismo podría haber concebido, y no me sorprendió que estuviera encantado con él.

—Vale la pena intentarlo —susurró—. Si vamos con el resto de ellos, todavía hay una posibilidad. Y si nos descubren, vale, tendremos nuestra tanda de disparos, entonces. Es un buen plan.

—Es un plan de mierda —dijo Markov—. ¿Cómo vamos a meternos entre ellos sin que nos vean?

—Aún te quedan algunas granadas, ¿verdad? —preguntó Vika.

Markov la miró fijamente. Parecía la clase de hombre que ha recibido muchos puñetazos en la cara, su nariz chata como la de un boxeador y la mitad de sus dientes desaparecidos de su mandíbula inferior. Finalmente, movió la cabeza en un gesto negativo, colgó su fusil de una rama rota y se asomó de la espesura para contemplar la columna que se aproximaba.

—Eres una auténtica canalla, ¿lo sabías?

—Quítate toda esa ropa blanca —replicó ella—. Pareces un soldado esquiador. Te descubrirán.

Markov se desabrochó rápidamente su mono, se sentó en la nieve y se quitó las botas. Bajo el mono blanco llevaba un chaleco de caza de lona acolchada, varias capas de suéteres de lana y unos pantalones de obrero manchados de pintura. Sacó una granada de palo de un morral de lona, desenvolvió una espoleta del tamaño un cigarrillo y la insertó en la cabeza de la granada.

—Tendremos que cronometrarlo bien —dijo.

Nos acurrucamos en torno del ancho tronco del alerce, agachados e inmóviles, reteniendo la respiración mientras los soldados alemanes pasaban a menos de veinte metros de distancia.

Nadie se había molestado en consultarme, lo cual era lógico, pues yo no había abierto la boca para ofrecer ninguna sugerencia. La verdad es que no había dicho una sola palabra desde que salí corriendo por la puerta de la cabaña de trampero, y ahora era demasiado tarde.

No me gustaba ninguna de las dos opciones. Un tiroteo final podía encajar bien con un endurecido guerrillero como Markov, pero yo no estaba preparado para una misión suicida. Fingir ser prisioneros parecía una curiosa equivocación... ¿Cuánto tiempo sobrevivían los prisioneros estos días? Si alguien me hubiera preguntado, yo habría propuesto otra huida, aunque no estaba seguro de poder correr mucho más, o tratar de subirnos al árbol y esperar mientras los alemanes pasaban por debajo de nosotros. Esconderse entre las ramas parecía una idea cada vez mejor, mientras la avanzadilla de la compañía Gebirgsjäger pasaba sin descubrirnos.

Cuando las primeras filas de prisioneros rusos pasaron por delante de nuestro árbol, Vika hizo un gesto de asentimiento a Markov. Éste, tras hacer una profunda inspiración, se dirigió al borde de la sombra del alerce y arrojó la granada todo lo lejos que pudo.

Desde mi posición ventajosa, no podía decir si alguno de los alemanes observó la granada volando por encima de las cabezas. No oí ningún grito de advertencia. La granada aterrizó con un ahogado zump en la nieve a treinta metros de distancia. Durante unos segundos estuve convencido de que se trataba de un proyectil defectuoso, hasta que estalló con la fuerza suficiente para que la nieve cayera sobre nosotros desde las sacudidas ramas del alerce.

Todos los que marchaban con la compañía, soldados de montaña y prisioneros, se agacharon en un pánico momentáneo, mirando hacia la izquierda donde un gran géiser de nieve había estallado en el aire. Salimos de la sombra del árbol y anduvimos invisibles hacia la harapienta muchedumbre de rusos, mientras los oficiales alemanes empezaban a gritar órdenes, atisbando en los lejanos bosques con sus gemelos de campaña, buscando francotiradores en los árboles. Estábamos muy cerca de nuestros compatriotas cautivos: quince metros de distancia, catorce, trece, caminando tranquilamente, resistiendo el impulso de correr el último trecho corto. A los

alemanes les pareció que veían movimiento en los lejanos matorrales; hubo un clamor de gritos y órdenes, dedos que apuntaban, soldados cayendo de bruces al suelo, preparados para disparar desde la posición decúbite prono.

Para cuando comprendieron que no había enemigos a la izquierda, nosotros nos habíamos infiltrado por la derecha. Algunos prisioneros vieron cómo nos uníamos a ellos. No mostraron ningún signo de camaradería o de bienvenida. No parecían sorprendidos de que cuatro recién llegados se hubieran incorporado a sus filas; los cautivos, soldados y civiles, estaban tan derrotados que probablemente pensaran que era natural que unos rusos emergieran de los bosques y secretamente se rindieran al enemigo.

Todos los prisioneros eran varones, desde niños a los que les faltaban dientes y con los mocos congelados colgándoles del labio superior, hasta viejos de encorvadas espaldas y blancas barbas incipientes que brotaban de sus mandíbulas. Vika se había encajado aún más su gorro de piel de conejo; en su informe mono de trabajo, parecía bastante un adolescente al que nadie echaría una segunda mirada.

Al menos dos de los hombres del Ejército Rojo no llevaban botas, sólo sus rotos calcetines de lana para mantener calientes los pies. Los alemanes consideraban un par de botas de cuero, forradas de piel, de fabricación soviética, un preciado trofeo, mucho más cálido y duradero que su propio calzado. Los calcetines de lana de los soldados debían de estar empapados ya con la nieve fundida. Cuando la temperatura cayera y los calcetines se congelaran, los dos hombres tendrían que caminar con bloques de hielo en sus pies. Me pregunté cuánto tiempo más podrían seguir, cuántos kilómetros, el embotamiento extendiéndose desde los dedos de los pies a las pantorrillas y luego a las rodillas. Sus ojos tenían una expresión tan apagada como los ojos de los caballos de tiro que arrastraban trineos a través de las calles de Piter antes de que la comida escaseara y los caballos fueran sacrificados por su carne.

Los alemanes parloteaban en su lengua. Ninguno de ellos parecía mal herido por la fragmentación, aunque un joven soldado con un delgado tajo en las mejillas se había quitado el guante para poder detener la sangre con el pulgar y mostrarlo a sus camaradas, encantado de su primera herida de guerra.

—Creen que se trata de una mina —susurró Kolya. Entrecerró los ojos mientras escuchaba las órdenes del oficial—. Deben de ser tiroleses. Los acentos son una jodienda. Sí, están diciendo que fue una mina terrestre.

Las órdenes de los oficiales circularon hasta llegar a los soldados, que se dieron la vuelta hacia los dóciles prisioneros que aguardaban, e indicaron con sus fusiles que la marcha continuara.

—¡Espera! —gritó uno de los rusos, un civil de gruesos labios de unos cuarenta años que llevaba un gorro acolchado, las orejeras atadas bajo la barbilla—. ¡Este hombre es un partisano!

Y señaló a Markov. Todo el mundo en la ladera de la colina se había quedado en silencio.

—Vino a mi casa hará un mes, me robó todas las patatas, hasta la última migaja de comida que teníamos. ¡Dijo que la necesitaba para la guerra! ¿Oís? ¡Es un partisano! ¡Ha matado a muchos alemanes!

Markov miró fijamente al civil, su cabeza inclinada a un lado como un perro de pelea.

—Cierra la boca —dijo, manteniendo baja la voz, su rostro brillante por la ira.

—¡Tú ya no me vas a decir más lo que debo hacer! ¡No me dirás lo que tengo que hacer!

Un *Leutnant* llegó a grandes zancadas, seguido de tres soldados, abriéndose paso a través de la multitud de prisioneros que habían rodeado ahora a Markov y a su acusador.

—¿Qué pasa aquí? —bramó.

Era evidentemente el traductor de la compañía, y hablaba ruso con acento ucraniano. Parecía un hombre gordo que recientemente hubiera perdido su gordura, las anchas mejillas caídas, la piel colgando floja sobre los huesos de su rostro.

El acusador estaba allí de pie apuntando con el dedo, como un chico demasiado crecido para su edad con sus orejeras y sus temblorosos labios, dirigiéndose al *Leutnant*, pero sin apartar nunca la mirada de Markov.

—¡Es un asesino, este hombre! ¡Ha matado a tu gente!

Kolya abrió la boca para hablar en defensa de Markov, pero Vika le clavó el codo en la barriga con fuerza, y Kolya guardó silencio. Pude ver cómo su mano se metía en el bolsillo de la guerrera, preparando la Tokarev por si era necesaria.

Markov movió negativamente la cabeza, con una extraña, fea, sonrisa que le partía los labios.

—Me cago en tu madre.

—¡No pareces tan valiente ahora! ¡No miras con tanta dureza! Claro, eres un hombre duro cuando robas patatas a la gente corriente. ¿Pero, ahora, qué eres tú? ¿Qué eres?

Markov gruñó y extrajo una pequeña pistola del bolsillo de su chaleco de caza. Fornido como era, la sacó con la rapidez de un pistolero americano, levantando la boca del arma mientras su acusador se tambaleaba hacia atrás y los prisioneros reunidos alrededor se apartaban apresuradamente de la trayectoria.

Pero los alemanes fueron incluso más rápidos. Antes de que Markov pudiera apretar el gatillo, una ráfaga de fuego automático de los MP40 produjo un enjambre de agujeritos a través de la parte delantera del chaleco. Markov se tambaleó, frunciendo el ceño como si hubiera olvidado un nombre importante, y se derrumbó hacia atrás, aterrizando en la blanda nieve mientras flotaban volutas de plumón

procedentes del perforado acolchado de su chaleco.

El acusador se quedó mirando fijamente el cuerpo de Markov. Debía de saber a qué conduciría su denuncia, pero ahora que la acción estaba hecha parecía aturdido por el resultado. El *Leutnant* lo contempló brevemente, tratando de decidir si recompensar o castigar al hombre. Finalmente se quedó con la pistola de Markov como recuerdo y se marchó, dejando todo el lío a sus espaldas. Sus jóvenes soldados lo siguieron, tras echar una mirada al cuerpo de Markov, preguntándose, quizás, cuál de ellos había disparado el tiro que realmente lo mató.

Pronto la compañía estaba marchando de nuevo. Un cambio se había producido, sin embargo. Seis rusos caminaban ahora por delante, a unos diez metros del primer alemán, sirviendo de dragaminas humanos. Cada paso constituía una angustiosa experiencia para ellos, esperando la activación del mecanismo de disparo o el muelle que saltara. Debía de ser tentador echar a correr, pero no habrían conseguido dar ni tres pasos antes de que los soldados los abatieran.

Nadie caminaba cerca del acusador de Markov. Era un hombre infectado, un portador de la peste. Hablaba suavemente consigo mismo, una larga e inaudible discusión, sus ojos mirando rápidamente a izquierda y derecha mientras esperaba la posible represalia.

Yo me encontraba a una docena de hombres por detrás de él, caminando penosamente por la sucia nieve entre Vika y Kolya. Si alguno de los prisioneros hablaba en voz lo suficientemente alta para que los alemanes lo oyeran, uno de los soldados espetaba: «*Halts Maul!*». Nadie necesitaba un traductor para comprender el significado, y el ruso en cuestión cerraba rápidamente la boca, bajaba la cabeza y caminaba un poco más deprisa. Sin embargo, era posible sostener una conversación, si mantenías muy baja la voz y no perdías de vista a los guardias.

—Lamento lo de tu amigo —le murmuré a Vika.

Ella siguió caminando sin responder ni dar señales de que me hubiera oído. Pensé que debía de haberla ofendido.

—Parecía un buen hombre —añadí.

Ambas frases eran totalmente banales, el tipo de vagos sentimientos que uno podría expresar en un funeral de un pariente lejano que realmente no fuera de su agrado. No podía censurarla por ignorarme.

—No lo era —dijo ella finalmente—. Pero, a pesar de todo, me gustaba.

—Ese traidor debería estar colgado de un árbol —susurró Kolya, bajando la cabeza de manera que su voz no llegara a oírse. Fijó su mirada en busca del traidor—. Podría romperle el cuello con las manos. Y sé cómo hacerlo.

—Déjalo en paz —dijo Vika—. Ese tipo no tiene importancia.

—La tuvo para Markov —dije yo.

Vika me miró y sonrió. No era la fría sonrisa carnívora que yo había visto antes.

Parecía sorprendida por mi comportamiento, como si acabara de oír a un mongoloide silbar *Para Elisa* sin fallar una nota.

—Sí, la tuvo para Markov. Eres extraño.

—¿Por qué?

—Es un diablillo retorcido —dijo Kolya, soltándome un afectuoso puñetazo en los riñones—. Pero juega bastante bien al ajedrez.

—¿Por qué soy extraño?

—Markov no era importante —dijo ella—. Yo no soy importante. Tú no eres importante. Ganar la guerra es lo único importante.

—No —dije yo—. No estoy de acuerdo. Markov era importante. Como lo soy yo y lo eres tú. Por eso tenemos que ganar.

Kolya levantó las cejas, impresionado de que yo estuviera enfrentándome a la pequeña fanática.

—Yo soy especialmente importante —anunció—. Estoy escribiendo la gran novela del siglo xx.

—Vosotros dos estáis medio enamorados —dijo ella—. ¿Sabíais eso?

La lúgubre procesión de hombres agotados se había atascado delante de nosotros, el tráfico peatonal detenido, prisioneros confusos tratando de imaginarse por qué habíamos dejado de movernos. Uno de los soldados rusos que no llevaban botas había dejado de caminar. Otros hombres de su capturada unidad le instaban a que se moviera, suplicando y lanzando maldiciones. Él movía negativamente la cabeza, sin decir una palabra, sus pies anclados en la nieve. Un amigo trató de empujarlo hacia delante, pero era inútil. Había elegido su lugar. Cuando los soldados llegaron apresuradamente, agitando sus subfusiles y gritando en su lengua, los hombres del Ejército Rojo se apartaron de mala gana de su condenado camarada. Éste sonrió a los alemanes y levantó una mano en un burlón saludo nazi. Yo aparté la mirada justo a tiempo.

Una hora antes de que el sol se pusiera, la compañía se detuvo al lado de una imponente escuela de ladrillo rojo, uno de los Proyectos del Pueblo construido durante el segundo Plan Quinquenal, sus ventanas de cristal emplomado tan estrechas como troneras medievales. Unas letras de bronce de sesenta centímetros de alto situadas sobre la puerta de entrada, reproducían la famosa frase de Lenin: DADNOS A VUESTRO HIJO OCHO AÑOS y HAREMOS DE ÉL UN BOLCHEVIQUE PARA SIEMPRE. Uno de los invasores que conocía el ruso había garabateado una réplica en pintura blanca, aunque las palabras se habían corrido antes de secarse: DADNOS A VUESTROS HIJOS OCHO SEGUNDOS Y YA NO HABRÁ MÁS BOLCHEVIQUES.

La Wehrmacht había usurpado la escuela para utilizarla como centro de mando. Seis Kübelwagen estaban aparcados cerca de la entrada, y un soldado sin gorro, su rubio cabello tan corto y amarillo como el de un polluelo recién nacido, reabastecía de combustible a uno de ellos con un bidón de acero verde. El soldado observó sin aparente interés cómo la compañía se acercaba con su convoy de prisioneros.

Los oficiales dieron órdenes, los soldados rompieron filas y la mayor parte de los alemanes se dirigió al interior, librándose ya de sus pesadas mochilas, charlotteando entre ellos, ruidosos y felices, preparados para las duchas (si es que había agua corriente) y una comida caliente. El resto de la Gebirgsjäger, una sección de cuarenta soldados, irritados de que tuvieran que seguir prestando servicio, malhumorados ahora por el hambre y la fatiga tras un largo día caminando a través del interminable bosque ruso, nos pincharon con las culatas para alinearnos junto al edificio.

Un oficial alemán nos esperaba allí, descansando en una silla plegable, leyendo un periódico mientras fumaba. Levantó la mirada con una vaga sonrisa cuando aparecimos ante él, feliz de vernos, como si fuéramos unos amigos a los que hubiera invitado a cenar. Dejando a un lado su periódico, finalmente se puso en pie, asintiendo, inspeccionando nuestros rostros, el estado de nuestra ropa, la calidad de nuestras botas. Llevaba un uniforme gris de la *Waffen-SS*, con vueltas verdes en las mangas, su gris capote colgando del respaldo de la silla plegable. Vika, poniéndose a mi lado, murmuró: «*Einsatzkommando*».

Cuando nos hubieron formado más o menos en filas, el *Einsatzkommando* dejó caer su cigarrillo en la nieve e hizo un gesto de asentimiento al traductor de mejillas flácidas de la Gebirgsjäger. Hablaron juntos en ruso, con mucha seguridad, como dedicándolo a los oídos de los cautivos.

—¿Cuántos?

—Noventa y cuatro. No, noventa y dos.

—¿Sí? ¿Y dos que no pueden unirse a nosotros? Muy bien.

El *Einsatzkommando* se volvió hacia nosotros, mirándonos a cada uno fijamente a los ojos. Era un hombre guapo, su negro gorro de campaña inclinado hacia atrás, dejando al descubierto su frente quemada por el sol. Su delicado bigote le daba un aire de cantor de jazz.

—No tengáis miedo —nos dijo—. Sé que habéis estado leyendo la propaganda. Los comunistas quieren que penséis que somos bárbaros, que estamos aquí para destruirlos. Pero yo estoy mirando vuestras caras y veo a unos buenos, honestos, trabajadores y granjeros. ¿Hay siquiera un solo bolchevique entre vosotros?

Nadie levantó la mano. El alemán sonrió.

—Ya me parecía a mí que no... Sois más listos que eso. Comprendéis que el bolchevismo es simplemente la expresión más radical de la eterna búsqueda judía de la dominación del mundo.

Paseó su mirada por las caras sin expresión de los rusos alineados ante él y se encogió de hombros jovialmente.

—Pero no hace falta tanta charla. Vosotros comprendéis la verdad en vuestros huesos, y eso es lo que importa. No hay razón alguna para que exista un conflicto entre nuestros pueblos. Ambos tenemos un enemigo común.

Hizo una señal a uno de los soldados, que cogió un paquete de periódicos de una paleta situada al lado de la silla plegable y los repartió a cinco de sus camaradas soldados de montaña. Éstos se dirigieron a las filas de prisioneros, tendiendo un periódico a cada ruso. Mi ejemplar era *La Verdad del Komsomol*; Vika y Kolya tenían *Estrella Roja*.

—Comprendo que éste es un concepto difícil de entender, después de tantos años de propaganda. Pero creed en esto como en la pura verdad: la victoria alemana será una victoria del pueblo ruso. Si no comprendéis eso ahora, lo comprenderéis pronto, y vuestros hijos crecerán sabiéndolo.

El sol poniente agigantaba nuestras sombras. El oficial *Einsatz* disfrutaba con el sonido de sus palabras y con la impresión que nos causaba. Su ruso era técnicamente perfecto, aunque no hacía ningún esfuerzo por ocultar su acento. Me pregunté dónde habría aprendido la lengua, si había nacido en alguna de las colonias *Deutschvolk* de Melitopol o Besarabia. Alzó su mirada hacia una elipsis de tres nubecitas situadas muy arriba sobre nosotros, en el firmamento plateado.

—Amo a este país. Es una hermosa tierra. —Bajó la cabeza y, con expresión contrita, volvió a encogerse de hombros—. Toda esta charla, estaréis pensando, pero aún estamos luchando en una guerra, ¿no es verdad? La verdad es, amigos míos, que os necesitamos. Cada uno de vosotros servirá a la causa. En vuestras manos tenéis ejemplares de las mentiras impresas de vuestro ilustre régimen. ¡Ya sabéis cuán honestos son estos periódicos! Os cuentan que esta guerra no tendría que haberse producido nunca, ¿verdad? ¡Y aquí estamos! Os cuentan que los alemanes serían

expulsados en agosto, pero, decidme —y aquí simuló un escalofrío teatral—, ¿os parece que esto es agosto? Pero eso no importa, nunca importa. Cada uno de vosotros va a leer un párrafo en voz alta. Aquellos a los que consideremos instruidos vendrán con nosotros a Vyborg, donde puedo prometeros tres comidas al día mientras traducís documentos para el gobierno provisional. ¡Trabajar en un edificio caldeado! Aquellos que no lo consigan, bueno..., su trabajo será un poco más duro. Yo nunca he estado en las acerías de Estonia, pero he oído que pueden ser unos lugares peligrosos. Sin embargo, os daremos una manduca mucho mejor que cualquier bazofia que el Ejército Rojo os está sirviendo... Y ni siquiera trataré de imaginar lo que vosotros, los civiles, habéis estado comiendo estos últimos meses.

Algunos de los campesinos viejos gimieron y movieron negativamente la cabeza, estableciendo contacto visual entre ellos, intercambiando encogimientos de hombros. El *Einsatzkommando* asintió al traductor de la Gebirgsjäger y, segundos más tarde, los dos alemanes empezaron a poner a prueba a los prisioneros. Les bastaba sólo oír algunas frases para juzgar la capacidad de lectura de los rusos. Yo miré mi ejemplar de *Pravda*. Encima del artículo de cabecera aparecía una exhortación en negrita del propio Stalin. ¡COMPATRIOTAS CAMARADAS! ¡ETERNA GLORIA A LOS HÉROES QUE HAN DADO SU VIDA POR LA LIBERTAD Y LA FELICIDAD DE NUESTRA NACIÓN!

Los campesinos viejos se encogían de hombros y devolvían los ejemplares a los alemanes sin mirar siquiera el texto. Muchos de los hombres más jóvenes procedentes de las colectividades se esforzaban por formar algunas palabras. Estos prisioneros se tomaban el texto seriamente, frunciendo el ceño mientras trataban de descifrar las letras. Pero los alemanes se reían bondadosamente de los errores, dándoles a los analfabetos unos golpecitos en el hombro, bromeando con ellos.

—Nunca te preocupaste de los libros, ¿eh? Demasiado ocupado persiguiendo a las chicas, ¿verdad?

Pronto los prisioneros se relajaron y gritaron a sus amigos situados al otro extremo de la fila. Se reían junto con sus captores cuando tartamudeaban las palabras. Algunos crearon sus propios artículos, fingiendo leer mientras inventaban relatos de batallas ocurridas en las afueras de Moscú, o del bombardeo de Pearl Harbour, haciendo una pasable imitación del estilo del comentarista que oían por la radio. Los alemanes parecían disfrutar con el truco; ambos bandos sabían que no se engañaba a nadie.

Los alemanes indicaron que los que habían fallado se situaran a la izquierda. Los primeros hombres en ser mandados allí parecían violentos ante su pública humillación, pero lanzaron vítores cuando las filas de los iletrados fueron aumentando.

—Ah, Sasha, ¿tú también? ¡Pensaba que eras un tipo brillante!

—¡Míralo, retorciéndose allí delante del oficial! Vamos, vamos, ¡a las acerías con nosotros! Qué, ¿pensabas que podrías conseguir el empleo de la oficina, eh? ¡Mira a ese payaso! ¡Míralo! ¡Y sigue con ello!

—Eh, viejo Edik, ¿crees que podrás caminar hasta Estonia? ¿Eh? Vamos, ánimo, ¡te echaremos una mano!

Los hombres que sabían leer querían impresionar a los alemanes. Recitaban las líneas como actores que estuvieran haciendo monólogos. Muchos de ellos seguían leyendo después de que les hubieran dicho que pararan, haciendo pequeñas florituras con las palabras más rimbombantes, demostrando su facilidad con el vocabulario. Se situaban a la derecha, orgullosos y sonrientes, saludando a sus instruidos compañeros, encantados de cómo había ido el día. Viborg no estaba tan lejos, y trabajar en un edificio caldeado con tres comidas al día era un trato mejor que instalarse en una zanja toda la noche esperando que cayeran los obuses.

Kolya puso los ojos en blanco, observando cómo los prisioneros letrados se felicitaban mutuamente.

—Míralos —murmuró en voz muy baja—. Quieren una recompensa, porque son capaces de leer el periódico. Y mira cuán condescendientes se muestran esos Fritz. Quizás les den el primer capítulo de *Eugenio Onegin*. ¿Crees que eso los impresionaría? Sesenta estrofas, rat-tat-tat-tat-tat. ¿Creen que ellos son la única cultura de Europa? Realmente, ¿quieren comparar a Goethe y Heine con Pushkin y Tolstoi? Les concedo la música, hay menor diferencia de la que ellos piensan, pero les concedo la música. Y la filosofía. ¿Pero la literatura? No, creo que no.

El *Einsatzkommando* de gorro negro estaba sólo a dos hombres de distancia en la fila de Kolya, el cual se encontraba a mi lado. Sentí que una mano enguantada apretaba mi mano derecha y me di la vuelta para descubrir a Vika, su pálido rostro inclinado hacia el mío, sus feroces ojos sin parpadear aun cuando incidían en ellos los rayos inclinados del sol. Me había cogido la mano para advertirme de algo, pero no la soltó tan rápidamente como podría haber hecho... O al menos eso es lo que me dije a mí mismo. Podía lograr que me quisiera. ¿Por qué no? ¿Y qué si su actitud general hacia mí era de aburrido desagrado?

—No leas —me informó con aquel práctico susurro, demasiado bajo para que nadie más lo oyera.

Siguió mirándome para asegurarse de que la comprendía. Por una vez en mi vida, no necesité explicación.

El *Einsatzkommando*, tan paciente y benevolente como un profesor, estaba de pie escuchando al hombre del Ejército Rojo situado al lado de Kolya.

—«Pronto, Europa ondeará la gran bandera de la libertad para las naciones...»

—Bien.

—«... y la paz entre las naciones».

—Bien, bien. A la derecha.

Le di a Kolya con el codo. Él me miró, impaciente, dispuesto a hacer una demostración a aquel protector fascista de la auténtica cara de las letras rusas. Yo moví la cabeza negativamente una vez. Kolya entrecerró los ojos hacia mí, mientras el *Einsatzkommando* se dirigía hacia él. No había posibilidad de decir nada. Todo lo que podía hacer era mirarle fijamente y esperar que comprendiera.

—Ah, he aquí a un hombre de las estepas de fino aspecto. ¿Hay un poco de cosaco de Don en ti?

Kolya se puso recto. Era más alto que el hombre de los *Einsatz*, y por unos segundos bajó su mirada hacia el alemán sin abrir la boca.

—No podría decirlo. Nací y me crié en Piter.

—Hermosa ciudad. Parece una vergüenza llamarla Leningrado. Un feo nombre, ¿no es verdad? Quiero decir, dejando aparte la política. La verdad, me parece equivocado. San Petersburgo: ése es un nombre que resuena. ¡Toda la historia! He estado allí, sabes. Y en Moscú, también. Espero volver a visitarlas antes de que pase mucho tiempo. Ahora, veamos lo que puedes hacer.

Kolya cogió el periódico y estudió la letra de imprenta. Hizo una profunda aspiración, abrió la boca para empezar... Y se rió, meneando la cabeza, y ofreciendo el periódico al alemán.

—Ni siquiera puedo fingirlo, lo siento.

—¡No te excuses! Unos hombros como los tuyos no deberían desperdiciarse tras un escritorio. Buen hombre, estarás bien.

Kolya asintió, sonriendo al oficial como un bello idiota. Se suponía que había de unirse al grupo de los analfabetos, pero permaneció a mi lado, las manos en los bolsillos.

—Quiero ver si mi amigo puede hacerlo mejor —dijo.

—Bueno, peor no lo hará —dijo el *Einsatzkommando* con una sonrisa muy suya. Se adelantó hasta situarse delante de mí, y me miró—. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

Asentí. No sabía si era más seguro tener quince o diecisiete; mentí por instinto.

—¿De dónde eran tus abuelos?

—De Moscú.

—¿Los cuatro?

—Sí. —Mentí automáticamente ahora, sin pensar siquiera en las palabras antes de decirlas—. Mis padres se conocieron allí.

—A mí no me pareces ruso. Si tuviera que suponer, diría que eres judío.

—Nosotros se lo llamamos continuamente —dijo Kolya, desgñándome el cabello y sonriendo—. ¡Nuestro pequeño judío! Eso lo pone furioso. ¡Pero, mira esa nariz! Si no conociera a su familia, diría que es un judío.

—Bueno, hay judíos con narices pequeñas —dijo el alemán—, y gentiles con narizotas grandes. No podemos ser descuidados en nuestras suposiciones. Yo he visto en Varsovia a un judío, hace unos meses, cuyo cabello era más rubio que el tuyo.

Hizo un gesto hacia la desnuda cabeza de Kolya, sonrió e hizo un guiño.

—Y no estaba teñido. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Kolya, devolviéndole la sonrisa.

—No te preocupes demasiado —dijo el alemán dirigiéndose a mí—. Eres joven, todavía. Todos tenemos nuestros años difíciles. Así que, dime, ¿eres mejor que tu amigo aquí?

Miré hacia abajo, al periódico que tenía en la mano.

—Sé que aquí dice *Stalin*. —Y señalé la palabra—. ¿Y *camarada*?

—Sí, bueno, eso ya es un comienzo.

Me brindó una sonrisa paternalista, luego me palmeó la mejilla y cogió el periódico. Pensé que quizás se sentía mal por decir que yo parecía judío.

—Muy bien. Conservarás la compañía de tu amigo en Estonia. Unos meses de trabajo duro no perjudican a nadie. Todo esto terminará pronto. Y tú —añadió, dirigiéndose ahora a Vika, la última persona de la fila—. Otro chico. ¿Qué tienes para mí?

Vika se encogió de hombros y movió negativamente la cabeza, sin levantar la mirada, ofreciendo el periódico al *Einsatzkommando*, sin leerlo.

—Conforme. Otra victoria del sistema de educación bolchevique. Bien, vosotros tres, a la izquierda.

Nos unimos al grupo de analfabetos, que sonreían tontamente. Uno de ellos había trabajado en una acería ya, y los demás se habían reunido a su alrededor, oyéndole describir el terrible calor y el peligro de manejar metal fundido. El traidor de Markov permanecía fuera de este círculo, fregándose las manos para mantenerlas calientes, ignorado por todo el mundo.

—¿Era Abendroth ése? —susurré a Vika.

Ésta movió negativamente la cabeza.

—El rango de Abendroth es *Sturmbannführer*. Cuatro estrellas de plata en la punta del cuello. Éste sólo tenía tres.

El traductor de la compañía estaba contando cada grupo de prisioneros señalando las cabezas y moviendo los labios. Cuando hubo terminado, anunció al *Einsatzkommando*: «Cincuenta y siete lectores. Treinta y ocho no lectores».

—Muy bien.

El sol estaba bajo, y el aire iba enfriándose. El *Einsatzkommando* se acercó a la silla plegable, donde había quedado su capote, mientras los soldados formaban a los prisioneros instruidos en dos filas y les ordenaban que marcharan. Los rusos hicieron animados gestos de saludo hacia sus menos instruidos camaradas al cruzar por

delante de ellos. Marchaban con precisión ahora, muy diferente de nuestra tambaleante procesión de primera hora del día. Las botas se alzaban y caían con ritmo: izquierda, derecha, izquierda, derecha. Los prisioneros querían impresionar a sus amos alemanes, demostrar que se merecían esa oportunidad de dedicar su tiempo a recortar periódicos en Vyborg.

El *Einsatzkommando* ya no fijaba su atención en ellos. Se abrochó el abrigo, se puso los guantes de piel y se dirigió a los aparcados Kübel. Los prisioneros instruidos marcharon hacia la pared sin ventanas del edificio de la escuela, donde recibieron la orden de detenerse y situarse delante. Ni siquiera entonces comprendieron lo que les estaba sucediendo. ¿Cómo iban a poder hacerlo? Eran buenos estudiantes; habían pasado el test y eran recompensados.

Miré a Vika, pero ésta tenía sus ojos fijos en la lejanía, negándose a contemplar la escena.

Los soldados levantaron sus subfusiles y dispararon a la fila de rusos. Mantuvieron los dedos apretados contra los gatillos hasta que los cargadores estuvieron vacíos, y los hombres rusos yacieron extendidos y destrozados sobre el suelo, pequeñas columnas de humo elevándose de sus chamuscados capotes. Los alemanes volvieron a cargar, se acercaron a la pared y dispararon un solo tiro a la cabeza de cualquiera que respirara aún.

Delante del edificio de la escuela, vi al *Einsatzkommando* saludar al joven soldado de la cabeza descubierta que había estado llenando los tanques de combustible. Fuera lo que fuese lo que el oficial había dicho, era divertido; el joven soldado se rió y asintió en señal de acuerdo. El *Einsatzkommando* subió a uno de los Kübel y arrancó. El joven soldado recogió los vacíos bidones y se los llevó hacia la escuela. Antes de llegar muy lejos, se detuvo y miró al cielo. Pude oír el zumbido de motores de avión encima de nosotros. Los plateados Junkers volaban hacia el oeste, en formación de tres, uno en cabeza y dos detrás, para el primer raid de bombardeo de la noche. Una tras otra, las escuadrillas de tres aviones llenaban el cielo como aves migradoras. Todos nosotros, los prisioneros supervivientes y los soldados alemanes de montaña, permanecimos en silencio, observando el paso de los aviones.

Dormimos en un cobertizo de herramientas detrás del edificio de la escuela, treinta y cinco de nosotros apiñados en un espacio donde, a lo sumo, ocho hombres habrían podido dormir confortablemente. Nadie podía yacer tendido. Yo me situé, doblado, en un rincón, con Kolya a un lado y Vika en el otro. Esto era muy malo para mi espalda, pero bueno para mi respiración... La separación entre las tablas de la pared proporcionaba la única ventilación, y aunque sentía demasiada claustrofobia, podía girar la cabeza y aspirar un aire limpio... y frío.

No había luz alguna. Los soldados alemanes habían, cerrado con clavos la puerta del cobertizo. Podíamos oír a los guardianes afuera charlando y encendiendo cigarrillos; pero los prisioneros seguían hablando de escapar. No podía verles las caras, y el efecto era como escuchar por la radio una de las obras de teatro que a mi madre le gustaban tanto.

—Te lo estoy diciendo. Podríamos romperla como si fuera una cáscara de nuez. Un hombre apoya el hombro contra ella y puede reventar la pared.

—¿Estás seguro? ¿Eres carpintero? Yo sí lo soy. Cuando nos metieron aquí, eché una mirada a las paredes. Son de abedul silvestre. Es una madera fuerte.

—¿Y qué le pasaría al hombre que rompiera la pared? Esos guardias de ahí fuera están esperando con ametralladoras.

—¿Cuántos? ¿Dos, tres? Los embestimos. Quizás maten a algunos de nosotros, pero nos haremos con ellos.

—¿Puede alguien ver cuántos hay ahí fuera? Bajé la cabeza y atisé a través de la grieta.

—Veo solamente a dos. Pero podría haber más en el otro lado.

—Mientras yo no vaya el primero.

—Vamos todos juntos.

—Sin embargo, tiene que haber un primer hombre y un último.

—Yo digo que esperemos y hagamos lo que nos dicen. La guerra no durará siempre.

—¿Qué te pasa, Edik? ¿Por qué no vas a quemarte al infierno, vieja bruja? ¿No viste lo que pasó ahí fuera hoy? ¿Aún confías en esos malditos cerdos?

—Si quisieran fusilarnos, ya lo habrían hecho. Era sólo a los tipos selectos a los que querían, los del Partido.

—Ah... Eres un miserable viejo cabrón, ¿lo sabías? Espero que tus hijos se caguen en tu sopa.

Kolya se inclinó por encima de mí para poder susurrarle a Vika en la oscuridad, sin que pudieran oírle los campesinos que discutían.

—Aquel *Einsatzkommando* estaba muy cerca de nosotros... Justo a nuestro lado.

Le dijiste a Markov que no íbamos a disparar contra soldados, que nos estábamos reservando para *Einsatz*. ¿Es así?

Durante una eternidad de tiempo, Vika no respondió y pensé que debía de haberse irritado por la insinuación, pero cuando habló, su tono era reflexivo.

—Quizás tuve miedo. ¿Y tú?

Kolya suspiró.

—No me pareció el momento adecuado. ¿Disparar a un hombre y ser hecho pedazos?

—No. Pero quizás esperamos demasiado. Aquélla podría haber sido nuestra mejor oportunidad.

Yo hacía sólo un día que conocía a Vika, pero los comentarios de ésta me sorprendieron. No parecía ser del tipo que admite dudas, y sin embargo estaba empleando la palabra *quizás* dos veces seguidas.

—Casi lo hice —dijo Kolya, dándome con el codo—. Cuando te estaba preguntando sobre tus abuelos. Pensé que podría hacerte bajar los pantalones para echar una mirada a tu polla. Tenía la mano en la culata de la pistola. Pero pudimos distraer al cabrón charlando, ¿no? ¿Te gusta lo que se me ocurrió?

—Estuviste bien —dije yo—. Muy rápido.

—Creo que deseaba joderme, para ser sincero. Tenía esa expresión.

—Lo que dije antes sobre los judíos —susurró Vika, tocándome la rodilla en la oscuridad—, sólo para que lo sepas... Cualquiera al que los nazis odien tanto es amigo mío.

—Es sólo medio judío —dijo Kolya. Y lo dijo como un cumplido.

—La mitad mejor —repliqué.

Vika se rió. Hasta aquel momento, yo no había sabido que era capaz de reír, y resultaba un sonido extraño, pero no porque hubiera nada extraño en su risa. Reía como una chica normal.

—¿Qué hacías antes de la guerra? —le pregunté.

—Era estudiante.

—Hum —dijo Kolya. Yo esperaba que se cayera dormido, pero sonaba más bien alerta, listo para una larga conversación—. Igual que yo. ¿Y qué estudiabas tú? ¿Agricultura?

—¿Por qué agricultura?

—¿No estabas en una colectividad?

—¿Parezco alguien que viene de una maldita colectividad? Soy de Arkangelsk.

—Ah, una chica norteña. Eso lo explica todo. —Me dio un codazo—. Realmente, es semilla vikinga. ¿Así que estabas en la universidad allí? ¿Estudiando la savia del bosque y los castores?

—Astronomía.

—Yo soy un hombre de literatura. Universidad Estatal de Leningrado.

Divagó sobre Schedrin y Turguenev y sus defectos durante unos minutos, antes de caer repentinamente dormido, sus largas piernas estiradas delante de él, obligándome a mantener las mías dobladas contra el pecho. Los campesinos empezaron a dormirse también, aunque aquí y allá podía oírse alguna discusión susurrada.

El calor de los cuerpos acurrucados juntos mantenía el cobertizo bastante cálido. Antes de que nos metieran allí, yo había conseguido agarrar unos puñados de nieve para chupar en la oscuridad. No había comido nada desde la cabaña del trampero, donde Kolya y yo habíamos compartido un puñado de nueces cogidas de la granja. Pero un día entero sin comer no era nada nuevo. Durante el asedio, todos nosotros, en Piter, nos habíamos convertido en expertos del hambre, con diferentes técnicas para distraernos del deseo. En mi apartamento del Kirov había pasado muchas famélicas noches estudiando *Trescientas partidas de ajedrez*, de Tarrasch. «Poner siempre la torre detrás del peón», instruía éste a sus estudiantes. «Excepto cuando es incorrecto hacerlo así».

Sin un libro de ajedrez que estudiar o una radio que escuchar, yo tenía que encontrar otra manera de ocupar mi cerebro durante la larga espera del sueño. A medida que el cobertizo se iba quedando en silencio, me fui haciendo cada vez más consciente del cuerpo de Vika apretado contra el mío. Cuando giró la cabeza para aspirar un poco de aire de las grietas de la pared, su cabello rozó contra mi nariz. Olía como un perro mojado. Yo había sido educado para ser remilgado... Mi madre nunca toleraba un plato sucio en el fregadero, una toalla sin doblar en el baño o una cama sin hacer. Cuando éramos pequeños y ella nos fregaba en la bañera, su rudo manejo de la esponja me dejaba la espalda en carne viva. A veces, si mi madre estaba preparando la cena para una fiesta, era mi padre el que me bañaba, y era como una liberación de una tanda de azotes cuando me rociaba con el agua caliente, mientras me distraía con cualquier historia. Me encantaba *La leyenda del Zurdo Bizco de Tula y la Pulga de Acero*, y me la recitaba de memoria una y otra vez.

Fui educado para ser limpio y me molestaba cuando otros no lo eran, cuando los gemelos Antokolsky tenían suciedad bajo las uñas, o un maestro de la escuela exhibía una mancha de sopa en el cuello. Pero el olor de perro mojado de Vika no me ofendía. Todos nosotros llevábamos una buena capa de mugre a estas alturas, naturalmente —yo mismo debía de apestar como un pescado de una semana—, pero esto no significaba estar habituado a los malos olores. El fuerte olor de su cuerpo me hacía desear lamerla.

—¿Crees que realmente nos van a llevar a Estonia? —le pregunté.

Pensar en Vika había sido una distracción para mi hambre; ahora necesitaba una distracción de mi distracción. Yo no estaba sentado en una posición cómoda para

tener los pensamientos que estaba teniendo.

—No lo sé.

—Nunca he estado en Arkangelsk. Debe de hacer mucho frío allí.

En el silencio de su no respuesta, consideré la posibilidad de que yo fuera una persona muy aburrida. ¿Quién, excepto una persona aburrida, soltaría semejantes fruslerías carentes de interés? Si un cerdo brillante, el prodigio de la pocilga, que se hubiera pasado su vida entera aprendiendo ruso hasta llegar a ser competente en el idioma, las primeras palabras que oyera fueran las mías, se preguntaría por qué había desperdiciado sus mejores años, cuando podía haberse estado revolcando en el barro, comiendo bazofia con las otras estúpidas bestias.

—¿Estudiaste astronomía?

—Sí.

—Conforme, pues tengo una pregunta. Hay miles de millones de estrellas en el universo, ¿no? Estamos rodeados de estrellas. Y todas ellas emiten luz, y la luz viaja para siempre. Así que por qué ...

—¿Por qué no está brillante el cielo por la noche?

—¡Sí! ¿También has pensado en ello?

—El mundo lleva pensando en ello hace mucho tiempo.

—Oh, creía que quizás yo era el primero.

—No —dijo, y, por la forma como lo dijo, supe que estaba sonriendo.

—Así que, ¿por qué está oscuro por la noche?

—El universo se está expandiendo.

—¿De veras?

—Hum.

—No, quiero decir que ya sabía que el universo se estaba expandiendo. —Mentí. ¿Cómo podía expandirse el universo? ¿El universo no lo era todo? ¿Cómo el todo se extiende más? ¿Y qué lo hace extenderse?—. Sólo que no veo cómo eso explica la luz de las estrellas.

—Es complicado —dijo ella—. Abre la boca.

—¿Qué?

—Shsst. Abre la boca.

Hice lo que me decía y ella deslizó una corteza de pan de centeno a través de mis labios. A diferencia de las rebanadas capaces de romperte los dientes que nos daban como raciones en Piter, ésta sabía a auténtico pan, como semillas de alcaravea y levadura y leche caliente.

—¿Es bueno?

—Sí.

Trozo a trozo me fue alimentando con una rebanada entera de pan. Cuando hubo acabado, me lamí los labios y esperé más, aunque sabía que no iba a venir.

—Eso es todo. Tengo que guardar el resto para mañana. Tu amigo tendrá hambre.

—Gracias.

Ella soltó un gruñido como respuesta y cambió de posición, tratando de ponerse más cómoda.

—Se llama Kolya, sólo para que lo sepas. Y yo soy Lev.

Al parecer, ella respondía a sólo la mitad de los comentarios que yo hacía, y éste no era uno de ellos. Yo había esperado que ella dijera: «Yo soy Vika», de modo que yo pudiera replicar: «Sí, lo sé. Es un diminutivo de Viktorya, ¿no?». Por alguna razón, pensaba que ésa sería una observación inteligente, aunque todas las Vikas son Viktoryas.

Escuché su respiración, tratando de averiguar si se había quedado dormida. Lo probé susurrando una última pregunta.

—Pues, si eres estudiante de astronomía, realmente no comprendo... ¿Cómo te convertiste en francotiradora?

—Empecé a disparar a la gente.

Eso sonaba como el final de la conversación para mí, así que cerré la boca y dejé que se durmiera.

Más tarde, avanzada la noche, me desperté cuando uno de los campesinos del otro lado del cobertizo tuvo un ataque de tos. Oyéndole arrancar una flema que probablemente había estado dentro de sus pulmones desde el reinado de Alejandro III, me di cuenta de que Vika se había deslizado contra mí en su sueño y su mejilla descansaba sobre mi hombro. Podía sentir cómo su pecho subía y bajaba, el momento de la inhalación y el de la exhalación. Durante el resto de la noche me quedé todo lo quieto posible, tratando de no molestarla, intentando con todas mis fuerzas mantenerla cerca.

Los alemanes nos despertaron desclavando las planchas de madera que habían clavado a martillazos sobre la puerta. La luz solar penetraba por las grietas entre las planchas, pequeñas manchitas de luz que brillaban sobre una frente llena de grasa, una bota de piel con suela abarquillada a partir de los dedos o los botones de hueso del chaquetón de un anciano.

Vika estaba echada a mi lado, comiéndose las uñas. Masticaba metódicamente, no como una persona ansiosa con un hábito nervioso, sino como un carnicero afilando sus cuchillos. En algún momento de la noche se había apartado de mí, y yo no había notado su marcha. Levantó la mirada cuando sintió que la estaba observando, y no había huella de afecto en sus ojos. Cualquier brillo de intimidación que yo hubiera podido percibir en la oscuridad había desaparecido a la luz del día.

La puerta se abrió, los alemanes gritaron que nos moviéramos y los campesinos se desengancharon uno de otros. Vi al anciano Edik tapándose con un retorcido índice una ventanilla de la nariz y soplando por la otra un lapo de mocos al suelo, fallando por poco la cara de otro hombre.

—Ah —gruñó Kolya, mientras se envolvía el cuello con la bufanda—, ¿no te gustaría crecer con tus camaradas granjeros en una colectividad?

Cuando los prisioneros empezaban a desfilar por la puerta, un hombre del otro extremo del cobertizo lanzó un grito. Los que lo rodeaban se dieron la vuelta para ver lo que le había asustado, y pronto empezaron a circular rumores ansiosos entre ellos. Desde nuestro rincón todo lo que podíamos ver eran las espaldas de los campesinos. Kolya y yo nos alzamos, sintiendo curiosidad por la conmoción. Vika, sin mostrar interés, se dirigía a la puerta.

Nos llegamos al otro lado del cobertizo, rodeando a los campesinos, y vimos al hombre que aún yacía allí. Era el acusador de Markov, su garganta acuchillada, el rostro blanco como la cal por la cantidad de sangre que había perdido. Debía de haber sido asesinado en su sueño, o lo hubiéramos oído gritar, pero sus ojos habían estado abiertos cuando el cuchillo le cortó la piel, porque sobresalían de sus órbitas, mirando con horror nuestras caras vueltas hacia abajo.

Uno de los campesinos arrancó a tirones las botas del muerto; un segundo se apoderó de sus guantes de piel de oveja; y un tercero le arrancó el labrado cinturón de cuero de las presillas de sus pantalones. Kolya se arrodilló y le quitó el acolchado gorro antes de que nadie más pudiera hacerlo. Yo me di la vuelta y vi a Vika ajustándose su propio gorro de piel de conejo, encajándose bien en la frente. Se volvió para mirarme durante un segundo y salió del cobertizo de las herramientas. Un momento más tarde, un soldado alemán penetró en su interior, irritado por el retraso, dispuesto a disparar su arma. Vio el cadáver, la abierta garganta, la sangre que

manaba bajo la espalda del muerto y se esparcía por las tablas de madera como un par de monstruosas alas negras. El asesinato enfureció al soldado... Aquello requería una explicación a los oficiales. Hizo preguntas en alemán, más para sí mismo que para ninguno de nosotros, sin esperar respuesta. Kolya se aclaró la garganta y replicó. Yo no podía juzgar el alemán de Kolya, pero el soldado pareció estupefacto al oír su propia lengua hablada por un prisionero.

El alemán movió negativamente la cabeza, dio una breve respuesta e hizo un gesto con el pulgar para que saliéramos del cobertizo. Cuando estábamos fuera, le pregunté a Kolya qué le había dicho.

—Le dije que los campesinos odian a los judíos más de lo que los odia su propia gente.

—¿Y qué respondió él?

—«Hay una manera adecuada de hacer las cosas». Muy germánico —dijo Kolya mientras estaba intentando meterse el nuevo gorro en su desnuda cabeza; de hecho, la prenda no era bastante grande, pero consiguió encajar las orejeras lo suficiente para poder atarse las correas.

—¿Crees que es inteligente hacerles saber que hablas alemán, después de lo que pasó ayer?

—No, me parece que es peligroso. Pero al menos ahora ya no harán más preguntas.

Los prisioneros habíamos sido organizados en una sola fila india. Empezamos a caminar, entrecerrando lo ojos bajo el brillante sol de la mañana, hacia un voluminoso soldado, que evidentemente sufría resaca, su ojos todavía cubiertos por la costra del sueño, que nos tendió a cada uno de nosotros una única galleta redonda, dura y seca como un trozo de carbón.

—Un buen signo —murmuró Kolya, dando golpecitos a su galleta con la uña del dedo.

Pronto estuvimos marchando hacia el sur con la compañía Gebirgsjäger, las cabezas inclinadas contra el viento. Hoy caminábamos por la carretera, aunque el pavimento estaba oculto bajo capas de nieve pisoteada. Unos kilómetros después de la escuela pasamos por delante de un rótulo que señalaba Mga, y se lo indiqué a Kolya.

—Hum. ¿Qué día es hoy?

Tuve que pensar en ello, contando hacia atrás en mi cabeza hasta el sábado.

—Miércoles. Se supone que apareceremos con los huevos mañana.

—Miércoles... No he cagado en trece días. Trece días... ¿Y qué le pasa a todo? No es como si no hubiera comido nada. La sopa de *Querida* y algunos embutidos, aquellas patatas hervidas de las chicas, una ración de pan... ¿Y qué está haciendo todo eso? ¿Sólo aposentándose en mi barriga, formando una jodida masa?

—¿Quieres cagar? —preguntó Edik. El viejo campesino de la barba había oído las quejas de Kolya y ahora se daba la vuelta para dar su consejo—. Hierve un poco de espino negro y bébete el agua. Nunca falla.

—Maravilloso. ¿Ves algunos espinos negros por ahí?

Edik echó una mirada a los pinos situados al borde de la carretera y movió la cabeza en un gesto negativo.

—Te echaré un silbido si pasamos frente a alguno.

—Muchas gracias. Quizás puedas encontrarme agua hervida, también.

Edik se había vuelto ya hacia delante y había ocupado nuevamente su lugar en la fila, consciente de que uno de los soldados había mirado en nuestra dirección...

—Stalin va a visitar una de las granjas colectivas en las afueras de Moscú —empezó Kolya con su voz de contar chistes—. Quiere ver cómo les va con el último Plan Quinquenal. «Dime, camarada», pregunta a un granjero. «¿Cómo van las patatas este año?». «Muy bien, camarada Stalin. Si las apilamos, llegarían hasta Dios». «Pero si Dios no existe, camarada granjero». «Y tampoco las patatas, camarada Stalin».

—Es viejo.

—Los chistes sólo llegan a viejos si son buenos. Si no, ¿quién sigue contándolos?

—Gente como tú, que no es divertida.

—No puedo hacer nada si nunca ríes. Yo hago reír a las chicas; eso es lo que importa.

—¿Crees que lo hizo ella? —le pregunté.

Kolya me miró, confuso durante un momento, hasta que vio que estaba observando a Vika, que hoy caminaba aparte de nosotros, cerca del frente de la procesión.

—Por supuesto que fue ella.

—Y sólo... Se estuvo apretujando contra mí toda la noche. Cuando caí dormido, su cabeza estaba en mi hombro.

—Eso es lo más cerca del sexo que has estado nunca. ¿Lo ves? Me escuchaste y ya has aprendido.

—¿... y de alguna manera ella consiguió separarse de mí, aunque yo soy un durmiente muy ligero, arrastrarse alrededor de treinta campesinos, en la oscuridad total, cortarle la garganta al hombre y volver? ¿Sin despertar a una sola persona?

Kolya asintió, observando todavía a Vika, que caminaba sola, estudiando el borde de la carretera y la posición de las tropas alemanas.

—Es una asesina con talento.

—Especialmente tratándose de una astrónoma.

—Ja. No creas todo lo que te cuentan.

—¿Crees que está mintiendo?

—Estoy seguro de que fue a la universidad un tiempo. Allí la reclutaron. Pero,

vamos, pequeño león, ¿piensas que aprendió a disparar así en la clase de astronomía? Es de la NKVD. Tienen agentes en cada grupo partisano.

—Tú no sabes eso.

Se detuvo durante unos segundos para golpear una bota contra otra, quitándose la nieve pegada en la suela, apoyándose en mi brazo para mantener el equilibrio.

—Yo no sé nada. Quizás tu nombre no sea Lev. Quizás eres el mayor amante de la historia de Rusia. Pero considero los hechos y establezco una conjetura elaborada. Los partisanos son luchadores locales. Por eso son tan eficaces... Conocen la tierra mejor de lo que los alemanes llegarán a conocerla nunca. Tienen amigos en la zona, familia, gente que puede proporcionarles comida, un lugar seguro para dormir. Ahora, dime: ¿a qué distancia estamos de Arkangelsk?

—No lo sé.

—Yo tampoco. ¿Setecientos, ochocientos kilómetros? La frontera alemana probablemente está más cerca. ¿Crees que los partisanos locales simplemente decidieron confiar en una muchacha que apareció de ninguna parte? No; se la enviaron.

Vika caminaba dificultosamente por la nieve, las manos en los bolsillos de su mono. Desde atrás, parecía un chico de doce años vestido con un uniforme de mecánico robado.

—Me pregunto si tiene tetas —dijo Kolya.

Su crudeza me irritó, aunque yo me había preguntado lo mismo. Juzgar la forma de su cuerpo bajo aquel mono demasiado grande era imposible, pero, por lo que yo podía ver, carecía de curvas y era tan delgada como una brizna de hierba.

Kolya notó la expresión en mi cara y sonrió.

—¿Te he ofendido? Lo siento. Realmente te gusta, ¿verdad?

—No lo sé.

—No volveré a hablar de ella de esta manera. ¿Me perdonarás?

—Puedes hablar de ella como a ti te guste.

—No, no. Ahora comprendo. Pero, escucha, éste no es un pez fácil de enganchar.

—¿Vas a darme más consejos de tu libro imaginario?

—No, escucha: haz los chistes que quieras, vale, pero yo sé más sobre estas cosas que tú. Mi opinión es que ella estaba un poquitín enamorada de ese Korsakov, Y aquél era un hombre más duro que tú, así que no puedes impresionarla con tu rudeza.

—No estaba enamorada de él.

—Sólo un poquitín.

—Jamás pensé que iba a impresionarla con mi rudeza. ¿Crees que soy tan estúpido?

—¿Así que la cuestión es *con qué* la impresionas?

Tras decir aquello Kolya se quedó en silencio durante largo rato, sus ojos

entrecerrados, la frente arrugada con expresión de preocupación, mientras ponderaba mis afirmaciones. Antes de que se le pudiera ocurrir algo, oímos gritos detrás de nosotros y nos dimos la vuelta, viendo a los soldados hacernos señas para que nos situáramos a un lado de la carretera. Un convoy de Mercedes semiorugas con sus plataformas cubiertas de lona alquitranada pasó con gran estrépito, transportando provisiones y materia, para la primera línea. Nos quedamos observando durante cinco minutos, y sin embargo, el lento convoy rodante no parecía tener fin. A los alemanes no les debía importar gran cosa impresionar a sus prisioneros, pero lo cierto es que yo estaba impresionado. El racionamiento de combustible, en Piter, significaba que raras veces veíamos más de cuatro o cinco vehículos moviéndose durante un día. Yo había contado ya cuarenta de aquellos camiones híbridos, con sus neumáticos de caucho delante y orugas de tanque detrás, estrellas de tres puntas en sus radiadores y cruces negras bordeadas de blanco pintadas en sus traseros.

Detrás de las semiorugas venían coches blindados de ocho ruedas, morteros pesados sobre orugas y camiones ligeros transportando soldados sentados en bancos paralelos, sus rostros cansados y sin afeitado, los fusiles colgados de los hombros, acurrucados en sus blancos anoraks.

Oímos maldiciones procedentes de la parte delantera del convoy, y vimos a los conductores asomándose por la ventanilla para averiguar a qué se debía el problema. A una de las piezas de artillería autopropulsadas se le había aflojado un patín, y mientras sus servidores se apresuraban a fijarlo, el obús lo bloqueaba todo detrás de él. Los soldados de infantería tuvieron la oportunidad de saltar de sus camiones y hacer pis al lado de la carretera. Pronto se formó una línea de varios centenares de soldados y conductores de semiorugas y artilleros que plantaban sus botas y gritaban a sus amigos, inclinándose hacia atrás para ver quién podía lanzar su chorro más lejos. El vapor se elevaba de la nieve amarillenta.

—Mira a esos lamedores de culos meando en nuestra tierra —murmuró Kolya—. No se reirán tanto cuando yo me agache a cagar en medio de Berlín. —La idea lo animó—. Quizás es por eso que no puedo hacerlo ahora. Mis tripas están aguardando la victoria.

—Son tripas patrióticas.

—Cada parte de mí es patriótica. Mi polla silba el himno soviético cuando se corre.

—Siempre que te oigo hablar, se trata de pollas y culos —dijo Vika. Se había deslizado detrás de nosotros según su habitual manera silenciosa, sobresaltándose cuando empezó a hablar—. ¿Por qué no os desnudáis los dos y acabáis de una vez?

—No es a mí a quien él querría desnudar —dijo Kolya con una sonrisa lasciva.

Yo sentí un arrebato de ira y embarazo, pero Vika ignoró el comentario manteniendo su vista fijada en los guardias de vigilancia y los demás prisioneros

mientras nos pasaba a los dos medias rebanadas de su sabroso pan de centeno.

—¿Veis los coches de los oficiales al final del convoy? —preguntó, mirando en aquella dirección pero sin levantar una mano para señalar.

—Es el mejor pan que he comido desde el verano —dijo Kolya, tras devorar su ración.

—¿Veis el *Kommandeurwagen* con los banderines de la esvástica en los guardabarros? Ése es el coche de Abendroth.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque he estado siguiéndole durante tres meses. Casi pude dispararle en las afueras de Budogosch. Ése es su coche.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Kolya, que se estaba sacando una semilla de alcaravea metida entre sus dientes.

—Cuando el convoy empiece a moverse otra vez, esperaré hasta que esté cerca y dispararé. No debería ser difícil.

Miré arriba y abajo de la carretera. Nos encontrábamos en medio de lo que parecía un batallón completo, rodeados de centenares de alemanes con fusiles, a pie y en vehículos blindados. La afirmación de Vika significaba que moriríamos dentro de unos minutos, tanto si acertaba su blanco como si no.

—Dispararé yo —dijo Kolya—. Tú y Lev quedaos aquí con aquellos cretinos de la colectividad. No es necesario que nos maten a todos.

Vika torció los labios en una media sonrisa y negó con la cabeza.

—Soy mejor tiradora.

—Tú nunca me has visto disparar.

—Cierto. Y soy la mejor tiradora.

—No importa —les dije a los dos—. Ambos dispararéis, ¿qué diferencia hay? ¿Creéis que dejarán vivo a ninguno de nosotros después de eso?

—El chico tiene razón —dijo Kolya.

Inspeccionó a los prisioneros analfabetos que se encontraban alrededor de nosotros, moviendo los pies y golpeándose las manos para conservar el calor, la mayor parte de ellos granjeros que nunca habían viajado más allá de unos pocos kilómetros fuera de sus colectividades. En el grupo figuraban algunos soldados rasos del Ejército Rojo. Uno o dos de ellos, estoy seguro, sabían leer tan bien como yo.

—¿Cuántos prisioneros dijeron? ¿Treinta y ocho?

—Treinta y siete ahora —dijo Vika. Me vio mirándola y me devolvió la mirada con aquellos despiadados ojos azules—. ¿Cuánto tiempo piensas que durarás antes de que uno de esos campesinos se dé cuenta de que te faltan algunos trocitos de piel ahí —y señaló a mi ingle— y te delate por un cuenco extra de sopa?

—Treinta y siete... Parece demasiado sacrificio por un solo alemán —dijo Kolya.

—¿Treinta y siete prisioneros enviados a las acerías? Estos hombres ya no son

bienes rusos —dijo ella con un tono tranquilo, sin inflexión—. Son mano de obra alemana. Y por Abendroth vale la pena su sacrificio.

Kolya asintió, mirando al *Kommandeurwagen* en la lejanía.

—Nosotros somos peones y él es una torre; eso es lo que estás diciendo.

—Somos menos que unos peones. Éstos tienen valor.

—Si podemos comer una torre, tenemos valor, también.

Al decir esto, Kolya parpadeó y me miró. De repente una extraña sonrisa apareció en su rostro; toda su cara de cosaco se iluminó ante la magnitud de una nueva idea.

—Quizás haya otra manera. Esperad aquí un momento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vika, pero era demasiado tarde.

Kolya ya había empezado a acercarse al más próximo grupo de soldados.

Los alemanes estrecharon los ojos al verlo y movieron los dedos hacia los gatillos de sus armas. Pero Kolya levantó las manos y empezó a charlar con ellos en su lengua nativa, tan alegre y relajado como si estuvieran todos reunidos para contemplar un desfile. Al cabo de treinta segundos se estaban riendo de los chistes o bromas que les contaba. Uno de los soldados le dejó incluso hacer una larga chupada de su cigarrillo.

—Tiene encanto —dijo Vika.

Sonaba como un entomólogo comentando el caparazón de un escarabajo.

—Probablemente piensan que es su hermano ario perdido hace mucho tiempo.

—Vosotros dos formáis una extraña pareja.

—No somos una pareja.

—No me refería a eso. No te preocupes, Lyova, sé que te gustan las chicas.

Mi madre siempre me había llamado Lyova, y oír ese apodo viniendo de la boca de Vika —tan inesperado pero tan natural, como si lo hubiera estado haciendo durante años— casi me produjo ganas de llorar.

—Te hizo enfurecer antes, ¿no? Cuando dijo aquello de desear verme desnuda.

—Dice un montón de estupideces.

—¿Así que no deseas verme desnuda?

Vika mostraba su sonrisa más burlona ahora, de pie con las piernas separadas, las manos metidas en los bolsillos de su mono.

—No lo sé.

En efecto, era una respuesta estúpida y cobarde, pero yo no sabía manejar los picos y valles de la mañana. Por un momento había pensado que me quedaban pocos minutos de vida; al siguiente, una francotiradora de Arkangelsk estaba flirteando conmigo. ¿Estaba realmente flirteando conmigo? Los días se habían convertido en una confusión de catástrofes: lo que parecía imposible por la tarde era un hecho categórico por la noche. Caían cadáveres alemanes del cielo; unos caníbales vendían rstras de salchichas hechas de carne picada de seres humanos en el Mercado del

Heno; bloques de apartamentos se derrumbaban; perros convertidos en bombas ambulantes, soldados congelados transformados en postes indicadores; un partisano, con medio rostro, permanecía de pie, tambaleándose en la nieve, mirando con ojos tristes a sus asesinos. Yo no tenía comida en mi barriga, ni grasa en mis huesos, ni tampoco energía para reflexionar sobre este desfile de atrocidades. Sólo seguía moviéndome, esperando encontrar otra media rebanada de pan para mí y una docena de huevos para la hija del coronel.

—Me dijiste que tu padre había sido un famoso poeta.

—No tan famoso.

—¿Es eso lo que quieres ser? ¿Un poeta?

—No. Yo no tengo talento para ello.

—¿Y para qué tienes talento?

—No lo sé. No todo el mundo tiene talento.

—Eso es verdad. Pese a lo que nos dicen siempre.

A juzgar por las apariencias, Kolya estaba dando una gran conferencia a los soldados agrupados a su alrededor en semicírculo, haciendo gestos elaborados para subrayar sus frases. Me señaló con el dedo y yo sentí mi garganta oprimida cuando los soldados alemanes se dieron la vuelta y miraron en mi dirección, curiosos y divertidos.

—¿Qué demonios les estará diciendo?

Vika se encogió de hombros.

—Conseguirá que le peguen un tiro, si no anda con cuidado.

Los soldados parecían dubitativos, pero Kolya siguió engatusándolos y finalmente uno de ellos, meneando la cabeza como si no acabara de creerse lo que estaba escuchando de aquel ruso lunático, se ajustó la correa de su MP40 y se dirigió apresuradamente hacia la parte trasera del convoy. Kolya asintió a los restantes hombres reunidos a su alrededor, hizo una broma final que los hizo reír otra vez y regresó caminando sin prisa hacia nosotros.

—Los nazis te adoran —dijo Vika—. ¿Les estabas citando el *Mein Kampf*?

—Probé de leerlo una vez. Muy pesado.

—¿Qué les estabas diciendo?

—Les dije que tenía una apuesta para Herr Abendroth. Que mi amigo Lev, un muchacho de quince años del barrio menos elegante de Leningrado, podía jugar sin la dama y aun así ganar al *Sturmbannführer* en una partida de ajedrez.

—Tengo diecisiete años.

—Oh. Bueno, quince es un insulto aún mayor.

—¿Es una broma? —preguntó Vika, su cabeza inclinada hacia un lado, observando a Kolya y esperando que él le sonriera y explicara que no había hecho una cosa tan estúpida.

—No es ninguna broma.

—¿No piensas que él se preguntará cómo sabías que estaba aquí? ¿Cómo conocías su rango y sabías que jugaba al ajedrez?

—Creo que, en efecto, él se preguntará todas esas cosas. Y que eso despertará su curiosidad y hará que venga a nosotros.

—¿Cuál es la apuesta? —quise saber.

—Si él gana, puede matarnos de un tiro en el acto.

—Puede matarnos de un tiro cuando le venga en gana, estúpido.

—Eso es lo que los soldados dicen. Por supuesto que puede. Pero yo les dije que el *Sturmbannführer* es un hombre de honor, un hombre de principios. Les dije que confío en su palabra y confío en su espíritu de competición. Esos tipos adoran toda esa mierda de la sangre y el honor.

—¿Y qué conseguiremos, si gana?

—Primero, nos dejará libres a los tres. —Vio nuestras expresiones y nos cortó antes de que pudiéramos hablar—. Sí, sí, pensáis que soy un idiota, pero vosotros dos sois los lentos. No podemos jugar ahora, con el convoy moviéndose. Con un poco de suerte, la partida tendrá lugar esta noche, dentro, lejos de todo esto.

Y Kolya hizo un gesto con la mano, indicando a los soldados alemanes que seguían de pie en relajados círculos, charlando y fumando; las semiorugas cargadas de provisiones; la artillería pesada.

—Nunca nos dejará marchar.

—Evidentemente nunca nos dejará libres. Pero nos resultará mucho más fácil dispararle. Y, si los dioses nos sonrén, quizás incluso tengamos una posibilidad de huir.

—Si los dioses nos sonrén —dijo Vika, burlándose de la pomposidad de Kolya—. ¿Has prestado alguna atención a esta guerra?

Los mecánicos habían reparado la oruga en el obús autopropulsado. El conductor y su tripulación se metieron por la escotilla. Momentos más tarde, el motor tosió y volvió a la vida, y la bestia con su alargada torreta gimió al ponerse en movimiento, rompiendo el hielo que se había formado en torno de sus orugas de acero. Los soldados de infantería no parecían tener mucha prisa en regresar a sus camiones, pero después de sus últimos adioses gritados con voz ronca, mientras los oficiales vociferaban y el convoy empezaba a reemprender su sinuosa marcha, dieron las últimas, y largas, chupadas a sus cigarrillos, los soltaron y volvieron a encaramarse de un brinco a sus semirremolques cubiertos con lonas alquitranadas.

El soldado que había marchado con el mensaje para Abendroth regresó trotando a su unidad. Cuando vio que lo estábamos mirando, hizo un gesto de asentimiento y sonrió. Su cara era sonrosada y carente de vello, sus mejillas redondeadas y resultaba fácil describirlo como un niño calvo y berreante. Nos gritó, una sola palabra en

alemán, antes de subirse a su camión ya en movimiento, alargando la mano y dejando que sus compatriotas le izaran a bordo.

—Esta noche —dijo Kolya.

Nuestros guardianes ya nos habían ladrado, sabiendo que nosotros no comprenderíamos y sin importarles. El mensaje era bastante simple. Los prisioneros volvieron a formar filas, con Vika alejada de nosotros y esperamos a que el convoy pasara. Cuando cruzó por delante de nosotros el *Kommandeurwagen*, traté de descubrir a Abendroth, pero el cristal de la ventanilla era esmerilado.

Recordé algo que me había estado preocupando y me volví hacia Kolya.

—¿Cuál es la segunda cosa que pediste?

—¿Sí?

—Dijiste que si yo ganaba, nos dejaría libres. Así que, ¿cuál es la segunda cosa que pediste?

Bajó su mirada hacia mí, sus cejas se inclinaron una hacia la otra, incrédulo de que yo no fuera capaz de imaginármelo.

—¿No es obvio? Una docena de huevos.

Aquella noche nos instalaron con los demás prisioneros en un corral de ovejas justo en las afueras de Krasnogvardeysk. El aire olía a lana mojada y excrementos. Los alemanes nos habían dado unas pocas ramas como leña, y la mayor parte de los hombres estaba reunida alrededor de un tímido fuego, en el centro del corral. Esta noche estaban demasiado cansados para hablar de fugas. Se quejaban con poco vigor de que los alemanes no nos habían dado comida desde la galleta de la mañana, murmuraban predicciones sobre el tiempo que haría el día siguiente, y pronto todos estaban durmiendo en el frío suelo, acurrucados juntos para darse calor. Vika, Kolya y yo nos sentamos con las espaldas apoyadas en la astillada pared de madera, temblando de frío, preguntándonos si la partida tendría o no lugar.

—Si nos envían a buscar —dijo Vika—, si nos llevan hasta él, te lo aseguro, nos registrarán en busca de armas.

—Ya han registrado a los prisioneros. ¿Qué crees que van a pensar, que hemos encontrado armas en el corral de ovejas?

—Ese hombre sabe que constituye un blanco. Es muy cuidadoso. Encontrarán las armas.

Kolya respondió con una lúgubre ventosidad, baja y solemne como una única nota de un cuerno barítono. Vika cerró los ojos durante unos segundos, respirando por la boca. Yo estudié sus pálidas pestañas a la luz del fuego.

—A pesar de todo —dijo ella finalmente—, encontrarán las armas.

—Así que, ¿qué tendremos que hacer, estrangularlo?

Ella metió la mano en su mono, sacó su daga finlandesa de la funda del cinto y empezó a excavar un agujero en la congelada tierra. Cuando fue bastante profundo, enterró su pistola y alargó la mano pidiendo la de Kolya.

—Quiero conservarla.

Ella esperó con la mano extendida, y finalmente él se la tendió. Cuando ambas pistolas estuvieron cubiertas de tierra, se desabrochó su mono y desató la hebilla de su cinturón. Kolya me soltó un pequeño codazo. El mono había resbalado de los hombros de Vika; bajo él, Vika llevaba una camisa de leñador de gruesa lana y dos capas de calzoncillos largos, pero por un momento vi su clavícula moviéndose bajo una piel salpicada de suciedad. Nunca en mi vida había dedicado un pensamiento consciente a la clavícula de otra persona; las suyas parecían las alas de una gaviota planeando. Se sacó de un tirón su cinturón de lona, levantó su camisa de leñador y las dos camisetas hasta justo debajo de sus pechos, sujetó las camisetas con la barbilla y se ató el cinturón a su piel desnuda. La funda del cuchillo descansaba ahora contra su esternón, y cuando se bajó las camisetas y la camisa de leñador y volvió a abrocharse el mono, era imposible detectar su forma.

Me cogió la mano y la colocó contra su pecho.

—¿Sientes algo?

Moví negativamente la cabeza, y Kolya se rió.

—Respuesta equivocada.

Vika me sonrió. Mi mano descansaba aún en su acolchado pecho. Tenía miedo de moverla, y también de mantenerla allí.

—No le escuches, Lyova. Nació del culo de su madre.

—¿Queréis un poco de intimidad vosotros dos? Yo podría ir a abrazarme con el viejo Edik allí. Parece sentirse solo.

—¿Y qué pasa con mi cuchillo? —le pregunté a Vika.

—Me olvidé de tu cuchillo.

—Deja que lo lleve yo —dijo Kolya—. Sé cómo usarlo.

—No —dijo Vika—. A ti es al que registrarán más cuidadosamente. Eres el único que tiene pinta de soldado.

Se inclinó hacia delante y yo aparté la mano, seguro de que de alguna manera había perdido una oportunidad incluso aunque no supiera cuál era o lo que significaba. Soltó la funda de mi bota y la sopesó en su mano durante un momento, considerando su tamaño y forma. Por último, la deslizó profundamente en mi bota, bajo el calcetín. Examinó el pie nuevamente. No había nada visible. Dio un golpecito al cuero, y pareció satisfecha.

—¿Puedes andar normalmente?

Me levanté y di unos pasos. Podía sentir la punta de la funda clavándose en mi bota, pero parecía segura, sostenida firmemente en su lugar por el calcetín Y la bota.

—Mírale —dijo Kolya—. El asesino silencioso.

Me volví a sentar al lado de Vika. Ella tocó el lugar blando bajo mi oreja y deslizó el dedo a través de mi garganta, deteniéndose bajo la otra oreja.

—Si abres un corte aquí —me dijo—, nadie podrá volver a cerrarlo.

Los oficiales superiores del *Einsatzgruppen A* habían requisado la sede central de la Delegación del Partido en Krasnogvardeysk, una sucia conejera de pequeños despachos, con suelos de linóleo desconchados, situada encima de la ennegrecida cáscara de la comisaría de policía. El edificio olía a humo y emanaciones de diésel, pero los alemanes habían restaurado ya la electricidad y encendido las estufas. El primer piso era cálido y confortable, dejando aparte los ocasionales brochazos de sangre seca en las paredes. Pocas horas después de que enterráramos las pistolas, dos soldados del batallón de la *Gebirgsjäger* nos escoltaron a los tres hasta la sala de conferencias, donde antiguamente los miembros del comité de urbanismo se habían reunido para debatir las órdenes procedentes de arriba y las órdenes destinadas a los de abajo. Ventanas de cuatro cristales daban a la calle principal de la oscura

población. Carteles de Lenin y Zhdanov seguían colgados de las paredes, sin que nadie los quitara, como si sus sombrías expresiones molestaran tan poco a los alemanes que no valía la pena arrancarlos o desgarrarlos.

Abendroth estaba sentado al otro extremo de una larga mesa, bebiendo un licor claro de un vaso de cristal tallado. Asintió con la cabeza cuando entramos en la habitación, pero no hizo ningún movimiento para ponerse en pie. Su gorra de visera de color gris —con una franja negra y una calavera plateada bajo el águila alemana— descansaba sobre la mesa. Un tablero de ajedrez de viaje, las piezas ya instaladas, esperaba entre la gorra y la casi vacía botella, sin etiquetar, de licor.

Yo había esperado ver a un esbelto atleta, un tipo profesional, pero Abendroth era un hombre voluminoso, con la complexión de un lanzador de martillo, el cuello de su guerrera clavado en las venas de su grueso cuello. El pesado vaso de vidrio parecía algo tan delicado como una tacita de muñecas en la palma de su mano. No parecía tener más de treinta años, pero el cabello cortado muy corto de sus sienes era blanco, al igual que la incipiente barba de su mentón. Las runa en forma de rayos de las SS brillaban en la punta derecha de su cuello, cuatro estrellas de plata indicaban su rango en la punta izquierda, y una Cruz de Caballero, en negro y plata, colgaba en medio.

Parecía algo bebido, aunque sus movimientos seguían estando perfectamente coordinados. Yo había aprendido a una edad temprana cómo detectar a un borracho, incluso a los muy hábiles que soportaban bien el licor. Mi padre no era un gran bebedor, pero todos sus amigos lo eran, poetas y autores de teatro que nunca se habían ido a la cama sobrios en su vida adulta. Algunos se mostraban empalagosos en sus muestras de afecto, besándome las mejillas y desordenándome el cabello mientras me decían qué afortunado hombrecillo era yo con un padre como él. Otros eran fríos y distantes como lunas orbitando, esperando a que yo regresara a la habitación que compartía con mi hermana y dejara solos a los adultos, de modo que pudieran reanudar sus debates sobre el Politburó o la última provocación de Mandelstam. Algunos ya pronunciaban mal las palabras con un solo vaso de vodka, y algunos se volvían inteligibles sólo después de terminar su primera botella.

Los ojos de Abendroth brillaban un poco más de lo normal. Me sonreía de vez en cuando sin ninguna razón aparente, divertido por cualquier posible ocurrencia humorística que le pudiera haber pasado por la cabeza. Nos observaba, y no dijo una sola palabra hasta que hubo terminado su vaso de licor. Entonces se frotó las manos y se encogió de hombros.

—*Schnapps* de ciruela —nos dijo, su ruso bastante preciso, aunque al igual que su camarada oficial de los *Einsatz*, no hizo ningún esfuerzo por cuidar el acento—. Un viejo que conozco me lo hace a mano, la mejor poción del mundo, y ahora me llevo una caja conmigo a dondequiera que voy. ¿Alguno de vosotros habla alemán?

—Yo lo hablo —dijo Kolya.

—¿Dónde lo aprendiste?

—Mi abuela era vienesa.

Si esto era cierto, o no, yo no tenía ni idea, pero lo dijo con tanta convicción que Abendroth pareció aceptarlo.

—*Waren Sie schon einmal in Wien?*

—*Nein.*

—Es una lástima. Hermosa ciudad. Y nadie la ha bombardeado todavía, pero eso no durará. Imagino que los ingleses lo harán antes de que acabe el año. ¿Alguien te ha dicho que yo juego al ajedrez?

—Uno de sus colegas, allá en la escuela. Un *Oberstumsführer*, creo. Habla ruso casi tan bien como usted.

—¿Kuefer? ¿El del bigotito?

—Ése. Era muy... —Kolya vaciló, como si no estuviera seguro de cómo seguir sin decir nada ofensivo— ...amistoso.

Abendroth se quedó mirando a Kolya durante unos segundos antes de lanzar un bufido, entre divertido y disgustado. Se cubrió la boca con el dorso de la mano, eructó y se sirvió otro vaso de *schnapps*.

—Estoy seguro de que lo fue. Si, es muy amistoso, Kuefer. ¿Y cómo fue a parar a mí vuestra conversación?

—Yo le dije que mi amigo aquí es uno de los mejores jugadores de Leningrado, y él dijo...

—¿Este amigo judío?

—Ja, ésa fue su broma, también, pero no. Lev no es judío. Lleva consigo la maldición de su nariz, y nada de dinero.

—Me sorprende que Kuefer no inspeccionara el miembro del muchacho para verificar su raza.

Sin dejar de mirarme, Abendroth hizo un comentario en alemán, en beneficio de los soldados, que miraron en mi dirección, curiosos.

—¿Comprendes lo que acabo de decir? —le preguntó a Kolya.

—Sí.

—Traduce para tu tropa.

—Mi oficio es conocer a un judío cuando veo a uno.

—Muy bien. Y, a diferencia de nuestro amigo Kuefer, puedo descubrir a una chica, también. Quítate el gorro, querida.

Durante un largo momento Vika no se movió. Y no me atrevía a mirarla, pero sabía que ella estaba considerando si sacar o no su cuchillo. Habría sido un gesto inútil; los soldados la hubieran abatido antes de que pudiera dar un solo paso, pero los gestos inútiles parecían ser todo lo que nos quedaba. Podía sentir a Kolya poniéndose tenso a mi lado... Si Vika echaba mano de su cuchillo, él se lanzaría contra el soldado

más cercano, y entonces todo terminaría muy rápidamente.

La inminencia de la muerte no me asustaba tanto como debería. Yo había estado demasiado asustado durante demasiado tiempo. Estaba exhausto y hambriento para sentir algo con la adecuada intensidad. Pero si mi miedo había disminuido, no se debía a que mi valor hubiera aumentado. Sentía el cuerpo tan débil, tan agotado, que me temblaban las piernas por el esfuerzo de mantenerme en pie. No podía experimentar ninguna gran preocupación por nada, incluyendo el destino de Lev Beniov.

Vika finalmente se quitó su gorro de piel de conejo y lo sostuvo entre sus manos. Abendroth vació su vaso de un solo trago, apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Serás bonita cuando te crezca el cabello. Ahora todo ha salido a la luz, ¿no? Dime una cosa —le dijo a Kolya—. Hablas alemán bastante bien, ¿pero no eres capaz de leer el ruso?

—Siempre me da dolor de cabeza, intentar leer.

—Por supuesto. Y tú —dijo dirigiéndose a mí—, tú eres uno de los mejores jugadores de ajedrez de Leningrado, ¿pero tampoco sabes leer? Es una extraña combinación, ¿no? La mayor parte de los jugadores de ajedrez que conozco son bastante letrados.

Yo abrí la boca, esperando que las mentiras fluyeran tan rápidamente como lo hacían con Kolya, pero Abendroth levantó una mano y movió la cabeza negativamente.

—No te preocupes. Pasaste el examen de Kuefer. Bien. Lo respeto. Vosotros sois supervivientes, pero yo no soy ningún estúpido. Uno de vosotros es un judío, dándoselas de gentil; otro es una chica, tratando de pasar por muchacho; todos vosotros, supongo, sois letrados aparentando ser analfabetos. Y pese a los cuidados de nuestros vigilantes soldados de montaña y del estimado *Oberstunführer* Kuefer, todos estos trucos han funcionado. Y sin embargo, me pedisteis venir aquí para una partida de ajedrez. Es decir, pedisteis que me fijara en vosotros. Esto es muy extraño. No sois estúpidos, eso está claro, o ya estaríais muertos. Realmente, no esperaréis que os deje libres si ganáis esta partida, ¿verdad? Y lo de la docena de huevos... La docena de huevos es la parte más extraña de toda esta ecuación.

—Me estoy dando cuenta de que no tiene usted el poder de dejarnos libres —dijo Kolya—, pero pensé, si mi amigo gana, quizás pueda usted deslizar alguna palabra favorable a sus superiores...

—Por supuesto que tengo el poder de liberaros. No se trata de... ¡Eh! —Abendroth apuntó con el dedo a Kolya y asintió, casi sonriendo—. Muy bueno. Eres inteligente. Jugar con la vanidad alemana. Sí, no es extraño que Kuefer sintiera tanta simpatía por ti. Explícame lo de los huevos.

—No he comido uno solo desde agosto. Siempre estamos hablando de la comida

que anhelamos. Y no puedo sacarme de la cabeza la idea de unos huevos fritos. Durante todo el día, marchando por la nieve, no puedo pensar en otra cosa.

Abendroth dio unos golpecitos en la mesa con los dedos.

—Así que, consideremos la situación. Los tres sois unos mentirosos confirmados. Tú llegas con una dudosa historia que te consigue un encuentro privado. —Abendroth miró a los soldados y se encogió de hombros—. Un encuentro semiprivado con un oficial superior del despreciado *Einsatzgruppen A*. Evidentemente tienes información que deseas negociar.

Se produjo un momento de silencio antes de que Kolya dijera:

—No comprendo.

—Me parece que sí comprendes. Sabes cuáles de los prisioneros son bolcheviques, quizás, o has oído planes de los movimientos de tropas del Ejército Rojo. No puedes entregar esta información delante de los otros rusos, así que organizaste esta reunión. Ocurre muy a menudo, sabes. Tus paisanos parecen ansiosos de traicionar al camarada Stalin.

—No somos traidores —dijo Kolya—. Da la casualidad de que el muchacho juega muy bien al ajedrez. He oído que es usted jugador. Y vi una oportunidad.

—Ésta es la respuesta que esperaba —dijo Abendroth con una sonrisa. Ingirió el resto de su vaso de *schnapps* y se sirvió el vaso final, sosteniéndolo a la luz para examinar el licor—. Dios mío, eso sí que es auténtico. Siete años en un barril de roble ...

Dio otro sorbito, paciente ahora, no deseando apresurar el último vaso. Al cabo de un momento de saborear el *schnapps*, dijo unas tranquilas palabras en alemán. Uno de los soldados levantó su MP40 hacia nosotros, mientras el otro se acercaba y empezaba a registrarme.

El cuchillo había parecido estar bien oculto allá en el corral, pero ahora, estando allí de pie mientras el soldado me registraba, no podía pensar en nada excepto en la dura funda de cuero hurgando en la parte alta de mi pie. Registró los bolsillos de la vieja chaqueta de mi padre, miró debajo de mis sobacos, bajo el cinturón, en las piernas. Metió los dedos en las botas y mi temor regresó, un choque de puro terror, burlándose de la indiferencia que había sentido unos minutos antes. Traté de respirar normalmente, mantener una expresión de calma en mi rostro. El soldado palpó mis espinillas, no encontró nada y se dirigió a Kolya.

Me pregunté por cuánto había fallado, cuántos milímetros se separaron las yemas de sus dedos de la funda del cuchillo. Era un muchacho, dos o tres años mayor que yo, su cara salpicada de pequeños lunares de color marrón. Sus compañeros de clase seguro que se habían burlado de esos lunares. Sin duda él se los había contemplado en el espejo, ceñudo y avergonzado, preguntándose si podría afeitárselos con la navaja de su padre. Si hubiera disfrutado de otros quince minutos de sueño la noche

anterior, si hubiera ingerido otra cucharada de sopa, podría haber tenido la energía para hacer su trabajo adecuadamente y haber encontrado el cuchillo. Pero no lo hizo, y su descuido lo cambió todo para nosotros dos.

Cuando hubo terminado de registrar a Kolya, se dirigió hacia Vika. Su camarada hizo una broma y se rió de su propio ingenio. Quizás quería incitar al muchacho para que le diera una palmada en el trasero a Vika, o le pellizcara un pezón, pero ella lo miraba con sus fríos ojos sin parpadear y él pareció nervioso, inspeccionándola menos cuidadosamente aún de lo que lo había hecho con Kolya y conmigo. Me di cuenta de que el muchacho debía de ser virgen; le ponía tan nervioso el cuerpo de una mujer como a mí.

Después de palparle tímidamente las piernas, se puso en pie, hizo un gesto de asentimiento a Abendroth y se dio la vuelta. El *Sturmbannführer* observó al muchacho un momento, mientras una leve sonrisa le curvaba los labios.

—Me parece que te tiene miedo —le dijo a Vika. Esperó unos segundos para ver si ella respondía, y, al no hacerlo, dedicó su atención a Kolya—. Tú eres un soldado. No puedo dejarte libre o te volverías a unir al Ejército Rojo, y, si mataras a un alemán, sus padres me acusarían. —Me miró—. Y tú eres un judío; liberarte va contra mi conciencia. Pero si ganas, dejaré que la chica vuelva a casa. Es la mejor oferta que os puedo hacer.

—¿Tengo su palabra de que la dejará ir? —le pregunté.

Abendroth se frotó la incipiente barba de su mentón con los nudillos. Un anillo de boda de oro en su anular reflejó la luz de la bombilla que teníamos encima de nuestras cabezas.

—Te gusta la chica. Interesante. Y a ti, pequeña pelirroja, ¿te gusta el judío? No importa, no importa, no hace falta ser vulgar. Así que... No estás en posición de exigir nada, pero sí, tienes mi palabra. He estado buscando una buena partida desde Leipzig. Este país tiene los mejores jugadores de ajedrez del mundo y no he encontrado a ninguno competente.

—Quizás los fusilan ustedes antes de poder encontrarlos —dijo Kolya.

Yo contuve la respiración, completamente seguro de que aquél era un paso demasiado atrevido, pero Abendroth asintió.

—Es posible. El trabajo antes que el placer. Vamos —me dijo—, siéntate. Si eres tan bueno como dice tu amigo, podría conservarte por aquí para competir.

—Espere —dijo Kolya—. Si gana, la dejará ir y nos dará los huevos.

La paciencia de Abendroth con todo aquel regateo empezaba a agotarse. Las ventanillas de su nariz llamearon mientras se inclinaba hacia delante, aunque no levantó la voz.

—Lo que os he ofrecido es más que generoso. ¿Queréis continuar con esta estupidez?

—Yo creo en mi amigo. Si pierde, métenos una bala en la cabeza. Pero si gana, me gustaría freír algunos huevos para la cena.

—¿Te gusta negociar? —preguntó Abendroth—. Vale, negociemos. Pareces pensar que tienes ventaja. No tienes ventaja alguna. Yo digo sólo dos palabras y te conviertes en un cadáver. ¿Sí? Dos palabras. ¿Comprendes lo deprisa que eso sucede? Eres un cadáver, arrastran fuera tu cuerpo y yo juego al ajedrez con tu amigo. Más tarde, quizás me lleve a la pequeña pelirroja a mi habitación, le dé un baño y vea qué aspecto tiene sin toda esa suciedad. O quizás no, quizás no haya baño, quizás esta noche quiera follar con un animal. Cuando estés en Roma..., ¿verdad? Ahora piensa, muchacho, piensa muy cuidadosamente antes de abrir la boca. Por tu propio bien, por el bien de tu madre, si es que esa bruja vive todavía, piensa.

Otros hombres habrían decidido dejarlo correr y cerrar la boca de una vez. Kolya no vaciló más de un segundo.

—Naturalmente, puede usted matarme cuando guste. Eso es innegable. ¿Pero cree usted que mi mejor amigo aquí jugará una partida decente después de ver mis sesos esparcidos por la mesa? ¿Quiere usted jugar con el mejor de Leningrado o con un chico asustado al que le corren los meados por las piernas? Si no puede ganar nuestra libertad, muy bien, lo comprendo, esto es la guerra. Pero, al menos, déle una oportunidad de ganarse la cena con la que hemos estado soñando.

Abendroth miró fijamente a Kolya, la yema de su dedo golpeteando lentamente sobre la mesa, el único sonido que se oía en la habitación. Finalmente, se volvió al soldado de los lunares y le dio una escueta orden. Después de que el joven alemán saludara y saliera de la habitación, el *Sturmbannführer* me indicó con un gesto que me sentara en la silla de la esquina de la mesa a su lado. Asintió luego hacia Kolya y Vika, señalando las sillas del otro extremo de la mesa.

—Sentaos —les ordenó—. Habéis estado caminando todo el día, ¿no? Sentaos, sentaos. ¿Hemos de tirar una moneda? —añadió dirigiéndose a mí.

Sin esperar respuesta, sacó una de su bolsillo y me mostró el águila agarrando la esvástica de un lado y los cincuenta *Reichspfennig* del otro. De un capirotazo hizo saltar la moneda en el aire, la cogió, la dejó caer contra el dorso de su mano y me miró.

—¿Pájaro o números?

—Números.

—¿No te gusta nuestra ave? —preguntó con una ligera sonrisa. Quitó la mano y me mostró el águila nazi—. Yo juego con blancas. Y no te preocupes... Puedes conservar la dama.

Avanzó su peón de dama dos casillas y asintió con la cabeza cuando yo repetí ese movimiento.

—Algún día elegiré una apertura diferente.

Movió su peón c dos casillas, ofreciendo el sacrificio. El gambito de dama. Al menos la mitad de las partidas que yo jugaba comenzaban con estos movimientos. Tanto los jugadores de fin de semana como los grandes maestros empezaban con esa combinación. Era demasiado pronto para saber si el alemán sabía lo que estaba haciendo. Decliné el gambito y moví mi peón de rey una casilla.

A lo largo de los años, he jugado miles de partidas con centenares de oponentes. He jugado sobre una manta en los Jardines de Verano, en torneos en el Palacio de los Pioneros, en el patio del Kirov con mi padre. Cuando jugaba en el Club de Ajedrez Espartaco, conservaba las anotaciones de todas mis partidas, pero las eché a la basura cuando abandoné la competición. Jamás me dedicaría a estudiar mis viejas partidas, al menos al darme cuenta de que yo era sólo un jugador mediano. Pero si me dais un trozo de papel y un lápiz, aún hoy, podría escribir la notación algebraica de mi partida entera con Abendroth.

En el sexto movimiento, salté con mi dama desde la primera fila, lo cual pareció sorprenderle. Frunció el ceño, rascándose la barbilla a lo largo del labio superior con la uña del pulgar. Yo había elegido este movimiento porque pensé que era bueno, pero también porque podía parecer malo... Ninguno de los dos teníamos hasta ese momento noción alguna de la capacidad de nuestro oponente, y si él pensaba que yo era un jugador flojo, eso podía inducirle a cometer un error capital.

Murmuró algo en alemán y movió su caballo de rey, una respuesta razonable, pero no la que yo me había temido. Si me hubiera comido el peón, habría mantenido la iniciativa, obligándome a responder a su agresión. En vez de ello, jugaba a la defensiva, y yo podía tomar ventaja llevando mi alfil a su terreno.

Abendroth se inclinó hacia atrás en su silla, estudiando el tablero. Al cabo de un minuto de contemplación, sonrió y me miró.

—Hacía mucho tiempo que no jugaba una buena partida.

Yo no dije nada, observando el tablero, visualizando potenciales secuencias de movimientos.

—No tienes por qué preocuparte —continuó—. Ganes o pierdas, estás a salvo. Una buena partida cada noche me mantendrá cuerdo.

Volvió a inclinarse hacia delante y movió la dama. Mientras yo reflexionaba, el joven soldado regresó trayendo una caja de madera hecha con listones y rellena de paja. Abendroth le hizo una pregunta y el soldado asintió con la cabeza, colocando la caja sobre la mesa.

—Me has hecho venir ganas —le dijo Abendroth a Kolya—. Si gano, podría comerme una tortilla de doce huevos.

Kolya, sentado al otro extremo de la mesa, sonrió a la vista de la caja de huevos. Los dos soldados ahora se quedaron de pie detrás de él y de Vika, sus manos sin apartarse nunca de las culatas de sus subfusiles. Kolya había estado tratando de seguir

la partida desde la distancia, pero Vika miraba fijamente la mesa. Su rostro nunca revelaba mucho, pero yo pude notar que estaba irritada, y me di cuenta, demasiado tarde, de que había perdido una oportunidad. Cuando el soldado había salido en busca de los huevos, brevemente superamos en número a los alemanes; ellos tenían armas de fuego y nosotros sólo cuchillos, pero podría haber sido nuestra mejor oportunidad.

Tras ocho movimientos más en la partida entre el *Sturmbannführer* y yo, empecé a intercambiar piezas. Yo me comí un peón; él, un caballo. Yo tomé un alfil; él, un peón. Al final de esta agitación, nuestras fuerzas seguían igualadas, pero el tablero se había abierto, y yo juzgué mi posición más fuerte.

—Violinistas y jugadores de ajedrez, ¿no?

Yo había tenido miedo de mirarle directamente antes, pero ahora robé una ojeada mientras él analizaba nuestras formaciones. Sentado tan cerca podía ver las oscuras, hinchadas, medias lunas bajo sus ojos de color avellana. La mandíbula era poderosa y cuadrada, una *L* mayúscula de perfil. Se dio cuenta de que lo estaba mirando y levantó su macizo cráneo para mirarme a su vez. Yo bajé los ojos rápidamente.

—Vuestra raza —dijo—, pese a todo, creáis maravillosos violinistas y jugadores de ajedrez.

Yo retrasé mi dama y durante los siguientes doce movimientos reunimos nuestras fuerzas, evitando la confrontación directa. Los dos nos enrocamos, protegiendo nuestros reyes mientras nos preparábamos para la siguiente batalla, concentrándonos hacia el centro, tratando de conseguir la mejor posición sobre el tablero. En el movimiento veintiuno, casi caí en una elegante trampita que me había preparado. Estaba a punto de ganar un peón desprotegido cuando me di cuenta de lo que el alemán había planeado... Devolví el alfil a su sitio y moví la dama para ofrecerle un mejor ángulo de ataque.

—Qué lástima —dijo Abendroth—. Ésa hubiera sido una bonita maniobra.

Levanté la mirada y vi que Kolya y Vika me estaban mirando. El plan nunca había sido explicitado, pero ahora parecía obvio. Meneé el pie dentro de la bota y sentí la funda del piloto muerto clavándose en mi tobillo. ¿Con cuánta rapidez podía sacar la hoja? No parecía posible que pudiera liberar el cuchillo y cortarle la garganta a Abendroth antes de que los soldados me abatieran de un disparo. Incluso sin soldados protegiéndole, Abendroth parecía demasiado poderoso para que yo pudiera matarlo. Cuando era pequeño, había visto a un hombre fuerte del circo con unas manos como las del *Sturmbannführer*... Había retorcido una pesada llave inglesa de hierro hasta doblarla, y, como era mi cumpleaños, conseguí hacerme con la barra. Durante años guardé la retorcida llave; la mostraba a mis amigos en el Kirov, presumía de que el hombre fuerte me había desgreñado el cabello y guiñado un ojo a mi madre. Un día fui a buscarla y no la pude encontrar. Sospeché que Oleg Antokolsky la había robado, pero nunca pude tener la prueba.

La idea de sacar un cuchillo contra un hombre de aquel tamaño me producía pánico, así que dejé de pensar en ello durante unos minutos y traté de concentrarme en el juego. Unos movimientos más tarde, vi una oportunidad de intercambiar caballos. Mi posición parecía un poco apretada, así que forcé el cambio. Abendroth suspiró cuando tomó mi pieza.

—No debería haber permitido eso.

—Bien jugado —exclamó Kolya desde el otro extremo de la mesa. Me giré hacia allí y vi que él y Vika me estaban todavía observando, y rápidamente volví a concentrarme en el tablero. ¿Cómo me había convertido en el asesino elegido? ¿Acaso no me conocía Kolya a estas alturas? Abendroth debía morir, yo sabía eso... Había deseado su muerte desde que conocí la historia de Zoya. Sin duda había masacrado a miles de hombres, mujeres y niños, mientras seguía a la Wehrmacht a través de Europa. Berlín lo recompensaba con resplandecientes medallas por ejecutar a judíos, comunistas y partisanos de los países ocupados. Era mi enemigo. Pero enfrentado a él ahora, al otro lado del tablero de ajedrez, observando cómo jugaba con su anillo de boda mientras consideraba el siguiente movimiento, no me creía capaz de asesinarlo.

La funda del cuchillo se clavaba en mi tobillo. El *Sturmbannführer* estaba sentado frente a mí, el cuello de su guerrera clavándose en una vena azul del costado de su ancho cuello. Kolya y Vika estaban sentados al otro extremo de la mesa, esperando a que yo actuase. Teniendo en cuenta el peso de todas estas distracciones, la verdad era que conseguía jugar una partida de ajedrez decente. Por más que su desenlace podría carecer de sentido, el juego seguía interesándome.

Yo estaba sentado con el codo sobre la mesa, la cabeza apoyada en la palma, por lo que mi mano me tapaba la vista de Kolya y Vika. En el movimiento veintiocho, avancé mi peón *c* a la quinta fila, un avance agresivo. Abendroth podía tomarlo con sus peones *b* o *d*. Existe una vieja regla en ajedrez que dice que los jugadores deben «capturar hacia el centro». Abendroth siguió la estrategia clásica, utilizando su peón *b*, estableciendo el dominio en el centro del tablero. Pero, tal como Tarrasch dice, «Poner siempre la torre detrás de los peones, excepto cuando es incorrecto hacerlo», así que capturar hacia el centro es el movimiento correcto, excepto cuando es erróneo. Cuando la secuencia hubo terminado, habíamos intercambiado dos peones cada uno, nuestro balance de piezas seguía parejo, y, al igual que un hombre que ha ingerido veneno, pero continúa masticando la carne, sin darse cuenta de que su muerte es ahora segura, Abendroth no tenía ni idea de que había cometido un error fatal.

Lejos de volcar su rey, el alemán pensaba que tenía una posición superior. A medida que nos acercábamos al final del juego, su peón *a* quedó solo en el borde del tablero, avanzando hacia la octava fila, donde podía transformarse en dama y

aniquilar mi defensa. Abendroth estaba tan resuelto a conseguir esa segunda dama que alegremente aceptó los diversos cambios que le proponía. ¿Cómo podía perder con dos damas atacando? Concentrado en su peón *a*, no se dio cuenta, hasta que fue demasiado tarde, de que yo tenía mi propio peón pasado en el centro del tablero. Al final, mi propio peón *d* consiguió coronar, un movimiento antes de que lo hiciera su peón *a*. Dos damas son difíciles de batir, a menos que tu oponente consiga primero su segunda dama.

Abendroth aún no se había dado cuenta de que la partida había terminado, pero así había sido. Miré a Vika, sintiéndome estúpidamente orgulloso de mi inminente victoria, y vi que su mano se había deslizado dentro de su mono. Ya no esperaba más a que yo actuara; estaba echando mano de su cuchillo, y Kolya, por su parte, tenía las manos sobre el borde de la mesa, dispuesto a ponerse en pie y atacar cuando ella lo hiciera. Mis ojos se encontraron con los de ella, y supe con repentina claridad que si yo me quedaba quieto, el cuerpo destrozado de Vika pronto estaría chorreando sangre sobre el desconchado suelo de linóleo.

Mientras Abendroth contemplaba el tablero y la extraña multitud de damas, yo pretendí rascarme la pantorrilla, metiendo los dedos lentamente dentro de la bota. Eso no era un arrebato de valor, sino todo lo contrario... Mi temor por la posible muerte de Vika se sobreponía a todos mis otros temores. Abendroth entrecerró los ojos mirando a su rey y vi que su expresión cambiaba cuando comprendió la verdad de su posición. Yo esperaba que la derrota lo enfureciera. En vez de ello, una sonrisa brilló en su rostro, y por un momento pude ver cuál debió de ser su aspecto cuando era un muchachito.

—Ha sido bonito —dijo, levantando la cabeza para mirarme—. La próxima vez no beberé tanto.

Lo que fuera que vio en mi expresión lo inquietó. Atisbó alrededor de la mesa y vio mi mano metiéndose dentro de la bota. Toqué la empuñadura del arma y finalmente conseguí sacar el cuchillo de su funda. Antes de que pudiera balancearlo contra él, Abendroth se lanzó hacia delante, y me golpeó haciéndome caer de la silla al suelo, cogiendo mi cuchillo con su mano izquierda mientras con la derecha buscaba su pistola en la funda.

Si yo hubiera conseguido sacar mi cuchillo más deprisa, si hubiera tenido la suerte de cortarle la yugular, si este milagro hubiera ocurrido, Vika y Kolya y yo hubiéramos muerto. Los soldados habrían levantado sus MP40 y nos habrían borrado de la existencia. La actitud vigilante de Abendroth —o mi torpeza, dependiendo de cómo lo mires— nos salvó. Cuando los soldados cargaron hacia delante para ayudar al *Sturmbannführer*, que no necesitaba ninguna ayuda, se olvidaron de los otros prisioneros. Sólo por un momento; pero eso ya fue suficiente.

Abendroth sacó su automática. Oyendo el clamor en el otro extremo de la

habitación, miró hacia allí. Fuere lo que fuese lo que vio, le preocupó más que aquel enclenque, demacrado, judío retorciéndose bajo él. Apuntó hacia su blanco... Vika o Kolya, no podía verlo. Lancé un grito y alargué la mano izquierda para agarrar el cañón del arma, desviando la boca justo cuando él apretaba el gatillo. La pistola hizo un retroceso y la explosión casi me dejó sordo. Abendroth lanzó un gruñido y trató de arrancar el arma de mis dedos, que la agarraban. Luchar con él era tan inútil como hacerlo con un oso, pero me aferré al cañón del arma como un hombre que se ahoga se hubiera aferrado a un tablón flotante. Aquellos segundos fueron un tumulto de ruido y violencia, alemanes que gritaban y bocas de armas centelleando, todo ello acompañado de los talonazos de las botas sobre el linóleo.

Frustrado por mi obstinada presa, Abendroth me golpeó duramente en la sien con la mano izquierda. Yo había participado en algunas discusiones y peleas que se formaban en el Kirov, pero eran del tipo de peleas chapuceras, sin sangre, que cabría esperar de unos chicos que pertenecían a los clubes de ajedrez. Nadie me había golpeado nunca en la cara. La habitación se llenó de borrosas luciérnagas que cruzaban de un lado a otro en mi campo de visión, mientras Abendroth arrancaba la automática de mi mano y me apuntaba a los ojos.

Yo me enderecé y clavé la punta de mi cuchillo profundamente en su pecho, a través del bolsillo superior de su chaqueta, debajo del racimo de medallas, penetrando la hoja completamente hasta la plateada guarda.

Abendroth se estremeció y parpadeó, bajando sus ojos hacia la negra empuñadura. De habersele ocurrido aún podría haber disparado una bala contra mi cerebro; pero vengar su propio asesinato no le pareció importante. Parecía decepcionado, sus labios curvándose hacia abajo, y finalmente confuso, sin dejar de parpadear, su respiración entrecortada. Quería mantenerse de pie, pero sus piernas cedieron y se cayó de costado, desprendiéndose el cuchillo, que quedó en mi mano, y la pistola cayendo de sus flojos dedos. Abrió los ojos de par en par —como un hombre soñoliento que se obliga a mantenerse despierto—, colocó sus palmas sobre el linóleo y trató de alejarse a rastras de aquel sórdido cuadro, ignorando la conmoción que le rodeaba. No llegó muy lejos.

Me di la vuelta y vi a Kolya luchando en el suelo con uno de los soldados, ambos hombres tratando de apoderarse del subfusil alemán. A aquellas alturas yo consideraba a Kolya un campeón de la lucha, pero nadie se lo había dicho al soldado, de manera que éste parecía llevar ventaja. Yo no recuerdo haberme puesto en pie, o corrido a prestar ayuda, pero antes de que el soldado hubiera podido levantar su MP40 y vaciado su cargador en el pecho de Kolya, yo estaba ya sobre la espalda del hombre, hundiéndolo y sacando el cuchillo una y otra vez.

Vika finalmente me apartó del hombre muerto. Su mono estaba empapado de sangre, y antes de que la lógica se impusiera, yo supuse que había recibido un balazo

en las tripas. No creo haber dicho nada coherente, pero ella meneó negativamente la cabeza, me hizo callar y dijo:

—No estoy herida. A ver, muéstrame tu mano.

Yo no comprendía su petición. Levanté la mano derecha, que seguía agarrando el ensangrentado cuchillo, pero ella suavemente la bajó, me cogió la otra muñeca y sostuvo mi mano izquierda entre sus palmas. Por primera vez me di cuenta de que me faltaba la mitad del dedo índice. Vika se arrodilló al lado de uno de los soldados muertos —el muchacho de los lunares, que miraba ciegamente al techo, su garganta completamente abierta de un tajo— y cortó una tira de tela de lana de sus pantalones. Volvió a mi lado y me la ató alrededor del dedo, un torniquete para cortar la hemorragia.

Kolya había cogido los MP40. Le arrojó uno a Vika y se guardó el otro. Después cogió la caja de huevos de la mesa. Podíamos oír voces alemanas gritando desde algún lugar del edificio, oficiales confusos preguntando si el tiro que habían oído en su sueño era real o lo habían soñado. Kolya abrió una de las ventanas de cuatro paneles y se encaramó al antepecho.

—Aprisa —dijo, haciendo señas de que lo siguiéramos.

Saltó y yo me apresuré a seguirlo. La caída desde el primer piso no era muy alta, y la nieve bajo la ventana tenía un metro de espesor. Perdí el equilibrio al aterrizar y caí de cara contra la nieve. Kolya me ayudó a ponerme en pie y me quitó la nieve de la cara. Oímos una ráfaga de disparos procedentes de la sala de conferencias. Un momento más tarde Vika saltó por la ventana mientras un humo se levantaba de la boca de su subfusil.

Huimos corriendo de la quemada comisaría de policía. Las apagadas farolas parecían curvarse sobre nosotros como signos de interrogación. Los gritos procedentes de la sede central del antiguo Partido se intensificaron, y yo esperé que las balas empezaran a rasgar el aire, pero lo cierto es que no llegó ninguna. Los guardias estacionados en la puerta principal debieron de haber corrido dentro al oír los disparos. Para cuando se dieron cuenta de su error, nos habíamos perdido ya en la oscuridad.

Pronto llegamos al borde de la pequeña población. Salimos de la carretera y corrimos a través de los helados campos agrícolas, pasando junto a las siluetas de los abandonados tractores. Podíamos oír allá en Krasnogvardeysk los motores de los coches cobrando vida, los neumáticos envueltos en cadenas rodando sobre la nieve. En la lóbrega lejanía allá delante, divisábamos la oscura linde del verde bosque esperando recibirnos, ocultarnos a los ojos de nuestros enemigos.

Nunca he tenido mucho de patriota. Mi padre no hubiera permitido semejante cosa mientras vivía, y su muerte certificó que su deseo fuera cumplido. Piter me merecía más afecto y lealtad que la nación en conjunto. Pero aquella noche, corriendo

a través de los abandonados campos de trigo invernal, con los fascistas invasores a nuestras espaldas y los oscuros bosques rusos ante nosotros, sentí un arrebató de puro amor por mi país.

Corrimos hacia el bosque, abriéndonos camino a través de los tallos de trigo, bajo la luna que se alzaba y las estrellas girando cada vez más alejadas, solos bajo un cielo sin dios.

Una hora más tarde, aún seguíamos mirando por encima del hombro, escuchando los posibles vehículos con orugas que nos persiguieran. Pero, a medida que íbamos penetrando en el bosque, más probable empezaba a parecer nuestra fuga. Chupábamos carámbanos arrancados de las ramas de los pinos, pero la noche era tan fría que no soportábamos el hielo en la boca por mucho rato. El muñón de mi dedo índice empezaba a dar punzadas al ritmo de mi pulso.

Kolya se había desabrochado su guerrera del ejército y metido la caja rellena de paja bajo el jersey, para impedir la congelación de los huevos. A lo largo de los últimos kilómetros me había dado golpecitos en el hombro repetidamente, sonriendo alocadamente bajo su robado gorro con aquel ridículo cordón atado bajo la barbilla.

—Realmente me demostraste algo allá —me dijo en cuatro ocasiones diferentes.

Ahora yo era un asesino de hombres, y el cuchillo alemán embutido en mi bota era una verdadera arma, no sólo un recuerdo de muchacho. Quizás reflejaría mejor mi imagen decir que sentía cierta tristeza, una solidaridad con los hombres muertos, pese a la necesidad de violencia. La cara salpicada de lunares del muchacho muerto permaneció en mi memoria durante mucho tiempo, hasta que finalmente olvidé su verdadero aspecto y sólo pude conservar su recuerdo. El *Sturmbannführer* arrastrándose hacia ninguna parte es una imagen todavía vívida en mi mente. Podría proferir todo tipo de beaterías para convencerlos de que soy un hombre sensible, y creo que soy un hombre sensible. Aun así, aquella noche no sentía nada más que euforia por mis acciones. Yo había *actuado*, contrariamente a lo esperado, contra mi propia historia de cobardía. Al final, matar a Abendroth no tenía nada que ver con vengar a Zoya o eliminar a un oficial *Einsatz* vital. Había salvado la vida de Kolya y Vika. Y la mía. Nuestra cálida respiración alzándose sobre nuestras cabezas, nuestros gruñidos o nuestras botas hundiéndose profundamente en la nieve, cada sensación que experimentábamos en nuestra larga marcha —la experiencia misma—, todo ello se debía a que finalmente, entre la espada y la pared, había demostrado un poco de valor. El momento de mi vida en que sentí más orgullo fue cuando nos detuvimos para recuperar el aliento y Vika, comprobando mi dedo para asegurarse de que la hemorragia se había detenido, me susurró al oído. «Me salvaste».

En un momento dado, Vika y Kolya discutieron sobre qué dirección seguir. Vika terminó la discusión con una impaciente sacudida de su cabeza, empezando a caminar sin esperar a ver si la seguíamos. Después de la debacle de Mga, yo ya no tenía fe en la capacidad de Kolya para navegar, y la seguí a ella. Kolya mantuvo su postura ocho segundos más, antes de salir apresuradamente tras nosotros.

En algún momento durante el camino, le conté a ella la verdadera historia de por qué Kolya y yo habíamos salido de Piter, cruzando las líneas enemigas y finalmente

ido a parar a la granja bajo los alerces. Mantenía la voz baja para que Kolya no pudiera oír, aunque, la verdad, no podía imaginar a quién estaba traicionando. Le conté lo de la hija del coronel patinando sobre el Neva; los caníbales y sus espantosas mercancías colgando de las cadenas del techo; el agonizante niño Vadim y su gallo, *Querida*; el perro antitanque sangrando en la nieve y el soldado ruso muerto señalando hacia Moscú. Cuando acabé la historia, Vika sacudió la cabeza negativamente, pero no dijo nada, y me sentí preocupado porque quizá le había contado demasiado.

Contemplando su marcha a través de los bosques, silenciosa e incansable, el subfusil colgado de su hombro, recordé lo que Kolya me había dicho la mañana anterior. La guerra lo había cambiado todo, pero, aun así, resultaba difícil creer que ella hubiera sido una estudiante de astronomía sólo siete meses antes.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Ella siguió caminando, sin preocuparse de responder. No tenía tiempo para cuestiones fútiles como «¿Puedo hacerte una pregunta?».

—Kolya dice que eres de la NKVD.

—¿Lo estás preguntando?

—Lo supongo.

—¿Qué piensas tú?

—No lo sé —dije, pero en el momento que pronuncié estas palabras, comprendí que sí lo sabía—. Creo que tiene razón.

Ella atisbaba en la oscuridad, buscando alguna especie de señal que aclarara el camino por donde íbamos.

—¿Te importa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por mi padre. —Me di cuenta de que ella no sabía lo que le había ocurrido a mi padre, así que añadí, con calma—: Se lo llevaron.

Durante casi un minuto caminamos en silencio, subiendo por una colina que iba ascendiendo lentamente. Empecé a jadear, la debilidad regresando a mis piernas a medida que nos alejábamos de la victoria de Krasnogvardeysk.

—Tu padre era escritor, ¿no? Entonces hay muchas posibilidades de que otros escritores lo delataran. La policía estaba sólo haciendo su trabajo.

—Sí. Y el *Einsatz* también. Por supuesto, ellos eligen su trabajo.

—Si eso cambia algo, se llevaron a mi padre, también.

—¿De veras? ¿Era escritor?

—No. Era de la NKVD.

Coronar la larga colina nos llevó casi una hora y acabó con toda la fuerza de mis piernas, pero cuando finalmente llegamos a la cima de la pendiente sin árboles, vi por

qué Vika había elegido venir por este camino. La media luna brillaba a través de las extendidas hectáreas de bosque y tierra cultivable, todo ello resplandeciendo bajo una capa de hielo y nieve.

—Mira —dijo ella, señalando hacia el norte—. ¿No lo ves?

Más allá del valle que había bajo nosotros, pasadas las colinas que tapaban el horizonte en la sombreada lejanía, una esbelta columna de luz se alzaba hacia el cielo, lo bastante brillante para iluminar la nube situada encima de él. El poderoso rayo empezó a moverse, como un sable atravesando la noche, y entonces comprendí que estaba contemplando un reflector antiaéreo.

—Aquello es Piter —nos dijo—. Si os perdéis en el camino de vuelta a casa, ésa es vuestra estrella polar.

Miré a Vika.

—¿No vienes con nosotros?

—Hay un grupo de partisanos en las afueras de Chudovo. Conozco al comandante. Trataré de ponerme en contacto con ellos.

—Estoy seguro de que el coronel puede darnos una tarjeta de racionamiento extra, si vienes con nosotros. Le diré que nos ayudaste y él...

Vika sonrió y escupió en el suelo.

—A la mierda la tarjeta extra. Piter no es mi ciudad. Me necesitan en otra parte.

—No hagas que te maten —dijo Kolya—. Creo que el chico está enamorado.

—Manteneos fuera de las carreteras en vuestro camino de vuelta. Y tened cuidado al llegar a la ciudad. Tenemos minas por todas partes.

Kolya extendió su enguantada mano. Vika puso los ojos en blanco ante la formalidad, pero la estrechó.

—Espero que nos volvamos a encontrar —le dijo Kolya—. En Berlín.

Ella sonrió y se volvió hacia mí. Yo sabía que nunca volvería a verla. Cuando vio la expresión de mi cara, algo humano penetró en aquellos lobunos ojos azules. Me tocó la mejilla con su mano enguantada.

—No te pongas tan triste. Me salvaste la vida anoche.

Me encogí de hombros. Tenía miedo de que si abría la boca diría alguna cosa sensiblera y estúpida, o, peor aún, empezaría a llorar. Cinco años habían transcurrido desde la última vez que había llorado, pero nunca había pasado por una noche como ésta, y estaba convencido de que la francotiradora de Arkangelsk era la única muchacha que jamás amaría.

Su mano enguantada descansaba todavía en mi mejilla.

—Dime tu apellido.

—Beniov.

—Te seguiré la pista, Lyova Beniov. Todo lo que necesito es el nombre.

Se inclinó hacia delante y me besó en los labios. Su boca era fría, sus labios

ásperos por el viento invernal, y, si los místicos tienen razón y nosotros estamos condenados a repetir nuestras escuálidas vidas ad infinitum, al menos yo retornaré a aquel beso.

Un momento más tarde, se separó de nosotros, la cabeza gacha, el gorro de piel de conejo, la visera baja, la barbilla bien metida en su bufanda, su cuerpecillo, envuelto por aquel mono demasiado grande, empequeñecido aún más por los viejos pinos que la rodeaban. Sabía que no se daría la vuelta para mirarme, pero de todos modos la observé hasta que se hubo ido.

—Vamos —dijo Kolya, pasando su brazo alrededor de mis hombros—. Tenemos que asistir a una boda.

La nieve se había fundido durante el día y congelado nuevamente por la noche, creando un suelo traicionero, una piel de escarcha que se agrietaba a cada paso que dábamos. El dedo me dolía tanto que resultaba difícil pensar en otra cosa. Seguíamos andando porque teníamos que seguir andando, porque habíamos llegado demasiado lejos para detenernos ahora, pero ignoro de dónde procedía la energía necesaria para dar cada paso. Hay un lugar más allá del hambre, de la fatiga, donde el tiempo no parece moverse y el sufrimiento del cuerpo ya no parece enteramente tuyo.

Nada de esto se aplicaba a Kolya. Había comido tan poco como yo, aunque había dormido mejor la noche anterior en el cobertizo de las herramientas, con los analfabetos, tan confortablemente como si lo hiciera en un lecho de plumas del Hotel Europa. Mientras yo avanzaba dificultosamente con la cabeza baja, Kolya miraba a su alrededor al paisaje iluminado por la luna como un artista dando un paseo. Parecía que teníamos toda Rusia para nosotros. Durante horas no vimos signo alguno de humanidad, aparte de los abandonados campos de cultivo.

Cada pocos minutos, introducía la mano en su chaqueta, asegurándose de que el jersey seguía metido dentro de sus pantalones ceñidos con el cinturón y la caja de huevos estaba segura.

—¿Te he contado la historia del podenco del patio?

—¿Tu novela?

—Sí, pero de dónde procede el título.

—Probablemente.

—No. No me parece que lo haya hecho. El héroe, Radchenko, vive en un viejo edificio en la Isla Vasilevsky. Una mansión en realidad, construida para uno de los generales de Alejandro, pero que ahora se está cayendo a pedazos, con ocho familias diferentes viviendo allí, todas enemistadas entre sí. Una noche, en medio del invierno, un viejo perro penetra en el patio, se echa junto a la puerta y lo convierte en su hogar. Una bestia grande y vieja, su morro ya grisáceo, una de sus orejas mordida en alguna pelea siglos atrás. Radchenko se despierta tarde a la mañana siguiente, mira por la ventana y ve al perro que yace allí con la cabeza entre las patas. Siente pena por el pobre cabrón; hace frío y no hay nada que comer. De manera que encuentra un trozo de embutido seco y abre la ventana, justo en el momento en que las campanas de la iglesia empiezan a sonar para indicar el mediodía.

—¿En qué año estamos?

—¿Qué? No lo sé. Mil ochocientos ochenta y tres. Radchenko silba y el perro levanta la mirada. Le arroja el embutido, el perro lo engulle, Radchenko sonrío, cierra la ventana y regresa a la cama. Recuerda ahora, Lev, en este momento hace cinco años que no ha salido del apartamento. Al día siguiente, Radchenko está aún

durmiendo cuando suenan las campanas de la iglesia al mediodía. Cuando las campanas callan, oye un ladrido fuera. Y luego otro. Finalmente, se desliza fuera de la cama, abre la ventana, mira hacia abajo al patio y ve al perro que le está mirando, con la lengua colgándole de la boca, esperando ser alimentado. De manera que Radchenko encuentra algo que arrojar al viejo animal, y, a partir de entonces, cada vez que las campanas resuenan al mediodía, el perro espera su almuerzo bajo la ventana.

—Como el perro de Pavlov.

—Sí —dijo Kolya, un poco molesto—, como el perro de Pavlov, excepto que aquí hay poesía. Pasan dos años. El podenco del patio conoce a todo el mundo del edificio y los deja pasar sin problemas, pero si un extraño llega a las puertas, el viejo animal se convierte en un terror, gruñendo y mostrando los dientes. Los residentes lo adoran, es su guardián, ya ni siquiera cierran las puertas. Algunas veces Radchenko se pasa una tarde entera, sentado en una silla junto a la ventana, contemplando cómo el perro observa a la gente que cruza las puertas. Nunca se olvida del ritual del mediodía, siempre procurando tener mucha comida, buena carne para arrojarle. Una mañana, Radchenko está en cama, teniendo un maravilloso sueño sobre una mujer a la que admiraba cuando era pequeño, una íntima amiga de su madre. Las campanas de la iglesia suenan y Radchenko se despierta con una sonrisa, estira los brazos, se dirige a la ventana, la abre y mira hacia abajo, al patio. El podenco yace de costado junto a la puerta, muy quieto, y al punto Radchenko sabe que el animal está muerto. Recuerda, Radchenko nunca lo ha tocado, nunca le ha rascado detrás de la oreja o fregado la barriga o nada de eso, pero, con todo, ha llegado a querer al viejo mestizo, considerándolo un amigo leal. Durante casi una hora, Radchenko se queda mirando fijamente al animal, hasta que se da cuenta de que nadie va a enterrarlo. Es un perro callejero. ¿A quién le corresponde hacerlo? Radchenko no ha salido del apartamento en siete años: la idea de salir le produce náuseas, pero aún le sienta peor la idea de dejar que el podenco se pudra al sol. ¿Comprendes lo dramático de esta situación? Sale del apartamento, baja por las escaleras y llega a la puerta del edificio; sale a la luz del sol, ¡por primera vez en siete años!, coge el perro y se lo lleva fuera del patio.

—¿Dónde lo entierra?

—No lo sé. En uno de los jardines de la universidad, quizás.

—No le dejarían hacer eso.

—Todavía no me he imaginado esa parte. Te estás perdiendo lo esencial de la historia...

—Y necesita una pala.

—Sí, necesita una pala. Tienes el romanticismo de una puta de estación de tren, ¿lo sabías? Quizás ni siquiera escribiré la escena del entierro. ¿Cómo sería? Lo dejaré a tu imaginación.

—Probablemente una buena idea. Podría ser lacrimosa. Perros muertos, no lo sé.

—¿Pero te gusta?

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? Es una hermosa historia.

—Es buena, me gusta.

—¿Y el título? ¿*El podenco del patio*? ¿Comprendes ahora por qué es un gran título? Todas esas mujeres vienen a ver a Radchenko, tratando constantemente de hacer que salga con ellas, y nunca lo hace. Es casi como un juego para ellas; todas quieren ser la primera en seducirlo para que salga, pero ninguna lo consigue. Sólo el perro, un viejo animal sin dueño.

—*El perro del patio* no sería tan bueno.

—No.

—¿Cuál es la diferencia entre un perro y un podenco?

—Los podencos cazan.

Kolya me agarró por el brazo, sus ojos se abrieron de par en par, obligándome a detener la marcha. Al principio pensé que oía algo, el gruñido del motor de un Panzer o los gritos de soldados lejanos, pero lo que fuera que exigía su atención parecía interno. Me sostenía el brazo con fuerza, sus labios ligeramente separados, una mirada de intensa concentración en su rostro, como si necesitara recordar el nombre de una chica pero sólo tuviera la primera letra.

—¿Qué? —pregunté.

Él levantó mi mano y yo esperé. Detenerme durante diez segundos siquiera me hacía desear echarme en la nieve y cerrar los ojos, sólo por unos minutos, sólo lo suficiente para quitarme el peso de los pies y menear los dedos para devolverlos a la vida.

—Está viniendo —dijo—. Puedo sentirlo.

—¿Qué está viniendo?

—¡La mierda! ¡Oh, vamos ya, cabrona, vamos!

Corrió apresuradamente tras un árbol y yo lo esperé, balanceándome bajo el viento. Quería sentarme, pero alguna irritante voz dentro de mi cráneo me decía que sentarse era peligroso, que, si me sentaba, nunca volvería a ponerme en pie.

Para cuando Kolya regresó, yo me estaba durmiendo de pie, un montaje de incoherentes imágenes de sueños centelleando a través de mi mente. Kolya me agarró del brazo, sobresaltándome, y exhibió una sonrisa de cosaco.

—Amigo mío, ya no soy un ateo. Vamos, quiero mostrártelo.

—¿Bromeas? No quiero verlo.

—Tienes que ver esto. Debe de ser un récord.

Tiró de mi brazo, tratando de hacer que lo siguiera, pero yo clavé mis botas en la nieve e incliné mi peso hacia atrás.

—No, no, vámonos; no tenemos tiempo.

—¿Tienes miedo de ver mi mierda batidora de récords?

—Si no estamos con el coronel al alba ...

—¡Esto es algo extraordinario! Algo de lo que hablarás a tus nietos.

Kolya tiraba con su fuerza superior y yo pude sentir que empezaba a venirme abajo, cuando sus manos enguantadas resbalaron en la manga de mi chaqueta y se cayó sobre la nieve escarchada. Su primera reacción fue reír, pero dejó de hacerlo cuando se acordó de los huevos.

—Joder —exclamó, mirándome.

Por primera vez en nuestro viaje vi algo bastante parecido al auténtico temor en sus ojos.

—No me digas que los has roto. No me digas eso.

—¿Que yo los he roto? ¿Por qué sólo yo? ¿Por qué no has venido sencillamente a ver la mierda?

—¡Yo no quería ver tu mierda! —le grité, sin importarme ya los enemigos que pudieran estar moviéndose por aquellos mismos bosques—. ¡Dime si están rotos!

Sentándose en el suelo, se desabrochó la guerrera, sacó la caja y la inspeccionó en busca de daños, deslizando la mano por los listones de madera. Hizo una profunda aspiración, se sacó el guante de la mano derecha y cautelosamente palpó dentro de la caja rellena de paja con sus dedos desnudos.

—¿Bien?

—Están en buen estado.

Después de que la caja estuviera protegida del frío y segura bajo el jersey de Kolya, reanudamos nuestra marcha hacia el norte. Él no volvió a hacer mención de la histórica cagada, pero yo podía darme cuenta de que estaba irritado de que no hubiera ido con él para dar testimonio. Ahora, cuando contara la historia a sus amigos, no tendría ninguna verificación que apoyara sus palabras.

A cada momento buscaba el poderoso reflector vagando por el cielo. A veces lo perdíamos de vista durante un kilómetro o dos, nuestra visión bloqueada por árboles o colinas, pero siempre lo volvíamos a encontrar. A medida que nos acercábamos a Piter, veíamos más proyectores, pero el primero era el más potente, tanto que parecía iluminar a la luna cuando la luz pasaba por encima de aquellos fríos y distantes cráteres.

—Apostaría algo a que el coronel quedará sorprendido de vernos —dijo Kolya—. Debe de pensar que a estas alturas estamos muertos. Será feliz con los huevos. Le pediré que nos invite a la boda de su hija. ¿Por qué no? Su mujer nos adorará. Y quizás consiga un baile con la novia, enseñarle algunos pasos, hacerle saber que no soy contrario a las mujeres casadas.

—Yo ni siquiera sé dónde vamos a dormir esta noche.

—Iremos a casa de Sonya. No pienses más en ello. Estoy seguro de que el coronel nos dará algo de comida como compensación por nuestros problemas; la compartiremos con ella, intentaremos encender un fuego. Y mañana tendré que ir a buscar mi batallón. Ja, los chicos se quedarán sorprendidos al verme.

—Ella ni siquiera me conoce; no puedo quedarme allí.

—Pues claro que puedes. Somos amigos ahora, Lev. ¿No es verdad? Sonya es amiga mía, tú eres amigo mío; no te preocupes, tiene mucho espacio. Aunque quedarse con ella podría no ser excitante, ahora que has conocido a Vika.

—Vika me da miedo.

—A mí también me da miedo. Pero te gusta un poco, reconócelo.

Yo sonreí, pensando en los ojos de Vika, en su grueso labio superior, en la precisa curva de su cuello.

—Probablemente piense que soy demasiado joven para ella.

—Quizás. Pero le salvaste la vida allá. Aquella bala iba dirigida a su cabeza.

—Te salvé la vida a ti, también.

—No, yo tenía al Fritz bajo control.

—No lo creas, él tenía aquella arma...

—El día en que algún bávaro marchador del paso de la oca me derrote en una pelea...

La discusión prosiguió, pasando de un análisis de la partida de ajedrez y mis supuestos errores a los probables invitados a la boda de la hija del coronel, y luego al destino de las cuatro chicas que conocimos en la granja. La conversación me mantenía despierto, la mente alejada de mis insensibles pies y unas piernas rígidas como zancos debajo de mí. El cielo resplandecía, sombra tras sombra, y nos tropezamos con una carretera pavimentada donde la nieve estaba apisonada y caminar era más fácil. Antes de que el sol se hubiera levantado al este, vimos el anillo exterior de las fortificaciones de Piter; las trincheras como oscuros tajos en la nieve; los dientes de dragón, de cemento; las marañas de raíles de tren oxidados brotando del frío terreno; kilómetro tras kilómetro de alambre de púas rodeando postes de madera.

—Te diré una cosa —dijo Kolya—. Quiero una porción de ese maldito pastel de boda. Teniendo en cuenta lo que hemos pasado, es justo. —Un momento más tarde, dijo—: ¿Qué están haciendo? —Y un instante después oí el disparo. Kolya me agarró de la chaqueta y me hizo caer al suelo. Las balas silbaban sobre nuestras cabezas—. Nos están disparando —dijo, respondiendo a su propia pregunta—. ¡Eh, eh! ¡Somos rusos! ¡No disparéis!

Pero más balas rasgaron el aire por encima de nosotros.

—¡Somos rusos, maldita sea vuestra madre, escuchadme! ¿No oís mi voz? ¿No me oís? ¡Tenemos papeles del coronel Grechko! ¡Coronel Grechko! ¿No oís?

Los fusiles callaron, pero nosotros permanecemos echados sobre la barriga y con

los brazos encima de la cabeza. Detrás de las fortificaciones pudimos oír a un oficial gritando a sus hombres.

Kolya levantó la cabeza y atisbó hacia las trincheras, situadas a unos cien metros hacia el norte.

—¿No han oído hablar de los tiros de advertencia?

—Quizás ésos eran tiros de advertencia.

—No, estaban apuntando a nuestras cabezas. No saben disparar, eso es todo. Un puñado de palurdos de los Talleres, imagino. Probablemente recibieron sus fusiles hace una semana. —Hizo bocina con las manos en torno de su boca y gritó—: ¡Eh! ¿Podéis oírme? ¿Queréis ahorrar vuestras balas para Fritz?

—¡Levanta las manos y camina lentamente hacia nosotros! —fue la réplica dicha a voz en grito.

—¿No vais a dispararnos si nos ponemos en pie?

—No, si nos gusta tu aspecto.

—A tu madre le gusta mi aspecto —murmuró Kolya—. ¿Estás listo, pequeño león?

Cuando nos levantábamos, Kolya hizo una mueca y se tambaleó, casi cayéndose. Yo le agarré del brazo para sostenerle. Frunciendo el ceño, se quitó la nieve de la pechera de su chaqueta antes de retorcerse para examinar la parte baja de su espalda. Ambos vimos el agujero de bala perforando la gruesa lana, a la altura de la cadera.

—¡Tirad las armas! —gritó el oficial desde la distante trinchera.

Kolya arrojó a un lado su MP40.

—¡Me habéis dado! —les gritó. Se desabrochó la guerrera y estudió el agujero en el fondillo de sus pantalones—. ¿Eres capaz de creerlo? Esos cabritos me han dado en el culo.

—¡Camina hacia nosotros con las manos arriba!

—¡Me habéis disparado en el culo, maldito idiota! ¡No puedo caminar hacia ninguna parte!

Puse mi mano en el brazo de Kolya, ayudándole a permanecer de pie: no podía apoyar peso alguno sobre su pierna derecha.

—Deberías sentarte —le dije.

—No puedo sentarme. ¿Cómo voy a sentarme si tengo una bala en mi trasero? ¿Puedes creerlo?

—¿Puedes arrodillarte? No creo que debas permanecer de pie.

—¿Sabes toda la mierda que van a soltarme cuando llegue a mi batallón? ¿Disparado en el culo por unos jodidos aficionados salidos de la línea de montaje?

Le ayudé cuando se echaba en el suelo. Hizo una mueca de dolor cuando su rodilla derecha tocó la nieve, forzándole la pierna. Los oficiales de la trinchera debieron de haber celebrado una conferencia improvisada. Una nueva voz nos gritó

ahora, una voz más vieja, con más autoridad.

—¡Quedaos donde estáis! ¡Nosotros nos acercaremos!

Kolya soltó un gruñido.

—Quedaos donde estáis, nos dice. Sí, creo que voy a hacer eso, ahora que he recibido una de sus jodidas balas de fusil en mi trasero.

—Quizás lo atravesó. Eso es mejor, ¿no?, si lo ha atravesado.

—¿Quieres bajarme los pantalones y comprobarlo? —preguntó sonriendo dolorosamente.

—¿Debería hacer algo? ¿Qué puedo hacer?

—Presionar, dicen. No te preocupes, lo haré yo.

Desató el cordel de su gorro de piel, se quitó éste y lo apretó contra el agujero de bala. Tuvo que cerrar los ojos un momento, inhalando profundamente. Cuando los volvió a abrir, pareció recordar algo; con su mano libre buscó bajo su jersey y sacó la caja de los huevos.

—Guárdala bajo tu chaqueta —ordenó—. No queremos que se congelen. Y no los dejes caer, por favor.

Unos minutos más tarde, vimos un GAZ rodando hacia nosotros, un modelo blindado con gruesos neumáticos de nieve y una ametralladora pesada montada en la parte trasera. El artillero mantenía la amplia boca del arma apuntando a nuestras cabezas cuando el coche frenó a nuestro lado.

Un sargento y un teniente saltaron del vehículo y se acercaron a nosotros, las manos en las culatas de sus enfundadas pistolas. El sargento hizo una pausa al lado del descartado MP40 que yacía en la nieve. Contempló el subfusil por un momento antes de mirar a Kolya.

—Nuestros francotiradores vieron el arma alemana. Hicieron lo que tenían que hacer.

—¿Francotiradores? ¿Así los llamáis? ¿Están entrenados para disparar a los hombres en el culo?

—¿Por qué lleváis un arma alemana?

—Está sangrando, necesita ayuda —les dije—. ¿No puede hacer estas preguntas más tarde?

El teniente me miró, su chata y aburrida cara desprovista de toda emoción, salvo una ligera hostilidad. Llevaba la cabeza afeitada e iba sin sombrero, como si no tuviera conciencia del frío viento que nos acosaba.

—¿Eres un civil? ¿Me estás dando órdenes? Puedo ejecutarte ahora mismo por violar el toque de queda y salir de los límites de la ciudad sin permiso.

—Por favor, camarada oficial. Si nos quedamos aquí mucho más rato, morirá desangrado.

Kolya se metió la mano en el bolsillo, sacó la carta del coronel y se la ofreció a

los oficiales. El teniente la leyó, con un gesto desdeñoso al principio, pero poniéndose rígido al ver la firma al pie de la página.

—Deberíais haber dicho algo —murmuró.

Hizo un gesto con la mano al conductor y al artillero de que vinieran a ayudar.

—Debería... ¡Estuve gritando el nombre del coronel mientras nos disparabais!

—Mis hombres hicieron lo que debían. Estabais avanzando con armas enemigas, no nos avisaron por anticipado...

—Kolya —dije, mi mano en su hombro.

Él levantó la mirada hacia mí, su boca ya abierta, dispuesto a atacar al teniente. Pero, por una vez en su vida, comprendió que era mejor callarse. Sonreía, poniendo los ojos en blanco de vez en cuando, pero entonces vio la expresión de preocupación que cruzaba por mi rostro. Siguió mi mirada hacia el lugar donde la sangre estaba manchando la nieve, la pierna de su pantalón ya empapada. La sucia nieve parecía los helados de cereza que mi padre solía comprarme en las ferias de verano.

—No te preocupes —dijo Kolya, mirando la sangre—. No es mucha, no te preocupes.

El conductor lo agarró por debajo de los sobacos, el artillero lo cogió por las rodillas, y entre ambos lo llevaron al asiento trasero del todavía parado GAZ. Yo me agaché en el espacio entre el asiento del conductor y el trasero donde Kolya yacía boca abajo, con el abrigo echado por encima para darle calor. Salimos hacia las trincheras, y Kolya cerraba los ojos cada vez que el conductor pegaba un brinco por un bache de la carretera. Yo le había quitado el gorro empapado de sangre y lo apretaba contra la herida de bala, tratando de mantener la suficiente presión para detener la hemorragia, sin llegar a hacerle daño.

Él sonreía, los ojos cerrados.

—Me gustaría más que fuera Vika la que me pusiera la mano en el culo.

—¿Te duele mucho?

—¿Te han herido de bala alguna vez en el trasero?

—No.

—Bueno, la respuesta es sí, sí duele. Aunque me siento feliz de que no hayan dado en el otro lado. Por favor, teniente —dijo Kolya en voz alta—, ¿les dará las gracias a sus francotiradores por no dispararme a las pelotas?

El teniente, sentado en el lugar del pasajero, miró a la carretera delante de él y no respondió, su desnuda calva salpicada de pequeñas cicatrices blancas.

—Las mujeres de Leningrado se lo agradecerán también.

—Le llevamos al hospital de los Talleres —dijo el teniente—. Ahí es donde están los mejores cirujanos.

—Muy bien. Estoy seguro de que la NKVD le dará una medalla. Y cuando me dejen a mí, por favor lleven a mi amiguito aquí a la Isla Kamenny. Tiene un paquete

importante para el coronel.

El teniente permaneció sentado en un hosco silencio, irritado de que tuviera que recibir órdenes de un soldado raso, pero poco dispuesto a correr el riesgo de crearse un poderoso enemigo. Nos detuvimos en una barricada de sacos terreros, y casi perdimos dos minutos cuando los soldados bajaron una plataforma de madera a través de la trinchera para que pudiéramos cruzar. El conductor les ladraba que se dieran prisa, pero aun así los soldados divagaban, cansados e indiferentes, discutiendo sobre la manera adecuada de situar el puente. Finalmente, conseguimos llegar al otro lado. El chófer pisó el gas y pasamos como una exhalación por delante de emplazamientos de ametralladoras festoneados de sacos terreros.

—¿Está muy lejos el hospital? —pregunté al conductor.

—Diez minutos. Ocho si tenemos suerte.

—Pues tratad de tener suerte —dijo Kolya.

Sus ojos estaban ahora fuertemente cerrados, el rostro apretado contra el asiento, su rubio cabello colgándole de la frente. En el último minuto se había puesto muy pálido y no podía dejar de temblar. Descansé mi mano libre sobre su nuca, y la piel estaba fría al tacto.

—No te preocupes —me dijo—. He visto amigos míos sangrando más que esto y una semana más tarde ya habían vuelto, completamente cosidos.

—No estoy preocupado.

—Hay mucha sangre en el cuerpo humano. ¿Cuánta, cinco litros?

—No lo sé.

—Parece mucha, pero apostaría algo a que no he perdido ni un litro. Quizás uno, a lo sumo.

—Tal vez no deberías hablar tanto.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo hablar? Escucha, tú irás a la boda. Baila con la hija del coronel y luego vienes al hospital y me lo cuentas. Quiero detalles. Lo que ella llevaba, cómo olía, todo eso. He estado masturbándome pensando en ella durante cinco días seguidos, ¿lo sabías? Bueno, una vez con Vika. Lo siento. Pero, lo que hizo en el corral de las ovejas, atándose el cinturón al pecho. Tú la viste. ¿Puedes criticarme?

—¿Cuándo tuviste tiempo de hacer eso?

—En la interminable y jodida marcha hasta aquí. Uno aprende a masturbarse en movimiento cuando está en el ejército. La mano en el bolsillo, no es un truco muy especial.

—¿Te masturbaste pensando en Vika mientras veníamos anoche?

—No iba a decírtelo. Tú te estuviste durmiendo de pie la mitad de la noche. Yo me aburría y tenía que hacer algo. Ahora estás furioso. No te enfades conmigo.

—Por supuesto que no estoy furioso.

El chófer apretó los frenos con fuerza, y Kolya se habría caído del asiento trasero de no haberlo sujetado yo. Me enderecé y atisé por la ventanilla. Habíamos llegado al borde de los desperdigados Talleres Kirov, una ciudad en sí mismos, donde decenas de miles de obreros trabajaban día y noche. Granadas de la artillería y bombas de la Luftwaffe habían aplastado algunos de los talleres de construcción y reparación de máquinas; vacías ventanas en todo el complejo habían sido cubiertas con lonas de plástico; cráteres llenos de hielo señalaban los patios. Pero aun ahora, con millares de obreros evacuados y otros miles más muertos o esperando morir en el frente, aun ahora, las chimeneas seguían humeando, los callejones hormigueaban de mujeres empujando carros llenos de carbón, el aire resonaba con el clamor de zumbantes tornos y laminadoras y prensas hidráulicas que moldeaban el acero.

Una línea de tanques T-34 recién terminada había salido de un taller de montaje tan grande como un hangar de aviones. Ocho de los tanques, su acero sin pintar todavía, rodaban con gran estrépito sobre la sucia nieve, bloqueando la carretera.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Kolya.

Su voz sonaba mucho más débil que un minuto antes, y oírle hablar así despertó mi temor.

—Están pasando algunos tanques.

—¿Treinta y cuatro?

—Sí.

—Buenos tanques.

Finalmente, los tanques pasaron y seguimos disparados hacia delante. El conductor tenía el pie posado en el acelerador, una segura mano sobre el volante, y conocía bien los Talleres. Atajó por callejones traseros detrás de los talleres de turbinas; voló a través de calles sin asfaltar por delante de los alojamientos de los obreros, unos cobertizos con techo de hojalata rematados por pequeños y chatos tubos de estufa... Pero incluso a un experto le llevó tiempo llegar al otro lado de la laberíntica ciudad-fábrica.

—Allí —dijo el teniente finalmente, señalando a un almacén de ladrillo que se había convertido en el hospital local.

Se dio la vuelta en su asiento y miró al herido. Al no poder distinguir el rostro de Kolya, me miró a mí, en actitud interrogativa. Yo me encogí de hombros, diciendo: *No sé*.

—¡Demonios! —gritó el chófer, dando una palmada al volante y pisando con fuerza los frenos otra vez.

Una pequeña locomotora resoplaba a través de las vías que dividían los Talleres en dos partes, arrastrando furgones con chatarra para fundir.

—¿Lev?

—¿Sí?

—¿Estamos cerca?

—Creo que estamos muy cerca.

Los labios de Kolya se habían vuelto azules; su respiración, rápida y superficial.

—¿Hay un poco de agua? —preguntó.

—¿Alguien tiene agua?

Mi voz se quebró al hacerla pregunta. Parecía un niño asustado.

El artillero pasó una cantimplora al asiento. Yo desenrosqué el tapón, ladeé la cabeza de Kolya y traté de verterle el agua en la boca, pero terminó derramada por el asiento. Él consiguió levantar la cabeza un poco y le eché algo por la garganta, pero se atragantó y la escupió. Cuando intenté darle más, la rehusó con un leve movimiento de la cabeza y le devolví la cantimplora al artillero.

Dándome cuenta de que Kolya debía de tener frío, me quité el gorro y se lo puse a él, avergonzado de no haber pensado antes en ello. Aun así, él seguía temblando, su rostro bañado por el sudor, la piel pálida y salpicada de manchas escarlatas del tamaño de una moneda.

Pude ver las puertas del hospital, a menos de un centenar de metros de distancia, a través de las separaciones entre los furgones rodantes. Nuestro conductor permanecía sentado, encorvado hacia delante, sus brazos envolviendo el volante, asintiendo impacientemente con la cabeza mientras esperaba. El teniente no dejaba de mirar hacia atrás, a Kolya, cada vez más preocupado.

—¿Lev? ¿Te gusta el título?

—¿Qué título?

—*El podenco del patio*.

—Es un buen título.

—Podría simplemente titularlo *Radchenko*.

—*El podenco del patio* es mejor.

—A mí también me lo parece.

Abrió los ojos, aquellos pálidos ojos azules de cosaco, y me sonrió. Ambos sabíamos que iba a morir. Se estremeció, yaciendo sobre el asiento trasero bajo su guerrera, sus dientes muy blancos contrastando con sus labios azules. Siempre he creído que aquella sonrisa era un regalo para mí. Kolya no tenía fe alguna en la divinidad o en la vida futura. No creía que fuera a dirigirse a un lugar mejor o a lugar alguno siquiera. Nada de ángeles esperando para recogerlo. Sonreía porque sabía lo aterrorizado que estaba yo de morir. Eso es lo que creo, sabía que yo estaba aterrorizado y quería hacerlo un poco más fácil para mí.

—¿Puedes creértelo? De un tiro en el culo disparado por mi propia gente.

Yo quería decir algo, hacer alguna estúpida broma para distraerlo. Debería haber dicho algo, desearía haberlo hecho, aunque todavía no se me ocurren las palabras adecuadas. Si le decía que lo quería, él hubiera guiñado el ojo y dicho: «No es

extraño que tengas las manos en mi culo, ¿verdad?».

Ni siquiera Kolya podía mantener la sonrisa tanto rato. Volvió a cerrar los ojos. Cuando habló, su boca estaba seca, sus labios como pegados mientras trataba de formar las palabras.

—No es así como lo había imaginado —me dijo.

Oficiales de uniforme y civiles de sombría expresión se apresuraban arriba y abajo, entrando y saliendo de la mansión de la isla Kamenny, abriéndose paso a codazos bajo el pórtico de blancas columnas. Detrás de la vieja casona, el Neva serpenteaba, congelado y espolvoreado de nieve, cual una blanca serpiente deslizándose a través de la destrozada ciudad.

El teniente calvo me acompañó a uno de los emplazamientos de ametralladoras situado frente a la casa, donde un grupo de soldados se encontraba sentado detrás de unos sacos terreros amontonados, sorbiendo un té clarito de unas tazas de hojalata. El sargento que estaba al mando leyó la carta del coronel, me miró y dijo:

—¿Tiene usted algo para él?

Asentí y me hizo señas de que le siguiera. El teniente se dio la vuelta y se marchó, sin mirar atrás, ansioso por escapar a lo que se había convertido en una desgraciada mañana para él.

Finalmente encontramos a Grechko al pie de las escaleras en la bodega de la mansión. Todas las viejas y grandes botellas de vino habían sido despachadas ya hacía mucho tiempo, pero las paredes seguían llenas de estantes de terracota. El coronel se encontraba al lado de algunos de sus oficiales subordinados, que comprobaban los artículos de una lista. Jóvenes soldados abrían cajas de madera con palancas. Hundían sus brazos en el desfibrado papel que protegía el contenido, sacando botes y jarras y bolsas de arpillera y gritando el contenido de éstos.

—Dos kilos de jamón ahumado.

—Quinientos gramos de caviar negro.

—Un kilo de carne de vaca en gelatina.

—Ajo y cebollas... No figura el peso.

—Un kilo de azúcar blanco.

—Un kilo de arenque salado.

—Lengua hervida. No figura el peso.

Durante un minuto me quedé y observé cómo crecía la pila de productos alimenticios, todos los ingredientes para la legendaria fiesta. Zanahorias y patatas, pollos desplumados y botes de nata agria, harina de trigo, miel, mermelada de fresa, jarras de zumo de cereza fermentado, setas *borovik* en lata, pellas de mantequilla envuelta en papel de cera, tabletas de chocolate suizo de doscientos gramos.

El sargento que me acompañaba susurró una palabra al oficial que se encontraba junto a Grechko. El coronel le oyó y se dio la vuelta hacia mí. Durante unos segundos frunció el entrecejo, incapaz de situarme; profundas arrugas surcaban su frente.

—Ah —dijo finalmente, emergiendo su extraña, hermosa, sonrisa—. ¡El saqueador! ¿Dónde está tu amigo, el desertor?

Ignoro cómo reaccionó mi cara a esta pregunta, pero el coronel vio y comprendió.
—¡Qué lástima! —dijo—. Me gustaba aquel chico.

Esperó a que hiciera algo, y durante largo rato no pude recordar por qué estaba allí. Cuando finalmente se me ocurrió, me desabroché la chaqueta, saqué la caja de listones rellena de paja de debajo de mi jersey y se la tendí.

—Una docena de huevos —le dije.

—Estupendo, estupendo. —Pasó la caja a su subordinado sin mirarla, e hizo un gesto hacia los delicados manjares amontonados en el suelo de piedra—. Algunas provisiones llegadas por avión anoche. Justo a tiempo. ¿Sabes cuántos favores debidos tuve que gastar en esta boda?

El oficial subalterno tendió la caja de huevos a los jóvenes soldados e hizo una señal en su libreta.

—Otra docena de huevos.

El subordinado comprobó su anotación.

—Con ésa, hacemos cuatro docenas.

—Cuantos más mejor —dijo el coronel—. Ahora podemos hacer pasteles de pescado. Mira, dale al muchacho una tarjeta de Grado Primero. Ah, dale dos: podría quedarse también con la de su amigo.

El subordinado levantó las cajas, impresionado por aquella generosidad. Sacó dos tarjetas de racionamiento de una cartera de cuero y las firmó. Luego sacó un tampón del bolsillo y estampó las tarjetas antes de alargármelas.

—Serás un chico popular —dijo.

Yo miré fijamente las tarjetas en mi mano. Cada una de ellas me daba derecho a las raciones de un oficial. Paseé la mirada por la bodega. Kolya habría sabido qué viñedos preferían los Dolgorukov: el blanco que elegían para el esturión; el tinto que casaba más con la carne de venado. O, si no lo hubiera sabido, lo habría inventado. Observé a los soldados acarreando escaleras arriba sacos de arroz y largas ristras de gruesos embutidos.

Cuando regresé a donde estaba el coronel, éste me miró fijamente. De nuevo comprendió mi expresión.

—¿Esas palabras que quieres decir ahora? No las digas. —Sonrió y me dio una palmada en la mejilla con algo parecido al auténtico afecto—. Y ése, amigo mío, es el secreto para vivir una larga vida.

La noche del 27 de enero de 1944, más de trescientos cañones dispararon una salva de una hora de duración de cohetes blancos, azules y rojos, sus brillantes, relucientes, colas iluminando todo Leningrado, los colores rusos reflejados en la dorada cúpula de San Isaac y las dos mil ventanas del Palacio de Invierno. El asedio había terminado.

Yo me encontraba en el tejado del edificio de Sonya, bebiendo un mal vino ucraniano con ella y una docena de amigos, brindando por los nombres de Govorov y Meretskov, los generales que habían atravesado las líneas alemanas. Para entonces, yo llevaba en el ejército más de un año. Mis superiores me habían clasificado según mi estatura, habían decidido que no tenía el aspecto de un soldado de infantería y me habían asignado a la redacción de *Estrella Roja*, el periódico del ejército. Mi trabajo aquel primer año era ayudar a un equipo de experimentados periodistas que viajaban por el frente recopilando anécdotas y citas de los soldados en las diversas unidades que visitábamos. Yo llevaba un fusil pero nunca lo utilicé. El medio dedo que me faltaba me molestaba sólo al escribir a máquina. Finalmente me gané el ascenso y empecé a enviar mis propios informes a las oficinas de *Estrella Roja*, donde un redactor jefe al que no llegué a conocer convertía mis entregas en enérgica, patriótica, prosa. Mi padre hubiera aborrecido todo aquello.

La noche en que el asedio terminó, allá arriba en el tejado de Sonya, después de que hubimos bebido demasiado vino y gritado hasta que nos dolió la garganta, la besé en la boca. Era un poco más que amistoso y menos que erótico. Cuando nos separamos, sonriendo para cubrir nuestro embarazo, sé que ambos pensamos en Kolya. Imagino que éste se hubiera sentido encantado de verme besando a una chica bonita, que me habría dado clases particulares sobre mi técnica e insistido en un toque más firme... Pero la verdad es que ambos pensamos en él y nunca volvimos a besarnos de aquella manera.

Unos días después de mi regreso a Piter, con los huevos para el coronel, me enteré de que el Kirov no se había derrumbado hasta unas horas después de recibir el impacto. La mayor parte de los residentes habían sobrevivido, incluyendo a Vera Osipovna y a los gemelos Antokolsky. Tropecé con cada uno de ellos finalmente, pero el invierno nos había cambiado a todos y hubo muy poco que decir. Yo había esperado que Vera se sintiera un poco culpable por haber escapado sin echar una mirada atrás después de salvarla en la verja del patio, pero ella no lo mencionó y yo no lo saqué a colación. Ella se había ganado ya una plaza en la reducida orquesta de la ciudad y la conservó durante los siguientes treinta años. Los gemelos lucharon, ambos con distinción, en los Octavos Guardias del general Chuikov, haciendo toda la campaña hasta Berlín. Hay una famosa fotografía de uno de ellos firmando en la pared del Reichstag, pero no soy capaz de decir si se trataba de Oleg o de Grisha. De

todos los chicos del cuarto piso del Kirov, supongo que soy el menos realizado.

En el verano de 1945, vivía en un gran apartamento cerca de la estación de Moscú con otros dos jóvenes periodistas. Los evacuados habían regresado a Piter para entonces, incluyendo a mi madre y mi hermana, pero la ciudad seguía mucho menos habitada que antes de la guerra. La gente decía que el agua del Neva aún tenía sabor a cadáveres. Los niños volvían a correr desde su casa a la escuela, balanceando sus bolsas de libros. Los restaurantes y tiendas de la avenida Nevsky habían reabierto las puertas, aun cuando casi nadie tenía dinero para gastar. Durante las vacaciones estatales todos paseábamos arriba y abajo de la calle, contemplando a través de los nuevos escaparates de vidrio cilindrado las delicias de mazapán y los relojes de pulsera y guantes de piel. Aquellos de nosotros que habíamos sufrido el asedio permanecíamos por costumbre en la acera sur, aunque hacía dos años que no habían caído bombas.

Una fría noche de agosto, el viento del norte soplando desde Finlandia, trayendo el perfume de las agujas de pino, me encontraba sentado, solo, a la mesa de la cocina de mi apartamento, leyendo una historia de Jack London. Mis compañeros de habitación se habían ido a ver una nueva obra en el Pushkin; a mí me habían invitado, pero no había ningún escritor contemporáneo ruso que me gustase tanto como Jack London. Cuando acabé la historia, decidí volver a leerla desde el comienzo, esta vez tratando de imaginarme cómo la había escrito. «Buck no leía los periódicos, o hubiera sabido que los conflictos se avecinaban...».

Yo no levanté los ojos de la página al oír la primera llamada en la puerta. El niño que vivía unos apartamentos más allá se entretenía, la mayoría de las noches, en correr arriba y abajo del pasillo, llamando a cada una de las puertas. Todos mis conocidos lo dejaban entrar. De todos modos, la cerradura estaba rota y teníamos pocos visitantes. El tercer golpe rompió el encanto de London. Un poco irritado, solté el libro sobre la mesa de la cocina y fui a reñir al pequeño.

Una mujer joven se encontraba de pie en el pasillo, con una maleta a sus pies y una caja de cartón en las manos. Llevaba un vestido de algodón amarillo con un estampado de flores blancas. La libélula de plata de su collar le colgaba en el hueco de la clavícula, y su espeso cabello rojo le caía en cascada sobre unos hombros quemados por el sol. Ella tal vez os diga que no había elegido con cuidado aquel vestido, o el collar, que no se había lavado el cabello o fregado la cara, ni puesto un poco de carmín en los labios. No la creáis. Nadie tiene ese aspecto por accidente.

La joven me sonrió, aquella exasperante manera de retorcer los labios que parecía más una sonrisa desdeñosa que afectuosa, sus azules ojos observándome para ver si la reconocía. Si yo hubiera sabido seguir el juego, podría haber fingido que no, podría haber dicho: «Hola, ¿está usted buscando a alguien?».

—No estás tan delgado como antes —dijo ella—. Pero aún estás demasiado

delgado.

—Tienes pelo —repliqué, e inmediatamente deseé tragarme mis palabras.

Durante tres años y medio había soñado con ella —literalmente, había estado desfilando con su mono demasiado grande por todos los sueños que yo recordaba— y todo lo que podía decir cuando finalmente llegó fue: «Tienes pelo».

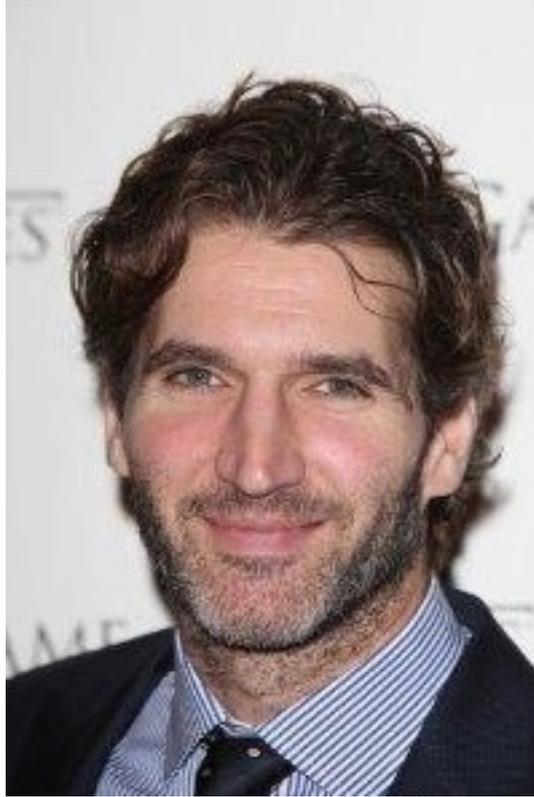
—Te he traído un regalo —dijo ella—. Mira lo que han inventado ahora. —Levantó la tapa de la caja de cartón. Dentro, doce huevos descansaban en confortables compartimentos. Huevos blancos, huevos rubios y uno que estaba moteado como la mano de un anciano. Cerró la tapa y la volvió a abrir, encantada de su simplicidad funcional—. Mucho mejor que meterlos dentro de paja —añadió.

—Podríamos hacer una tortilla —sugerí.

—¿Podríamos? —Sonrió, tendiéndome la caja, cogiendo su maleta, esperando que yo le abriera la puerta de par en par y la hiciera entrar—. Una cosa deberías saber sobre mí, Lyova. Yo no cocino.

AGRADECIMIENTOS

La obra maestra de Harrison Salisbury, *Los Novecientos días*, sigue siendo el mejor libro en lengua inglesa sobre el sitio de Leningrado. Fue mi leal compañero mientras escribía *Ciudad de ladrones* y lo recomiendo a quien quiera aprender más sobre Piter y sus habitantes durante la Gran Guerra Patriótica. Me siento igualmente en deuda con Curzio Malaparte y su obra, extrañamente genial, *Kaputt*, que aporta una perspectiva completamente diferente sobre el conflicto. Sus descripciones de las técnicas antipartisanas de los alemanes, junto con muchas cosas más, demostraron ser esenciales en la composición de esta narrativa. Me gustaría dar las gracias a esos dos caballeros difuntos por sus libros. Si conseguí presentar bien los detalles, en buena parte se lo debo a ellos.



DAVID BENIOFF. Nació en Nueva York en 1970. Es escritor, guionista y productor cinematográfico.

Cursó estudios universitarios en el selecto Dartmouth College, y posteriormente realizó un máster de escritura de ficción en la University of California Irvine (UCI) y en el Trinity College de Dublín.

Tras publicar *Descalza sobre el trébol y otros relatos*, el éxito le llegó finalmente —y tras ser rechazada por varios editores— con la publicación de la novela *La última hora* (2001), que despertó casi de inmediato el interés de Hollywood: el propio Benioff se encargó de escribir el guión para la adaptación cinematográfica, titulada *La última noche* y dirigida por Spike Lee.

En 2007 comenzó a desarrollar, junto a D. B. Weiss, los guiones para la serie de televisión *Juego de tronos*, basada en la novela homónima de George R. R. Martin y estrenada en 2011.

Notas

[1] San Petersburgo, denominada oficialmente Leningrado de 1924 a 1991. (N. del T.)

<<

[2] Pistola semiautomática, creada en 1898 por el austríaco Gerg Luger. (N. del T.) <<

[3] Andrei Zhdanov, político soviético. Fue el encargado de dirigir la defensa de Leningrado durante el asedio nazi. (N. del T.) <<

[4] Personaje del folclore eslavo, que lo representa como una anciana que secuestra a los niños. (N. del T.) <<